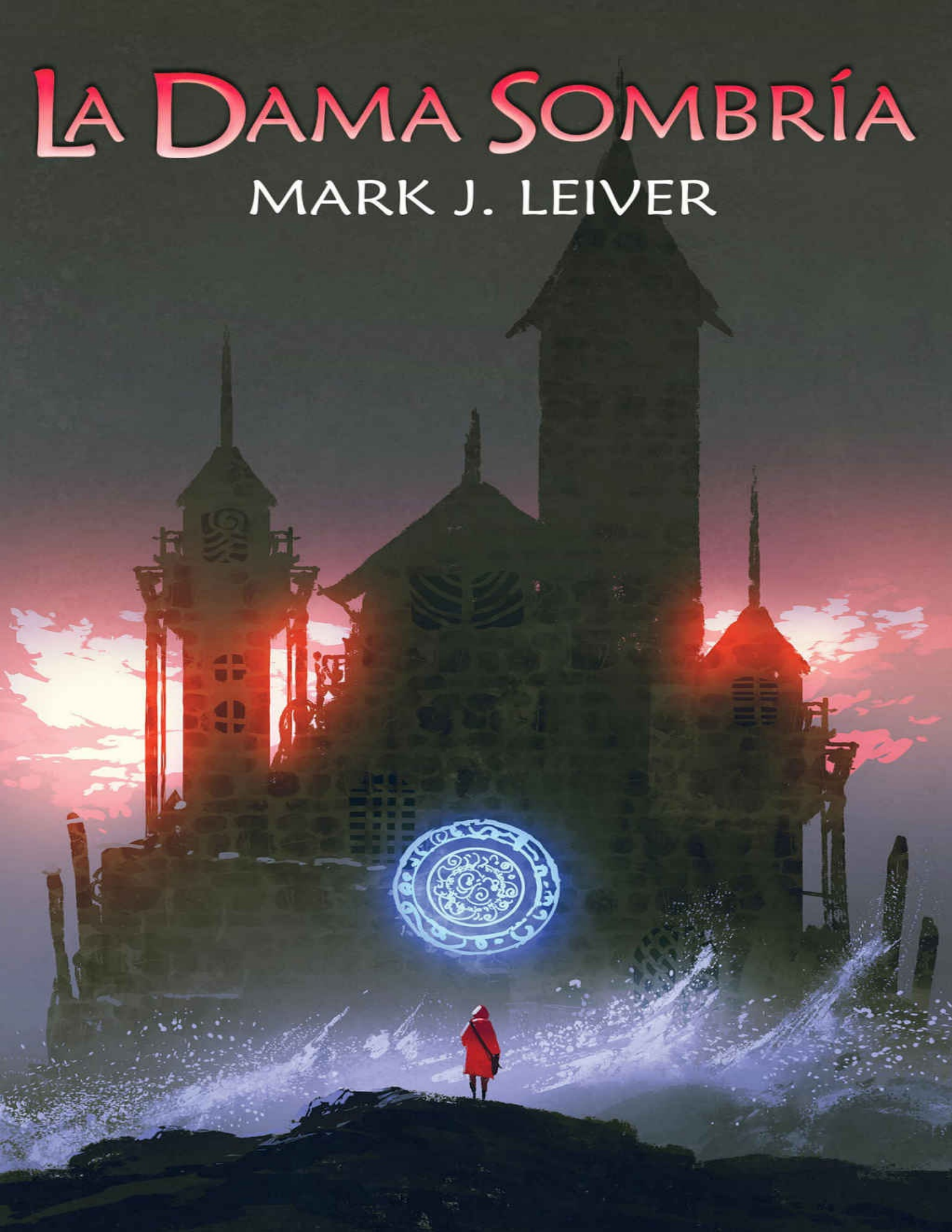


LA DAMA SOMBRÍA

MARK J. LEIVER



La Dama Sombría

Mark J. Leiver

Derechos de autor © 2020 Mark J. Leiver

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Mark J. Leiver es dueño del mundo de La Dama Sombría, de sus personajes, lenguas, razas, historia, sociología y geografía.

© Mark J. Leiver

A Nixaya, por enseñarme que la magia existe.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[Bárbara](#)

[Orión](#)

[Orión](#)

[Bárbara](#)

[Orión](#)

[BÁRBARA](#)

[ORIÓN](#)

[BÁRBARA](#)

[BÁRBARA](#)

[ORIÓN](#)

[BÁRBARA](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[ORIÓN](#)

[ORIÓN](#)

[BÁRBARA](#)

[ORIÓN](#)

[BÁRBARA](#)

[ORIÓN](#)

[ORIÓN](#)

[BÁRBARA](#)

[ORIÓN](#)

[BÁRBARA](#)

[ORIÓN](#)

[ORIÓN](#)

[BÁRBARA](#)

[ORIÓN](#)

[BÁRBARA](#)

[ORIÓN](#)

[BÁRBARA](#)

[ORIÓN](#)

[ORIÓN](#)

[Acerca del autor](#)

[Libros de este autor](#)

PRIMERA PARTE

“No hay nada eterno, salvo la ambición de las magas, la tozudez de los hombres y la frialdad de las shivilas”

(Dissa Arâtyda II, escriba del palacio de Dhotdien)

Bárbara

El demonio multiforme

El verano pasado me encontré, sin saberlo, con el Elegido. Dara, Diana, Nacho y yo fuimos a la costa en busca de un grupo de Guardianes que había desaparecido en *Tierra Fantástica*. Resultó que bajo el inmenso parque temático habitaba un sekra que se alimentaba de los trabajadores.

Para quien no lo sepa, un sekra es un demonio multiforme, una criatura de la sombra capaz de tomar multitud de apariencias. No obstante, todo sekra tiene una forma determinada, un carácter fijo en el que se transforma para alimentarse. Este era una cucaracha gigante.

Para cazar a sus presas solía convertirse en una niña pequeña. Cuando el parque cerraba, entraba en acción: adquiría la forma de una pobre chiquilla abandonada y engañaba al guarda de seguridad.

El vigilante se apiadaba de ella y ¡ZAS! El sekra lo llevaba hasta un rincón y lo devoraba.

Repugnante y aterrador.

Un equipo de Guardianes fue enviado a la zona, pero fracasó. Así que nos tocó a nosotras.

Lo más difícil de acabar con un sekra es su capacidad multiforme. ¿Cómo cazas algo que no sabes cómo es? La única manera de hacerlo es que él te atrape. Así que disfrazamos a Nacho, nuestro guerrero, de vigilante de seguridad.

Hizo de cebo.

Le hicimos pasear por el parque en plena noche, con la linterna, la porra y el traje azul de seguridad. Diana durmió con un conjuro a los verdaderos guardias y selló el parque con un hechizo de intimidad, para que ningún corriente pudiese entrar. Una vez preparado el terreno, las tres Guardianas seguimos a Nacho de cerca.

El sekra no se hizo esperar.

Antes de medianoche apareció con forma de niñita desamparada. Llevaba una camiseta manchada que le valía grande y pantalones rasgados por las rodillas. Iba descalza y lloraba a moco tendido. Tenía los ojos grandes, claritos e inocentes. Era una monada, daban ganas de achucharla.

— ¡ ! ¿ ?

Nacho le siguió el juego, intentó calmarla y prometió ayudarla. El sekra lo condujo hasta su madriguera sin dejar de sollozar. Cuando llegaron, se convirtió en cucaracha gigante. Nacho dio la voz de alarma y acudimos en su ayuda.

Diana le lanzó un conjuro paralizante y yo un rayo de luz, pero la criatura era rápida, poderosa y

astuta. Nacho se arrojó sobre ella intentando reducirla (cosa difícil, pues era cuatro veces más grande que él) y el demonio aprovechó la confusión para hacer una copia exacta de nuestro guerrero. Como no sabíamos quién era quién, no nos atrevimos a atacar. Eran como dos gotas de agua.

— ¡

Ambos muchachos pusieron la mano izquierda sobre el pecho, pero solo uno pronunció su verdadero nombre de Guardián.

—Soy *Nandor* —la etskia de su mano brilló y apareció un hermoso azor de color azul.

Dara soltó la flecha contra la copia falsa. El demonio se apartó mientras se convertía en murciélago y la saeta le pasó tan cerca que le abrió una brecha en la cara. No pudimos matarla, aunque al menos conseguimos que se marchase del parque y dejase de zamparse a los vigilantes.

Por fortuna, los Guardianes de la Luz desaparecidos no habían muerto. El sekra los mantenía bajo tierra para entregárselos al Archimago. Los encontramos tras una larga caminata por las grutas. Estaban aturridos, cansados y deshidratados, pero no sufrían heridas de gravedad.

Al día siguiente aprovechamos la oportunidad y pasamos la jornada en el parque temático. Allí fue donde me crucé, sin saberlo y por pura casualidad, con el Elegido.

Nos montamos en docenas de atracciones, comimos un montón de porquerías y vimos varios espectáculos. Aunque me lo estaba pasando en grande, a mí me gusta ir a mi bola, así que a media tarde me separé de mis amigas y decidí dar una vuelta sola. Después de un par de horas de vagabundear me reencontré con Diana y Nacho. Me dijeron que Dara había ido a buscarme, y que no había vuelto todavía.

Pregunté por ella a un chico y a una chica que estaban sentados en un barecillo a la sombra de *Everestland* (una montaña rusa de la leche). Ella me pareció una monada, pero no me causó ninguna impresión mágica.

Él sí.

Cuando nuestras miradas se cruzaron sentí algo extraño. En aquel momento no le di importancia, pensé que había sido una tontería y continué buscando a Dara, a la que encontré en la zona del Lejano Oeste, junto a la figura de madera de un jinete sin cabeza.

Ojalá me hubiese dado cuenta de quién era ese muchacho y de lo importante que iba a ser en la batalla contra el Archimago...

¡ Ah, todavía no me he presentado !

Tengo quince años y me llamo Bárbara. Soy castaña con el pelo ondulado, tengo los ojos verdes y soy más bien bajita, aunque yo creo que un metro cincuenta no es mala estatura para una mujer.

Vivo en un hospicio desde hace un montón de años. Bueno, su nombre oficial es Centro Tutelado de Menores. Por lo que se ve, mis padres no me tenían mucho cariño y me dieron en adopción. No, no creáis que mi historia es trágica y aburrida, paso del rollo de dar pena y compadecerme. Al fin y al cabo no me ha ido nada mal a lo largo de estos años. Han sido... ¿Cómo decirlo? ¡Sí, ya lo tengo, han sido alucinantes! Sobre todo desde que me hice Guardiania de la luz. ¿Qué es eso? Para empezar, diré que es una pasada. Una pasada de verdad.

Las Guardianas combatimos la oscuridad que amenaza con destruir nuestro mundo. Somos humanos reclutados por los siervos del bien que viven en Úmbator, el centro del universo. No voy a aburrirlos con explicaciones interminables sobre el funcionamiento de todo esto (para eso están las soporíferas clases de historia de los elfos...), así que me limitaré a decir que Úmbator fue el primer mundo en ser creado, y por eso es tan importante.

¿ Cuántos mundos hay? Ni idea. Sospecho que ni siquiera Kordther, un poderoso mago de Dhotlaren, lo sabe. Pero lo importante es que, si el Archimago conquista Úmbator, podrá conquistar toda la creación.

¿ Quién es el Archimago? En dos palabras: El Malo. Las ninfas le dan el nombre de Irus-tanat que significa *Rey Oscuro*. Se le dé el nombre que se le dé, el Archimago es el enemigo de todos los mundos. Por el momento sus incursiones a la Tierra han sido escasas, aunque en los últimos meses se han intensificado considerablemente.

Y ahí es donde entramos en acción las Guardianas de la Luz. Los combatientes de Úmbator son débiles en nuestro mundo, apenas pueden cruzar los portales y permanecer unos minutos aquí. Por consiguiente, nos toca a nosotros defender la tierra de las fuerzas oscuras. Como no podía ser de otra manera, el Archimago también tiene a humanos entre sus filas. Son los siervos de la sombra.

Guardianes de la Luz contra siervos de la sombra. Campo de batalla: la Tierra.

Como decía, me convertí en Guardiania a los trece años. No es por presumir, pero soy la guardiania más joven de la historia. Después de doce meses de entrenamiento intensivo me especialicé en la hechicería. Mi maestra fue Xeye, una ninfa maravillosa con el pelo largo y verde como la hierba que, antes de aprender un solo hechizo, me tuvo semanas y semanas estudiando la condenada flora y fauna de Úmbator.

Soy hechicera. Al principio quise ser maga, pero resulta que para serlo se necesita mucha estabilidad mental, muy buena memoria y un *ixur* potente. ¿Queréis que me describa? Soy alocada, despistada y mi *ixur* (poder mágico) es el de un mosquito. En la tercera clase de artes mágicas Luthental me miró y dijo «tal vez deberías utilizar esta hora para practicar con Xeye, porque con la magia eres un desastre». Tenía toda la razón, nunca sería maga.

Tampoco guerrera. No. Y es que no solo no podría jugar en un equipo de baloncesto, sino que además mi complexión no es precisamente la de una culturista. El primer día que me dieron una espada tuve que levantarla con las dos manos (y eso que era una espada corta de acero élfico, el más ligero de todos). Cuando logré levantar la espada, Yulen, el maestro de lucha, me preguntó con qué mano pensaba sujetar el escudo. En ese instante supe que lo mío no iba a ser el combate cuerpo a cuerpo. Vale, también hay guerreras delgaduchas que manejan una daga con la misma

destreza que un gran guerrero blande su espadón y su escudo, pero es que ellas tienen algo llamado destreza. A mí, en cambio, si me dais una daga seguro que hago una escabechina, aunque no precisamente entre los enemigos.

Por último, una puntería más que aceptable. Pero solo cuando lograba poner la flecha en el arco sin que se cayese, que era casi nunca.

Parece fácil, pero creedme, no lo es.

Es muy sencillo hacerlo con tranquilidad: echas mano al carcaj, pillas una flecha, la colocas en el arco, tensas la cuerda, apuntas a lo que quieres trinchar y disparas. La flecha sale volando veloz como un rayo y haces diana. Eso es lo ideal.

Pero en combate una arquera tiene que ser rápida y realizar eso que acabo de describir en un máximo de dos segundos. Cuando estás en el campo de batalla, luchando contra una horda de enemigos, no puedes permitirte el lujo de que una sola flecha caiga al suelo. Si eso ocurre, estás muerta.

Visto que en la magia era bochornosa, con la espada un peligro y con el arco un desastre, no me quedaba más remedio que dedicarme a la hechicería.

Y encontré mi verdadera vocación.

En la hechicería hay que dominar la energía que circula por el universo. Y lo que es mejor, no hay que tener buena cabeza para memorizar conjuros, ni hay que tener fuerza. Simplemente se ha de tener la capacidad de concentrar el *ixur* que te rodea en tus manos. Luego, se lanza el hechizo.

Mi especialidad es la hechicería de combate. Bolas de fuego, rayos de hielo, vientos gélidos, flechas flamígeras y un largo etcétera de temibles hechizos. Mola ¿verdad? Recuerdo que Xeye se puso muy contenta cuando pasé la prueba de hechizos en Dhotlaren.

Actualmente formo grupo de combate con otros tres Guardianes. Juntos nos enfrentamos a todo tipo de criaturas como nigromantes, vampiros, brujas, muertos vivientes y demás seres de la sombra. Reconozco que es un trabajo peligroso, ¡pero súper emocionante!

Orión

En lo alto de la montaña

Enamorarse es como montarse en una montaña rusa. ¿Sabéis lo que os digo? Seguro que si habéis estado en un parque de atracciones lo entendéis. Asusta, marea y gusta por igual. Si nada más bajarte te preguntan «¿?» «¡!» ha sido una pasada!

las piernas, el corazón te late a cien por hora y tienes el cerebro como un trapo recién estrujado.

El verano pasado estuve con Luna en un parque temático llamado *Tierra Fantástica*. ¿Que quien

es Luna? Ah, ella es mi *mejorpeor* amiga. Habéis leído bien: *mejorpeor* . Y es que la odio tanto como la quiero.

De pequeñitos nos juntaron por obligación. Nuestros padres eran amigos y a nosotros (¡ remedio !)
es tonto y aburrido y mentiroso... » « »
fin, lo nuestro fue odio a primera vista. Qué cosas, ahora somos inseparables.

¿ Por dónde iba ? ¡ Ah, sí , por lo del parque temático !

En verano estuvimos en *Tierra Fantástica* . Mientras subíamos la empinadísima pendiente de una gigantesca montaña rusa llamada *Everestland* , a Luna le dio por hablar.

—Hace un montón de años que nos conocemos —dijo.

— ¡ !

El trac-trac-trac del vagón no dejaba de sonar. Desde allí arriba se veía el mar. Los barcos parecían diminutos. Las gaviotas puntitos blancos.

—Idiota.

—Yo también te quiero.

Sonrió. Yo también sonreí, pero del susto que llevaba encima. Fue una de esas sonrisillas de idiota que se te ponen cuando estás muerto de miedo.

— ¿ ?

—Un poquitín —dije, cagado de miedo.

— ¡ .

Volvió a sonreír. Su sonrisa me tranquilizo. Pero solo el tiempo que me costó volver a ver lo alto que estábamos y lo cerca que se encontraba la pendiente por la que, de un momento a otro, nos íbamos a despeñar.

—Te decía —continuó como si estuviésemos tranquilamente sentados en una hamburguesería— que hace un montón de años que somos amigos.

—Para ser exactos, quince años.

Trac-trac-trac...

La gente se hacía más y más pequeña. Volví la vista al frente y de pronto vi cómo un cuervo pequeño y flacucho se posaba sobre el morro del vagón. Luego me miró unos instantes. Os parecerá un disparate, pero su mirada era humana.

—Por lo tanto —continuó Luna, sacándome de mis elucubraciones—, se puede decir que me

conoces mejor que cualquier otra persona.

—Me temo que sí. Y mira qué cosas, aun así, sigo siendo amigo tuyo.

El trac-trac-trac no cesaba. «¿?»
estábamos, más me arrepentía de haberme montado. A Luna se le movía el pelo con el viento. El viento, a esa altura, asusta una auténtica pasada. Bueno, a esa altura asusta todo. El cuervo flacucho echó a volar y se perdió de vista. Me olvidé de él.

—Eso es porque no puedes vivir sin mí.

Luna me miró fijamente y me asusté. Vale, ya estaba muy asustado, pero ese « »
sumó al « »

—Nunca he probado a hacerlo —dije con ironía.

—Ahora en serio, Ori, ¿puedo preguntarte algo?

Entonces dejó de sonar el trac-trac-trac.

Ya no había tiempo para pensar en nada. La pregunta de Luna, la horripilante y espantosa pregunta de mi amiga debía esperar. El vagón se inclinó y empezamos a descender. Al principio despacio, después a una velocidad vertiginosa y luego... vueltas y más vueltas... y giros... y loopings... y sacudidas... y subidas y bajadas... ¡ !

Tras un par de minutos de infierno, el vagón se detuvo. Mi cerebro no, mi cerebro siguió dando vueltas. Me desabroché el cinturón y me puse de pie.

— ¿ ?

—Genial —dije.

Y justo al pronunciar la letra *ele* me agaché y vomité. Lo eché todo. Unos minutos más tarde mi estómago decidió que ya no quedaba nada y pude descender la rampa de la atracción. Nos sentamos en un murete y, poco a poco, volví a ser persona.

— ¿ ?

Suspiró profundamente.

—Estoy enamorada.

¡ PUM! Primer bombazo .

Me quedé blanco. O, si queréis, más blanco de lo que me había bajado de la montaña rusa, «
Estoy enamorada ».

¿Qué podía decir?

—Eso es bueno, supongo.

—El problema es que me saca un par de años.

¡ PUM! Segundo bombazo . Pero agarraros, porque ahora viene la traca final, la madre de todas las bombas.

—Ocurre algo más, y es que ella ni siquiera sabe que existo.

¿ Hiroshima ? ¿ Nagasaki? Nada, tonterías en comparación con el último bombazo de Luna. Ella » « »

Abrí los ojos, sorprendido.

— ¿ ?

De acuerdo, pensaréis que fue una pregunta estúpida, pero es que a veces el cerebro se me queda en *standby* .

—No —contestó enfadada, ladeando un poco la cabeza—, en realidad soy un chico que lleva disfrazado de tía quince años.

Buena respuesta. Donde las dan, las toman.

—Perdona —le dije—, con tanto looping se me han batido los sesos.

No contestó y bajó la mirada. La pobre estaba triste.

—No pasa nada... —Dijo al rato.

Pero pasaba, claro que pasaba, pasaba que mi *mejorpeor* amiga acababa de montarse en una atracción de la leche y estaba como si nada. Algo mucho más alucinante que todos los parques de atracciones del mundo se estaba cociendo en esa cabecita suya tan especial.

Yo seguía mareado y flipado. Mareado por la montaña rusa y flipado con lo de Luna. Lo de que le gustaran las chicas me era indiferente. Pero que estuviese enamorada se me atragantaba. Eso era imposible.

A ver, Luna y un servidor éramos los miembros fundadores de la A.C.A: Asociación Contra el Amor. Una sociedad no demasiado secreta dedicada a burlarse de todo lo relacionado con el romanticismo, criticar a las parejas ñoñas que se regalan cosas por su aniversario, reírse de las películas románticas y el día de San Valentín decir con voz de resabido aquello de: « Valentín es un invento de los centros comerciales para engañar a los tortolitos y sacarles el dinero a base de corazoncitos de chocolate y tarjetas de amor ».

Repito, era imposible que Luna estuviese enamorada.

Pero lo estaba. ¡Vaya si lo estaba!

Estuve a punto de decirle «
amor?». «
pillada, Ori, estoy completa e irremisiblemente pillada».

Me sentí un poco idiota por no haberme dado cuenta antes. Durante todo ese tiempo no había notado nada extraño en ella. A veces parezco ciego, de verdad.

Al cabo de un par de minutos nos levantamos y nos sentamos en un barecito. Mi amiga pidió un granizado de limón y yo pedí que el mundo dejase de dar vueltas. Me hubiese gustado beber granizado, pero tenía las tripas como si Aníbal el Caníbal se hubiese hecho una bufanda con ellas.

— ¡
montón de rato buscándola y no la encuentro. Y los móviles los hemos dejado en consigna para no perderlos.

Luna y yo nos miramos y nos encogimos de hombros.

—Esto... ¿Cómo es tu amiga? —Pregunté.

— ¡
marrones y muy grandes. Lleva unos shorts vaqueros y una camiseta roja escotada en la que pone *Live is Love*.

—Lo siento mucho —dijo Luna con una sonrisa—, pero creo que no la he visto.

Me quedé mirando a la chica a los ojos. Ella hizo lo mismo conmigo. Nuestras miradas se cruzaron durante unos instantes. Arrugó un poco la frente y me observó extrañada. Luego la luz del sol hizo brillar una moneda dorada que llevaba engarzada en una pulsera y el reflejó me hizo retirar la cara.

—Yo tampoco —añadí un poco turbado—. Pero si la vemos le diremos que la estás buscando.

—Gracias. Por cierto, se llama Dara. ¡Ah, y yo me llamo Bárbara! Si la encontráis decidle que la busca su amiga.

— ¡ !

— ¿ ?

— ¿ ? ¿ ?

—No. ¡ !

— ¡
mis pensamientos regresaron al problema de mi amiga.

Luna sorbió el granizado. El ruido del granizado es algo graciosísimo. Por cierto, no pega nada con momentos importantes, por nada del mundo os pidáis un granizado si queréis hablar de algo

serio.

—Una chica que va a bachillerato.

Lo de bachillerato lo había adivinado, de vez en cuando doy en el clavo.

— ¿Ella lo sabe?

Luna volvió a sorber la pajita.

— ¿El qué?

Suspiré. Mi cuerpo empezaba a ser el de antes y me pedí un granizado. ¡Ja, ya podía competir con ella en el juego de hacer ruidos absurdos!

—Chica, ¿qué va a ser? Lo de que va a bachillerato ya lo sabe. Te pregunto si sabe que te mola.

—Ya te he dicho que ni siquiera sabe que existo.

Sorbí con fuerza. Ella también. Mi granizado era de fresa, pero hacía el mismo ruido que el suyo. De vez en cuando se oía el griterío de la gente que se había montado en la montaña rusa. Pobres desgraciados...

— ¿ ?

—Jane.

Mis ojos se abrieron de par en par.

— ¿ ?

—Sí.

—Vale. ¿Te refieres a Jane la de intercambio?

Asintió y sorbió del granizado. Le quedaba poco caldito y empezó a darle a la pajita para derretir el hielo. Repito, lo de los granizados es un despropósito, un disparate.

—Lo siento mucho —le dije con cariño—, Lu, pero conozco a Jane y lo vuestro es imposible.

— ¿ ?

— ¿ ?

—Me encantan las listas.

Sí, le chiflan.

Para ir al parque temático hizo un montón de listas: una para las cosas que había que llevar, otra

Orión

Luces en el cementerio

Aparte de lo del parque de atracciones, media docena de tardes de piscina y un par de incursiones a comprar ropa, el verano fue más bien soso. Además de soso, fue caluroso y seco. Pasó septiembre con los últimos coletazos de calor, octubre con sus lluvias, noviembre con su cierzo y llegó diciembre como si nada.

Luna estaba triste, muy triste. Iba a clase, volvía a casa y se encerraba en su cuarto. Se estaba marchitando como una planta en un garaje.

Aquella tarde estábamos en su cuarto. Era lunes y hacía mucho frío. Faltaban pocos días para que acabase el año. Al entrar en la habitación el incienso me dio una bofetada en la cara. Había mogollón de humo.

— ¡ !

— ¿ ?

—No, digo que apesta a incienso. Deberías abrir la ventana.

Fui hacia la ventana, pero ella me detuvo gritando.

— ¡ ! ¡ !

Me paré de golpe, avergonzado por haber estado a punto de hacer algo tan perverso y horrible como abrir una ventana.

—Lo siento —dije fingiendo congoja—, no sé cómo se me ha podido ocurrir hacer algo así, espero que puedas perdonarme. Supongo que lo de abrir la puerta ha sido también una descortesía por mi parte, la próxima vez haré un agujero en la pared y entraré como los ratones.

Me senté en la cama. Ella estaba en la sillita de ruedas del escritorio; una silla tapizada de mil colores distintos (todos ellos extremadamente llamativos, tan chillones que casi había que mirarla con una máscara de soldador). Luna dio vueltas sobre sí misma, impulsándose con los pies.

Su cuarto parecía una olla a presión, no había más que niebla por todas partes. Niebla de appestoso incienso.

—Si no abres la ventana, moriremos intoxicados —le advertí.

Lu seguía dando vueltas, y vueltas, y vueltas... Me estaba empezando a marear.

—A lo mejor es lo que quiero.

—

podrías dejar de girar, me mareas .

Ella nunca se marea, es increíble. Normalmente nunca contesta a mis frases estúpidas. Aquella vez tampoco contestó, pero al menos dejó de dar vueltas.

—No quiero que abras la ventana. Las risas de los niños me molestan.

Debajo de su casa hay un parque. En el parque hay un columpio y un cubo de arena. En el columpio y en el cubo de arena hay siempre muchos niños (en el cubo también hay un montón de cosas más...). Y los niños tienen la mala costumbre de jugar y pasárselo bien, los muy canallas.

—Estás loca.

Me miró. Sus ojos son marrones. Marrón claro, como el de la Coca-Cola. Aunque algunas veces, según cómo les da la luz tienen reflejos casi verdes; verde oscuro, como el de un refresco de lima-limón. (Está bien, lo de las comparaciones no es lo mío, pero entiendo mogollón de refrescos).

—No estoy loca, estoy enamorada.

—Que viene a ser lo mismo.

Me levanté y estuve toquiteando los peluches que tiene por su cuarto. Tiene un montón de peluches. Todos son dragones. Dragones alargados de la mitología china; dragones gorditos con alas pequeñas; dragones flacuchos con alas grandes; dragones de películas; dragones de libros; dragones de videojuegos. ¡Dragones y más dragones!

—Este peluche te lo regalé yo —le dije mientras cogía un dragón inmenso con los ojos de botón.

—Es horrible, pero es muy cómodo. Lo uso como almohada.

—Gracias por lo de horrible. Te lo regalé con todo mi corazón.

—Lo sé, Ori —sus ojos se me clavaron y temblaron un poquitín, muy húmedos—. Siempre me has tratado bien. Sabes, a veces me tumbo en la cama, apoyo la cabeza en el dragón y me pongo a llorar.

— ¿ ?

—No, no es eso, es que no quiero que me dejes de querer, nunca. Me moriría.

Sus ojos brillaban. De repente se había puesto tierna como un *croissant* . Odio las ñoñerías. Principalmente porque yo también me pongo ñoño, y entonces se me aguan los ojos y vienen las terribles lágrimas y yo intento disimular y... Vamos, que no me hace ninguna gracia.

Me apoyé en el escritorio. Ella giró la silla y quedamos frente a frente.

— ¿

—Te olvidarás de mí.

—Ni de coña.

Unas lagrimillas salieron de sus ojos. Cómo no, a mí me ocurrió lo mismo. Le cogí las manos y se las apreté.

—Además —añadí—, la que está enamorada eres tú, seguro que en cualquier momento te liarás con una tía y se acabó. Ori no volverá a entrar en este cuarto, estarás siempre enrollándote con tu novia, demasiado ocupada en revisarle los empastes con la lengua para acordarte de mí.

Sonrió. Se enjuagó las lágrimas y me soltó las manos. Luego se levantó y se apoyó a mi lado. Estaba muy guapa.

—He descubierto algo alucinante —dijo de repente.

—Me das miedo.

Sinceramente, me daba miedo. Las ideas más locas y disparatadas que he escuchado se le han ocurrido a ella.

—Haces bien en tener miedo.

Del cajón de su escritorio sacó una lista. ¿Os he hablado de su pasión por las listas? Creo que sí. Pues bien, esta era otra de sus listas. No era la más extraña que había hecho, pero sí la más espeluznante.

—He apuntado todas las lunas llenas de este año que viene.

— ¿ ? ¿ ?

— ¡
justo a medianoche, una luz surge del cementerio.

¿ Qué podía decirle? Pensadlo un momento: vuestra amiga os suelta eso de repente, es decir dice algo sobre unas luces mágicas que salen de un cementerio todas las lunas llenas. Fijo que os quedáis de piedra, como yo .

—Luna, tienes que dejar el incienso, me temo que te está ahumando el cerebro.

—Es totalmente cierto.

— ¿ ?

Al final resultó que trabajaban de turno de noche y tenían que dormir por el día.

—En eso me equivoqué. Pero esto es innegable. Mira, he anotado todos los días del año que viene en los que hay luna llena: 24 de enero, 22 de febrero, 23 de marzo, 22 de abril, 21 de mayo...

— ¡ !

—Tenemos que estar prevenidos.

— ¿ ?

—Todavía no lo sé. Para lo desconocido.

—
necesitan? Vas a una tienda de pistolas y le dices al dueño ¿
cosa terrible », «¿ ?» «
No lo sé ,
granadas...»

— i .

— ¿ ?

—Habrá que pensarlo.

Qué cosas, Luna tenía razón, algo muy gordo se estaba cociendo en el cementerio. Durante un rato más, no recuerdo cuánto, seguí cachondeándome de sus estafalarias teorías hasta que conseguí arrancarle unas cuantas sonrisas. Digo yo que algo es algo ¿no? La risa es vida. En una vieja tapia de mi barrio hay un grafiti que dice lo siguiente: «Un día sin sonreír es un día perdido». Amén.

Como no la creía me invitó a dormir en su casa el viernes siguiente, que era día de luna llena. Y acepté, claro. Una oportunidad como aquella no me la hubiera perdido por nada del mundo.

—Traeré agua bendita, por si acaso —dije con burla—. Y una cruz con bayoneta —insistí.

—No hace falta —respondió como si nada—, pero tráete unos refrescos. Y un par de pizzas.

Al viernes siguiente llevé las pizzas y los refrescos. Además de un paquetón de galletitas de esas duras que llevan pepitas de chocolate negro. Todo puro vicio, droga dura.

Vimos una peli de zombis, comimos como gorrinos, hablamos de tonterías y nos echamos unas risas.

Y a las doce en punto, exacta como un reloj, la condenada luz se iluminó en mitad del cementerio.

Bárbara

El Palacio del Último Rey

En noviembre del año anterior las Guardianas acudimos a un cónclave en el Palacio del último Rey, en la ciudad de Sionsen. Sionsen es la capital de los elfos. Un lugar impresionante a orillas del Lago de las Mil Lunas en el que nos dimos cita más de mil Guardianas.

—Bienvenidos, Guardianes —dijo Tarsis, regente en funciones tras la caída del rey de los elfos.

La Sala del Último Rey es una gigantesca cúpula de acero y cristal donde los elfos deciden los asuntos más importantes. Tras el saludo de Tarsis, los representantes de los Guardianes relataron las últimas noticias. Yo, por fortuna, no soy representante de ningún territorio. Es un puesto aburridísimo y nada interesante, repleto de obligaciones burocráticas.

En el otro lado existen muchos idiomas: la lengua común (la que hablan todos los seres ya sean elfos, humanos, ninfas, orcos, vampiros, belaks, duendes, etc.), la lengua de las ninfas (primer idioma del universo en el que los dioses se comunicaban y que solo las ninfas conocen), la lengua oscura (la lengua en la que los nigromantes conjuran su magia y con la que se comunican las criaturas sombrías) y muchos otros idiomas que conocen y utilizan las diversas razas.

Con nosotros comparten la lengua común. La denominación de *común* no es casual, pues tal y como indica su nombre, cualquier mortal la entiende. Es indiferente cuál sea tu lengua de origen (inglés, español, chino, alemán...), ya que puedes comunicarte en ella con todas las criaturas de Úmbator. Y también con el resto de Guardianes, sea cual sea su nacionalidad.

Así, cuando hubo terminado la larga presentación de cada uno de los representantes, Tarsis le cedió la palabra al viejo Kordther.

—Vuestros antepasados —comenzó mientras se mesaba la larguísima perilla blanca— han luchado durante siglos contra los siervos de la oscuridad, garantizando que la vida en la Tierra no se vea afectada por la magia del Archimago. Vuestra vida es dura y vuestra tarea peligrosa, y a pesar de ello, siempre estáis dispuestos a seguir hacia delante. Quiero daros mi más sincero agradecimiento.

Los Guardianes comenzamos a aplaudir y a vitorear al mago. Kordther se hace querer, vaya que sí.

—Nos encontramos en una situación —prosiguió al calmarse la algarabía— que nunca antes habíamos conocido. Durante eones han luchado el bien y el mal. Primero fueron las ninfas las que tuvieron que plantarle cara a la oscuridad. Luego, los Altos Elfos combatieron en este y en otros mundos ahora desaparecidos. Por último, los humanos han batallado durante miles de años contra las sombras. Poco a poco, batalla tras batalla, la oscuridad se ha ido tragando mundos, los ha engullido y los ha sometido a su dominio —su semblante se ensombreció—. Úmbator es la última frontera de las criaturas libres del universo. Si Úmbator cae, el universo caerá —hizo una larga pausa en la que los murmullos se extendieron por la inmensa sala como un enjambre de avispas furiosas—. Pero no todo está perdido —continuó haciendo un gesto con la mano que decía «entiendo que estéis preocupados, todos lo estamos»—, pues queda una última esperanza. Hay una profecía... habla de un elegido, un humano destinado a derrotar a Orúbatar, mano derecha del Archimago y, en estos momentos, la única forma que el Rey Oscuro tiene de extender su poder. Ya sabéis que el Archimago ha batallado a lo largo y ancho del universo y muchos mundos han caído. Sin embargo, como su ambición es ilimitada, las prisas lo han llevado a consumir su energía y, para no perecer, se ha visto obligado a verter parte de su magia en Orúbatar, la Elfa Oscura. Es posible que esa precipitada forma de actuar nos sea ventajosa. Si logramos derrotar a Orúbatar, lograremos detener al Archimago. Vosotros, los Guardianes, tenéis

la misión de velar porque el Elegido llegue a Úmbator antes de que los siervos de la sombra lo encuentren.

Uno de los representantes de la sección asiática, un hombre alto con el pelo largo y liso se puso de pie.

— ¿

Kordther suspiró.

—No lo sabemos.

Un nuevo murmullo barrió las tribunas.

—

muchachita rubia, alta y delgaducha.

¿

—Morfeo no ha encontrado ningún rastro del Elegido, lleva meses afanado en el mundo de los sueños, buscando una pista que le condujese al Elegido... pero no ha hallado nada.

Después de aquello el murmullo se convirtió en confusión. Las voces de los Guardianes se alzaron sin orden.

—Es una tarea complicada y peligrosa —continuó Kordther, haciendo que las voces se fueran silenciando—, pero es nuestra última oportunidad. Comprendo que la duda se adueñe de vuestros corazones. Pero —dijo esbozando una sonrisa—, no somos del todo ciegos, contamos con la ayuda de los augures.

Kastel, una elfa del gobierno de Sionsen, se puso de pie. Kastel es una maga de adivinación. Como todos los elfos, es difícil decir cuántos años tiene... Xeye, mi maestra, me dijo que la raza élfica puede vivir varios siglos.

—Hasta ahora —su voz era suave como la seda— apenas hemos hecho uso de ellos. En ocasiones sus poderes pueden resultar... perturbadores. No obstante, antes de la primera luna del año próximo, uno de vosotros recibiréis una señal. ¡
la palabra *atentos* —. El augur es vital para hallar al Elegido. No paséis por alto ninguna corazonada, por débil que sea.

En ese momento sentí que sus ojos se clavaban en mí.

***Sobre todo tú ,
poderoso .***

Miré a mi compañera, Dara estaba callada y triste. Miraba de reojo a Nacho, que charlaba con Diana animadamente. Demasiado animadamente.

No noté nada raro en ellos. La elfa me hablaba solamente a mí. Supe, en el instante, que todo lo que yo pensara ella podría escucharlo en su interior, tal y como yo oía su voz.

Pero soy una hechicera de combate, no una maga. De hecho, soy una negada para la adivinación .

Su voz, delicada como una brisa de primavera, me acariciaba el cerebro.

Por eso mismo, Bárbara. Tu poder es grande, sin embargo, tus capacidades de adivinación son muy débiles . . .

« Él » , había dicho « él » . Eso era una pista. Una pista endeble, claro, porque en el plan hay miles de millones de hombres...

¿ Cómo sabré que es él ?

Tardó unos segundos en contestar.

***Lo sabrás .
será el augur el que te encuentre a ti .***

Asentí y el conjuro se quebró.

De nuevo volví a oír a mis amigos.

Cuando el cónclave terminó, la mayoría de los Guardianes utilizaron sus runas para regresar a la Tierra. Yo me quedé un rato paseando junto a Dara por los espectaculares jardines del Palacio del Ultimo Rey.

Los elfos son expertos en dos cosas. La primera en el trabajo del acero. La segunda, en la belleza. La belleza de todas las cosas. Los elfos dominan el arte de la música, la arquitectura y la jardinería como nadie.

De lo último da fe el jardín del palacio. Es un jardín colgante. Una intrincada red de pequeños caminos de cristal recorre los pasillos de rosas, jazmines, caléndulas, amapolas, dalias, orejas de oso, frisias, orquídeas, margaritas y un sinfín de todas las especies. Aquí y allá se descuelgan enredaderas de vivos colores. Los árboles crecen en parterres que se tienden al vacío de un modo vertiginoso. Hay fuentes de cristal por doquier. Altísimas cataratas caen por todas partes como coletas de plata. Es algo digno de ver, una verdadera maravilla.

—Nacho pasa de mí —dijo Dara.

Sus ojos, marrones y muy, muy grandes, se perdieron en la vasta extensión del Lago de las Mil Lunas, que se extendía ante nosotras. El horizonte se curvaba plateado. Nos habíamos sentado en un banco colgante a varios cientos de metros. Algo no apto para quienes sufráis de vértigo.

—Bueno, desde que perdimos a Elizabeth, todos hemos cambiado un poco.

« Perdimos » , tal vez no fuese la expresión adecuada. Elizabeth era la cuarta integrante de nuestro grupo de acción. Todos los grupos de acción están formados por cuatro Guardianes. Cada Guardián domina una de las cuatro clases: magia, combate, arco y hechicería. Elizabeth era

nuestra maga. Una de las mejores de su promoción. Era mayor que todos nosotros. No mucho, tan solo tres o cuatro años.

Y era nuestra amiga.

Y era una pocholada.

O lo era, hasta que se pasó al lado del Archimago. Su espíritu se ennegreció y se hizo maga sombría.

Esto ocurrió hace aproximadamente un año. Dara y Nacho tenían dieciséis; Elizabeth veinte. Nacho estaba colado por ella. Muy colado. Coladísimo. Pero había un problema bastante grande: Dara y Nacho estaban saliendo.

Todo esto parece el argumento de un culebrón, pero agarraos, porque todavía hay más. Coged un montón de aire que aquí viene lo mejor de todo: yo estaba colada, muy colada, coladísima, tremendamente súper mega coladísima de Elizabeth.

¿ Cómo no enamorarse de ella ?

Si la vierais os pasaría lo mismo. Un metro setenta, ojos almendrados, pelo largo y blanco como la nieve, una sonrisa arrebatadora y una inteligencia desbordante. Simplemente, un bombón. Pero un bombón al que solo le gustaban los chicos y con unas inclinaciones hacia el mal poco agradables. Una lástima.

Dara también es muy inteligente, pero con los chicos es muy tonta. Y excesivamente confiada. Yo se lo había dicho una y mil veces: «Nacho es bueno, sí, pero le gustan demasiado las chicas... Ya sabes, en cuanto una le hace ojitos se olvida de que tiene novia ». fondo ella también lo sabía . es una chica ciega.

Cuando le decía eso de Nacho, sonreía y me decía: «puede que sea un poco lanzado con las chicas, pero me es fiel. Me lo ha prometido».

¡ ERROR ! ¡ ERROR; ¡ERROR!

La promesa de un ligón no vale nada. Menos que nada. Nada dividido por dos y multiplicado por cero.

—Pensé —continuó— que al desaparecer Elizabeth, Nacho volvería a fijarse solamente en mí.

—Pero llegó ella.

“Ella” es Diana. Diana fue la nueva incorporación al grupo después de que Elizabeth decidiera que la magia negra molaba más que la magia de la luz. Y por desgracia para Dara, Diana no solo es guapa, majísima y viste de un modo arrollador, sino que además es una maga alucinante. Y le gusta tontear con los chicos tanto como a Nacho le gusta tontear con las chicas. Se juntaron el hambre con las ganas de comer.

A uno le encanta el flirteo y a la otra más. Ella es la bomba y él un mechero. Gasolina y fuego.

—Me pone muy triste. Es que lo quiero tanto... Y sin embargo él solo tiene ojos para ella.

« Algo más que ojos » pensé .

Yo sabía algo, un pequeño gran secreto. Y es que una tarde, dando un paseo por el parque, vi a Nacho y a Diana besándose en el césped. Y no era, precisamente, un beso de amigos... No, aquello era comerse... ¡Era casi canibalismo!

—Si yo fuera tú —le dije en uno de esos consejos absurdos que intentamos dar las amigas, aunque sabemos perfectamente que estamos hablando con una pared— lo mandaría a freír espárragos.

Me miró. Le temblaron los labios. Apartó los ojos de mí y bajó la cabeza.

A lo lejos, sobre el lago, apareció una de esas descomunales y brillantes naves élficas de velas blancas. El barco arrastraba a un bramante de hielo, una criatura tres veces más grande que una ballena. Los bramantes son considerados animales sagrados por los elfos y por las ninfas. Son tan grandes como los petroleros que surcan nuestros mares, poseen dos aletas traseras y sus cuerpos son rechonchos como los de las ballenas. Se llaman bramantes (en élfico tienen el nombre de *Vliwos*) porque pueden lanzar sus bramidos a decenas de kilómetros de distancia. Que uno hubiera muerto era una mala señal. Una señal terrible.

—A lo mejor estoy exagerando —dijo Dara tras un largo silencio—, yo sé que en el fondo Nacho me quiere. Además, ya sabes que a veces soy muy celosa...

No contesté. ¿Qué podía decirle a mi amiga? El problema principal era que no solamente ella era mi amiga, sino que Nacho también lo era. Estaba en una encrucijada.

Tenía ganas de coger a Dara, zarandearla como a un puñetero sonajero y gritarle: «¡¿DAS CUENTA DE QUE NACHO TE HA ENGAÑADO Y QUE LO VA A SEGUIR HACIENDO?!». Pero sabía que no conseguiría nada más que enfadarla y ponerme de mal rollo con Nacho.

He dicho que una chica enamorada es una chica ciega. Vale, ahora añadid esto otro: una chica enamorada es una chica sorda. Aunque hubiese cogido un megáfono y le hubiera gritado la verdad hasta sacarle el cerebro por la otra oreja, ella me habría mirado con condescendencia, como diciendo: «pobrecilla, no es capaz de ver lo mucho que me quiere Nacho. Tiene sus defectillos, claro, como todo el mundo, pero es mi chico y lo voy a querer siempre».

A veces el silencio es la mejor manera de salir indemne de una tormenta. Dicen que el que calla otorga; yo pienso que el que calla se salva el culo, con perdón.

Después de mirar cómo remolcaban al bramante de hielo hasta el puerto, decidimos que era hora de volver a casa.

—Pronto nos veremos —dijo Dara.

—Sí, tal y como están las cosas no tardaremos en tener alguna misión que cumplir. Y creo que no serán misiones comunes y corrientes, como acabar con un par de vampiros, cazar un espíritu necrófago o deshechizar a un mortal.

Dara se encogió de hombros.

—Pues a mí me gustan esa clase de misiones.

—Sí, a mí también. ¿Te acuerdas del último espíritu necrófago?

—Inolvidable... En fin, oye ¿te apetece quedar un día para dar una vuelta?

—No sé, estoy muy liada.

Era mentira, no estaba liada para nada.

En el hospicio no había nada que hacer y no tenía ninguna gana de estudiar para los exámenes de fin de trimestre. Estudiar nunca ha sido lo mío.

Lo que pasaba era, ni más ni menos, que quedar con ella sabiendo que no iba a ocurrir nada (y creo que no hace falta explicar lo que significa la palabra nada en este caso...) me ponía nerviosa. Es como tener un pastel de chocolate delante y no poder hincarle el diente... Ni siquiera un pedacito pequeño.

No, no quería pasarlo mal.

Ay, ser una chica enamoradiza es una condena.

—Vale —dijo sonriendo—. ¡Hasta luego!

Dara utilizó su runa y regresó a la Tierra. Yo estuve un rato más contemplando el Lago de las Mil Lunas, que es grande como un mar, e intenté que las lágrimas no salieran de mis ojos: no es nada fácil amar a la persona equivocada. Echaba tanto de menos a Elizabeth que el pecho me dolía.

Me sacudí la tristeza y utilicé mi runa para volver.

¡ No os he contado como funciona lo de ir a Úmbator! Los Guardianes, salvo ocasiones muy especiales, lo hacemos a través de Aionuros, el mundo de los sueños. De ello se encarga Morfeo, que es rey de ese mundo. Lo llamamos Rey Sueño.

Cuando nos convertimos en Guardianes, cada uno de nosotros recibe una runa de transporte para ir a Úmbator. Esas runas las fabrica el mismísimo Morfeo. Las runas son medallones dorados del tamaño de una moneda pequeña. Los llevamos engarzados en una pulsera de plata élfica. Para viajar a Úmbator basta con cerrar la otra mano sobre la muñeca en la que llevamos la pulsera y pronunciar nuestro nombre en el idioma de las ninfas, con el que se nos bautiza el día en el que terminamos nuestro entrenamiento. El mío es Vhalesi, que significa *Tortuga de Plata*. A mí me mola.

Morfeo es también el encargado de contactar con los elegidos. Él puede meterse en los sueños de cualquier criatura. Cuando los seres humanos dormimos, entramos en su reino. No solo entramos, es decir, también lo creamos. Nuestros recuerdos, nuestros sentimientos, nuestros miedos y nuestros deseos entran con nosotros y dan forma a ese inagotable y fantástico mundo que es Aionuros. Así, Morfeo conoce nuestros secretos más profundos. También nuestras inclinaciones hacia el bien o hacia el mal.

Por suerte o por desgracia, Morfeo no puede tocarnos. No tiene poder de influir en las cosas de los vivos. Puede interferir, hasta cierto punto, en los sueños que tenemos, pero no puede cambiar nuestros corazones.

No obstante, como nos conoce bien, es capaz de decirle al Consejo de Úmbator quién en un buen candidato para ser Guardián de la luz. Es el encargado de presentar una lista de aspirantes. Luego, una junta de elfos, ninfas y humanos escogen a los elegidos y Morfeo contacta con ellos.

Este sistema de elección no es infalible. A veces se equivocan, pero suelen hacerlo bastante bien.

En mi caso, una noche me eché a dormir y cuando desperté no estaba en la cama del hospicio. Al principio aluciné, claro.

Morfeo estaba sentado en un trono blanco. El trono estaba hecho con los huesos de inmensos animales. Rey Sueño llevaba una larga túnica de un color gris indefinido. A cada movimiento el gris variaba ligeramente; a veces se oscurecía y parecía negro y otras se hacía casi blanco. Era tan extraña que me producía vértigo. Morfeo tiene una larga y lacia melena de pelo blanco. Es un blanco pocho, algo ceniciento. Su rostro es extremadamente delgado. Sus labios son finos, muy finos.

Pero lo peor son sus ojos, ya que no tienen color. Os lo juro, ni una pizca. Carecen por completo de tonalidad y es imposible decir de qué material están hechos. No obstante, sabes que están ahí y que te están mirando y que al mirarte pueden leer tus pensamientos. Es increíble.

Hay que reconocer que el rey de Aionuros es un melodramático sin remedio y que le encanta hacer apariciones espectaculares. Ambos pendíamos sobre un palacio hecho de nubes de arena. Más que un palacio, era una catedral. Una catedral de arena. Los muros, los suelos, las cúpulas, los pilares, los arcos... Todo estaba hecho con arena.

Había grandes ventanales. Desde ellos se veía el cielo infinito. Al mirar por una de aquellas ventanas vi que estábamos a gran altura. Tal vez unos pocos cientos de metros. A lo mejor miles de kilómetros. Quizás el palacio se sostuviese levitando a miles de años luz de cualquier mundo.

¿ Qué importa la distancia en Aionuros?

Después de recomponerme de la sorpresa y del análisis de su mirada, supe que aquello no era un sueño. Al menos no un sueño normal y corriente.

—Hola, Bárbara —dijo.

La voz de Morfeo es confusa. A ver, no es que no se entienda. Simplemente es que es imposible

decir si es grave o aguda, suave o áspera, lenta o rápida... Es algo así como un río de palabras que traspasan tu cabeza y te empapan con su significado.

—Supongo —continuó— que estarás confundida, pero voy a tratar de explicártelo.

Luego estuvo varias horas explicándome muchas cosas sobre el otro lado, sobre la oscuridad, los Guardianes, Úmbator, la magia y un montón de cosas sobre las que ya he dicho algo. Al final me reveló que había sido escogida para ser una Guardiania de la luz y que pronto empezaría mi entrenamiento.

—Espero poder verte alguna vez más. Aunque será difícil, ya que tú no volverás nunca a Aionuros.

— ¿ ?

—Es el precio que has de pagar por convertirte en Guardiania. Jamás volverás a soñar. Tus noches serán oscuras y estarán vacías de sueños, pero a cambio podrás ser una defensora del bien. ¿Aceptas?

Asentí.

Todo aquello sonaba algo tétrico, pero tenía cierto atractivo. Luego comprendí que el mundo de los sueños me iba a ser vedado porque los siervos de la sombra se comunican con el Archimago a través de Noctnuros, el mundo de las pesadillas. Morfeo gobierna el reino de los sueños, que está imbricado con el de las pesadillas, lugar regido por fuerzas oscuras, señores del miedo y de la locura. Si al dormir los Guardianes tuviésemos una pesadilla, el enemigo podría hacerse con nosotros y torturarnos hasta sacarnos la última migaja de información. Sería un desastre.

Morfeo se puso de pie y descendió las escaleras solemnemente. Cuando lo tuve enfrente sentí un escalofrío. De los pliegues mágicos de su túnica extrajo una runa engarzada en una pulsera y la puso en mis manos.

—Con ella podrás viajar a Úmbator a través de mi mundo . informado de ti y se pondrá en contacto contigo para que puedas empezar las clases.

— ¿ ?

—Queda una cosa más. Tengo que hacerte una marca... En la lengua de la magia es una *etsixia* , aunque algunos de tus compañeros anteriores le han dado el nombre de *tatuaje* .

— ¡¿ ?!

—No es un tatuaje corriente, sino uno mágico. Todos los Guardianes de la Luz lo llevan, así pueden reconocerse entre ellos. Si quieres ser una Guardiania deberás llevar también la marca. Solo tú puedes hacerla aparecer.

— ¿ ?

—Exacto. Colocaré mi mano sobre la tuya y en ella quedará tatuada la *etsixia* con la forma de la criatura que más se asemeje a tu forma de ser. ¿Aceptas?

Dudé durante unos momentos. Pero, llegada hasta ese punto era absurdo echarse atrás. Lo miré a los ojos vacíos haciendo un esfuerzo por no caer en el abismo.

—Sí, acepto —dije al fin.

Morfeo puso su mano sobre mi mano derecha. Sentí el frío traspasando mi piel. Luego noté un desagradable cosquilleo. Cuando Morfeo retiró la mano, la marca comenzó a dibujarse. Al principio pálida, sin brillo, pero rápidamente ganó viveza hasta hacerse completamente visible. La miré y sonreí. Se trataba de una tortuga. Mi *etsixia* es una hermosa tortuga de tierra, como Pellizcos, mi mascota.

Tal y como había aparecido de desvaneció.

— ¿ ?

—Cuando termines tu adiestramiento se te dará tu verdadero nombre. Un nombre en la lengua de las ninfas. Solo con él podrás hacer aparecer tu *etsixia*.

Se giró, caminó hacia su trono y sin darme tiempo a despedirme ni a preguntarle nada más me hizo despertar.

Como podéis imaginar, creí que había sido un sueño. Un sueño muy real, sí, pero un sueño al fin y al cabo.

Pero al moverme algo cayó de la cama.

Encendí la lamparita de la mesilla y allí estaba, reluciente y dorada, la runa que me había dado Morfeo.

Orión

Preparativos para un viaje muy especial

Desde el viernes en el que comprobé que Luna decía la verdad, todo fue distinto. Ambos guardábamos un secreto. Uno más, porque entre ella y yo tenemos un montón de secretos. Quince años de amistad dan para mucho.

En fin... Aquel secreto superaba con creces los demás: se trataba de una luz que brotaba del cementerio, solamente en las noches de luna llena. Y siempre a media noche. Alucinante.

Era jueves y seguía haciendo frío, mucho frío. Luna se encontraba más animada. No es que se hubiese olvidado de Jane, pero había ido asimilando que lo suyo era imposible. Estaba sentada en su cama, comiendo de un enorme y ruidoso paquete de patatas fritas. Ella prefiere llamarlas *fritatas*.

—Tenemos que descubrir qué narices es esa luz —dijo.

—Sí. Me imagino.

Contesté que sí, pero en realidad no estaba muy convencido. El «me imagino» era bastante más cierto que el «sí». Vamos, que no me hacía ninguna gracia descubrirlo. ¿Miedo? Mejor llamémoslo respeto. Luna, por el contrario, no tenía ninguna duda al respecto.

—Este domingo es luna llena, iremos a echar un ojo.

— ¿

—No sé, en el paquete pone “sabor queso”. Pero a mí me saben indefinidas.

—Ok. ¿

—Coge.

Cogí una y me la comí. Y cierto, eran sabor indefinido.

— ¿ ?

—No tenemos ningún plan.

—He hecho una lista de las cosas que necesitamos.

Luna había hecho una lista, qué sorpresa.

— ¿

—Coge.

Y cogí. Empezaban a saberme a queso.

—Mira, lo he apuntado todo aquí —dijo mientras me enseñaba un pedazo de papel. Luna escribe cosas en papel, como si fuese del siglo diecinueve—. Necesitaremos una linterna, un móvil, una navaja y unas tenazas.

—Una lista no es un plan.

—Por algo se empieza. A partir de la lista podemos trazar el plan, es muy sencillo: la linterna para iluminar, el móvil para grabar lo que veamos, la navaja por si nos tenemos que defender y las tenazas para abrir la verja del cementerio.

—No quiero ponerme quisquilloso —mentira, claro que quería ponerme quisquilloso. Fue una de esas expresiones que significan todo lo contrario, que evidencian que deseas hacer exactamente lo que estás negando. Es como cuando dices: «oye, colega, no quiero meterme en tu vida, pero...», e inmediatamente después no es que te metas un poco en su vida, sino que te tiras de plancha a criticar todo lo que hace. Luego está esa otra de «a ver, a mí no me gusta hablar mal de

nadie, pero...» y te pones a pelar a quien sea y sacas todos los trapos sucios de su vida—, pero añade pilas para la linterna, llevar bien cargado el móvil y un afilador para la navaja. ¿ otra fritata?

—Coge las que quieras. ¿ ?

—Deberías apuntar también un paquete de *fritatas* indefinidas, están buenas.

—No podemos llevar *fritatas* , son muy ruidosas.

—Si las comes despacio no. El truco consiste en meterte una en la boca y dejar que la saliva la reblandezca.

—No me convences. Al final se termina por morder una antes de tiempo. Un error de ese tipo podría costarnos la vida.

« Podría costarnos la vida » sonaba fatal.

—Dos cosas: Lo de las *fritatas* puede que sea cierto, así que lo mejor será que nos las comamos aquí.

— ¿ ?

—Otro puñado, a poder ser.

—Coge.

Y cogí un buen puñado.

— ¿ ?

—No me acuerdo.

—

como en plan de, «¿

i

—Tal vez una fritata me refresque la memoria.

—Eres un gorrón.

—Sí. Pero un gorrón encantador —apreté los labios y puse ojitos de chico guapo.

Luna se rió.

—Toma el paquete.

Me dio el paquete y sonreí como un niño. ¿No os ha pasado nunca sentir os genial por una tontería insignificante?: ser dueño de una bolsa de *fritatas* , saber un dato absurdo que otros no saben, o que de repente suene tu canción favorita.

—
dicho de i « !
pescuezo. Este domingo, si quieres, en lugar de ir a buscar la luz maléfica podríamos..., no sé, ir al cine, dar una vuelta por el parque, vaya, cualquier cosa que no conlleve un riesgo de muerte.

—No podemos volvernos atrás.

— ¿ ?

—Porque ya he hecho una lista —me miró como diciendo «¡ »
— ¿Me das una fritata?

—Coge.

Y cogió una. Me había convertido en el Señor de las *fritatas* .

—No es solo por la lista. Imagínate que descubrimos algo alucinante, algo que cambia el rumbo de la historia. Pero bueno, si no quieres venir, no vengas, yo voy a ir de todas maneras. Esto no se puede quedar así.

Sabía que iría. Cuando a Luna se le mete algo en la cabeza es imposible sacárselo. Vamos, ni con sacacorchos. Y menos si hay una lista de por medio.

Así que me resigne, ¿qué podía hacer? ¿Dejarla sola?

—Está bien, iré. Pero con una condición.

Me miró y sonrió de medio lado.

—No hace falta que lo digas, quieres que llevemos el maldito paquete de *fritatas* .

—Si no hay *fritatas* , no voy.

—Eres como un chiquillo.

—Mucho peor.

No penséis que le daba tanta importancia a las *fritatas* . Pero al menos conseguía algo, es decir, que ella diera el brazo a torcer. De lo contrario Luna se llevaría todo el mérito.

— ¡ !

—Medianoche —dijo con retintín— suele ser por la noche, ¿para qué narices quieres unas gafas de sol?

—Es por la luz espectral. A lo mejor las gafas nos protegen los ojos de los rayos mortales.

—Es absurdo.

—Posiblemente, pero el hecho de ir a un cementerio para inspeccionar una luz es de por sí bastante absurdo. Además, las gafas de sol siempre molan. Si la luz infernal demoniaca y satánica nos devora el alma y nos deja más secos que una pasa, ¿no molaría que la policía nos encontrase con unas gafas bien chulas? Hay que saber morir con estilo.

—No tiene ningún sentido, pero vale.

Y fue como quise, porque añadió las gafas. Y lo que está en una lista de Lu no puede desaparecer. Nunca.

Ya teníamos la lista completa. ¿Plan? No, el plan no lo hicimos. Confiaba en que ella lo prepararía para el domingo. Yo, mientras tanto, me dedicaría a hacer cosas sin importancia. Como siempre.

Pero en el último momento tuvo una idea genial. Una idea horrible. ¿Puede ser una idea genial y a la vez horrible? ¡Sí, claro! Sobre todo, si en esa idea se conjuga el nombre de Robot Rock con el de Luna.

Ya estaba poniéndome el abrigo para salir de su cuarto cuando lo dijo.

—Deberíamos ir a ver a Robot Rock, tal vez nos pueda dar alguna pista. Ya sabes, él sabe de estas cosas.

—Odias a ese tío.

—Claro, y él me odia a mí. ¿Qué problema hay?

Me encogí de hombros. Hay frases de Luna tras las que no se puede contestar absolutamente nada. Te dejan noqueado. Intenté salirme por la tangente.

—No le he dado un beso al peluche.

Se abrazó al dragón y lo achuchó con fuerza.

—El peluche tiene nombre. Llama a Robot Rock y queda con él. Vale que es un tío raro, pero el colega ese suyo sabe mucho de cosas paranormales.

Me seguí haciendo el sueco.

—Es verdad, el dragoncito se llama Gomy. Bueno, el domingo nos vemos. ¡Hasta luego, Gomy!

—Llámalo y queda con él —insistió.

— ¿ ? ¿ ?

Me miró. La miré. Nos sostuvimos las miradas como en las películas esas del oeste que ven los viejos. Juraría que hasta Gomy me miró desafiante.

—Si no lo llamas me enfadaré.

— ¿ ?

—Te odiare.

—Me da igual, tengo un montón de amigas.

—Son todas idiotas.

Se tumbó en la cama y lanzó al peluche al aire. Gomy cayó sobre sus manos con suavidad. Suspiré resignado. No había escapatoria. Debía llamar a Robot Rock.

—Vale, lo llamo y quedo con él.

—Ok. Eres un encanto.

—Sí, sí... —Dije mientras salía de su cuarto.

BÁRBARA

Una ninfa en el vértice

Después del encuentro en el Palacio del Último rey no pasó nada destacable. Todo estaba en calma. Lo que yo no sabía era que se trataba de la calma que precede a la tormenta. ¡Y menuda tormenta!

Hasta entonces no tuve noticias de Úmbator. Aunque somos Guardianes y poseemos las runas para viajar al otro lado, no tenemos permitido hacerlo sin el consentimiento del Consejo, ya que es peligroso.

Cuando quieren ponerse en contacto con un Guardián mandan a uno de los suyos y nos encontramos en los sueños. Bueno, no es exactamente en el mundo de los sueños, porque como he dicho, los Guardianes no podemos entrar en Aionuros. Digamos que nos vemos en la frontera entre nuestro mundo, el mundo de los sueños y Úmbator. Lo llamamos el Vértice . no está en ningún sitio y a la vez es el lugar en que se encuentran los tres mundos.

Siempre me encontraba con Ilaiesis, un elfo muy simpático. Decir que un elfo es simpático es como decir que has conocido a un belak que no te llama gusano con patas cada vez que te ve. Asombroso.

Pero Ilaiesis lo era. Era un elfo encantador encargado de transmitirme las órdenes. La última vez que lo vi fue tres meses atrás, cuando me dijo que teníamos que acudir a la gran reunión de Sionsen. Desde entonces ni rastro de él. Una semana antes del 24, en lugar de Ilaiesis, en el vértice me esperaba una ninfa llamada Exteyie.

Hay muchas cosas que me gustan de las ninfas, pero lo que más, con diferencia, es que son de mi misma altura.

Simplemente genial.

Exteyie es una ninfa del corazón de Kiental (un bosque impresionante que hay en Úmbator). Es una de las pocas ninfas de esa zona de Kiental que tiene contacto con el resto de Úmbator. Las ninfas del este y del oeste de Kiental son abiertas y se relacionan con otras razas, pero las que viven en el corazón del bosque no suelen salir mucho. Se dice que ningún ser humano, elfo o cualquier otra criatura ha estado jamás en ese lugar. Es un lugar sagrado.

Sagrado y peligroso. Tremendamente peligroso.

Exteyie tiene, como todas las ninfas, la piel ligeramente brillante. Si te acercas mucho puedes ver que por sus venas no circula sangre, sino billones de diminutas esferas de luz. Exteyie tiene la piel rosada. Su pelo es azul claro y lo lleva recogido en decenas de trenzas.

Aquella noche llevaba una escasa armadura de cuero verde que tapaba apenas sus pechos y sus “partes”, ya me entendéis. A la espalda cargaba un arco inmenso de madera y plata. Las flechas, con penachos de pluma de águila, sobresalían por detrás de su cabeza e irradiaban una fantasmal luz azul. Eran flechas de Kiental, imparables. No hay armadura capaz de detenerlas.

—Hola, Vhalesi. Me envía Yixa, nuestra reina, para transmitirte órdenes importantes —dijo muy formal.

Demasiado formal para ser una ninfa.

— ¡ !

Al principio estuvo seria. Pero una ninfa es incapaz de estarlo durante mucho tiempo.

Son juguetonas por naturaleza.

— ¡ !

Supuse que le habrían dicho que contactar conmigo era muy importante, así que trató de hacer que nuestro encuentro fuera algo grave y prudente. Pero mi sonrisa y mi forma de decir « » la sacaron de su disfraz.

—Eres muy guapa —me dijo.

Nunca creáis a una ninfa si os dice que sois guapas. Siempre dicen lo mismo. Para ellas todas las chicas son guapas. ¿Y los chicos? De los chicos no dicen nunca que son guapos, aunque les gusta abrazarlos y espachurrarlos como si fuesen peluches.

—Gracias —sonreí.

Nos quedamos unos segundos mirándonos como tontas. Ambas sonreíamos y nos contemplábamos sin decir nada, así, asintiendo levemente con la cabeza.

—Si quieres —dijo al rato—, puedo cantarte una canción.

Eso era nuevo.

Ilaiesis me contaba alguna noticia sobre Úmbator, y a veces charlábamos de cosas sin importancia, pero nunca me había cantado. Yo había escuchado que las ninfas tenían una voz preciosa y que a su lado la música de los elfos (de por sí legendaria) sonaba como un cuervo borracho tocando una trompeta bajo el agua (esa comparación no forma parte de la historia de Úmbator, es invención mía...).

— ¡ , !

Entonces entonó una preciosa canción sobre un dragón.

***Bajo la sombra de las montañas, más allá del bosque sagrado, donde el sur se hace
agreste, Y los árboles se desvanecen en la niebla***

***Vivía oculto a la vista de las ninfas, un gran dragón de la antigüedad cuyo nombre era
Qiuepuq, que calcinaba bosques con su aliento***

***El Innombrable le robó el corazón ,
vive oculto en las montañas de la sombra***

Aplaudí y le di las gracias. Exteyie se puso tremendamente contenta y volvió a decirme que era la chica más guapa que había visto nunca.

—Me encantaría que conocieses el lugar en el que vivo. Los árboles crecen tan altos como torres y la luz de sus hojas lo ilumina todo, baña la tierra y la inunda con su magia. Mi casa está en lo alto de un badendro de más de cien metros de altura. Desde allí se ve todo el bosque, es como mirar un océano verde. ¡Ah, y los árboles rojos! —colocó las manos a la altura del corazón y suspiró— ¿Has visto los árboles rojos?

—No.

— ¡ ! ¡
iluminan como si el fuego anaranjado de Galash ardiese en su interior.

—Los humanos no podemos entrar en el corazón de Kiental.

— ¡ !
invitada! ¡Sí, claro que sí! ¡Te acaba de invitar tu amiga Exteyie!

Dio unas palmadas, tarareó una melodía y pronunció unas palabras en la lengua de las ninfas. Mi corazón latió con más fuerza y sentí que una energía renovadora barría todo mi cuerpo.

— ¿

—Te lo prometo.

Volvió a pronunciar algo en su idioma y pensé que nunca antes había sido tan feliz como en aquel momento. Por unos instantes, las demás cosas del universo me parecieron absurdas. Comparado con la idea de visitar el hogar de las ninfas, cualquier asunto resultaba trivial.

— ¡ !

—Dicen que es peligroso.

—No para una amiga de las ninfas. Y tú eres mi amiga y yo soy amiga de todas las ninfas de Kiental y de Úmbator y de todo el universo.

Las ninfas son las únicas criaturas que jamás han luchado las unas contra las otras. Solamente las terribles ninfas oscuras, pervertidas por el poder sombrío, han atacado a otras ninfas. Pero esas criaturas ya no son ellas, sino solo la sombra, nada más que un vago y tenebroso eco de lo que fueron. Recordé aquello que nos habían enseñado sobre ellas y una duda se instaló en mi corazón.

— ¿ ?

Exteyie se ensombreció. El rosa mágico y brillante de su piel se oscureció y la ninfa brilló con un color anaranjado. Un naranja precioso, pero también cargado de tristeza y de dolor.

Un dolor profundo.

—El Archimago —su voz se afiló y en sus ojos creció una tímida franja vertical, como de serpiente. El color de su piel se hizo rojo. Rojo sangriento—, ese maldito ser nacido en la sombra... Un día pagará por todo el mal que ha hecho a las ninfas, pagará por todo el mal que ha hecho a los elfos, pagará por todo el mal que ha hecho a los humanos y a las bestias y a los árboles —el volumen de su voz aumentó y aumentó y yo comencé a sentir temor—. ¡ que lo pagará !

Y de pronto su piel volvió a ser rosada. Sus ojos tornaron al blanco completo y su voz se asedó. Al mirarme sonrió con ternura.

— i ! ¿ ?
Es solo que el Archimago me enoja... Hum... me pone de mal genio.

No hizo falta nada más. En lo más profundo de mi corazón sabía que aquella ninfa jamás me dañaría.

—Lo sé —dije sonriendo.

— i !
azul. La lanzó al cielo sin estrellas, ni nubes, ni materia del Vértice y la bola explotó como un fuego artificial. Luego cayó sobre nosotras una cortina de chispas que al caer se convertían en charquitos dorados—. ¡Es hora de que oigas lo que me han encomendado decirte! ¿Estás lista? Dicen que los humanos tenéis mala memoria.

Me reí y le di la razón.

—Pero —le dije— no te preocupes, porque de esto no me voy a olvidar.

—Bien. Pronto, muy pronto, un muchacho joven entrará en tu vida. Yo esto no lo sé, son palabras de Kordther. Bueno, es posible que mañana mismo lo encuentres. Él es el augur que estás esperando. Te ayudará a encontrar al Elegido.

Kastel ya me había advertido de aquello dos meses atrás, en el Palacio del Último Rey, por lo que su anuncio no me cogió por sorpresa. Aunque eso no lo hacía más sencillo. Me preocupaba ser la encargada de llevar a cabo una misión tan importante.

—Una vez hayas dado con él —continuó—, tienes que utilizar estas runas que Morfeo ha creado —extrajo dos runas de una bolsita rosa y me las entregó—. Te permitirán unirse al augur mientras está dormido. Tienes que esperar a que se duerma, colocar una de las runas junto a su corazón y utilizar la otra para viajar a sus sueños. Allí podrás hablar con él, convencerle de que eres una Guardiania y de que necesitamos sus poderes para acabar con el mal.

—Morfeo me prohibió viajar a Aionuros.

—Te introducirás en su sueño, no en el mundo de los sueños. En cuanto coloques la runa junto a su corazón, penetrarás en su mente. Tienes que tener cuidado, porque los sueños de los augures son lugares inestables... podrías morir. ;

— ¿ ?

—No podrás salir hasta que lo encuentres y él mismo te permita abandonar su sueño. La mente de un augur es poderosa, Vhalesi, si intentases despertar sin su permiso podrían ocurrir dos cosas: que no fueras capaz y quedases atrapada, o que destruyeses al muchacho.

Aquello era espantoso.

— ¿ , ¿
Morfeo no se introduce en sus sueños, como ha hecho con el resto de Guardianes a lo largo de la historia?

—Los sueños de los augures son imprevisibles porque ellos mismos son imprevisibles. Su realidad no es exactamente como la de un humano común. Es como si estuviera hecha de arenas movedizas. Morfeo es poderoso. Es casi un dios; posiblemente una de las criaturas más fuertes de todo el universo. Sin embargo, un augur puede provocar interferencias hasta en el mundo de Rey Sueño. Afortunadamente son poco frecuentes y Morfeo los detecta en cuanto nacen. Entonces, crea para cada uno de ellos un mundo dentro de su mente, para que sus sueños no se extiendan. ¿Recuerdas cuando hablaste por primera vez con Morfeo?

Asentí.

—Seguro que recuerdas sus ojos. Sus ojos son increíbles —la ninfa sonrió y dibujó con sus manos dos círculos mágicos que quedaron pendidos en el aire durante unos instantes—, son como dos universos inabarcables. Estoy segura de que cuando lo miraste no pudiste ver nada.

—Fue como mirar al vacío.

—Exacto. Ni tú, ni yo, ni el más poderoso de los magos puede comprender esa mirada tan magnífica. Pero resulta que un augur puede ver algunas cosas dentro de sus ojos. Los Augures saben lo que ha pasado, cosas que están pasando y cosas que pasarán; son capaces de ver más allá de la tupida cortina del tiempo. El augur con el que has de contactar te ayudará a encontrar al Elegido —el blanco de sus ojos brilló y su piel se oscureció levemente.

— ¿ ?

Se encogió de hombros.

—Muy pronto.

Me dio una daga y una poción.

—Me las ha entregado personalmente Ilza —por aquel entonces yo todavía no conocía a Ilza. Diana sí. Todo lo que me había dicho sobre ella era maravilloso: que era una gran maga, que su poder era, tal vez, comparable al de Kordther, pero que a pesar de ello era divertida y súper maja —. Me ha dicho —continuó— que la daga es un regalo de los elfos de Sionsen, con ella podrás defenderte de las sombras cuando sea necesario. Pero no uses ninguno de los dos objetos en tu primera incursión. Ilza asegura que los necesitarás cuando estés con el Elegido. Por cierto, la poción es extremadamente inestable. Tendrás que tratarla con mucho cuidado si no quieres que explote.

— ¿

Exteyie apretó los labios, giró un poco la cabeza hacia un lado y esbozó una de sus inocentes sonrisas.

—Ni la más remota idea.

— ¿ ?

—No. Al preguntarle por su utilidad me dijo que era mejor que no lo supieras antes de tiempo. Lo único que me aseguró es que es muy inestable y que la usaras solo cuando no quedase otro remedio, cuando quisieras alcanzar algo muy deseado y no encontrases otra forma de hacerlo. ¡Ah! Dijo algo así como que: «el corazón puede equivocarse, pero nunca miente» y que no llevases estos dos objetos mágicos al mundo de los sueños hasta que yo te lo dijese.

No entendía nada.

—Por lo menos te diría cómo se utiliza.

—No.

—Genial —puse las manos sobre las caderas—, tengo una poción extremadamente peligrosa, pero ni idea de para qué sirve, ni cómo utilizarla.

— ¡ ! ¡ !

« A mí también , —pensé— pero el día de mi cumpleaños, no a la hora de enfrentarme a los esbirros del Archimago ».

— ¿ ?

—
runa de cristal—. Cuando encuentres al Elegido, ponla en tu mano y pronuncia su nombre, así sabrá dónde ha de enviar a Ilza.

La runa estaba helada.

—Vale, así lo haré.

Nos despedimos con un abrazo. Cuando me achuchó sentí un viento cálido. Yo también quise espachurrarla, pero al hacerlo su cuerpo hizo ¡Plop! Y desapareció con un eco de risas de niña pequeña. Una pasada.

Al regresar sentí un vacío en el corazón.

Exteyie tenía algo que me hacía sentir como en una burbuja. Una burbuja maravillosamente dulce y apetecible, como uno de esos primeros días de primavera en los que el sol te hace sentir bien.

Fuera como fuese, pasé el día sonriendo.

ORIÓN

Robot Rock

La casa de Robot Rock es un chalecito (si es que a una parcela destartalada entre dos descampados se le puede llamar así) con las paredes exteriores, es decir, las que dan a la calle, forradas de espejos. Bien, por si alguien no lo ha leído bien, voy a repetirlo: la casa de Robot Rock tiene los muros exteriores llenos de espejos. Para fliparlo.

Diré (con la boca muy, muy pequeñita) que además de ser el tío más raro del mundo, también es mi primo. Primo segundo por parte de madre. Dicen que la familia nos la da la suerte y a los amigos los escogemos nosotros. Por algo será.

Faltaba un día para el domingo. Según las teorías de Luna, el domingo sería el día en el que o bien moriríamos o bien pasaríamos a la historia de la humanidad. Cuál de las dos opciones era la más posible, no lo sabíamos. Esperábamos que el colega de Robot Rock nos dijese algo.

—Este tío está chalado —dijo Luna mientras subíamos la calle que lleva hasta Robotland, que es el nombre que Robot Rock le puso a su casa.

Luna estaba oculta detrás de un montón de capas de ropa. Era primera hora de la tarde y, aunque no hacía mucho frío, Lu estaba helada. Yo le he aconsejado que se haga un análisis de sangre

para ver si en verdad tiene sangre; es posible que por sus venas circule zumo de fresa, porque no es normal ser tan friolera.

— ¿ ?
que fue idea tuya venir a verlo.

—Sí. Seguro que su colega nos dice algo interesante.

Robotland es un garito de cincuenta y tres metros cuadrados. En la parte de atrás tiene un corral con maceteros que hacen las veces de huerto y una jaula con tres gallinas que nunca han puesto un huevo. Robot Rock pegó espejos en todas las paredes de Robotland en un intento de darle un toque moderno. Así como espacial, yo qué sé, un poco en plan rollo robótico.

El problema es que los que se criaron en los años ochenta tienen un concepto algo raro de lo que es moderno. Robot Rock (que tomó su nombre de la canción de un grupo de música electrónica llamado Daft Punk) tiene su casa atestada de posters de grupos rarísimos que ya no escucha nadie, carteles promocionales de películas insufribles con efectos especiales de cartón como *Terminator*, *Robocop*, *Depredador* o *Desafío Total* y videoconsolas de cuando las televisiones no tenían mando a distancia. Tiene treinta y cinco años y se quedó atascado entre los ochenta y los noventa. Lo único que me mola de su casa es que es un museo de las cosas retro.

Es como viajar en el tiempo.

Llamé al timbre y sonó la maldita melodía de *Star Wars*. Escuchamos ruidos y en seguida se abrió la puerta. Robot Rock llevaba su habitual camiseta de Michael Jackson, unos pantalones de chándal y una gorra con mensaje. Robot Rock, cuyo nombre real no recuerdo, tiene verdadera afición por las gorras con mensajitos. La mayoría carecen de gracia (al menos si has nacido en el tercer milenio), pero la que llevaba aquella tarde era graciosa. El lema decía: «AQUÍ DENTRO NO HAY NADA ».

—Muy acertado —dijo Luna señalando la gorra.

—Vaya, vaya, vaya —saludó con retintín—, si ha venido la parejita de novios.

—No somos novios —dijimos al unísono.

Nos miró enarcando las cejas, abriendo mucho los ojos, apretando los labios y echando la cabeza hacia atrás y un poco hacia arriba y de lado. Es un gesto que le hace parecer estúpido, pero él se empeña en repetirlo muchas veces como si fuese gracioso. Lo llama su mirada Dalí. Cuando le pareció que ya había hecho el estúpido lo suficiente añadió algo más .

—Pasad a mi humilde morada, forasteros.

Entramos. El pasillo estaba lleno de posters y de porquerías del pasado. Nos llevó hasta el cuarto de estar. Nos sentamos en un sillón de dos plazas. Luna se quitó algunas de las capas que cubrían su cuerpo y apareció ella, más o menos, pues aun dentro de Robotland tenía frío. Lo dicho, súper friolera .

Robot Rock movió una silla, la colocó enfrente de nosotros y se sentó con gesto serio. Mirándonos con el ceño fruncido, habló con voz solemne.

— « ,
peligros más grandes o en una misión más urgente ».

Luna me miró y puso cara de interrogante.

—Es un fragmento de El Señor de los Anillos —apunté.

Robot Rock sonrió.

—Exacto. Son las palabras con la que Elrond de Rivendel comienza el concilio y...

— ¡
novela. Te aseguro que me encantaría escuchar vuestras bobadas, pero no he venido a perder el tiempo.

Robot Rock tiene tres grandes pasiones. La primera, las películas de ciencia ficción de la era del VHS. La segunda, la música de Michael Jackson. Y la tercera, aunque no por ello la menos importante, el Señor de los Anillos.

De ahí no lo sacas. Siempre que tiene la ocasión (y aunque no la tenga se la inventa) aprovecha para largar un discursito de abuelo cebolleta sobre las maravillas de los ochenta-noventa en comparación con la mediocridad actual.

—Los jóvenes de hoy en día no tenéis ni puñetera idea de lo que es la buena literatura —se levantó enfadado y fue hasta la cocina sin dejar de refunfuñar—, ni tampoco de lo que es la buena música, ni de películas ni de nada —volvió con tres refrescos. Los dejó sobre la mesita y siguió un rato despotricando.

— ¿ ?

—Sí, sí... —Contestó de mala gana.

—Oye, Robot —Luna me dio un golpecito con la pierna disimuladamente— ¿Cómo está tu novia?

Tuve que hacer acopio de fuerza de voluntad para no partirme de la risa. Robot Rock dice tener novia. Palabras textuales: «una tía que te pasas de buena». Nunca la hemos visto, aunque él siempre habla de ella. Teníamos serias sospechas de que no existía más allá de su imaginación.

Se mesó la barbilla.

— ¡ ...!

— ¿ ?

—Cosas. No sé, algo de comida o... no me acuerdo.

—Un día —yo también metí un poco de cizaña, no iba a ser menos— tienes que presentárnosla. Tenemos ganas de conocerla.

—Ya... sí, claro —abrió su refresco, bebió y dejó otra vez la lata en la mesa—. Lo que pasa es que es una tía súper liada, está todo el día de aquí para allá y tal. Tiene un trabajo que uf... es una tía mogollón de inquieta... sí, o sea, súper liada.

—Entiendo. Súper liada —dijo Luna.

—Eso es, pero os prometo que en cuanto pueda sacar un rato, os la presentaré...

Se volvió a levantar como un muelle y fue hasta el tocadiscos. Para los que no lo sepan, el tocadiscos es una cosa grande e incómoda que se utilizaba hace un montón de años para oír vinilos. Según Robot Rock (y un ejército de nostálgicos sin solución) el vinilo es el mejor formato musical. Yo tengo la opinión de que las antiguallas tienen que estar en los museos.

— ¡ !

Luna cerró los ojos y se masajó las sienes haciendo círculos.

—A ver si lo adivino... vas a poner algo de... sí, casi lo tengo en la mente... ¿Michael Jackson?

Robot Rock, que pasaba olímpicamente de Luna, sacó un vinilo de la estantería, lo puso encima de su cabeza y expuso la portada como quien muestra un objeto sagrado.

—Mirad, el mejor disco de la historia del Pop.

Ni Luna ni yo dijimos nada. Observamos unos segundos el vinilo y efectivamente vimos a Michael Jackson en la portada. Iba vestido con una cazadora de cuero y con un montón de cadenas y de cremalleras.

—No hace falta que lo pongas —dije.

Pero lo puso. Abrió la tapita del tocadiscos, levantó la aguja con muchísimo cariño, sacó el vinilo de la funda con el cuidado de un cirujano y lo colocó muy despacio. Luego llegó el chisporroteo de la aguja y empezó a sonar *Bad*, el primer tema del disco. Robot Rock cerró los ojos y hizo algo parecido a bailar. De tan patético resultaba hasta entrañable. Sus movimientos recordaban a un zombi al que le diesen corrientes eléctricas de forma irregular. Cuando se puso la mano en el paquete y dio el típico grito Jackson fue el colmo de lo horterero.

—Muy educativo —dijo Luna. Abrió su refresco y le dio un traguito muy pequeño. Mi amiga tiene una forma muy peculiar de beber, siempre lo hace a sorbitos—, pero tampoco queremos que nos enseñes tus hortereros pasos de baile.

—Jóvenes... —suspiró—. A Jaqueline le encanta que baile imitando a Michael Jackson —dio otro grito y movió las caderas hacia delante.

—Una tía dura, por lo que se ve —apunté.

— ¡
mejores tías son las que nacieron en los ochenta. Sí, son las que saben de buenas pelis y de buenos videojuegos... Jaqueline es capaz de pasarse el *Súper Mario* con los ojos cerrados mientras hace *cover* sobre un tema de Ice Cube. Ahora, en cambio, las chicas son... en fin, son como son... —Miró a Luna con cara de «qué pena de muchacha»—. Bueno, ¿de qué queréis hablar?

—De cosas de ultratumba —dije con cara de interesante.

Robot Rock asintió.

— ¿ ?

—Sí, nos importa —dijo Luna.

—Entonces la dejo —sonrió y se sentó. Entrecerró los ojos y miró hacia los lados con gesto de sospecha—. Así que os ha traído un asunto de ultratumba... bien, bien, conozco a la persona perfecta para ese tipo de cosas.

—Supongo que hablas de Áng...

— ¡

Luna miró alrededor.

—No está aquí. No puede oírnos.

En los labios de Robot Rock se dibujó una sonrisa de superioridad.

—No estés tan segura. Él puede oír cosas que tú y yo jamás podríamos...

— ¿ ?

Robot Rock se levantó gruñendo, apagó el tocadiscos y cogió su móvil. En lugar de un teléfono de última generación, como todo el mundo, tiene un viejo Nokia de teclas. Supongo que así se cree más guay .

—Hola —dijo cuando descolgaron al otro lado. Parloteó durante un rato cosas como «sí», «es un tema serio» o «se trata de Ori y su novia» hasta que colgó.

—No es mi novia —le dije.

—Me da igual lo que seáis —dijo quitándole importancia con un gesto de sus manos—. Él vendrá dentro de un rato. También vendrá... —miró otra vez a los lados con cara de sospecha—. Ella.

—Ella —murmuré—, ¿quién es ella?

—Ella es el oráculo. Sin ella mi colega está ciego, no puede ver las cosas del más allá. Ella es...

mejor no decirlo.

Durante el rato de la espera Luna se mantuvo en silencio. Yo me entretuve hablando de estupideces con Robot Rock. En un momento dado sonó la melodía de *Star Wars*.

—Ya está aquí —sentenció.

Oímos la puerta y las voces que provenían de la entrada. La voz de Robot Rock se mezclaba con la de su colega. Su colega se llama Ángel de las Tinieblas. Yo había oído a Robot Rock hablar de él, pero nunca lo había visto.

A ella tampoco.

Cuando entraron en el salón, Luna y yo nos quedamos boquiabiertos. Ángel de las Tinieblas era un tío de treinta y pocos años, alto y fuerte. La melena, negra como la noche, le llegaba hasta los hombros. Tenía los ojos verdes. Iba todo de negro. Molaba mucho la gabardina de cuero con cadenas. Se la quitó y se quedó en mangas de camisa; una camisa de seda negra que marcaba unos brazos bastante musculados. Los tatuajes cubrían todo lo que se veía.

Aunque Ángel de las Tinieblas iba deslumbrante, ella tampoco se quedaba corta.

Era una tía casi tan alta como él, aunque mucho más joven. Iba completamente vestida de blanco, como con un vestido de novia así mitad rollo gótico-medieval y mitad tecno-punk. Una pasada. Un velo semitransparente cubría parte de su melena decolorada, súper blanca. Los dos mechones delanteros los llevaba teñidos de rojo. Sus ojos eran negros como el pelo de Ángel. Las mangas del vestido eran excesivamente anchas y de sus manos solo quedaban al descubierto las uñas. En el escote llevaba un colgante en forma de ojo; un ojo de cuervo de piedra negra y ribete plateado.

Ambos olían como a rosas pochadas.

—Este es Ángel de las Tinieblas —presentó Robot Rock—. Y ella es Elizabeth, el oráculo.

—Hola, soy Ori —dije.

—Esto... Hola, me llamo Luna —la noté un poco desconcertada. Miraba a la pareja con los ojos como platos. Yo también estaba alucinado, pero lo disimulaba mejor.

Ángel de las Tinieblas nos saludó con un ligero asentimiento de cabeza. Ella no dijo nada, se limitó a mirarnos fijamente durante unos segundos. A mí aquellos ojos me resultaban hipnóticos; grandes, oscuros y profundos.

Robot Rock puso sendas sillas enfrente de nosotros, corrió la suya y la puso a un lado. Elizabeth se sentó a la izquierda. Ángel de las Tinieblas a la derecha.

—He traído esto —le dijo a Robot Rock mientras sacaba un CD del bolsillo de su gabardina. Su voz era áspera, pero no llegaba a ser desagradable.

« Al menos no ha traído un vinilo» pensé.

— ¿ ?

—Marilyn Manson, su primer disco.

« Genial, más música del siglo pasado... ». Robot Rock puso el CD en el equipo y empezó a sonar una música oscura y densa .

— ¿ ? ¿ ?

Podía sentir los ojos del oráculo traspasándome el cerebro. Le di un golpecito a Luna en el hombro.

—Es ella la que lo descubrió.

Entonces la miró a ella. Los ojos de la chica continuaron clavados en mí. Su mirada comenzaba a resultar inquietantemente embarazosa. A lo mejor parece una locura, pero juraría que no solo sus ojos me miraban, de alguna manera, sentía como si su colgante también me observase.

— ¿ ?

Luna se aclaró la garganta, me dedicó una sonrisa que venía a significar «gracias por pasarme el marrón».

—Desde mi cuarto se ve el cementerio...

—Los cementerios son hermosos —apuntó Ángel.

—Sí... supongo que sí —continuó Luna—. La cuestión es que desde hace un tiempo he venido observando que, una vez al mes, cuando hay luna llena y siempre a medianoche, surge una luz del centro del cementerio.

Ángel de las Tinieblas se retrepó en la silla y cerró los ojos. Después de un buen rato en silencio, cuando yo pensaba que se había quedado dormido, abrió los ojos y le susurró unas palabras a Elizabeth al oído. Ella escuchó atenta. En su rostro no apareció ni la más mínima sombra de emoción. Ángel se dirigió a nosotros de nuevo.

— ¿

—No.

He de decir que durante todo ese rato, su novia, o lo que fuese, no dejó de mirarme. Sus ojos eran tan negros... Entonces Ángel me habló.

—Y tú, Ori, ¿algo que añadir?

—Creo que no.

— ¿ , ?

—Puede que se trate de un portal... sí... un portal a otro mundo. Una puerta al otro lado, un arco que comunica con los mundos del más allá. Hay un libro muy antiguo que habla de estas cosas. Algunos lo llaman la Biblia Oscura, otros el Libro de los Muertos... pero su verdadero nombre es el de *Nemkrod*. Su nombre proviene de una lengua de tiempos remotos, una lengua más antigua que el sanscrito o el griego, más antigua incluso que los hombres. Según cuenta la leyenda, es el idioma que utilizaban los demonios cuando la Tierra estaba sumida en las tinieblas —al ver mi cara de incredulidad, esbozó una sonrisa maliciosa—. Sí, lo sé, seguro que no me creéis. Opináis que esto es una sarta de chorradas, estaréis pensando que estamos locos... Bien, podéis seguir creyendo las tonterías que os han contado hasta ahora, o bien podéis abrir vuestras mentes a la verdad. Hubo un tiempo en el que nuestro mundo era un lugar oscuro, tenebroso, un infierno de maldad. Los demonios eran los amos de la existencia y los humanos vivían confinados en agujeros, escondidos, perseguidos.

—Y llegó Dios —interrumpió Luna con retintín—, hizo la luz y expulsó a los demonios.

Ángel de las Tinieblas soltó una risotada .

—
galaxia. De él solo quedaba un vago eco de su poder, jirones de una gran explosión. Nadie sabe quién echó a las fuerzas de la oscuridad y las relegó al inframundo, aunque en el *Nemkrod* se habla de semidioses de los mundos del otro lado.

Todo aquello me sonaba bastante estúpido, a pesar de la seriedad con la que Ángel lo contaba. Esa seriedad, tan diferente a la forma de ser de Robot Rock, me llamaba poderosamente la atención.

¿Cómo un tío de estilo de Robot puede tener colegas como Ángel de las Tinieblas?

—Cabe la posibilidad —prosiguió— de que la luz provenga del otro lado. Tal vez alguien esté intentando abrir una brecha entre la Tierra y otros mundos. No creo que sea casualidad que coincidan la medianoche y la luna. A las doce en punto de la noche es cuando se cierra la energía del día que muere y se abre la del día que comienza. Cuando la luna está llena, esa energía se condensa, como cuando concentramos la luz del sol con una lupa en un solo punto. Ese es el momento ideal para abrir portales de comunicación entre los mundos. Las tumbas son excelentes vías de comunicación.

« Excelentísimas » pensé con burla .

Entonces ocurrió algo que me dejó de piedra.

La tensión de la red eléctrica pegó un subidón y una de las bombillas estalló.

¡ Pum !

La música se apagó. Quedamos en la penumbra. La luz del atardecer entraba por las rendijas de la persiana como rayos de sangre.

La chica, como si me hubiese leído el pensamiento, habló con voz susurrante.

—Es una imprudencia burlarse de lo desconocido. Y tú deberías hacerlo menos que nadie, Orión, pues presiento que tu destino está tomando forma —sus palabras quedaron suspendidas en el silencio del salón.

¿ Cómo podía ser una voz tan dulce y a la vez tan tenebrosa ?

— ¿

Cerró los ojos y respiró profundamente. Luego los abrió, pero no dijo nada. Fue Ángel quien tomó la palabra.

—No podemos decirnos nada más, pero volveremos a vernos. Muy pronto. Y si queréis un consejo, creo que lo mejor es que no perdáis de vista la luz... puede que os conduzca a un lugar maravilloso —ambos se miraron, se levantaron, se cogieron de la mano y sin despedirse se marcharon de casa de Robot Rock.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, la luz volvió. ¿Casualidad?

—O, como le dijo Gandalf a Frodo Bolsón: «ni el más sabio conoce el fin de todos los caminos» —añadió Robot Rock, logrando borrar de un plumazo, con su estupidez, el ambiente que habían creado Ángel de las Tinieblas y Elizabeth.

— ¿ ?
encontraste?

Robot se encogió de hombros.

—Un día se presentaron en mi casa. Yo estaba con Jaqueline jugando a la Súper Nintendo, sonó el timbre y al abrir la puerta allí estaban. De vez en cuando vienen y charlamos un rato. Ángel de las Tinieblas sabe mucho de música de los noventa y cosas que molan . ella habla. Puedes estar orgulloso, Ori, has hecho hablar al oráculo.

—Hubiera preferido no hacerlo-

Al salir de Robotland se había hecho de noche.

Luna y yo apenas hablamos de lo sucedido. Creo que ambos pensábamos que había sido una pérdida de tiempo. Aunque bueno, supongo que de un modo o de otro, las palabras de Elizabeth revoloteaban dentro de nuestras cabezas como abejorros zumbones.

— ¿ ?
Preguntó Luna.

Estábamos llegando al portal de su casa. La noche empezaba a ser fría.

—Parecía una amenaza.

Entró en el portal. Yo estaba fuera, me iba a ir a casa. Luna sujetó la puerta con el pie.

— ¿ ?

—Como las cabras.

—Sí, yo también —apretó los labios—. Aunque bueno, Elizabeth parecía muy seria. Y su forma de hablar me ha parecido espeluznante.

—Ni caso. Al fin y al cabo, no olvides que son amigos de Robot Rock. No son gente normal.

Asintió sin mucho convencimiento.

Normalmente no nos damos besos al despedirnos, pero aquella noche nos besamos en las mejillas.

—Buenas noches, Orión.

—Que duermas bien, cerebro de piñata.

Sonrió.

La miré mientras la puerta se cerraba y esperé a que se montase en el ascensor. Antes de que las puertas se cerraran, Luna me dijo adiós con la mano.

Comencé a andar, me puse los cascos y escogí algo de electrónica moderna para limpiarme los oídos de tanta música de dinosaurios.

El frío era agudo.

« Como las cabras », repetí para mis adentros .

Aunque intuía que, de algún modo ,
tenía algo que me provocaba escalofríos.

Era aterradora.

BÁRBARA

El nuevo

Como había dicho Exteyie, a los pocos días apareció el augur. Yo no suelo bajar a desayunar al comedor del hospicio porque odio madrugar. Además, no soy una chica demasiado sociable. Sin embargo, esa mañana baje. ¿Por qué? Supongo que fue cosa de una corazonada. La luz roja de mi interior no brillaba, pero parecía que estaba a punto de hacerlo. «He de estar atenta a cualquier señal » pensé mientras le ponía un puñado de barritas de comida a Pellizcos. Se suponía que el augur iba a aparecer en cualquier momento, así que no podía dedicarme a mis cosas.

Mis cosas se resumen a dos: hacer nada y dar vueltas por la ciudad. Hacer nada se me da de

fábula: dar vueltas por la ciudad de maravilla. Así que mis cosas consisten en salir del hospicio y entretenerme sin hacer nada. Por desgracia, el hecho de tener que ir al instituto me obliga a hacer algo de lunes a viernes. El instituto es aburridísimo. ¿Para qué necesita una Guardianas ir al instituto? Es una de las cosas más estúpidas del mundo. Pero se supone que tenemos que llevar una vida completamente normal para no levantar sospechas y blablablá...

Muchos y muchas estaréis pensando que eso significa lo siguiente: una compañera de clase o de trabajo, un vecino o incluso un familiar, puede ser un Guardián.

No es que las Guardianas de la Luz seamos millones, pero podéis estar seguras de que alguna vez, por la calle, en el metro o en un centro comercial os habréis cruzado con una maga de la luz, con un guerrero o con una hechicera de la naturaleza.

¡ Y vosotras sin saberlo !

A lo que iba.

Mis días se dividen en tres tipos: los que hay clase, los que no hay clase y los que tenemos misión. Los primeros dan asco, los segundos molan y los terceros molan y asustan.

Un día de instituto consiste en levantarme a eso de las siete, darme una ducha, vestirme, coger la mochila (seguramente con los deberes sin hacer) y largarme corriendo al instituto. Como no tengo amigas voy siempre sola. Luego pego el culo a la silla y espero a que pasen las interminables horas de las asignaturas hasta que llega la hora de salir. Vuelvo sola al hospicio, como, me cambio de ropa y salgo por ahí.

Un día de fiesta (es decir, sin tener que cumplir condena en el instituto) consiste en levantarme a eso de las doce o la una, darme una ducha y salir a vagabundear. Me siento en un banco y veo pasar a la gente. A veces me doy una vuelta por el centro comercial y paso el rato sin más.

Los días de misión son alucinantes, porque es cuando nos tenemos que enfrentar a los esbirros de la sombra. Nos jugamos la vida, pero merece la pena.

Bien, el día en el que conocí al augur era un día del segundo tipo, es decir, de los que no hay instituto ni misión. Ese día me levanté sorprendente y terroríficamente temprano. Una vocecilla en mi interior, una Bárbara pequeñita y chillona me gritaba: «¡ , importante!»

Me di una buena ducha y al salir recordé la canción que Exteyie me había cantado unas noches antes. La tararé sin acordarme muy bien de la letra «bajo la sombra de las montañas...» Me puse un jersey azul y unos tejanos holgados con un montón de rajitas en lugar de mis habituales y ajustados pantalones vaqueros. «Así iré más cómoda» pensé y de nuevo la Bárbara chiquitita me gritó «¿No lo ves? Una corazonada, esto es una corazonada de tres pares de narices...»

Mientras bajaba por las escaleras escuché el griterío. El comedor estaba hasta los topes. Parecía un gallinero.

Las mesas se distribuyen por edades. En la mesa del fondo, junto a los baños, están los mayores

de catorce. En la mesa anterior, los mayores de doce. En la antepenúltima mesa, los mayores de diez. La última mesa es para los mocosos.

No es fácil ser un mocoso en el hospicio.

Nada fácil.

Hace unos años se instaló un grupo de canallas que se hacen llamar Los Cobras. Su líder, un mentecato de noventa kilos y nada de cerebro, montó una banda de abusones que tienen a medio hospicio frito. ¡Ah, el líder se hace llamar Cobra! Una muestra de su sobresaliente inteligencia...

Aquella mañana, cuando me senté en la mesa de los mayores de catorce, escuché que había bronca.

— ¿

—Lo de siempre.

« Lo de siempre » se podía traducir como « Cobra se está metiendo con alguien tres o cuatro años menor que él».

Su me dio un golpecito en el hombro y señaló con la cabeza hacia el altercado.

—Se está metiendo con el nuevo.

— ¿ ?

—Lo trajeron ayer por la noche.

« Uno nuevo ... ¿ No será el Nuevo ? ¡ Pues claro que es el Nuevo ! ¿ Quién va a ser vocecilla de mi cabeza se estaba haciendo la lista, pero en el fondo tenía razón . todo aquello que resultaba tremendamente sospechoso. Demasiadas coincidencias. Y Kordther dice que las coincidencias y las casualidades no existen: « hermanas del destino ».

El Nuevo era poca cosa. Enclenque, bajito y con la voz chillona como la bocina de un triciclo. Y en sus ojos... En sus ojos había algo. Algo extraño. Algo distinto. «¡Tienes que hacer algo! ¡Es él!» Sabía que la Bárbara pequeñita no se iba a callar si no ponía cartas en el asunto, así que decidí mover ficha.

—Tengo que hacer algo —dije mientras me levantaba.

—No te metas —me advirtió Su—, no merece la pena ponerse en contra de Cobra por un mocoso. Como la tome contigo, lo vas a tener claro.

—Me da igual. Esto es injusto.

Era injusto. Los Guardianes de la Luz defendemos la justicia y el bien. ¿Qué clase de Guardianas hubiera sido si no defendía a aquel mocoso? Y no era un mocoso cualquiera, sino un mocoso que

podía ser el augur.

Caminé entre las mesas hasta donde estaban Los Cobras. Cobra tiene dos pipiolos que lo siguen a todas partes. Son sus sombras. Unas sombras feas y estúpidas con cagarruta de mono en lugar de cerebro.

— ¡

El matón y sus serpentillas se giraron. Me miraron y se rieron a la vez, como si lo tuvieran ensayado. Tal vez lo ensayaban, quién sabe, dicen que los tontos se tienen que entrenar para superarse.

— ¿ ?

Cobra se encaró conmigo.

Me sacaba un par de cabezas de altura, un par de espaldas de anchura y un par de toneladas de peso.

—Sí —respondí, sabiendo perfectamente que no podría obligarle a hacer nada de nada.

Se rieron de nuevo.

Y otra vez lo hicieron a la vez.

Sabéis, es horrible ser una Guardiania y no poder utilizar los poderes en según qué ocasiones. Está terminantemente prohibido. ¿Por qué? Muy sencillo, utilizar poderes supondría descubrir nuestra presencia. ¿ ¿ luz la existencia de los siervos de Archimago ?

Sería un desastre. Un auténtico desastre.

Solo un puñado de humanos, seleccionados por Morfeo y escogidos por el Consejo de Úmbator, podemos saber de la existencia del otro lado. Si en cualquier momento se nos ocurre utilizar la magia para otra cosa que no sea detener el avance de la sombra, esa misma noche Morfeo nos despoja de nuestros poderes, nos borra la memoria y dejamos de ser Guardianes.

Yo no podía utilizar mis poderes a la vista de corrientes. Y mucho menos contra un humano. Así que allí estaba yo, una hechicera de combate capaz de derribar a un troll de las montañas con una bola de fuego, sin poder hacer nada contra un patético matón de tres al cuarto. Realmente frustrante.

— ¿ ?

No tenía ni idea de cómo. Pero al menos podría ganar algo de tiempo y, con suerte, despistar a Cobra y hacer que se olvidase del nuevo. Escuché que la puerta del comedor se abría. No me giré para mirar quién había entrado. No pensaba darles la espalda a los matones. Nunca, repito, nunca jamás le des la espalda a un enemigo.

—Oye —me puse un poquitín chula—, ¿nunca has pensado en meterte con alguien de tu edad?

— ¡ ! ¡

—Te equivocas —dijo una voz detrás de mí—, en realidad somos tres idiotas entrometidas.

Cobra puso cara de tonto. Decidí que había llegado el momento de darme la vuelta: allí, salidas de la nada, estaban Dara y Diana. De pie, desafiantes y muy guapas. Guapísimas. Las miré en plan de «¿Qué estáis haciendo aquí?» Diana me devolvió una mirada que decía: «Ya ves, hemos llegado en el momento perfecto, ¿no crees?».

— ¡

— ¡ ! ¡ !

Diana podía hacer poco. Sin embargo, Dara podía hacer mucho. Y de hecho hizo mucho, muchísimo. Volví a encararme con Cobra, lo miré con una sonrisa así como de medio lado, en plan matona.

—Chico, si yo fuera tú, me largaría de aquí.

Por supuesto, Cobra no se largó.

Así que di un paso a la derecha, dejé que Dara pasara y me limité a disfrutar del espectáculo.

¡ Y qué espectáculo !

Dara es arquera. Pero las arqueras no solo dominan el arco. Toda arquera que se precie tiene un magnífico manejo con las espadas cortas, las dagas y el combate cuerpo a cuerpo. De tal forma, para el asombro de todos los allí presentes y para desgracia de Cobra, en pocos segundos mi amiga lo tenía inmovilizado y sus dos pipiolos corrían escaleras arriba, huyendo como ratones asustados.

—De ahora en adelante —dijo Dara sujetando con una sola mano el brazo de Cobra, que lloriqueaba y suplicaba que no se lo partiese— ni se os ocurra volver a molestar a nadie. De lo contrario vendré a poner las cosas en orden. ¿Me has entendido?

—Sí...Sí... Lo he entendido...

Cobra se puso de pie y se marchó a toda prisa.

— ¿ ?

—Sí.

El pobre estaba aterrado.

—Muchas gracias —añadió.

— ¡ , !

El nuevo miró a Dara y le dedicó una sonrisa tímida. Dara estaba guapísima con sus vaqueros negros y una cazadora de piel de gorro peludo.

— ¿ ?

—Alain —respondió.

—Bonito nombre.

Alain volvió a sonreír y se sentó junto a los otros mocosos, en la esquina del banco, el lugar para los recién llegados. El resto de mocosos le dedicaron miradas llenas de odio y también de respeto. Lo odiaban porque aquellos mocosos y mocosas habían sufrido la violencia de Cobra durante años sin poder hacer nada al respecto y Alain, sin embargo, había obtenido ayuda su primer día. También lo respetaban, pues sabían que tenía tres amigas que lo defenderían llegado el momento.

Era un afortunado. O al menos eso parecía. Todos ellos ignoraban que pronto Alain se convertiría en una pieza fundamental en la lucha contra el mal. La batalla estaba a punto de empezar y, en la balanza del destino, cada criatura iba a ocupar su lugar. ¿ Alain?

Nadie podía saberlo.

BÁRBARA

Dulcísimos sueños

Esperé a que el hospicio quedase en silencio. Aprovechando que todos dormían, me deslicé de la cama con sumo cuidado. Mi compañera de cuarto y Pellizcos dormían como troncos. Debía ir hasta la habitación de Alain, colocar la runa, regresar a mi cuarto y viajar al interior de su mente. Puede parecer estúpido, sobre todo teniendo en cuenta que como Guardiana me había enfrentado a peligros mayores, pero estaba aterrada. Del éxito de mi misión dependía el destino del universo. Si no convencía a Alain para que me ayudase, jamás daría con el Elegido.

La misión no era ninguna broma.

Me puse la bata, unas zapatillas de suela blandita y salí de la habitación. Temblaba. Mis temblores eran un poco por el frío y otro poco por el miedo. Ni siquiera temblé de esa manera la última vez que nos encargamos de un renegado.

Los renegados son espíritus errantes cuyo *ertzan* no ha entrado en la corriente universal de energía. ¿Por qué ocurre esto? Hay varios motivos, aunque el más común suele ser una muerte sucedida en circunstancias excesivamente traumáticas. Seguro que habéis oído hablar alguna vez de los *polstergeist* o de su versión oriental de las maldiciones (retratada hasta en películas). La historia es recurrente: alguien muere de una manera terrible y su energía queda unida al lugar de

la muerte. El espíritu no encuentra descanso y el puente que ha de unirlo con el otro lado no se crea o, si se crea, el espíritu no desea cruzarlo porque siente que tiene tareas pendientes en la Tierra.

Al contrario de lo que sucede en las pelis, los renegados suelen ser espíritus bondadosos. Ellos han sido asesinados, no son los asesinos. De ese modo, sus actos se limitan a gamberradas más o menos graves.

¿Habéis sufrido alguna vez un *dejavú* ? Seguro que sí, pues bien, esa incómoda sensación de «esto lo he vivido antes» está causada por las interferencias de un espíritu renegado; su energía colapsa al chocar con la realidad y perturba el delicado equilibrio de las sensaciones.

Otras afecciones que causan estos pobres espíritus son apagones, parpadeos en las luces, ruiditos en las conversaciones telefónicas o algunas de esas cosas raras que hace el ordenador sin que tú se lo hayas pedido. Enfrentarse a estos seres es la mar de sencillo. Nacho, como es guerrero, no tiene que hacer nada, Dara tampoco y yo, normalmente, me limito a escoltar a Diana por si necesita algún hechizo de apoyo. Diana, al ser maga, se lleva todo el trabajo. Ella es la encargada de encontrar al renegado, lanzarle un conjuro y mandarlo al mundo de los muertos. Todo muy sencillito.

Pero, muy de vez en cuando, hay alguno cuyo *ertzan* no se limita a provocar pequeños daños, sino que desea vengarse de sus asesinos. Todas esas ansias de venganza se convierten en ira. Y la ira se transforma en poder de destrucción. El espíritu renegado se ciega de venganza y se transforma en una criatura tremendamente peligrosa.

Bien, mientras recorría el solitario y frío pasillo del hospicio, las imágenes de la misión en la que nos enfrentamos al renegado volvían una y otra vez a mi cabeza.

Fue a principios del año anterior, una noche de invierno en la que nevaba con ganas. Era una casa grande de dos plantas con un inmenso jardín delantero. Los dueños eran un joven matrimonio con dos hijos que llevaban años sufriendo la ira del renegado. Ellos no lo sabían, por supuesto, y pensaban que todo lo que les sucedía era cosa de la mala suerte.

Nada más lejos de la realidad.

Durante los doce años que habían vivido allí sufrieron todo tipo de dolores y enfermedades, dormían mal, continuamente perdían cosas y eran habituales los fallos de los electrodomésticos.

Esperamos a que se fueran de vacaciones navideñas para actuar. Entramos a medianoche, ya que Osmar (nombre que tenía aquel renegado) prefería aparecerse de noche. Con un sencillito hechizo, Diana forzó la puerta y entramos sin levantar sospechas. Aunque íbamos prevenidos, en ningún momento nos imaginábamos lo que nos encontraríamos.

Ante la presencia de los humanos normales, Osmar se había mostrado más o menos comedido, pero en cuanto aparecimos nosotros y supo que llegaba su final, desató todo su poder y se transformó en un cólera nocturna, una criatura capaz de matar a un hombre con un solo chillido.

Salimos vivos por los pelos. La batalla fue la leche. Si no recuerdo mal, no quedó ni un solo

cristal entero. Ardieron cortinas, sofás, camas y muebles. Menos mal que antes de comenzar, Diana invocó una esfera de normalidad alrededor de la casa, pues de lo contrario nuestra pelea hubiese llamado la atención de medio barrio. En fin... Logramos reducir al renegado y Diana lo envió al mundo de los muertos.

« Casi preferiría enfrentarme de nuevo a Osmar ...» pensé al llegar a la puerta de la habitación de Alain. Miré hacia los lados y me cercioré de que no había nadie. Lo bueno que tiene ser hechicera es que no hay que estudiar magia... lo malo es que no dispones de conjuros de invisibilidad, ni para borrarles la memoria a los entrometidos o cosas por el estilo. Hubiera sido mucho más sencillo volverme invisible que tener que moverme a hurtadillas por el hospicio. Por suerte, aquella noche las cosas estaban tranquilas.

Entré, coloqué la runa sobre el muchacho y volví a mi cuarto. Me tumbé y puse la otra runa entre mis manos. La realidad se volvió vaporosa, las suaves respiraciones de mi compañera de habitación comenzaron a alejarse...

Y desperté dentro de sus sueños.

Al abrir los ojos, los colores me cegaron. En el cielo brillaban tres soles, alineados a lo largo de una línea que dividía el cielo en dos partes. Justo en el centro ardía un sol rojo; el de la derecha era amarillo; el de la izquierda blanco. A parte de los soles no había nada más. Estaba en una planicie sonrosada que no tenía final. Mirase a dónde mirase, mi vista se perdía en lejanía.

Comencé a caminar. Durante un rato pensé que caminaba en vano, pues la llanura no cambiaba lo más mínimo. Por mucho que anduviese, aquel mundo se extendía más y más... hasta que caí en la cuenta de que, a medida que avanzaba, los soles laterales se acercaban al centro. Eché a correr.

Mientras se acercaban, el blanco se fue tiñendo de rosa y el amarillo de naranja. Con cada zancada que daba se fundían un poco más. Y cuando por fin colapsaron ¡PUMBA! Un grandioso estallido barrió el cielo con tanta potencia que la onda expansiva estuvo a punto de tirarme.

El suelo duro y monótono se transformó en un prado de hierba. Aunque no era exactamente hierba, sino un manto de pequeñas culebrillas verdes que oscilaban como tiras de papel en un ventilador. La verdad es que no daban miedo. Eran serpientes planas con los labios hinchados y las lenguas sonrosadas de chuchería. Más que miedo daban hambre, y no solo porque fuesen golosinas, sino porque desprendían un aroma dulcísimo. De pronto el mundo entero tembló. Caí al suelo y las serpientes empezaron a lamerme la cara con sus lengüecillas. Me dejaron pringada de cubitos de azúcar. Mientras, el mundo de Alain se agitaba como un perro sacudiéndose el agua. El lugar donde me hallaba se elevó varios cientos de metros a tal velocidad que el estómago se me puso a la altura de las cejas. Se izaron altísimas montañas de cumbres nevadas de nata, profundos valles por los que transcurrían ríos de muchos colores y densos bosques cuyos árboles daban frutos de mil colores.

Me levanté, me quité el azúcar de la cara y eché un ojo alrededor. El paisaje había cambiado radicalmente. Estaba en el centro de un mundo de fantasía. Cuatro caminos nacían bajo mis pies. El que tenía enfrente llevaba hasta el valle. El de mi derecha se perdía serpenteando por las lomas de las montañas cubiertas de nata. A mi izquierda la senda se disipaba en el horizonte,

donde se entreveía un océano. A mi espalda el camino conducía a un parking repleto de coches abandonados y lejos, muy lejos, se distinguían colosales estructuras de metal.

El suelo bajo mis pies se removió, me aparté y emergió una señal con cuatro flechas. Podía ir hacia Valle Golosina, a Cordillera de Nata, a Playa Caramelo o a Tierra Diversión.

No me lo pensé.

Valle Golosina sonaba genial.

Además del *chuchenombre*, mi intuición me empujaba por allí. Esa intuición (o como yo la llamo, mini Bárbara), en náfnico se llama *kalyxea*, y es una capacidad que solo tenemos las hechiceras. Haciendo caso a mi *kalyxea*, descendí a toda velocidad por el camino de enfrente, el de Valle Golosina.

Mis pisadas no mataban a las serpientes, simplemente las espachurraban. Enseguida se erguían de nuevo y se reían a carcajadas. La risa se extendió por todo el prado. Era una risa contagiosa. Antes de darme cuenta me reía a carcajadas que, a su vez, alentaban nuevas risas de otras serpentillas.

Cuando llegué al valle me dolía la tripa de tanto reír. Por suerte el prado fue dando paso a un suelo de piedras blancas y las serpientes desaparecieron. Las piedras resultaron ser de frutos secos cubiertos de chocolate blanco.

Llegué hasta el río, rodeado por una densa masa de vegetación. Arbustos de hojas rojas y frutos de crema que despedían aroma a café con leche. No pude vencer la tentación, cogí un puñado y me llené la boca. Crucé el matorral y llegué hasta la orilla.

El río era muy ancho.

Lo mejor era que, en lugar de agua, llevaba chocolate. La corriente arrastraba una buena cantidad de cosas que flotaban como corchos. Pensé en cruzarlo a nado, pero dudaba de que pudiese nadar en chocolate, seguramente me quedase pegada. Para certificar su peligrosidad (prometo que no tiene nada que ver mi afición por el chocolate...) hice un cuenco con las manos, las llené de chocolate y bebí hasta saciarme.

Después de chuparme los dedos me fijé en que los objetos que arrastraba la corriente eran bizcochos. Bizcochitos del tamaño de canoas. Eran grandes y además descendían lo suficientemente juntos para pasar de uno a otro. Podía conseguirlo. Al fin y al cabo, ¿qué ocurriría si me caía al río? ¿Alguien ha muerto alguna vez en un río de chocolate? Podría comer hasta que me doliese la tripa... o dejarme arrastrar por el curso hasta un mar de chocolate.

Me eché unos pasos atrás, cogí carrerilla y cuando llegué al borde di un buen salto. Caí encima de uno de aquellos bizcochos gigantes. Pasé a otro cercano sin dificultad, y luego a otro y así sucesivamente. Crucé hasta la mitad del río. Me paré a descansar unos instantes. Corriente arriba se posó un pajarillo. Era una especie de pato rechoncho, hecho de algodón de azúcar y con las alas como de espumillón. Metió el pico en el chocolate y echó un par de tragos. Sacó la cabeza, me miró y la ladeó con curiosidad. Le sonreí. El pato agitó las alas como si me estuviese

saludando.

Una ricura.

Pero de repente emergió una boca tan grande como la de una ballena. Sus dientes eran blancos y afilados. Tenía textura como de gomaespuma, pero no era precisamente un peluche.

Cerró la boca y se tragó al pato.

Grité.

El bicho, antes de sumergirse, me miró.

— ¡ !

Salté al siguiente bizcocho.

Oí un ruido a mi espalda y vi, horrorizada, cómo la boca se tragaba el dulce del que acababa de saltar. El corazón me iba a mil. Di otro salto justo en el momento en el que la criatura devoraba el bizcocho. Pude sentir su piel rozándome el pie. Me quedé en el bizcocho, esperando a otro que estuviese lo bastante cerca para alcanzarlo de un salto... Entonces sentí que el chocolate descendía unos centímetros.

Tenía a aquella cosa debajo. No podía esperar. O me quedaba y servía de merienda o me lanzaba al río de chocolate. Me armé de valor y salté.

Debido a la espesura del chocolate, nadar resultaba muy difícil. Moví brazos y piernas desesperadamente y logré alejarme un metro o metro y medio. Braceé hasta otro bizcocho y me agarré con ambas manos. El primer intento por subirme fue en vano. Me sumergí un poco más y me aupé con todas mis fuerzas. Pero cuando estaba casi arriba, una sombra me envolvió. No tuve tiempo ni de chillar.

Cerró su boca y me comió.

Como podéis imaginar, aquel no fue mi final. Los dientes ni me rozaron. Una fuerza brutal me absorbió. Fue como ser succionada por un aspirador gigante. Los primeros segundos solo pensé en dónde me llevaría el monstruo, pero enseguida mi preocupación fue la de respirar. No podía coger aire, pues me rodeaba el chocolate.

Cuando ya no podía aguantar más desapareció la oscuridad y fui arrojada al vacío. Inhalé una profunda bocanada mientras caía. Y me hundí en un lago muy espeso. No era agua, sino miel: había caído a una dulce y pegajosa laguna.

Traté de calmarme. Tras la desagradable peripecia con la criatura del río no tenía muchas ganas de estar a flote. A saber qué clase de bichos habría en las profundidades del lago. Miré con recelo hacia abajo. Cientos de pequeños pececillos de colores nadaban despacio a mi alrededor. Daban bocanadas de miel y soltaban burbujas de colorines que ascendían hasta la superficie y explotaban como chasquidos de diminutas lenguas. ¡

Eché un vistazo en rededor y vi que estaba en una gruta excavada en la roca negra. El techo quedaba muchos metros por encima. Largas y artísticas estalactitas se descolgaban y brillaban con miles de joyas rojas, verdes y azules.

Nadé con dificultad hasta la orilla.

El suelo era negro. Pensé que las rocas me desgarrarían las manos, sin embargo, resultaron ser muy suaves. Se desgastaban con el roce. Me chupe el dedo índice y sonrío: estaba en una gruta de carbón de azúcar.

Las joyas que brillaban como *leds* resultaron ser gemas de caramelo. Contemplé aquella maravillosa caverna centelleante e intenté sacudirme los restos de chocolate y miel que empapaban mi túnica. Me senté unos instantes. Mientras trazaba un plan rompí unos pedazos de carbón y comí despreocupadamente.

Mirando al techo caí en la cuenta de que las joyas de caramelo formaban un entramado lógico. Caminos rojos, verdes y azules se entrelazaban dibujando un camino.

¡Aja, solo tengo que seguirlo!

La gruta se internaba en un corredor estrecho. Antes de abandonar la inmensa galería oí un ruido extraño. Me giré y vi que una colosal pompa de miel se inflaba en el centro del lago. Se hinchó e hinchó hasta que reventó como una bomba. Entonces la superficie se abombó y emergió una medusa del tamaño de un globo aerostático.

Su cuerpo chispeaba como si fuese eléctrico.

Hacía *trist-trist-trissssss*.

Extendió sus tentáculos. Uno llegó hasta la orilla, salió de la miel y reptó por la superficie en busca de una presa. Me retiré rápidamente hacia atrás, fascinada y aterrada.

Seguí mi camino y me interné en el corredor. Tras varios minutos en la penumbra, siguiendo las hileras de gemas luminosas, las paredes se ensancharon y el pasillo se abrió en una caverna mucho más grande y espectacular que la anterior. Anchos pilares blancos se elevaban como pilastras de una catedral. Era imposible vislumbrar el final de la galería. El techo brillaba como un cielo estrellado. A lo lejos se elevaba un sitial y sobre el trono estaba sentado Alain.

Corrí hasta él. Cuando llegué a los pies de la escalinata el muchacho estaba dormido.

— ¿ ?

Abrió los ojos muy despacio y me miró sorprendido. También miró a su alrededor con gesto de asombro.

—
gruta.

¿

?

—Deberías saberlo, estamos en tus sueños.

Se rascó los ojos y bostezó. Llevaba un pijama muy gracioso, todo bordado con ositos de golosina.

—Tú eres la chica del hospicio...

—Bárbara.

—Eso, Bárbara. ¿Por qué estás en mi sueño?

—Digamos que estoy haciendo un trabajito para el jefe...

Le narré la historia de los Guardianes, le hablé de Morfeo y también de Úmbator, de Kordther, del Archimago y de lo importante que era encontrar al Elegido. Durante todo el relato se mostró escéptico, pero escuchó atento y de vez en cuando me hizo preguntas movido por la curiosidad.

—Así que soy un augur.

—Eso es. Tienes el poder de guiarme hasta el Elegido. Necesitamos encontrarlo antes de que lo haga el enemigo, de lo contrario las consecuencias serán catastróficas.

Guardó silencio un buen rato.

Yo estaba impaciente, pero no le metí prisa, pues sabía (porque recordaba la incredulidad que sentí cuando vi a Morfeo por primera vez) que el muchacho necesitaba tiempo para asimilar la ingente cantidad de información que le había dado. Alguna de ella bastante disparatada, la verdad.

—Esto es un sueño —dijo al fin.

—Por supuesto. Pero no es un sueño cualquiera, es tu sueño. Ya te he dicho que estamos en tu mente.

—Si es un sueño, no es real.

—Los sueños no son reales, por supuesto, aunque tampoco son irreales. Sé que no me crees, pero te prometo que todo lo que te he contado es cierto. Cuando despiertes tendrás entre tus manos una runa, entonces verás que te he dicho la verdad. Si entonces me sigues creyendo, te estaré esperando para comenzar nuestra misión. Ahora, me tienes que permitir salir de tu mente. ¿Me dejas salir, Alain?

Me miró extrañado, pero dijo que sí.

—Sí... claro.

Las paredes de la gruta comenzaron a temblar. Pedazos de carbón de azúcar cayeron a nuestro alrededor. Las pilastras que sujetaban el techo se rajaron.

—Dame la mano—le dije.

Me cogió de la mano y antes de que la caverna se convirtiese en un montón de escombros, desperté. A la mañana siguiente la puerta de mi habitación se abrió.

Allí estaba Alain, con la runa de Morfeo entre las manos.

— ¿ ?

— ¿ ?

Sonrió y entró en mi cuarto.

ORIÓN

Cuervos y sombras

No habíamos vuelto a hablar de nuestro encuentro con los colegas colgados de Robot Rock. Aunque la noche en la que hablamos con ellos dormí inquieto, a la mañana siguiente las cosas se veían muy distintas. La luz del sol trajo la cordura y las dudas se esfumaron.

Llegó el domingo.

Habíamos quedado en la puerta de una cafetería cercana al cementerio. Yo llevaba cinco minutos esperando, oyendo algo de música en el móvil. Hacía un montón de frío. No había ni una nube y el cielo estaba lleno de estrellas.

—Menos mal que no está nublado —dijo Luna nada más llegar—. La lluvia hubiera estropeado nuestro plan.

He dicho que era Luna; más bien, lo supuse.

La voz que me habló estaba cubierta por un millón de capas. Debajo de unas botas negras, unos tejanos azules, una cazadora oscura con sus correspondientes capas inferiores de jerséis y camisetas, un gorro, una bufanda y unas manoplas estaba el cuerpo de mi *mejorpeor* amiga. No es una errata... Diréis « » también las lleva Luna.

Ella dice que son más calentitas. Puede ser. Nunca las he probado, entre otras cosas porque me daría vergüenza ponerme manoplas. Mi amiga, por el contrario, no tiene miedo al qué dirán. Viva y bravo. Que te den vergüenza ciertas cosas es como llevar un muro a cuestas. A mí me dan vergüenza un montón de cosas.

—Bueno, yo ya lo sabía —mentí—, esta mañana he mirado el tiempo en el móvil y ponía que iba a estar despejado.

Mentir es terrible, lo acepto. Peeero también son terribles para la salud las hamburguesas y por ello no dejan de estar buenas. Con moderación, siempre con moderación, eso sí. La conclusión es que mentir de vez en cuando es como comerse una hamburguesa de vez en cuando. ¿Quién no come hamburguesas de vez en cuando? ¿Eh, eh?

—Ni de coña, no tenías ni idea —dijo tajante.

— ¿

—Pues como que no. A ver, déjame el móvil.

—Toma.

Lección *number one* . Si has mentido, lo peor que puedes hacer es seguir mintiendo, porque

(atención, respirar hondo): para argumentar la primera mentira tendrás que contar otra mentira que luego tendrás que basar en otra mentira basada en mentiras posteriores que deberán concordar con las mentiras anteriores y así sucesivamente hasta que la mentira que hayas creado sea tan gorda que no quepa en tu cabeza y al final explote.

—Ni siquiera tienes instalada la aplicación del tiempo.

Cuidado, arenas movedizas. Y cuidado dos veces, porque Luna odia equivocarse, es capaz de hacerte un interrogatorio de tercer grado con tal de demostrar que tiene la razón. La maldita y condenada razón.

—La he desinstalado por la tarde.

— ¿ ?

—Porque no me quedaba casi espacio.

Rapidez. Si os metéis en el pegajoso barrizal de las mentiras, ante todo, necesitareis rapidez mental. Para ser un buen mentiroso hay que ser un tío listo.

—Ahora tienes un montón de espacio, te quedan cinco gigas.

—Es que he volcado casi todo al ordenador.

— ¿ ?

—Imágenes.

—

carpetas de las fotos del verano y algún que otro *selfie* . En una salíamos tomándonos un granizado en el barecito del parque de atracciones.

—Las fotos nuestras son el “casi”.

— ¿ ?

Ahí va el misil.

—Chicas desnudas.

Un segundo de silencio.

Dos segundos.

Tres segundos.

Luego sus ojos se entrecerraron un poquito.

—No me lo creo.

— ¿ ?

—Tú no eres de esos.

Cierto. Lección *number two* : hay que saber retirarse a tiempo. Si seguía por ese camino no solo quedaría como un mentiroso, sino también como un guarro. Había que sacar la sonrisa de « inteligente eres, Luna ».

—Me has pillado.

—Siempre lo hago.

—Reconoce que esta vez casi consigo engañarte

—Sí, casi...

Un cuervo se posó en un árbol cercano. Tuve la extraña sensación de que era un pájaro que había visto otras veces... En ese mismo instante mi teléfono sonó. Le dije a Luna que cogiese la llamada. Odio los móviles. A ver, me gusta todo lo que puedo hacer con ellos... menos hablar por teléfono.

—Se oye fatal —dijo—. Hay un montón de interferencias.

—A lo mejor se han equivocado.

Fuimos hacia el cementerio sin darle más importancia a la llamada. Luna se había ocupado de llevar todas las cosas que necesitábamos. Y una lista que decía lo que debíamos hacer.

De camino la fue leyendo.

—Uno, quedar en la puerta de la cafetería.

—Hecho.

—Dos, ir hasta el cementerio.

—En ello estamos.

—Tres, cuando lleguemos, utilizar las tenazas para abrir un boquete en la verja.

— ¿ ?

—No importa, esto es mucho más importante.

—Lo que tú digas... ¿Cuál es el punto cuatro?

—Descubrir el misterio de la luz.

Así, casi sin darnos cuenta, llegamos al cementerio. No sé por qué se nos había metido en el coco

que el cementerio estaría cerrado. Al fin y al cabo es un cementerio, no una cárcel. Los de dentro no pueden salir y los de fuera no quieren entrar. Por lo tanto, las tenazas sobraban. Bastaba con girar una manilla y abrir la chirriante puerta de hierro oxidado. Todo era más sencillo de lo previsto. Aunque también mucho más terrorífico de lo que en un principio había esperado .

—Son las doce menos cinco —dijo.

Miré al cielo y vi la luna sobre nuestras cabezas. Grande, redonda, blanca. Parecía un ojo inmenso. Tuve la sensación de que de verdad era un ojo que nos miraba, como si nos espiese, como si pudiese vernos. Me sentía observado.

Estábamos en la puerta del cementerio. Teníamos un problema, y es que no sabíamos exactamente cuál era la parte del cementerio que se iluminaba.

Luna tenía una teoría, cómo no.

—Según mis cálculos, el centro del cementerio debe estar hacia allí.

Y estaba en lo cierto. Recorrimos un montón de pasillos, rodeados de tumbas y mausoleos. Había estatuas de ángeles por todas partes. Imágenes religiosas de toda índole. Lo que más me llamó la atención fue la zona dedicada a las mascotas.

—Estamos en el laberinto de la muerte —dije.

—Es divertido.

—Hablas como Ángel de las Tinieblas.

Se rió. Se detuvo, me miró muy seria y poniéndose la mano a la altura de la boca imitó a Elizabeth.

—No te burles de nuestras chorradas de pirados.

Me reí a carcajadas. Ella también. Seguimos caminando mientras la risa se apagaba en nuestros labios. He de decir que a pesar de la broma estábamos nerviosos. Luna había dicho que le parecía divertido. A mí no.

Para nada.

A mí no me parecía ni remotamente divertido. ¿Cómo va a ser divertido buscar una tumba luminosa en mitad de la noche? Para más inri, había una fina capa de niebla cubriendo el suelo. Parecía que estábamos en un libro de Stephen King.

— ¡ !

Un tímido fulgor brillaba por encima de otras tumbas. Miré el móvil y vi que eran las doce. No había duda, habíamos encontrado la tumba mágica.

Corrimos hasta ella. Yo hubiera corrido en la dirección contraria, pero soy demasiado orgulloso

para reconocer que tenía miedo. Es horripilante mezclar en una persona el orgullo con el miedo, se pasa fatal, os lo aseguro.

Al llegar, alucinamos con la luz.

Era de todos los colores. No sé, era como mirar algo que no tiene un color concreto. La luz salía de la tumba, como si dentro hubiese un foco. Era un sepulcro bastante sencillo: una lápida de mármol negro. No llevaba cruz, ni ángel, ni cristo. Solo la losa y una inscripción.

Sacó su móvil y fotografió a la luz. Vista de cerca no parecía tan impresionante, la verdad. Aun así, seguía dando cosa.

—Y ahora , ¿ ?

—Pues la verdad, no tengo ni idea.

Allí estábamos, como pasmarotes, de pie frente al sepulcro luminoso. El silencio era para flipar, no se oía nada de nada. Pero de repente un ruido casi nos mata del susto. Una bandada de pájaros alzó el vuelo. Decenas de pájaros negros.

—Cuervos —dijo Luna.

Yo era una persona escéptica.

Repito, ERA. Pretérito imperfecto (creo) del verbo ser.

Porque vale, todo aquello era muy raro, pero no creía que la luz fuese verdaderamente algo sobrenatural. Sin embargo, lo de los pajarracos tambaleaba mi escepticismo.

Luego, para rizar el rizo, los cuervos descendieron y se posaron sobre las lápidas de alrededor. Se quedaron quietos, mirándonos. ¿Cuánto rato estuvieron así? No sé, a lo mejor unos segundos nada más, pero a mí se me hizo eterno.

Y entonces ocurrió algo espeluznante.

Seis cuervos bajaron de las lápidas y formaron un círculo a nuestro alrededor, a pocos metros de nosotros.

—Esto me da mal rollo —dijo Luna.

«¿ Mal rollo ? No, señora, mal rollo da un pelo en la sopa, una avispa en la cocina, una luz que enciende sola en tu cuarto, una llamada perdida sin número, un espectáculo de marionetas... Esas cosas dan mal rollo. Pero esto hace que te mees en los pantalones» pensé en decirle, pero estaba alucinado, no podía mediar palabra. Así que lo resumí asintiendo levemente con la cabeza.

Lo que ocurrió seguidamente vino a confirmar mis sospechas de que aquello superaba el mal rollo. Los malditos cuervos abrieron las alas y comenzaron a crecer hasta convertirse en figuras humanas. Seis personas (o algo parecido a personas) a las que no se les veían los rostros, tapados por capuchas. Llevaban túnicas negras que cubrían todo su cuerpo. Sus manos eran delgadas,

terminadas en uñas que más parecían zarpas. Sus pies no eran normales, sino grandes, con tres únicos dedos alargados y torcidos hacia abajo con garras. Terrorífico.

Luna se quitó las manoplas y sacó la navaja del bolsillo. Le temblaban las manos, pero aun con todas, la abrió y la empuñó, con valentía.

— ¡ , !

Aquellas cosas se rieron. Todas a la vez. Una de ellas levantó una mano, dijo unas palabras en un idioma extraño y la navaja se evaporó. Así, bluf, se convirtió en humo negro. Luna dio un grito.

—Os dije que volveríamos a vernos —la figura medio cuervo medio persona se volvió blanca. Las plumas se convirtieron en tela y la cabeza de pájaro se fue transformando en el rostro de Elizabeth. Un cuervo se posó sobre su hombro y me miró fijamente.

— ¡ !

Elizabeth se rió a carcajadas. El resto de criaturas, así como los cuervos de los árboles, formaron un coro de risas estridentes. La muchacha se transformó de nuevo en una figura encapuchada.

Luego todo ocurrió muy deprisa.

Una de las sombras se abalanzó sobre Luna y la engulló.

— ¡ !

El miedo dio paso a la rabia. La adrenalina circulaba por mi sangre como la gasolina por el motor de un coche. Eran criaturas terribles, pero acababan de llevarse a mi amiga. Eso no lo iba a permitir.

Me lancé hacia la sombra que se había “comido” a Luna, pero no la alcancé. Elizabeth movió una mano y sin tocarme me apartó. Luego conjuró una espada larga con el filo rojo y la empuñadura negra. Murmuró unas palabras rarísimas.

— *Krrëats öd litsrberz.*

Y la espada prendió.

Me fui para atrás, hasta tropezar con la tumba.

Elizabeth caminó hacia mí, blandiendo la espada de fuego.

Estaba perdido. Acabado. Muerto.

Ya podía sentir el calor del fuego en mi rostro. Entonces un rayo de luz muy blanca impactó en Elizabeth y la arrojó hacia un lado. Los encapuchados protestaron en un idioma extraño. Miré hacia el lugar del que había salido el rayo y vi a una muchacha con el ceño fruncido. Nuestras miradas se cruzaron unos instantes.

Elizabeth soltó una risotada.

—Llegas en mal momento, pequeña —ya se había puesto de pie. La espada creció en sus manos—. Pero no te preocupes, tengo algo que te va a gustar —la espada se convirtió en una flecha de fuego y salió despedida hacia la muchacha, que creó un escudo de luz.

La flecha estalló a su alrededor.

En ese momento la luz de la tumba se hizo mucho más potente. Y mucho más blanca. Los encapuchados chillaron y se echaron hacia atrás, asustados. La tapa de la losa comenzó a temblar hasta que ¡PUM! estalló como si fuese de cristal.

Quedé cegado.

Luego, la luz se convirtió en dos figuras.

Las partículas luminosas se amontonaron a gran velocidad hasta hacer dos cuerpos: una mujer y una muchacha muy guapa, guapísima, increíblemente guapísima.

La mujer vestía con túnica y tenía 30 años o así. Era pelirroja y llevaba un adorno dorado sujetándole el pelo. Tenía los ojos grandes, de un azul muy claro. De su cintura colgaban frascos de cristal con líquidos de muchos colores. Empuñaba un bastón transparente y liso, acabado en una esfera de luz blanca. Era impresionante.

La muchacha (¿he dicho ya que era guapísima?) tenía mi misma edad. Su pelo era largo y liso. Y rubio, muy rubio, como de oro. Sus ojos eran oscuros. Luego descubrí que cambian con su estado de ánimo. Llevaba un vestido clarito.

— ¡ !

Elizabeth plantó los pies, desafiante.

—Maga repugnante. ¿Qué pretendes? La sombra se cierne sobre el universo y las siervas de la luz no podéis hacer nada para detenerla —miró a la chica—. Ah, Kira, eres tú. Tenía ganas de conocerte. A mi Señora también le gustaría verte...

—¡Silencio! —Ordenó la maga de ojos azules. Alzó el cayado y apuntó a Elizabeth—. *¡Attur sel okdetar!*

Un rayo de luz salió hacia Elizabeth. Esta lo detuvo, pero no contraatacó. Se convirtió en cuervo y desapareció volando. Las sombras permanecieron a nuestro alrededor.

— ¿ ?

—Sí, mi señora.

Yo seguía embobado. ¿Qué había sido todo aquello?

La muchacha me miró extrañada, no sé, como si no se lo creyera. Yo tampoco me creía nada de

lo que estaba pasando. Me había olvidado hasta de los encapuchados, que, por cierto, cerraban el círculo de nuevo.

— ¿

—Tiene que serlo. Las sombras van tras él y este es el lugar que Bárbara nos ha indicado —la mujer me traspasó con su mirada azul—. Y sus ojos, mire sus ojos, señora, resplandecen como estrellas.

¿ Mis ojos resplandecían como estrellas ?

—Vámonos entonces —sentenció la chica.

Los encapuchados estaban casi encima de nosotros, pero la mujer del bastón lo alzó por encima de su cabeza. Lo giró varias veces sobre su mano y una potente onda de luz barrió a los encapuchados, que se convirtieron nuevamente en cuervos.

La maga bajó de la tumba y se acercó hasta mí.

—Tienes que venir con nosotras, este lugar no es seguro ni para ti ni para la princesa —dijo tendiéndome la mano.

No tenía palabras. Pero sí una duda gigantesca dibujada en el rostro.

—No temas, muchacho —dijo con una sonrisa—. Debemos regresar a Dhotlaren, allí se te explicará lo que no comprendas.

«¿ Lo que no comprenda ?» Pensé, porque no comprendía nada. Todo era incomprendible. La luz, los encapuchados, la maga y la chica y... ¡ para hablar.

— ¡ !

La maga me miró extrañada.

— ¿ ?

—A ella, Luna, mi amiga. Esas cosas se la han llevado. Una se echó sobre ella y...

— ¡ !
los lados y vi que los cuerpos sobrevolaban de nuevo sobre nosotros—. ¡Dame la mano, tenemos que irnos ya!

— ¿ ?

—Si quieres salvarla tendrás que venir con nosotras. Aquí ya no hay nada que hacer.

Una sombra se lanzó sobre nosotros. Ilza hizo brotar una esfera de luz verde con su bastón y la arrojó contra aquella tenebrosa criatura, que saltó en mil pedazos.

— i

Podía quedarme en un cementerio, rodeado de criaturas horripilantes, o irme con una maga y una muchacha extrañísima (aunque muy guapa) a un lugar del que jamás había oído hablar.

Era genial, porque todo sonaba horrible.

Decidí marcharme con ellas, parecía más divertido. Y más seguro. Alargué la mano y cuando estreché la suya, la maga pronunció unas palabras y una luz azulada nos envolvió. Luego me sentí como si viajase por un tubo. Más que viajar, daba la sensación de caer, como en los sueños que te imaginas que caes al vacío, algo así.

Antes de perder el conocimiento oí que la maga le decía que sentía haber abandonado a Bárbara en el cementerio.

Luego la oscuridad me envolvió.

BÁRBARA

El tiempo se acaba

No volví a entrar en sus sueños. La búsqueda teníamos que hacerla a pie de calle . parte de la misión había salido muy bien. Llegué a tiempo y pude hablar con Alain. Tal y como Exteyie me había dicho, mantuve en secreto el trabajo que estaba llevando a cabo. Ni siquiera podía decírselo a Dara, Nacho o Diana.

No contárselo a mis colegas me hacía sentir mal, la verdad; era como si los estuviese traicionando. Además, me sentía desprotegida sin ellos. Un grupo de Guardianes es una piña, una máquina perfectamente engrasada. De hecho, es muy desaconsejable actuar sin el resto de grupo. Por decirlo de alguna manera, entre los cuatro se forma un solo ser.

Nacho era un guerrero excelente en el cuerpo a cuerpo, fuerte, duro y valiente. Dara tiene una puntería excelente y es ágil como una gata, capaz de colarse en cualquier sitio, forzar cualquier cerradura y tiene una increíble capacidad para escabullirse de las situaciones más comprometidas. Diana, por su parte, tiene una inteligencia sobresaliente y sus conjuros son poderosísimos. Yo puedo llegar a ser bastante destructiva. La cuestión es que sin su ayuda me sentía indefensa.

Pero las órdenes son las órdenes.

— ¿ ?

El muchacho negó con la cabeza. Nos habíamos sentado en un banco del parque, a la espera de que sintiese alguna señal del Elegido. Alain, como augur, puede sentir cosas que ninguno de nosotros es capaz de sentir. Sin embargo, esos días habían sido un completo fracaso: ni rastro del Elegido.

Pasaron las horas. Cuando el sol del mediodía comenzaba a dar un poco de calorcito me aburrí de estar allí. Alain, el pobre, también estaba aburrido.

—Podemos ir a comer al *Luz de Luna* —sugerí.

— ¿

— i !
en el que nos reunimos las hechiceras.

Se le abrieron los ojos de par en par.

— ¿ ?

—Oh, sí, desde luego. Puedes entrar si vas conmigo. A los corrientes no se les deja acceder...

— i

—No, claro, pero tampoco eres un corriente.

Nos pusimos en marcha bastante animados. Yo estaba animada porque hacía más de un mes que no iba por allí y él porque no había estado nunca. Me llamó la atención un pequeño cuervo que había estado rondando por encima de nosotros durante todo el rato que permanecemos allí. Luego, en cuanto nos dispusimos a marchar, el cuervo alzó el vuelo. No le di más importancia.

Luz de Luna está en la trastienda de una tienda de música muy antigua. Antes había muchos comercios como aquel, en los que se vendían mogollón de discos. Como tapadera está muy bien porque casi nunca entra nadie.

—Ya hemos llegado —le dije.

Alain miró con cierto escepticismo.

— ¿ ?

—Sí, más o menos.

Faltaba el cristal de la puerta, en su lugar había un plástico. Entramos en la tienda. La dueña es Gilda, una hechicera de veintisiete años que lleva fuera de servicio bastante tiempo. Durante la última misión que realizó, el hechizo de un demonio de la tormenta la dejó en una silla de ruedas. Desde entonces se encarga de regentar la tienda o, lo que es lo mismo, ser la guardiana del *Luz de Luna*. Es una chica majísima, guapísima y muy poderosa.

Al vernos entrar alzó la vista y sonrió. Estaba leyendo detrás del mostrador adaptado a su altura un libro cuyo título era *Desconexión*. Gilda es una devoradora de libros y una fanática de la música. Cerró el libro y salió a recibirnos. Maneja la silla con una soltura alucinante.

— i

Antes de saludarla, coloqué la mano izquierda encima del corazón y pronuncié mi nombre de Guardiana.

—Vhalesi

Mi *etsixia* se iluminó. Gilda hizo lo propio y en su mano apareció un precioso dragón rojo. La abracé y nos dimos dos sonoros besos. Por cierto, el nombre de Gilda en la lengua de las ninfas es Shimanfaia, cuya traducción es algo así como *Princesa de Fuego*.

—Cada día estás mejor —le dije.

Y es verdad. Tiene un par de ojazos anaranjados grandes como platos en un rostro redondito. Además, desde que se tiñó el pelo de azul, está alucinante.

— ¿ ?

—Sí. Está guapo ¿verdad?

—Te queda genial.

Miró a Alain y entrecerró los ojos.

— ¿ ?

—Un amigo —respondí.

—Es muy joven para ser un Guardián.

—No es Guardián. Es un... ya sabes.

Gilda asintió. En sus ojos vi crecer una sombra de preocupación. Como buena hechicera sabía que los augures no son, precisamente, criaturas de fiar. No es que sean malas personas, pero su poder es incontrolable y en más de una ocasión han sido utilizados por el enemigo.

—Hola, muchacho.

—Hola —contestó Alain algo tímido.

Gilda fue hasta el escaparate y bajó las celosías. Le dio la vuelta al cartel de la puerta y cerró con llave.

—Las cosas están raras últimamente —dijo cuando volvió a nuestro lado—. Hace mucho tiempo que Morfeo no se pone en contacto conmigo... e Ilaiesis está desaparecido. La última vez hablé con una ninfa...

—Exteyie —apunté.

Sonrió. Yo también. Es casi imposible no sonreír al recordarla. Todas las ninfas son flipantes, por supuesto, pero Exteyie se lleva la palma.

—Me dijo —continuó— que estuviese atenta. Según Exteyie, Kordther sospechaba que el enemigo estaba moviendo ficha y que algunos de sus esbirros tratarían de entrar en *Luz de Luna* y robar algo de información.

— ¿ ?

Miró hacia los lados. Luego miró a Alain.

—Es de fiar —le dije.

—Bien... ¿A que no sabes quién intentó entrar ayer en el *Luz de Luna*?

Un escalofrío me recorrió de parte a parte. No lo sabía, pero lo sospechaba.

—Elizabeth —dije con un nudo en la garganta.

Con el simple hecho de recordar su nombre las tripas se me removían como si alguien estuviese jugando con ellas.

—

los ojos—. No veas qué bombón... alto, fuerte, moreno con el pelo largo... ya sabes, del tipo de chicos que me gustan. Llevaba una gabardina de cuero y unos pantalones de vinilo impresionantes...

—Sí, sí, estaba muy bueno —interrumpí sonriendo—. Pero por favor, ¿puedes continuar con lo importante?

—Está bien. Cuando entró el bombón pensé que por fin pasaba algo divertido. Había sido una mañana bastante aburrida y la tarde no pintaba mucho mejor. Bueno, la cuestión es que entró, echó un vistazo a la tienda y caminó decidido hasta el mostrador. «¿ preguntó, mientras se quitaba la gabardina. En ese mismo instante pensé que aquel chico era un regalo envuelto en una camisa negra.

— ¿

—Ya sé que a ti esa música no te gusta. Da igual, la cuestión es que es uno de mis artistas favoritos y acababa de entrar un tío cañonazo al que también le gustaba. Le dije que sí, que tenía un par de compactos y hasta una edición especial de *Love Metal* en vinilo. Charlamos un rato, compró los tres discos y se marchó hacia la puerta. Reconozco —se sonrojó— que fue entonces cuando cometí un fallo imperdonable. Si le hubiera prestado más atención a sus manos que a su trasero, me hubiese percatado de que había sacado un frasco de cristal. Cuando lo vi fue demasiado tarde, estaba al otro lado de la puerta dibujando una runa roja en el cristal. Antes de que pudiese preparar un hechizo, el cristal saltó en mil pedazos.

—No me digas más, fue en ese momento cuando apareció ella —añadí.

—Exacto. Ese malnacido guaperas me había engañado como a una tonta. Me engatusó con su belleza. Tendrías que haber visto lo bien que hablaba... y se sabía todas las canciones de *Him*.

La miré enarcando las cejas.

—Bajé la guardia y dibujó la runa. Era un hechizo escrito capaz de romper la protección mágica que resguarda la tienda de los esbirros del Archimago.

—Vaya —dije—, han mejorado. Utilizan a corrientes y así pueden entrar donde los esbirros tienen cerrado el paso.

Gilda asintió.

—Una vez rota la protección —prosiguió—, Elizabeth podía entrar con total tranquilidad. Esa chica es poderosísima... se materializó en un abrir y cerrar de ojos en la puerta. Me miró con superioridad, con una sonrisa macabra. «¿Te ha gustado mi amigo? Es muy convincente con las chicas» me dijo con retintín. .
había avisado a un puñado de hechiceros que había en ese momento en la taberna. Enseguida aparecieron nuestros colegas. «¿Has venido a que acabemos contigo?» le pregunté. Elizabeth se rió a carcajadas y su mueca de desprecio se agrandó.

— ¿ ?

—A uno lo conoces, se llama Tesar y tiene dieciocho.

— ¡ ! .

—Sí. El otro era un muchacho de otra ciudad que había venido por el tema de unos vampiros. A pesar de estar enfrente de tres hechiceros, Elizabeth no mostró ni un ápice de miedo. En el fondo, creo que nosotros sabíamos que incluso en un enfrentamiento de tres contra una tendríamos dificultades para vencerla. Por suerte no vino a pelear.

— ¿ ?

—Solo quería avisarnos de que el tiempo de la luz estaba llegando a su final y que muy pronto los esbirros del Archimago reducirían a la guardia y la convertirían en un recuerdo. Dijo que estábamos acabados.

—Muy original —dije con ironía.

—Después de su ultimátum se marchó. Se me quedó un regusto amargo... por un lado deseaba enfrentarme a ella y por otro... por otro tenía miedo de hacerlo.

Asentí. «¿Qué haría yo si tuviese que luchar con ella?», pensé intrigada.

—Seguramente —dije— un día de estos tendrás la oportunidad de medir tus fuerzas contra alguno de esos indeseables. Si no es con ella, seguro que podrás hacerlo contra otra hechicera del Archimago.

—Eso espero... Bueno, supongo que querréis pasar al *Luz de Luna* .

—Por supuesto.

—Adelante entonces.

Fue hasta la puerta de atrás, sacó una llave que llevaba colgada del cuello sujeta por una cadena y abrió la puerta. Entré y Alain me siguió. Oímos cómo Gilda cerraba la puerta de nuevo a nuestra espalda. Estábamos en un cuarto pequeño repleto de estanterías en las que se apilaban discos, telarañas y kilos de polvo. Al fondo había una pared sin estanterías sobre la que había pintado un árbol de muchos colores. En una de las hojas estaba representado el símbolo de los hechiceros de la luz: una mano blanca con un anillo de runas en cada dedo. Todos los hechiceros llevamos un colgante de plata con el mismo emblema. Los magos llevan un anillo de oro blanco con una piedra negra. Los guerreros, una pulsera nomeolvides de acero de la que cuelgan diminutas espadas de plata y una estrella de siete puntas. Por último, los arqueros llevan un brazalete de cuero blanco con un halcón.

Toqué la hoja que representaba nuestro emblema y el resto de hojas comenzaron a brillar. En el centro del tronco se abrió una brecha y la pared se partió en dos dejando al descubierto un pequeño hueco. Entramos, la pared volvió a cerrarse y una nueva puerta nos dio paso al *Luz de Luna*.

Había tres hechiceras que conocía de vista entrenando puntería de rayos en una diana especial, un hechicero de mi misma edad que no me caía bien dormitando sobre una mesa y, cómo no, estaba Loco Han al otro lado de la barra. He de decir que en las tabernas de las Guardianas está permitido hacer magia. Son los únicos lugares en los que podemos utilizar nuestros hechizos fuera de una misión.

En cada ciudad más o menos grande hay cuatro tabernas, una para cada tipo de Guardianes. Aunque Dara, Diana, Nacho y yo nos llevamos bien, no es lo habitual. Entre los diversos tipos de Guardianes hay bastantes rencillas. Los guerreros piensan que son los que más se la juegan, los magos suelen menospreciar a los hechiceros, los arqueros no ven con buenos ojos a los magos... en definitiva, cada uno piensa que su grupo es el mejor y el más necesario.

Como ya he dicho, entre nosotros cuatro no sucede eso; nos compenetramos muy bien. Pero no es lo habitual. *Luz de Luna* es la taberna de los hechiceros y aunque los demás Guardianes tienen permitida la entrada, es casi más fácil ver a un esbirro del Archimago en el *Luz de Luna* que a un guerrero. Los guerreros tienen su propia taberna llamada *Acero*, los magos un barecito llamado *Tierra Media* y el de las arqueras es el *Lanza de Dragón*.

Luz de Luna es una taberna grande de madera iluminada por un montón de antorchas de luz mágica. Cuenta con medio centenar de mesas, una pista de enfrentamientos, un par de dianas para afinar puntería mágica y hasta un pequeño bonsái, regalo de las ninfas.

— ¡ !

Lo llamamos Loco Han porque se llama Han y porque está loco de remate. Él lo sabe y lo acepta. Es un tipo de cuarenta y tantos, calvo y feo como una gárgola.

— ¡ !

—De perlas —se crujió los dedos de ambas manos—. ¿Te ha contado Gilda la visita que tuvimos

ayer?

—Elizabeth —dije.

—
hubiera tenido algo más que palabras con ella. Se hubiera enterado de quién es Loco Han —alzó las manos y conjuró una pequeña explosión de luz.

Las hechiceras me miraron con indiferencia. Luego miraron a Alain con recelo y cuchichearon entre ellas. Me fijé en que la pista de enfrentamientos estaba cerrada.

—
campeonato? ¿?

Chascó la lengua.

—No, la gente está muy atareada. Kordther ha movilizado a la mayoría de los hechiceros —miró a Alain—. ¿Quién es el chavalín? ¿Un Guardián de biberón? —Se rió a carcajadas.

—Es un... es un augur.

En ese momento se acercaron las hechiceras.

—Un augur —repitió una de ellas. Era Azul, una muchacha de diecinueve años, insoportable y sabionda—. Solo a Bárbara, la amiga de las magas —hizo una mueca de desagrado—, se le ocurriría traer a nuestra taberna a un augur. ¿maguita sombría?

Las otras dos hechiceras se rieron. Miré a Azul a los ojos (lo que me supuso levantar la cabeza, pues Azul es mucho más alta que yo) y puse cara de «me da igual lo que digas». Pero claro, no pude quedarme callada.

—
un licántropo, la cosa no te fue muy bien. ¿O acaso me equivoco? Se comenta que lanzaste un rayo y que este rebotó en un espejo... en fin... a la vista está.

Instintivamente se tocó el mechón chamuscado que adornaba su flequillo. La vena de la frente se le infló y arboles colorados tiñeron sus mejillas.

—Al menos a mí nunca me ha engañado una maga de la oscuridad. ¿O es que no te acuerdas de cómo Elizabeth jugó contigo antes de pasarse al enemigo?

—
la pista de enfrentamientos. i

—
buena lección. Y cerrarte la boca de una vez. ¿?

Soltó una risotada de burla.

—Puede ser que mi magia no sea tan fuerte como la tuya, pero según tengo entendido, eres fácil de convencer. Me bastaría con guiñarte un ojo para embaucarte y tenerte comiendo de mi mano.

Cerré los puños fuertemente. Desde que pasó lo de Elizabeth sabía que se comentaban algunas cosas sobre mí. Qué queréis que os diga, los dimes y diretes me han dado siempre igual, es decir, yo a lo mío.

Sin embargo, Azul se estaba pasando de la raya.

— ¡¿ ?!

Apreté y apreté los puños. Sin darme cuenta mis manos comenzaron a generar una potente luz anaranjada. Las otras dos hechiceras se echaron instintivamente hacia atrás. Azul se mantuvo quieta, deseando que perdiera los estribos. Cerré los ojos, respiré un par de veces y recordé la sonrisa de Exteyie.

Me calmé un poco.

—Paso de ti —dije al fin.

—El sentimiento es mutuo —Azul miró de reojo a Alain y levantó una ceja—. Sabes, no sé a qué narices estás jugando, pero este niño apesta a inestabilidad. ¿Por qué no os largáis por donde habéis venido?

—Él puede estar aquí , .

Azul gruñó entre dientes y se marchó con sus dos amiguitas a una mesa en la otra punta del bar. Loco Han nos sirvió un par de vasos de zumo de granada y frambuesas y Alain y yo nos fuimos a sentar junto al árbol de las ninfas. Estando allí, tan cerca de aquella maravillosa muestra del poder de Kiental, la ira desapareció de mi corazón.

—Soy una molestia —dijo Alain, que se bebió su vaso de un par de tragos. Los labios y la lengua se le pusieron rojísimos.

—
poco muere, los del otro lado no confían mucho en ella. Se aburre y la toma conmigo. i

Estuvimos un buen rato sentados. Comimos un par de empanadas de frutas y nos tomamos un vaso más de granada y frambuesas. A media tarde, la taberna se llenó de colegas de hechicería. Charlé con algunas compañeras, me reí con un hechicero que me caía muy bien y antes del anochecer salimos de nuevo a la calle.

El cielo comenzaba a enrojecer. Tenía pensado regresar al hospicio y pasar la tarde en mi dormitorio escuchando algo de música, pero de repente Alain se detuvo.

—Lo veo —tenía los ojos cerrados—. Es él, acaba de aparecer dentro de mi mente. No sé dónde está, pero puedo sentirlo.

A partir de ese momento los acontecimientos se aceleraron como movidos por un resorte. Faltaban unas pocas horas para la medianoche y por fin Alain tenía algo. Aunque tenía ganas de zarandearlo, o exprimirlo como a una naranja para sacarle la información, debía ser paciente. Un augur es capaz de ver muchas cosas, pero normalmente necesitan años y años de entrenamiento para hacerlo con claridad.

— ¿ ?

—Imágenes sueltas y muy rápidas. Son como fotos que aparecen un momento y antes de que pueda verlas desaparecen otra vez —se frotó las sienes—. Lo que sí tengo claro es que se llama Orión y que tiene más o menos tu edad.

—Orión —repetí en voz baja.

Guiados por sus percepciones fuimos dando vueltas por la ciudad. Pero todo fue en vano. Desde el campo de fútbol subimos al bulevar hasta encontrar una casa con las paredes de espejo. Alain me dijo que notaba vibraciones provenientes de aquel lugar. Un cuervo delgaducho se posó en el alar y se nos quedó mirando.

—No me gusta ese pájaro —dijo Alain.

—Yo odio los cuervos. A Elizabeth le encantaban —esta última frase la dije más para mí que para él.

Subimos los escalones y nos colocamos frente a la puerta. Ni corta ni perezosa llamé al timbre. Los dueños de la casa tenían la sintonía de *La Guerra de las Galaxias*.

—Menudos friquis —le dije a Alain.

Sonrió. El pobre estaba muy nervioso.

Según me contó, a lo largo de su vida había tenido percepciones, pero nunca les prestó atención, trataba de apartarlas de su cabeza y hacer como que no existían. La riqueza de los sueños de los augures deriva, precisamente, de ese empeño en encerrar las visiones. Sus mentes aprenden a “guardar bajo la alfombra” las sensaciones extra corporales. No las hacen desaparecer, simplemente las amontonan en el subconsciente.

La puerta se abrió. Un tío bastante raro con una gorra en la que ponía «*Aperitivo para zombis*», nos miró de arriba abajo.

— ¿ ?

—Esto... Hola.

Llevaba una camiseta en la que salía un tipo con un guante de diamantes.

—Lo siento —dijo resignado—, pero no pienso compraros nada. No tengo dinero y no me gustan los niños. Largaos antes de que suelte al perro.

Miré a los lados y un poco por detrás de él.

—No veo ningún perro.

—Lo tengo encerrado en un cuarto. Es peligroso.

— ¿ ? ¿ ?

—Uno grande. Muy grande.

—Me extraña que no haya ladrado.

—Está afónico.

Enarqué las cejas.

— ¡ ! ¿ ?

—Le gusta mucho el helado.

—Tu perro come helado...

—Eso es. Helado de vainilla.

— ¿ ?

Se ajustó la gorra y entrecerró los ojos. Confieso que a pesar de estar en mitad de una misión trascendental, ese tío me lo estaba haciendo pasar bien.

—El helado no tiene nombre.

Me reí. Alain también. Y el tío raro también.

—Ya me imagino que no bautizas los helados—dije—. Lo que quiero saber es el nombre del perro.

Entrecerró aún más los ojos poniendo cara de malo.

—Asesino —exageró las eses.

—Asesino... —Repetí—. No es un buen nombre para un perro que come helado de vainilla.

—Es mi perro y se llama como yo quiero.

—Faltaría más.

Se cruzó de brazos.

—Bueno, mocosos ¿qué queréis?

Carraspeé.

—Estamos buscando a un muchacho.

—Esto no es objetos perdidos.

Suspiré resignada. La tarde había envejecido y la noche se cerraba sobre la ciudad.

—Se llama Orión —dije.

Levantó las cejas.

—Conozco a un Orión. ¿Para qué lo buscáis?

Buena pregunta. No había pensado en la respuesta.

—Es... —Titubeé—. Es un amigo al que hace mucho tiempo que no veo. Me gustaría hablar con él.

—Puedo darte su número de móvil. El otro día estuvo por aquí con su novia.

Entró en casa y nos dejó en la puerta. El cuervo, que hasta ese momento había estado observándonos, echó a volar. A mí tampoco me daba buena espina el pajarraco, pero tenía otras cosas en las que pensar y por las que preocuparme. Fue un error... ojalá le hubiese prestado más atención.

El hombre volvió a salir con el móvil en la mano. Era un móvil viejísimo.

—Apunta.

Saqué mi teléfono (con la pantalla medio rota, como siempre) y apunté el número de Orión. Las manos me temblaban de la emoción. Todavía quedaban unas horas para la medianoche, teníamos tiempo.

En cuanto nos alejamos un poco llamé al Elegido. Me contestó una chica.

— ¿ ?

Del lado de la línea solo me llegaban interferencias. Colgué y traté de llamarlo otra vez, pero ni siquiera dio tono.

—Alguien está jugando con nosotros —dijo Alain.

Bajamos al centro de la ciudad y probé a llamar desde el teléfono del hospicio, pero no hubo manera. Fuera quien fuere, había bloqueado la señal del Elegido.

— ¿ ?

—No lo sé.

Él bajó a cenar. Yo no tenía hambre, así que me quedé en mi cuarto jugueteando con Pellizcos. Quedé con él en dar una vuelta después de la cena.

La noche era muy fría. Dimos una vuelta por los alrededores. Miré el móvil y vi que eran las once y cuarto. Quedaba poco tiempo y no teníamos nada. Caí en la cuenta de lo estúpida que había sido. ¿Por qué no le había pedido más datos al tío raro? Si tenía su número seguro que sabía dónde vivía. Sopesé la posibilidad de regresar a su casa. Estaba a punto de sugerírselo a Alain cuando él mismo se me adelantó. Tenía los ojos entrecerrados y se frotaba las sienes con brío.

—Está en el cementerio. Y no está solo.

Le ordené que volviese al hospicio y salí corriendo.

La batalla me esperaba.

SEGUNDA PARTE

“Ierzâssa aieniren, âl sisen iluxea eil`da caen kotssë seyunhal; también las hijas de la luz transitamos el camino del crepúsculo”

(Kiassad, Sacerdotisa del Palacio de Cristal)

ORIÓN

Despertar en Úmbator

Desperté. Estaba sobre una cama, palpé mi cuerpo y me alegré de continuar entero. Mi cerebro, poco a poco, enlazó las piezas de los últimos recuerdos. Durante los primeros segundos no sabía si lo que había ocurrido era cierto, o tan solo un sueño.

Explosiones mágicas, cuervos, Elizabeth, la muchacha lanzando rayos... todo era una auténtica locura. Tampoco sabía dónde estaba. Después de un largo rato de confusión logré abrir los ojos, muy despacio.

Los párpados me pesaban como cortinillas de plomo.

— i !

Tardé en acostumbrarme a la luz.

— ¿ ?

—Toda la noche.

Mis ojos enfocaron por fin. Estaba en una habitación grande, de piedra. En un rincón chispeaba una chimenea. Había una ventana y desde allí se veía un bosque nevado. Era de día. La luz brillaba con fuerza sobre la nieve.

Junto a la cama había un hombre vestido con una armadura de cuero y metal. Cubría su espalda con una capa de pelo marrón de algún animal, no sé, tal vez de oso, porque el broche que la sujetaba reproducía a uno. Estaba de pie, orgulloso. Era alto y fuerte. Apoyaba ambas manos en un hacha inmensa. De su cinto pendía un machete.

A pesar de la intimidatoria imagen del hombretón, no tuve miedo. Sus rasgos eran simpáticos, de esa clase de personas en las que confías en el acto. Sus ojos, azules y pequeños, brillaban como los de un niño en un rostro grande, redondeado y sonrosado. El pelo, rojo como la sangre, le caía sobre los hombros. Tenía una barba poblada que le llegaba hasta el pecho; en las puntas llevaba dos tiras de cuero que recogían todo el pelo en un par de matas.

Intenté levantarme, pero me dolía hasta el último hueso del cuerpo.

—Será mejor que no lo hagas —me advirtió—. Tienes que descansar, muchacho. Además, tengo órdenes explícitas de Kordther al respecto. Si se entera de que he permitido que te levantes me meteré en un lío.

— ¿ ? ¿ ?

El hombretón rompió en carcajadas.

—
este. Mira, Kordther es una de las autoridades de Úmbator. Es sabio como diez de nosotros y su poder supera al de cualquier otro mago... Aunque, entre tú y yo —miró hacia los lados y bajó el volumen de la voz—, el pobre es anciano, muy anciano. Hay veces que se olvida de las cosas. De vez en cuando su torre salta por los aires y nosotros decimos «
viejo Kord
aquí seré tu guarda personal.»

— ¿ ?

Alky se mesó las barba.

— ¿

Asentí.

—La princesa me ha hablado de ella. Me temo que la han secuestrado. Tú tuviste suerte. Y supongo que nosotros también, porque si te hubiesen atrapado habría sido un desastre, resulta que eres el ele...

De pronto una voz de mujer lo interrumpió.

— ¡ !

Entró en la habitación la maga que me había salvado en el cementerio. Vestía una gruesa túnica roja con bordados negros. Sujetaba el cayado con su mano derecha y caminaba con paso seguro. Se acercó hasta mí y me tocó la frente.

—Estás mucho mejor. La princesa se va a poner contentísima —se giró hacia Alky y habló con autoridad, aunque sin perder la sonrisa—. ¿Qué le has contado?

—Nada, Ilza, te lo prometo.

La maga volvió a mirarme. Sus ojos eran tan claros como un cielo de verano. Sus labios gorditos y sonrosados.

—Supongo que tendrás cientos de preguntas.

—Yo diría que miles —dije un poco tímido, un poco enfadado, un poco confuso, un poco de todo a la vez.

No sabía ni cómo me sentía. Todo me parecía un auténtico disparate.

—Tranquilo, dentro de poco se te explicará dónde estás y por qué te hemos traído aquí. Llevamos mucho tiempo esperando tu llegada.

—Pero, ¿ ?

Alky no contestó. En ese momento alguien se detuvo en la puerta. Ilza se inclinó reverencialmente y se apartó a un lado. Alky hincó una rodilla en el suelo y bajó la cabeza.

Entonces apareció un hombre impresionante, vestido con armadura y cota de malla. Era pelirrojo y llevaba el pelo recogido en una trenza. Su barba era espesa y la llevaba repleta de abalorios. Sus cejas eran tan pobladas que apenas se le veían los ojos. Su rostro era amplio y rudo, aunque simpático.

Lo escoltaban dos guerreras armadas con hachas y escudos, como Alky.

—Soy Huyik, señor de Dhotlaren, Rey del Norte.

Lo saludé con gesto serio. Intenté ser respetuoso, pero no sé si lo logré.

—Pronto —continuó—, muy pronto se libraré la batalla definitiva. Muchacho, tú eres la luz que estábamos esperando, has traído esperanza a los Cinco Reinos. Has preguntado qué estás haciendo aquí... la respuesta es larga y merece ser respondida por alguien más versado que yo en cuestiones mágicas. Soy un guerrero, y un rey, nada más. Por el momento tendrás que confiar en nosotros. Y descansa, o de lo contrario el viejo Kordther se pondrá hecho una furia.

—Y mi amiga Luna , ¿

—Sé que estás preocupado... pero todo a su tiempo. Por ahora, límitate a descansar hasta que estés recuperado.

—Sí, señor —contesté sin mucho convencimiento.

El rey se dio la vuelta y se marchó con su escolta. Ilza y Alky se inclinaron y esperaron a que desapareciese para volver a erguirse.

Ilza descolgó uno de los frascos vacíos que pendían de su cinto. Luego cogió uno repleto de un extraño líquido azul y otro con líquido violeta. Echó una pequeña cantidad de cada en el frasco vacío y lo cerró.

—Chicos —dijo—, cerrad los ojos, voy a mezclarlos.

Tuve la tentación de mirar, pero ella debió leerme los pensamientos.

— i

—Estoy ante una maga y no puedo presenciar un hechizo, vaya faena...

—Ya tuviste tu ración en el cementerio.

La maga comenzó la cuenta atrás.

—Cinco.

Empezó a sonar un zumbido, como un enjambre de abejas enojadas metidas a presión en una caja de zapatos.

—Cuatro.

El zumbido se hizo más alto y más agudo.

—Tres.

Mi curiosidad crecía con el zumbido. Abrí un ojo, solo un poco. El frasco levitaba entre las manos de Ilza y brillaba cambiando de tonalidad a la velocidad de la luz.

—Dos... ¡Cierra los ojos!

Me había pillado otra vez. Cerré los ojos.

—Uno.

No hizo sonido alguno, pero sentí como si una ola de luz me atravesara. Incluso con los párpados cerrados quedé ligeramente cegado.

—Ya podéis abrirlos.

Y los abrí sin perder ni un segundo. La maga tenía el frasco entre las manos, como si no hubiese ocurrido nada. El líquido de su interior era blanco, pero con un montón de líneas rosas moviéndose de un lado a otro, como pequeñas culebrillas juguetonas. Lo destapó y me lo dio a beber.

— ¿ ?

—Te ayudará a recobrar energía. Dormirás lo que resta de día, hasta el anochecer. Cuando

despiertes estarás completamente recuperado.

Supuse que si hubieran querido matarme ya lo habrían hecho. Además, no todos los días se puede beber un brebaje mágico. Y menos recién hecho.

Lo bebí y sentí el peso de mil elefantes aplastándome. No tardé ni diez segundos en dormir. Lo último que vi fue el rostro de Ilza y sus ojos azules. Creo que soñé con el mar, con un mar grande y precioso.

ORIÓN

El concilio

Ilza tenía razón. Cuando desperté me sentía como nuevo. Alky no se había movido de mi lado. Me dio unas ropas extrañísimas y me vestí con ellas. Eran como las suyas, es decir, una armadura de cuero y una capa de pelo, pero adaptadas a mi tamaño.

— ¡ !

Tenía razón, no estaba mal. Me miré en un inmenso espejo de pie y me gusté. Era como el personaje de un libro de fantasía, aunque más enclenque.

—Me pregunto qué opinaría Luna de mí. Si me viera así vestido, seguro que se echaba a reír...

—Tragué saliva.

Alky me miró con ternura.

— ¿ ?

Aquella pregunta me descolocó.

—Sí, pero no. Es decir, la quiero, claro, pero es mi amiga, nada más.

Asintió y me dijo que era el momento de la gran reunión. Enviados de los cuatro reinos restantes, dijo con orgullo, habían ido llegando durante el día. Yo tenía que estar allí, pues uno de los motivos del concilio era mi presencia en Úmbator.

—Vamos, deprisa, está a punto de empezar.

Caminamos durante un buen rato por los pasillos del castillo. Las paredes eran de piedra, los suelos de mármol y los techos estaban decorados con multitud de pinturas. Grandes ventanales mostraban la misma estampa: un idílico bosque de pinos, hayas y abetos cubiertos de nieve.

Luego descendimos unas escaleras largas y estrechas.

—Estamos cerca, el Gran Salón está al final de estas escaleras.

Al fondo había una puerta de madera recia. Alky la abrió y salimos a una balconada desde la que

se veía un inmenso salón. Era parecido a los parlamentos que tenemos en nuestro mundo. Lo que no se parecía en nada era la clase de personas que había. En realidad, muchas de las criaturas que allí había no eran precisamente personas. Se hallaban sentadas en semicírculo y parecían inquietas.

Alky me dijo que me sentase. Estábamos a la derecha de los asistentes, a unos cinco o seis metros de altura.

Enfrente de los invitados había un trono grande de piedra. Sobre él estaba sentado el rey. Su porte era magnífico, con ambas manos apoyadas sobre el trono, miraba al frente. Tras él estaban sus escoltas.

A ambos lados del trono había dos sitios más pequeños, aunque no menos imponentes.

En el de la derecha, según se miraba al rey, estaba sentado un anciano con una tímida melena de pelo canoso. A través del escaso pelo se le distinguía la cabeza. Una larguísima perilla blanca le descendía hasta los muslos. Todo su cuerpo lo abrigaba una túnica blanca, lisa, sin bordados ni decoraciones de ningún tipo.

En el de la izquierda estaba sentada la chica de la tumba.

Kira.

Llevaba ropa sencilla, muy parecida a la que vestía cuando me rescataron. La única diferencia era su cabeza; sobre ella llevaba una corona plateada que brillaba como un sol. Su larga melena dorada estaba recogida en una trenza y serpenteaba por su cuerpo como una cuerda tejida con oro. Kira parecía una diosa. En aquellos momentos, incluso, pensé que a lo mejor era una diosa.

Detrás de ella se hallaba Ilza, de pie, sujetando el cayado con el semblante sereno.

—Mira, han venido representantes de los Cinco Reinos Libres—me dijo Alky.

Entonces sonó una campanada. El rey se levantó.

—Bienvenidos a Dhotlaren —dijo con voz grave—, capital del Reino del Norte y baluarte de los hombres de las Montañas Blancas. Deseo que gocéis de la hospitalidad de este castillo, como yo gozo con vuestra presencia. Faltan hoy aquí representantes de las otras cuatro capitales nórdicas: Dhotdien, Valle Alto, Kiex Xat y Fuentes Claras. Como Rey del Norte, hablaré y escucharé en su nombre. Mientras, sus gobernantes se disponen para la batalla; Nuestro reino fue seguro, pero hoy las plazas son disputadas por las kromen, y en los bosques acechan criaturas malignas. Tampoco han venido nalthus de Bosque Septio, pero el Señor del Bosque envió halcones, y su disposición será con la decisión de este cónclave. Y por último, desearía tener entre los muros de mi castillo a alguna shivila de Aekaztsa, pero Orazshasetze, su superiora, guarda silencio. Envié emisarios a Aekaztsa, mas de ellos no sé nada.

Luego, uno a uno, presentó a los delegados de los reinos allí presentes.

—Jazor, príncipe de la ciudad de Ímbacel, capital de los hombres de las llanuras del oeste, se

bienvenido.

Un hombre alto, moreno y delgado se levantó de su asiento e hizo una reverencia al rey. Tenía 20 o 22 años, no sé. Vestía unas botas negras y una túnica verde oscuro. Alrededor de la cabeza llevaba un pañuelo rojizo. Su barba era muy oscura y muy densa. A la espalda llevaba un arco y dos espadas cortas pendían de su cinturón.

Ahora, para mí, todo esto es de lo más normal, pero en aquellos momentos resultaba extrañísimo. Más de una vez me sorprendí a mí mismo con la boca abierta, completamente alucinado.

—Es un placer estar en Dhotlaren —dijo Jazor—, mi tierra estará siempre en deuda con el pueblo de las montañas. Sin su ayuda, parte de nuestro reino sería ahora pasto de las sombras. En la batalla de las Colinas Sangrientas nos salvasteis la vida. Tras dos días de lucha sin cuartel el enemigo nos tenía acorralados, la esperanza se había esfumado. Los escudos estaban hendidos y las espadas rotas... Pero de pronto, como un rayo de esperanza, escuchamos los tambores y vimos llegar a la caballería de Dhotlaren, que hizo huir al enemigo y nos entregó la victoria.

—Una y mil veces mis tropas volverían a hacerlo. Tu pueblo y el mío son hermanos. Vuestros enemigos son nuestros enemigos —dijo el rey.

—Sea así por muchos años —el hombre del oeste se sentó de nuevo.

—De las costas del este, allí donde el mar Argénteo baña nuestro mundo, ha venido Akuba, ministra del Consejo de la ciudad de Kiiba, maestra del viento y del agua.

Una mujer de treinta años se levantó de su asiento. Llevaba una túnica blanca bordada con un montón de olas azules que se movían lentamente, como si tuviesen vida. Su pelo era blanco como la nieve y estaba lleno de pequeñas trenzas. La piel de aquella maga era muy clara y sus ojos parecían transparentes, de cristal. Con la mano derecha sujetaba un bastón azul coronado por una piedra blanca con forma de concha.

Se inclinó tal y como había hecho el hombre del pañuelo.

—Siempre que los hermanos de las montañas requieren nuestra presencia, la ciudad de Kiiba se muestra solícita. Más si cabe cuando el destino de los Cinco Reinos está en juego . se ciernen sobre el universo.

—Lo sé —dijo el rey— y por ello os agradezco vuestra presencia.

La maga se sentó.

—Sedat Tirises, capitán de la guardia de Sionsen, hogar de los elfos, protectores de la Luz Sagrada e hijos del Lago de las Mil Lunas, bienvenido a mi casa.

El elfo se levantó de su asiento con calma (e incluso con algo de desgana) e hizo una breve y tímida reverencia.

—Pssst —Alky me puso la mano en el hombro—, atento a Sedat. Los elfos son las criaturas más

orgullosas de Úmbator... o las segundas, si tenemos en cuenta a las shivilas. Pero de ellas no hablaré, pues no me gustan ni un pelo.

Sonreí al hombretón y me quedé mirando extasiado a Sedat. Era como estar soñando y viendo una película, todo a la vez.

El elfo, alto y musculado, de piel cremosa, llevaba una armadura ligera que cubría parte de su pecho y de sus hombros; su vientre y sus brazos quedaban al descubierto a excepción de dos muñequeras armadas con púas. La armadura era oscura, de un negro desgastado, como sus pantalones de cuero. En el cinturón llevaba dos machetes. Lo más impresionante era su rostro. Sus orejas eran grandes, puntiagudas, llenas de aros. El pelo, largo, liso y castaño, estaba decorado por tres delgadas trenzas a modo de corona. Sus ojos eran negros.

Y estaba súper serio. Pensé que aquella criatura nunca había sonreído.

No pude evitar preguntarle a Alky.

— ¿ ?

— ¡ , .

Cuando volví la vista al elfo me quedé de piedra: me estaba mirando. Sí, era como si hubiera escuchado mis palabras, aun de tan lejos. Sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo. Sedat dejó de mirarme y se dirigió a Huyik.

—Ya veo —comenzó con una voz melodiosa y a la vez insolente— que el Elegido es otro humano sin respeto —hubo murmullos en la sala—. Me pregunto cuánto tiempo más vamos a perder con mocosos de la Tierra, mientras el enemigo avanza, imparable, y conquista la tierra de nuestros antepasados. Vos, rey de los hombres de las montañas, fuisteis valiente y sensato en el pasado, pero ahora —su boca se torció en un gesto de desagrado— os plegáis ante las absurdas profecías de un viejo loco.

El salón estalló en gritos. Se oyó el metal de las espadas desenvainándose. Se tensaron los arcos. Los hombres del oeste y del este se levantaron de sus asientos. Los elfos estaban junto a unas criaturas extrañísimas (que por cierto, son las ninfas, y ahora os hablaré de ellas) y se prepararon para el combate.

La tensión podía cortarse con un cuchillo.

— ¡ !

—Los elfos —dijo Sedat airado— no tenemos rey. El nuestro fue asesinado. ¡Nunca nos postraremos ante un humano!

Jazor estaba fuera de sí.

— ¡ ! ¡ ! ¡ !
del rey son nuestros enemigos !

también a los humanos: que la luz vaya con vosotros. Por favor, os ruego que perdonéis las afrentas de los otros. Son tiempos difíciles y nuestros corazones bullen como el agua de las Marismas Burbujeantes. La sombra del mal se extiende por Úmbator, y no es momento de enfrentarnos entre nosotros, sino de unir las fuerzas contra un enemigo en común, un enemigo que amenaza con destruir hasta la última brizna de hierba —su voz, aterciopelada, hizo que muchos bajaran los ojos, avergonzados—. Permitid pues que este concilio siga adelante, ya que muchas son las cuestiones que han de ser resueltas.

Kira se sentó. El viejo se mesó la larguísima perilla. La calma había regresado al salón. Yo tenía la boca abierta como un tonto. Kira me había embelesado con su voz. Y no solo tenía una voz hermosa, sino que su presencia, sus gestos y su inteligencia evidenciaban una personalidad arrolladora.

El rey se levantó y agradeció a Kira sus palabras.

—Gracias, princesa. Debido a estos malentendidos, todavía no he presentado a nuestras últimas invitadas —miró a Sedat y frunció el ceño—. Pido que me perdonen. Desde el bosque sagrado han venido nuestras hermanas las ninfas. Como representante enviada por Yixa, suma sacerdotisa de Kiental, tenemos el profundo orgullo de contar entre nosotros con Ayexey.

La ninfa se puso de pie y sonrió de oreja a oreja.

—Es un placer poder estar aquí, tan al norte y en presencia de Kira, a la que nosotras llamamos Kadasha —su voz era etérea, como si hablase el viento—. ¡Ay, el norte! ¡Sabéis, todas las tierras de Úmbator son hermosas como las plumas de un batsis, como Galash al amanecer, como el rostro de nuestra joven princesa —miró a Kira mientras colocaba sus manos sobre el pecho y suspiraba— pero la nieve es especialmente bella. Tan blanca, tan limpia, tan fría, tan suave... Me encanta cuando desciende en finos pétalos y cubre los prados y las montañas. ¡Ay, la nieve! Es una lástima, en Kiental nunca nieva. Muchos siglos atrás, cuando un frío e interminable invierno barrió Úmbator, la nieve llegó a nuestro hogar. Fue maravilloso. Hasta las copas de los más altos árboles se tiñeron de blanco. Mis hermanas hicieron una canción hermosa para celebrarlo, algún día os la cantaré... —La ninfa rió como una niña y se inclinó ante el rey y la princesa—. Perdonad si me he entretenido hablando de cosas a las que los hombres apenas prestan atención, las ninfas nos perdemos en nuestros pensamientos... En fin, es mi deseo aseguraros que mi arco y mis hechizos, como todos los arcos y todos los hechizos de las ninfas que hoy me acompañan, están al servicio de Dhotlaren.

—Todos los pueblos libres —dijo el rey— están en deuda con vosotras. Muchos años lleváis luchando contra el enemigo en la frontera que forma vuestro bosque. De no ser por las ninfas, las huestes del enemigo estarían a las puertas de Widar-Dum, capital de los pueblos libres.

Las ninfas rieron como niñas juguetonas. Al fin sus risas terminaron por fundirse en una sola voz, en una sola risa.

Yo también sonreí. Y el rey, y Kira, y todos los hombres y mujeres sonrieron. Sí, era como encontrarse bajo un hechizo que de pronto nos obligaba a estar felices, a sentirnos radiantes y olvidar nuestros problemas.

Nota importante, todos no sonreíamos: los elfos, por supuesto, estaban sentados con la cabeza bien alta, orgullosos y con pintas de enfadados. Aunque mucho menos enfadados que antes.

¿ Cómo son las ninfas ?

Bien, son todas chicas, o mujeres. No sé, la cuestión es que es difícil determinar su edad. Parecen jóvenes y a la vez eternas..., algo muy raro. Ayexey no era demasiado alta (ninguna ninfa mide más de un metro sesenta, ni de coña).

¿Las ninfas son guapas? Sin duda, pero su belleza es extraña, no es humana, ni mucho menos. Sus ojos son grandes, extremadamente grandes y completamente blancos, bueno, casi, porque en el centro tienen una finísima pupila alargada como de reptil que se agranda cuando se enfadan.

Las ninfas tienen las orejas élficas, pero mucho más grandes y mucho más puntiagudas. Su piel varía según la ninfa, aunque todas ellas brillan con un fulgor mágico. El pelo es alucinante, porque cada una lo tiene de una manera. El de Ayexey era largo, larguísimo, le llegaba casi hasta el suelo. Y plateado, literalmente: hay veces que se dice que algo tiene el color de la plata, pero es que en el caso de Ayexey su pelo parecía confeccionado por hilos de plata.

Detalle importante, las ninfas apenas llevan ropa. Por supuesto, nada de armaduras. Son ágiles como gatas. Ayexey llevaba un cinturón pequeño del que pendía una daga blanca (mango y filo blanco). A la espalda un arco tallado, impresionantemente grande, de color rojo brillante, y un carcaj con un montonazo de flechas que le llegaban desde algo más arriba de la cabeza hasta un poco por debajo del trasero.

Las ninfas son para alucinar.

—Todas aquellas criaturas —añadió Ayexey— que combaten contra la luz son nuestras enemigas. Todas las que luchan contra la oscuridad, son nuestras amigas. Eso incluye a los imprevisibles y sencillos humanos —miró a todos los seres humanos allí presentes con una sonrisa capaz de enamorar a cualquiera— y también a los vanidosos y rencorosos elfos.

Otra vez risas de las ninfas. Pensé que Sedat volvería a levantarse y empezarían las riñas de nuevo. Pero no, el elfo se limitó a profundizar su gesto de mala leche.

—Bien —dijo el rey—, es hora de discutir el asunto que nos ha traído aquí —se giró hacia el anciano de su derecha y le invitó a hablar—. Cuando quiera, Kordther, cuéntenos cuál es la situación.

« Así que ese es el famoso mago » pensé. Se levantó como pudo, apoyándose en el trono y tar una eternidad en enderezarse. La puntiaguda perilla le caía hasta las rodillas y al final no era nada más que un fino penacho, como la punta de un pincel.

—Sedat ha dicho que soy un viejo y un loco, ¿quién soy yo para desmentir las palabras de un ser tan sabio? Legendaria es la sabiduría de los elfos. No me siento ofendido, menos cuando por todos es sabido que los viejos y los locos nunca se ofenden. Repito, es posible que sea ambas cosas. Pero escuchadme, porque la profecía no la he escrito yo, por lo que no habéis de temer que sea la locura de un viejo la que habla. Cuánto me gustaría poder descansar —suspiró—. Soy

viejo, sí, y estoy cansado, muy cansado. Si no fuese por la guerra contra el Archimago me habría retirado a las costas del este. Pasaría el tiempo pescando, charlando y comiendo hasta que Neldoroz me llevara a las Montañas Eternas. Pero heme aquí, viejo y enloquecido, trabajando día y noche por encontrar el modo de derrotar al enemigo. Durante todos estos años he consultado miles de valags, papiros, pergaminos y tablillas. Desde Bosque Septio a Satás; en Kiiba y en Último Bastión, he consultado la sabiduría de nuestros antepasados. Y bien, ¿qué es lo que he hallado? Algo sorprendente. Al principio no le di importancia, pero al fin vislumbré que el *kuisae* había tejido una red de acontecimientos. Y entonces, uniendo todos los cabos, llegué a comprender.

—Comprender, ¿?

—Mi buen amigo elfo —la voz del mago era pausada, lenta, ligeramente desesperante—, la sabiduría es hermana gemela de la paciencia. Las shivilas llaman *Zasâkaeddra* a su Diosa Sabiduría, y *Zasâdertraz* a la Diosa Paciencia. En la mitología de su raza, ambas diosas van de la mano, y la una y sin la otra no son nada. ¿Lo sabías?

El elfo suspiró y asintió con desgana.

—Bien, bien —continuó Kordther—. Veamos, como iba diciendo, en todas mis consultas hallé una constante: un objeto. Sí, un objeto que, a veces escondido y otras de manera directa, es nombrado —el viejo hizo una pausa—. Se trata de Dha-Arvein o Estrella Argénteo, una joya cuyo origen se pierde en la nebulosa del pasado.

Kordther utilizó su magia para crear la imagen tridimensional de la joya en mitad de la sala. Tenía forma de punta de flecha. Era plateada y poseía dos pequeñas alas engarzadas en una cadena de oro.

— ¿? ¿? ¿? ¿? ¿? importante?—Inquirió Akuba.

Sentí que cientos de ojos me miraban, aunque, la mirada que más nervioso me puso fue la de Kira. El anciano mago arqueó las cejas y al hablar dejaron de mirarme.

—Hay muchas preguntas y pocas respuestas. ¿Qué es ese medallón? Una joya creada en los tiempos antiguos, tal vez por criaturas ya extintas... quién sabe. ¿? ninguno de esos valags he hallado una respuesta clara. Pero posiblemente su poder más importante sea el de contener la magia de un espíritu. ¿Y qué decir del Elegido? La profecía afirma que el muchacho es imprescindible para hacerse con el medallón. Por qué ha de ser él... tengo algunas sospechas al respecto. Según nuestros conocimientos, el medallón está en poder de Orúbatar —hubo murmullos en la sala—. Sí, la Dama Sombría. El cuerpo del Archimago está débil, pero su poder es inmenso. Aprovechando las capacidades del medallón, ha vertido gran parte de su magia en él y se lo ha entregado a Orúbatar. Ningún habitante de Úmbator podría tocar el medallón sin sufrir sus consecuencias.

Sedat se alzó y, apoyando la mano en uno de sus machetones, se puso hecho una furia.

—

¿

derrotar a la Dama Sombría. Tal vez te haya juzgado mal, viejo mago, es posible que la profecía tenga algo de cierta. ¡elfos se pusieron de pie, algunos golpearon sus escudos y otros lanzaron gritos de guerra que me pusieron los pelos de punta— y si hace falta lancemos un ataque contra la mismísima fortaleza del Archimago. La Torre Oscura puede caer.

Jazor habló.

—Tu valentía te honra, Sedat Tirises, pero lo que propones es una locura, un suicidio. El ejército del Archimago es poderosísimo. ¿Cuántas batallas hemos ganado contra él? ¿Qué ocurrió en la batalla de la Ciudad Gris?

— ¿

—Sí, siglos. Y todos estos años el Archimago no ha hecho sino hacerse más y más fuerte. En las filas de su ejército se encuentran decenas de miles de marchitas, muertos vivientes, trolls, espectros, licántropos, vampiros, recolectores de almas... —hizo una pausa—. Y dragones.

— ¡¿ ?!

—Me temo que sí —Ayexey habló con la tranquilidad e ingenuidad de su raza—, nuestras exploradoras han avistado el lejano vuelo de alguna de esas criaturas. Sus alas se recortan contra el cielo en la parte más occidental de nuestro bosque, donde la *Aryxanyexe Eyikre* (la que los elfos y humanos llamáis Espalda del Dragón) se encuentra con el mar. También han descubierto las huellas de otras hijas de la sombra que me niego a nombrar, pues su solo nombre provoca el pánico en nuestro pueblo. Pánico y vergüenza... —sus blanquísimos ojos se cerraron y la ninfa se sentó, completamente abatida.

—Así pues —dijo el viejo mago —, Orión es nuestra única posibilidad. Sedat, nuestras espadas están afiladas, nuestros escudos son fuertes y el brillo de nuestros bastones es cegador, pero con eso no basta para derrotar a las huestes sombrías. El humano es la llave para la victoria. La profecía no especifica mucho más. Pero hemos de confiar en la sabiduría de los antiguos. El Archimago está débil y casi todo su poder radica ahora en la Dama Sombría, si Orión es capaz de arrebatarse el medallón, podremos acabar con ella.

Sedat se movió incómodo.

—

como él —me miró otra vez con desprecio.

¿

—Nadie duda —dijo Kordther— de la fuerza de vuestra raza, querido Sedat. Sin embargo, ¿quién es capaz de asegurar que al contacto del medallón no ocurra la tragedia? ¿Has pensado qué ocurriría si tú mismo lo tocas? Es posible que tan siquiera con un ligero roce del medallón el poder del Archimago te destruyese. O peor aún , un elfo oscuro .

—Ni las ninfas están libres de sucumbir al mal —apuntó Akuba con pesar.

Sedat guardó silencio.

No voy a contar aquí todo lo que se discutió, porque la sesión se alargó y se alargó hasta el infinito. Los hombres y mujeres del este hablaron con pasión, haciendo ostentosos aspavientos. Los humanos del oeste, por el contrario, se mostraron orgullosos y silenciosos y cuando hablaron lo hicieron con firmeza. Los habitantes del norte hablaron poco y parecían dispuestos a respetar cualquier decisión que se tomase en el cónclave. Las ninfas tomaron la palabra pocas veces y siempre que lo hicieron, aparte de crear un clima de infinito júbilo (que desaparecía con su silencio), se salieron del tema principal y fantasearon con la belleza de los ríos, del cielo, de las flores, de las llanuras...

Los elfos hablaron mucho. Todos ellos eran partidarios de la guerra abierta e inmediata. Poco a poco, no obstante, fueron entendiendo que la situación requería de algo de mano izquierda. Además, la opción de Kordther no excluía los combates. Creedme, el pueblo élfico ha nacido para la guerra.

Al final, después de un puñado de horas de discusiones, broncas y pactos, la sesión concluyó con una firme decisión.

—Por el momento, solo lo tenemos a él —dijo Kordther mirándome.

—El muchacho ha de prepararse para enfrentarse a Orúbatar —dijo el rey—. De tal modo, se entrenará aquí, en el castillo de Dhotlaren.

—El sino del universo —añadió Kordther— ha imbricado sus hilos de un modo confuso. Morfeo está planeando el modo de que Bárbara, una Guardiania de la Tierra, pueda ayudar al Elegido. Confiemos en que la chica resuelva con éxito su parte en todo esto.

—
Akuba.

¿

—El cuándo —dijo el mago— es algo incierto. Es posible que la Guardiania de la que hablo esté, en estos mismos momentos, involucrada de lleno en la misión contra Orúbatar. Una ninfa se reunirá con la muchacha y le explicará todo lo que aquí se ha hablado. Que Ekeire la proteja, porque su misión es peligrosa. Lo que resulta evidente es que lo que haya de suceder, sucederá pronto. La Dama Sombría está al tanto de nuestros movimientos, ella misma ha enviado a sus esbirros a capturar a Orión. Sabe que el chico puede poner en jaque sus planes, no dudará en ir a por él con todo su poder.

—El chico —añadió Sedat— no está preparado. ¿Cómo va a enfrentarse a la Dama Sombría si no es nada más que un simple humano sin entrenamiento? ¡Por Sionsen, ni siquiera es un Guardián de la Luz!

Kordther sonrió. Su gesto fue el típico del anciano que perdona la ignorancia y el atrevimiento del joven con una sonrisa condescendiente.

—La Dama Sombría es casi tan poderosa como el Archimago. No hay en todo Úmbator un guerrero lo suficientemente poderoso para herirla. Y si hablamos de magia, es posible que no

haya mago o hechicero capaz de lanzar un conjuro que penetre sus defensas. No, en la lucha contra Orúbatar no importa la destreza con el arco, la espada o la magia. Es el devenir del universo el que pondrá a los elegidos en el lugar y momento adecuado. Será la eventualidad, o incluso la ingenuidad, las que inclinen la balanza hacia uno u otro lado. Él ha de ser —dijo mirándome— el que se ponga cara a cara con la Dama Sombría. Solo la mano de un humano de la Tierra puede dañar a Orúbatar.

« Genial » pensé, han decidido por mí. No podía creerme lo que estaba pasando, acababan de condenarme a un enfrentamiento contra una de las criaturas más peligrosas del universo. El anciano leyó mis pensamientos. Nada más terminar de pensar en mi mala suerte, habló mirándome a los ojos.

—Nadie le ha preguntado al chico su opinión.

— ¿ ?
cierta, da igual que no quiera cumplirla. Si hace falta, lo hará por la fuerza.

Pude levantarme y protestar, supongo, pero no tuve valor. Guardé silencio. Alky apoyó su mano sobre mi hombro y aquel gesto tan sencillo me reconfortó y me dio valentía.

No, no iba a permanecer callado.

—Lo haré —dije con arrojo—, pero con una condición.

Algunas voces se alzaron entre los asistentes. Al fin, después de un minuto, el rey los hizo guardar silencio.

— ¿ ?

—Os ayudaré, pero a cambio tenéis que prometerme que rescataréis a Luna, mi amiga.

Huyik dijo algo en voz baja al oído del anciano mago. Tras unos segundos Kordther asintió.

—Sea así —dijo el rey—, aceptamos tu condición. Si el conjuro de Ilza desvió a las sombras, es posible que tu amiga esté en Noctnuros. Nuestros mejores magos harán lo posible por encontrarla. ¿Estás conforme?

—De acuerdo, me parece bien —dije complacido, aunque había algo que rondaba por mi cabeza, dando vueltas como una polilla alrededor de una bombilla—. Sin embargo, tengo una última cosa que decir, señor.

— ¿ ?

— ¿
desaparecido o que me han secuestrado. Se preocuparán.

El rey miró a Sedat. El elfo se levantó y habló.

—Veo que lo que más te preocupa es la reacción de unos humanos insignificantes, prescindibles

y... —Kordther carraspeó y Sedat dejó los insultos—. Bien, los magos de Sionsen se encargarán de los pormenores. Contactarán con una maga Guardianas que se ocupará de hechizar a tus padres y a tus conocidos. Nadie sabrá que has desaparecido. Cuando regreses, todo será como antes.

— ¿ ?

Nadie tuvo nada más que decir. Por lo tanto, el rey pudo clausurar el concilio.

—Elfos, hombres y ninfas, que la bendición de Dhotlaren os acompañe. Y que el kuisae os sea favorable.

BÁRBARA

Una nueva batalla

Al abrir los ojos vi un rostro peludo. Me levanté de un brinco y el gato salió corriendo a toda prisa. Todavía era noche cerrada. La sensación de haber fracasado me embargó. Lo último que recordaba era una inmensa flecha de fuego impactando contra mi escudo mágico. Por suerte tuve tiempo de utilizar mi runa para avisar a Kordther.

Inspeccioné el lugar y apenas encontré rastros de la batalla. A excepción de un puñado de plumas de cuervo y alguna rama rota, el cementerio estaba intacto.

Regresé al hospicio, me cambié de ropa, me tumbé en la cama con mi runa de transporte y me quedé dormida. Me importaba un pimiento que tuviese que ser Morfeo el encargado de permitirme entrar en el Vértice. Había pasado algo muy gordo y tenía que informar de ello. Al rey de los sueños no lo vi. En su lugar me encontré con Exteyie. La ninfa me estaba esperando.

— ¡¿

Entonces me abrazó y me palpó por todas partes para cerciorarse de que estaba de una pieza.

—Sí, creo que estoy entera.

—

entrado en batalla se me pusieron las orejas de punta ...
me ofreció un odre helado.

No es aconsejable tomar pociones ofrecidas por ninfas. De hecho, Kordther nos advirtió durante nuestro entrenamiento de las inesperadas consecuencias de sus pócimas. Pero, ¿qué mal me podía hacer? Además, no es de buena educación rechazar lo que te ofrecen con cariño.

Cogí el odre y lo destapé. Por la boca salieron un montón de pequeñas mariposas de humo que se disolvieron en el aire.

— ¿ ?

Exteyie sonrió de oreja a oreja.

—
como «lago helado de las mariposas humeantes i
y reconstituyentes . ».

— ¿ ?

—No... o sí... no sé, supongo que depende.

— ¿ ?

—Del corazón de quien la bebe. Tú no has de temer, Bárbara, tu espíritu está colmado de luz — me miró fijamente y ladeó la cabeza sin dejar de sonreír—. ¿Te he dicho alguna vez que eres una chica guapísima?

—Creo que sí —dije entre carcajadas.

—Bebe —insistió con cara de niña ilusionada—. Te gustará.

— ¿ ?

—Está buenísima. Sabe a nubes blancas y esponjosas de primavera, a bosques verdes, a hierba fresca... sabe a vida.

Bebida sabor a vida, pensé que sonaba como al eslogan de un refresco. No lo dudé más , labios en el odre y le di un buen trago. Un no sé qué se adueñó de mí . , a vida. Fue como beber del cielo. Durante unos segundos mi mente salió del cuerpo y sentí que todo mi ser estallaba y se dividía en un centenar de fragmentos. Mi alma se extendió y sentí el movimiento del universo, como si mis pensamientos se fundieran con todas las cosas y se dejaran arrastrar por una corriente invisible. Poco a poco mi espíritu se recompuso y regresé a mi cuerpo. Fue un viaje transcendental, impresionante.

— ¿ ?

— ¡ !

Una vez que mi mente dejó de ser un puzzle, la ninfa me contó que el Elegido había llegado sano y salvo a Dhotlaren. También me habló de cómo Ilza barrió a los esbirros del Archimago y de la captura de la amiga del Elegido.

—Llegué tarde —me lamenté.

—Sí, pero no demasiado tarde. Salvaste al Elegido. De no haber sido por ti, Elizabeth lo habría matado.

Respiré aliviada. Al menos el esfuerzo había valido la pena.

A la mañana siguiente hablé con Alain y le conté lo que Exteyie me dijo. La ninfa me dio permiso directo de Kordther para contarles a mis compañeros lo ocurrido. Había llegado el

momento de dejar de actuar en soledad.

Kordther tenía nuevos planes. Planes bastante sencillos. Al menos en apariencia. Se trataba de utilizar a Alain para penetrar en la mente de Orúbatar. El augur podía conducirme hasta ella. El chico era tan poderoso que si Morfeo habría una rendija en el mundo del sueño y permitía desparramar parte del poder de Alain, podría introducirme en el otro lado y sorprender a la Dama Sombría. Se suponía que podía ayudar al Elegido a acabar con ella..

Un plan sencillo, pero peligroso. Entrar en la mente del muchacho era una locura. Pero yo guardaba un hermoso as en la manga. Y ese as se llamaba Diana.

Quedé con Dara y con Diana para contarles los planes. Aquella tarde había una niebla densa muy fría. Parecía que un gran tazón de leche se hubiese desparramado por las calles de la ciudad.

Diana propuso algo delicioso.

— ¿

Sonreí para mis adentros al recordar el río de chocolate en la mente de Alain. ¿El muchacho había intuido aquel encuentro mucho antes de que ocurriera?

¿O simplemente era una casualidad?

Daba igual, me moría por tomarme un buen chocolate y untar unos deliciosos bizcochos. Pero había un problema. Un problema mundano.

—Yo no, chicas, es que acabo de desayunar.

Dara me miró. Sus ojos, grandes y profundos como dos pozos de miel, adivinaron la razón de mi negativa. Es imposible mentir a Dara. A no ser que te llames Nacho, claro.

— ¿
nuestra amiga solo porque no puede pagarlo?

Mi mirada se podía traducir como «
sabe mal tener que estar siempre dependiendo de vosotras ».
Estaba atrapada entre dos miradas que me decían «
chocolate »

—Además —añadí en un último intento—, el chocolate y los bizcochos engordan mogollón. Estoy a dieta.

Ni siquiera me contestaron. Se limitaron a caminar hasta la cafetería más cercana, coger mesa, sillas, pedir tres vasos de chocolate y una docena de bizcochos. En el local había poca gente. Diez personas, como mucho.

— ¿ ?

—Una monada —dijo Diana.

—Una ricura —añadió inmediatamente Dara.

—Sí, ya sé que es una pocholada, pero no os estoy preguntando por eso.

La camarera nos trajo los chocolates. Diana cogió el suyo para calentarse las manos. Los vasos humeaban. Les conté todo lo que había pasado los días anteriores y también las órdenes de secreto que tenía al respecto. Cuando terminé de narrarles las palabras de Exteyie, Dara miró la Diana.

—Ella es la que tiene que decir algo —quizá no lo había notado hasta ese momento, pero su voz estaba cargada de reproche—, al fin y al cabo es nuestra maga ¿no es así?

Diana bajó los ojos, parecía arrepentida. «
enterado »
maga. No podíamos tener mejor magia que la suya (a no ser que contáramos con un mago del otro lado, claro). No, aquello olía a Nacho por todas partes. «
pensé—, o a lo mejor se ha dado cuenta, por fin, del rollo que se llevan... »

Tenía que tomar cartas en el asunto.

Ni era el momento de discutir entre nosotras, pues un grupo de Guardianes ha de estar unido para funcionar correctamente, ni podía soportar la idea de que sufrieran por culpa de algo tan absurdo e incontrolable como el amor.

— ¿ ?

No contestaron en el momento.

Dara cogió uno de los bizcochitos, lo untó en chocolate y le dio un mordisco. El bocado estaba cargado de ira. Creo que se imaginaba que en lugar de un bizcocho era el cuello de Diana. La tensión se podía masticar.

—Tal vez —dijo Dara— deberías preguntárselo a Diana.

La maga continuaba con los ojos clavados en su vaso de chocolate. Luego, sin decir nada, cogió un bizcocho y lo sumergió. En lugar de sacarlo y comerlo lo dejó allí dentro, como si quisiese ahogarlo.

—Vaya —continuó Dara—, parece que se te ha comido la lengua el gato. ¿O es que se te ha secado de tanto besar a mi novio?

Vale, ya estaba todo dicho. A buen entendedor, pocas palabras bastan. O, más concretamente «
las cosas claras y el chocolate espeso »
había dejado las cosas clarísimas.

Hundí el bizcocho y le di un bocadito. Era un momento incómodo.

—Lo siento... —Diana dejó caer las palabras.

Parecía sentirlo realmente.

—
— ¿De verdad crees que basta con pedir perdón? « »
no sirven para nada. Te enrollas con Nacho y te limitas a decir « »

A lo mejor lo de preguntarles « »
embarazoso estar en mitad de una discusión en la que no tienes nada que decir. Deseé que del chocolate saliese una bestia con piel de gomaespuma como la del sueño de Alain y me tragase.

—Supongo —susurró Diana— que tienes razón. Dara, yo... mira, es verdad, no me he portado bien.

Dara se levantó y la miró con chispas en los ojos.

—No eres una amiga. No eres una compañera. Eres una porquería.

Al acabar de decir eso se marchó de la cafetería. Por unos momentos pensé que debería ir tras ella y consolarla, pero luego pensé que era mejor dejarla sola. Necesitaba tiempo para recomponerse y ver las cosas con claridad.

Diana sacó el bizcocho del chocolate. Estaba reblandecido, un pedazo cayó contra la mesa y se estrelló con un ¡Plof! Retiró el vaso y se echó a llorar.

Sentí lástima por las dos.

Vale que Diana se había enrollado con Nacho, que era algo así como reírse en la cara de Dara, y eso me parecía terrible, pero no consideraba que fuera una mala chica. Ni mucho menos. El error fundamental era que Dara había estado saliendo con un chico que no la amaba. Solo era cuestión de tiempo que todo se fuera al traste. Al final, la situación había caído por su propio peso, como el bizcochito.

—Nacho —dijo sacando un pañuelo para limpiarse las lágrimas— se ha largado. Ha dicho que no puede estar con nosotras. Deja el grupo.

La decisión era lógica, aunque terrible. Terrible porque estábamos ante una misión importantísima y el grupo se acababa de romper.

Las cosas no podían ir peor.

Me comí mis bizcochos, los que había dejado Dara y los dos que no había probado Diana. Los nervios me dan un hambre espantosa; en cuanto me pongo nerviosa o algo me preocupa, me entran unas irrefrenables ganas de zamparme todo lo que cae en mis manos.

Luego nos marchamos del restaurante y dimos un pequeño paseo por el parque.

Diana iba en silencio. Yo también.

El parque estaba nadando en el blanco. Un blanco gélido y pegajoso. La niebla arrojaba sus

manos sobre nosotras, calándonos hasta los huesos.

Caminamos hasta internarnos en la zona más antigua del parque: una alameda en la que los árboles son altos como edificios. A ambos lados transcurren canales poco profundos. Es un rincón precioso para pasear. Bajo el encanto de la niebla todo parecía irreal. La niebla es triste, pero me gusta.

El parque estaba silencioso... Tal vez demasiado silencioso.

Y la niebla era densa... Tal vez demasiado densa.

De pronto oímos el aleteo de un puñado de aves. Unas pocas, nada más. Poco a poco se fueron sumando nuevos pájaros. Al principio no las vimos, pero enseguida comenzamos a distinguir unos bultos negros que se abrían paso a través de la bruma, como fantasmas. Volaron por encima de nosotras y se posaron sobre los álamos.

—Cuervos —dijo Diana en voz baja.

Nos pusimos en guardia. La niebla se hizo más espesa, como si el aire fuese una esponja y alguien la estuviese apretando con las manos. No se veía ni a diez metros de distancia. Qué agobio.

—Vaya, tú debes de ser la nueva —dijo alguien.

Reconocí la voz al instante. Y cuando aparecieron sus mechones rojos, no tuve la menor duda.

—¿
ayer?

Una carcajada desagradable llegó hasta nosotras.

—No estaba hablando contigo, Bárbara. Pero bueno, no debería sorprenderme tu comportamiento, siempre has sido una insolente. Una insolente y una hechicera bastante mediocre —dio unos pasos y se dejó ver—. Si no hubiera sido por la ayuda de Ilza estarías muerta.

Me enfadó, y mucho.

Aunque reconozco que estaba guapísima y que sentí por ella la misma atracción de siempre. Elizabeth llevaba una chupa de cuero negra cruzada con cadenas, tejanos oscuros rajados a la altura de las rodillas y botas de caña alta, también negras. Sus ojos, negros como la noche, fulguraban a través de la bruma como dos diminutos candiles del infierno.

—Por lo que veo —dije mirándola desafiante—, tu jefa te ha dado el día libre.

Sonrió. Su sonrisa fue afilada.

—,
tus sentimientos hacia mí, ¿verdad?

—Cierto, te sigo odiando tanto como el día que nos traicionaste.

—No seas estúpida... Y sobre todo, no me tomes a mí por estúpida. Aún puedo ver que te gusto. ¿Qué te parece mi nuevo look? Aunque ahora, por lo que sé, estás loca por Dara —rió—. Debe ser muy triste amar a una chica que no te corresponde... otra vez. Muy triste. Si quieres puedo hacerme pasar por ella, dejaré que me beses como esa —dijo con desprecio señalando a Diana— besa a vuestro amiguito.

¿ Cómo podía saber esas cosas ? ¿ Cuánto tiempo llevaba espiando nuestros movimientos? Una sensación de vértigo se adueñó de mis pensamientos. «El cuervo... maldita sea. ¡ estado todo este tiempo».

—Deberías —dije apretando los puños— mostrar un poco más de respeto por tus viejos amigos.

Elizabeth alargó su brazo derecho e hizo aparecer un bastón de madera negra. El cayado terminaba tallado en forma de cabeza de cuervo. El cuervo, con piedras rojas engarzadas en los ojos, sostenía en su pico una esfera de cristal.

—No tengo mi bastón —susurró Diana.

No, y aquello era un verdadero y desagradable contratiempo. La magia de Elizabeth siempre fue poderosa, pero después de estar una temporada a la sombra de Orúbatar había crecido exponencialmente. La espada de fuego conjurada la noche anterior daba fe de ello.

—No te preocupes, Diana —Elizabeth habló con la voz llena de aquella insultante prepotencia suya—, todavía tenéis una oportunidad de salir con vida. Os basta con arrodillaros ante mí y jurarle lealtad a su Oscura Majestad. Orúbatar se pondría contentísima de teneros en sus filas.

Diana dio un paso al frente.

— ¡ !

La niebla nos envolvía.

Nadie podía vernos.

Elizabeth pronunció un suave bramido de satisfacción, alzó su bastón y lo hizo brillar .

—Si eso es lo que deseas...

Entonces habló en la lengua oscura. De la esfera de su cayado brotó un rayo de luz azul. Yo levanté las manos y coloqué las palmas abiertas para crear un escudo de protección. El rayo impactó en el escudo y se dispersó.

Los cuervos graznaron. Cientos de cuervos que deseaban nuestra muerte, esperando a que cayésemos para comer nuestros ojos, para alimentarse de nuestras entrañas.

— ¿ ?

Elizabeth sujetó su bastón con ambas manos, lo levantó unos centímetros y luego golpeó el suelo con fuerza. Del pie del cayado surgió una explosión de polvo negro que la envolvió como una cortina de humo. Media docena de cuervos echaron a volar y comenzaron a girar a su alrededor hasta fundirse con la nube mágica. De pronto estalló y entre los rescoldos apareció una criatura terrible.

Medía más de dos metros. Sus brazos eran dos inmensas alas de plumaje negro. Su rostro era como el de un cuervo gigante, aunque perduraban algunos rasgos de Elizabeth. Tenía las alas desplegadas y el pico abierto.

Habló con voz rasgada y aguda.

—Vais a sufrir y yo voy a disfrutar con vuestro sufrimiento —aleteó y se mantuvo a pocos centímetros del suelo.

No había tiempo que perder. Conjuré la magia de la naturaleza, ordenando a los espíritus del bosque de Kiental que acudiesen en nuestra ayuda. Había llegado el momento de utilizar todo mi poder.

—Diana —le dije a mi amiga—, sujétame.

Asintió. Ella Sabía lo que iba a hacer.

Me acerqué hasta un árbol y puse una mano sobre él. Cerré los ojos y sentí que mi mente abandonaba mi cuerpo y se difuminaba con la niebla. Entonces la percepción del mundo cambió radicalmente. No podía ver porque no tenía ojos, y sin embargo era capaz de percibir todo lo que me rodeaba. No podía oír porque carecía de oídos, pero los sonidos llegaban a mí y se extendían por todo mi ser. Entendía el lenguaje del viento y escuchaba el rumor de la tierra. Percibía que mis brazos, multiplicados, eran largos y fuertes. Mis piernas se extendían bajo la tierra.

Mi espíritu había poseído uno de los álamos que nos rodeaban.

Tenía que hacer un último esfuerzo .
toda la fuerza que pude y mis raíces quebraron el suelo y comencé a caminar. Elizabeth se lanzó sobre Diana, que sujetaba mi cuerpo inerte. Volaba con el pico abierto, dispuesta a traspasarla.

La bestia estaba a punto de alcanzar a Diana, pero no llegó a hacerlo. Extendí una de mis ramas y la golpeé. El impacto la arrojó varios metros hacia atrás. Elizabeth se golpeó con el tronco de otro árbol.

Caminé hasta el centro del camino y me quedé delante de Diana, para protegerla. Elizabeth se agitó. Cientos de plumas se desprendieron de su cuerpo. En lugar de descender, las plumas se quedaron detenidas en el aire. Con una palabra, Elizabeth las convirtió en dagas.

Agitó las alas y las lanzó.

No pude hacer nada para detenerlas. Sentí que todas se clavaban en mi cuerpo y el dolor me embargó. Durante unos instantes quedé aturdida. La sabia escapaba por las rajaduras de mi corteza.

Algunas de las ramas más finas habían sido segadas.

Entonces la maga oscura se abalanzó como una flecha. Intenté apartarla dando un manotazo con una de mis ramas, pero no fui lo suficientemente rápida y su pico se me clavó en el tronco. Fue como si un hacha de fuego se me hundiese en el vientre. Desclavó el pico y volvió a clavarlo.

Una.

Dos.

Tres veces.

Las fuerzas comenzaron a abandonarme. Mi enorme cuerpo se tambaleó.

Elizabeth lanzó un potente graznido y aparecieron más cuervos. Se apostaron en mis ramas, por mi tronco y sobre mis raíces y comenzaron a picotear. Sentía cada uno de sus picotazos desmembrándome. El dolor era insoportable. Tenía que abandonar el árbol, debía regresar a mi cuerpo.

Así lo hice. El álamo tembló y se desplomó hacia un lado como un gigante de madera. En su caída aplastó un banco y dos pinos pequeños.

Abrí los ojos. De nuevo sentí mi cuerpo. Me levanté con la ayuda de Diana. La miré y en su rostro pude ver el peso y el dolor de la impotencia. La vida de ambas dependía solo de mí.

Elizabeth voló y se posó sobre el tronco del álamo que había poseído. Sus ojos brillaban con un fulgor de muerte. Su voz sonó tenebrosa.

—Va a ser mucho más fácil de lo que imaginaba.

Conjuré entre mis manos una pequeña esfera de fuego y la lancé contra ella. Cerró las alas, que rodearon su cuerpo como una gabardina de plumas y la esfera no le hizo nada. Estaba agotada. Poseer el árbol me había debilitado.

La maga oscura recobró su imagen original. Las alas se convirtieron en tres cuervos cada una. Su rostro cambió y de nuevo tuve ante mí la cara de aquella chica tan guapa. Tan malvada. Tan peligrosa.

—Voy a luchar hasta el final —le dije.

Intenté mostrar entereza, pero mi cuerpo apenas me sostenía. Alcé las manos formando una cruz. Iba a lanzar mi último hechizo. No tendría fuerzas para lanzar ninguno más. Esa era nuestra última oportunidad.

En mis manos condensé la niebla y creé una potente luz sagrada, luz de hielo. Junte las manos y un haz gélido, grueso como el brazo de un orco, salió hacia Elizabeth a toda velocidad .

Pero no logré herirla.

Elizabeth colocó su bastón paralelo al suelo y detuvo mi hechizo. El cayado adquirió el clarísimo azul del cielo en un día de verano. Luego absorbió mi magia y volvió a ser negro.

—Estamos acabadas —dije mientras caía de rodillas.

Miré hacia arriba. Vi los ojos de los cuervos mirándome; sus picos sonriendo; sus alas negras batiendo mi amargura. Había fallado. Me había fallado a mí, a Diana y al universo. No había podido con Elizabeth.

Noté que las lágrimas rodaban por mis mejillas.

La maga sombría hizo brotar de su bastón una luz roja. Un siseo como de miles de serpientes me rodeó y me sentí atrapada por un brazo invisible y ardiente. Diana intentó interponerse entre la mano nigromántica que salía del cayado y yo, pero con un movimiento de su mano, Elizabeth la arrojó hacia un lado.

Mi cuerpo se elevó.

Estaba suspendida a varios centímetros del suelo. La sensación de calor me recorría a latigazos de arriba abajo. Entonces, percibí que la vida se me escapaba del cuerpo. Elizabeth estaba absorbiendo mi existencia. Me estaba robando la energía por medio de un hechizo de magia oscura.

Una cortina roja tiñó mi mirada, como si me hubiese puesto unas lentillas de sangre. Mi corazón latía cada vez más y más despacio. Recordé el paseo por el parque y mi mente retrocedió en el tiempo. El restaurante y el chocolate caliente, la discusión entre Dara y Diana, la conversación con Alain, mi encuentro con la ninfa...

« Exteyie ...». El recuerdo de Exteyie sujetó la vida a mi cuerpo durante unos instantes: la sonrisa de la ninfa hizo que todo el poder de mi espíritu se retorciese ante la magia negra. Mi vida se negaba a ser absorbida. En ese momento, viendo en mi mente los grandes y blanquísimos ojos de la ninfa, pude escuchar su voz dentro de mí. Mis pensamientos se ordenaron y la sensación que tuve al beber el agua de *Cexixoye* regresó como una brisa de esperanza.

La imagen de Exteyie se hizo real en mi cabeza. Rememoré su brillante y sonrosada piel..., el azul celeste de sus larguísimas trenzas..., la madera y la plata de su inmenso arco. Mi espíritu se debatía contra el conjuro oscuro.

Elizabeth gruñó y la fuerza de su magia se hizo más potente.

— ¡ !

Todos los músculos, nervios, tendones y huesos de mi cuerpo sufrieron una descarga dolorosísima.

Me retorcí.

Mi mirada, que bajo el influjo de la ninfa se había aclarado, volvió a tintarse de rojo. Ya no había

nada capaz de detener su poder. Ni siquiera el recuerdo de Exteyie podía contra su magia. Así, sacudida por una ola de sufrimiento, mi mente se nubló y la hermosa ninfa se disolvió en la maraña de oscuros pensamientos que invadían mi cerebro. Supe que mi muerte estaba cerca...

Y de pronto escuché algo.

Al principio lejanas, apagadas, oí una serie de palabras mágicas. Pensé que estaba delirando. O que mi corazón había dejado de latir y estaba muerta. Pero no, seguía con vida, porque sentía dolor. Entonces las escuché otra vez... Sí, eran palabras de magia de la luz. Magia sagrada. Magia del bien.

No era una locura ni una imaginación. Distantes y confusas, eran palabras mágicas. Y salían de una voz que conocía bien

— ¿ ?

— ¡

Ahora sí, era la voz de Diana pronunciando un conjuro. Instantes después, una luz blanca lo iluminó todo, como un rayo en mitad de la noche. La mano de magia oscura me soltó y caí al suelo .

Intenté no desmayarme. Si me desmayaba, tal vez no podría volver a despertar. El conjuro de Elizabeth había sido tan fuerte que mi cuerpo no resistiría dormir.

Tenía que mantenerme despierta.

Miré al frente y discerní la figura de Elizabeth intentándose poner de pie. A la derecha, brillando con una luz arcana ligeramente amarillenta, Diana sujetaba un pedazo de madera. Entonces lo entendí: mi amiga había arrancado una rama del álamo que había poseído y la había utilizado para concentrar su *ixur* . No era su bastón y por lo tanto su magia no era tan poderosa, pero aun así podía lanzar conjuros.

— ¡ !

Elizabeth rió y, apoyándose en su cayado, volvió a ponerse de pie. Los cuervos parecieron asustarse y se fueron volando. Yo conseguí sentarme. Estaba mareada y débil, pero esperanzada.

—Idiotas —dijo Elizabeth con orgullo—, no entendéis nada. Es imposible luchar contra las sombras. Pronto, muy pronto, El Archiago se hará con Úmbator a través del poder de Orúbatar. Entonces podrá abrir los portales y sus ejércitos devorarán a los vivos. No habrá perdón ni misericordia para los Guardianes de la Luz. Caeréis bajo el poder de su comandante... ¡Oh, sí! Orúbatar, la Elfa Oscura, comandará las tropas de la sombra y de la desesperación y os matará a todos. No quedará ni una sola criatura con vida sobre la Tierra.

— ¡ !

Vi una luz brotando de sus ojos. Era un fluorescente albor de esperanza, una llama de poder que

recubría su cuerpo como un manto sagrado. Izó su improvisado bastón, lo cogió con ambas manos, lo colocó en horizontal y conjuró un hechizo.

— i

Conjuró una magia de fuego tan fuerte que podía matar a un mago inexperto. El cayado de álamo se envolvió en llamas y, mientras un pájaro de fuego del tamaño de un águila salía despedido, el bastón se quebró en mil centellas amarillas, rojas y negras.

El pájaro mágico voló directo al corazón de Elizabeth. La maga oscura apuntó con el orbe de su bastón hacia el pájaro mágico. Este chocó contra el escudo, lo envolvió e hizo saltar en pedazos el conjuro de la nigromante. Luego el fuego alcanzó a nuestra antigua amiga, que cayó derrotada. Su bastón rodó varios metros a un lado y ella quedó de rodillas, con la ropa destrozada por las llamas. El fuego sagrado no quema la piel como el fuego común, sino que daña el espíritu.

Elizabeth no era capaz de levantarse.

—Miserables —susurró con la voz quebrada.

Miré a Diana y vi que continuaba de pie. La luz de sus ojos era ahora escarlata como los dedos de las llamas de una fogata. Poco a poco se fueron apagando hasta que una de sus piernas le falló y tuvo que hincar una rodilla en el suelo.

La niebla continuaba envolviéndonos. No era capaz de tenerme en pie, estaba completamente agotada. Lo intenté un par de veces y tuve que volver a sentarme. Elizabeth murmuraba unas palabras en la lengua de la oscuridad. Sabía que iba a escaparse y sabía, también, que no podríamos detenerla.

Y así fue. La nigromante se convirtió en un cuervo y desapareció volando hasta que la figura negra se disolvió en la bruma.

—La hemos perdido —dijo Diana.

Sus labios temblaban. Tal vez de frío, tal vez de sufrimiento. El conjuro que había lanzado podría haberla matado.

—Creo —dije con un gran esfuerzo— que tardaremos bastante tiempo en volver a verla. Amiga mía —intenté esbozar una sonrisa—, le has dado una buena lección.

Diana sonrió y se desplomó sobre el camino.

ORIÓN

Kira, la princesa

Al acabar el concilio, Alky me llevó a conocer a los humanos que entrenaban para convertirse en Guardianes. Recorrimos un pasillo plagado de antorchas.

Al llegar a una puerta, oímos una voz seseante que provenía del techo.

— ¿ ?

Una criatura alargada y peluda, de color azul, se descolgó del techo sujeta por dos larguísimos brazos. En cierto modo tenía el aspecto de un mono... pero no era un mono. Sus piernas eran pequeñas y rechonchas, su cuerpo larguirucho, sus brazos dos o tres veces más grandes de lo normal. Tenía los ojos negros y muy grandes y una boca pequeñita.

—
curiosidad—. ¿Y tú? ¿Quién eres tú?

—Soy Orión. El Elegido.

Chascó la lengua y se balanceó sobre sus patas.

—El elegido —repitió. Asintió con la cabeza como si comprendiese algo, levantó los brazos hasta agarrarse a las vigas del techo y ascendió. Se colgó boca abajo y con sus dos manazas peludas abrió las puertas. Luego su pelaje adquirió distintas tonalidades y quedó camuflado, como si se hubiese diluido con las piedras y maderas.

—Es Ulluko, el guardián de esta zona...

Dejé de oír la voz de Alky. Lo que apareció ante mis ojos era demasiado interesante para prestarle atención al guerrero. Un chico vestido con cota de malla luchaba a espada contra una muchacha. A su alrededor, sentados en círculo, había una docena de chicos y chicas de mi edad que contemplaban la batalla.

Las cosas en el centro estaban interesantes. La chica se movía con agilidad. Esgrimía una espada corta de madera y un pequeño escudo circular. De vez en cuando arremetía contra el guerrero, que apenas podía contenerla con un escudo casi tan grande como él. El chico soportó tres embestidas, se movió un paso a la derecha y acometió con un espadazo descomunal. La guerrera giró sobre sí misma, dejó que el filo de la espada pasase junto a ella y con una rápida maniobra logró burlar las defensas del chico y llevar el filo del arma hasta su cuello.

—
con un hacha en el cinto. Era como estar viendo a su hermano—. ¡Muy bien, Linda! ¡Y tú, Allen!
—Rugió mirando al chico que había perdido—. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? Para ganar una lucha has de ser como tu enemigo, has de convertirte en él. Linda es un rayo de puro nervio, velocidad y agilidad, ¿cómo vas a vencerla siendo rígido como un tablón?

Alky carraspeó. El maestro nos miró y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

— ¡ ! ¿ ? ¿ ?

Los luchadores se retiraron del centro y se sentaron en el círculo, junto a sus compañeros. Sentí todas las miradas puestas en mí y me moví incómodo. Alky me dio un golpe en la espalda con una fuerza descomunal.

—Este es Orión.

—Ya veo —se acercó hasta mí, me chequeó como si fuese una cabeza de ganado. Luego me cogió un brazo con su enorme manaza y gruñó—. Es flaco para ser el Elegido, pero valdrá.

Alky miró un enorme y curioso reloj de arena que había en una esquina y sonrió.

—Todavía tenemos tiempo de veros entrenar —dijo acompañándome al círculo. Me senté al lado de un chico con una espada de madera mellada. A mi izquierda se sentó Alky—. Observa y aprende.

Eché un vistazo al círculo y vi que había gente de todos los lugares del mundo. Un par de gemelas con la piel oscura me miraron, cuchichearon y se echaron a reír.

—No les hagas ni caso —me dijo el muchacho de mi derecha. Sus rasgos eran hispanos. Tenía los ojos marrones y muy grandes. Me cayó bien desde el principio—, son Aluva y Jatuva. Son majas, pero un poco raras. Ya las irás conociendo. Yo me llamó Juan, aunque todos me llaman Toro.

Era cuatro años mayor que yo. A su lado me sentía bastante pequeñito. El tío era una mole, aunque parecía bueno como un pan recién hecho.

—Yo soy Orión. Puedes llamarme Ori —me estrechó la mano y sentí que los huesos se me iban a partir.

—Así que eres el Elegido.

—Eso dicen...

Yulen dio un golpe en el suelo con el mango del hacha que retumbó por los cuatro costados. La sala de entrenamiento de combate era una habitación grande y diáfana. Las paredes estaban repletas de espadas, lanzas, mandobles, hachas, mazas, martillos, dagas, machetes y muchas otras armas que no sabía ni cómo se llamaban. También había escudos de todas las formas y tamaños posibles.

— ¡ ,

Mi compañero se puso de pie. No era más alto que yo, pero su constitución era, efectivamente, la de un toro. Se ajustó el escudo ovalado y se colocó en el centro. Después, una chica bajita, delgaducha y con el pelo moreno muy corto se puso de pie. Era mucho más joven que él y no llevaba armadura, sino ropas cómodas y ligeras. Se situaron frente a frente, a unos dos metros de distancia y se saludaron inclinándose hacia delante.

— ¡ !

Con una velocidad asombrosa, Lila saltó hacia atrás dando una voltereta y desenvainó dos dagas que llevaba al cinto. Miró a Toro, sonrió con travesura y se puso en posición de combate, con una pierna ligeramente más adelantada que la otra. Toro, por su parte, golpeó su escudo con la

espada y se abalanzó sobre ella como un toro en plena embestida. Lila lo esquivó, dio una vuelta completa, se apoyó en las puntas de sus pies y estuvo a punto de burlar el escudo de Toro. Pero el chico, además de grande era ágil, así que pudo detenerla y empujarla con el enorme escudo hacia atrás. La chiquilla salió despedida, rodó sobre sí misma y se puso de pie con destreza.

Más que una chica parecía una gata.

— ¡ !

Lila volvió a sonreír como antes.

— ¿

Toro también sonrió. A pesar de su aspecto fiero e intimidador, transmitía un buen rollo de la leche.

— ¡ !

Nada más terminar de hablar dio un paso al frente, levantó la espada por encima de su cabeza y asestó un golpe. A Lila no la cogió por sorpresa y sorteó el espadazo sin problemas. Volvió a moverse con agilidad, esquivó un nuevo golpe de escudo y se escurrió a un lado. Faltó poco para que alcanzase a Toro en un costado. El muchacho se retiró justo a tiempo. Lila giró a su alrededor. Toro bramó y tiró el escudo al suelo, retrocedió medio paso y atacó con un mandoble circular. La espada silbó el aire a toda velocidad, como el aspa de un helicóptero.

Contuve la respiración.

Lila, sin mover los pies, inclinó el cuerpo hacia atrás doblando las rodillas, se apoyó en la mano derecha y se impulsó para emprender un ataque con la pierna izquierda. Toro paró la patada con el antebrazo derecho y, aprovechando que Lila había dejado su costado descubierto, asestó un golpe con el mango de la espada. La muchacha cayó al suelo.

— ¡ !
— Antes le he dicho a Allen que no hay que subestimar la velocidad, y eso es, exactamente, lo que no ha hecho Toro. Si no se hubiese deshecho del escudo, Lila lo habría alcanzado en un par de movimientos. Ella, por su parte, no ha sabido esperar el momento adecuado.

Toro volvió a mi lado y Lila se sentó en su sitio.

—He tenido suerte —me susurró Toro—, normalmente Lila me pega unas palizas de escándalo. Solo tiene catorce años, pero es una máquina de combate.

—Ya veo. ¿ ?

—Mejor ni saberlo —dijo y se echó a reír.

El reloj de arena marcó el fin de las clases. He de decir que los relojes de arena de Dhotlaren no son normales. El de la sala de combate, por ejemplo, había mostrado en la parte superior una

espada de arena que se había ido desgranando. La arena se escurrió a la parte inferior donde, grano a grano, se fue formando una bañera. Eso, según me explicó Toro, significaba que las clases habían terminado y que llegaba la hora del baño. Luego, el reloj (más alto y ancho que Alky) giró y la bañera de arena quedó en la parte superior para irse deshaciendo paulatinamente en un plato lleno de comida.

Antes de marcharnos Alky me presentó a los aspirantes a Guardianes.

Me dijeron sus nombres y de qué parte de la Tierra venían. La mayoría se mostraron bastante interesados en mí, pues según me dijeron, estaban al tanto de la profecía. Las últimas en presentarse fueron Aluva y Jatuva.

— ¿ ?

Son como dos gotas de agua. Son altas, tienen el pelo muy negro y ambas lo llevan trenzado. Sus ojos son almendrados, grandes y verdes.

—No hagas preguntas estúpidas —dijo la otra.

— ¿ ?

—Lo es. Sabes perfectamente a qué ha venido —me miró y sonrió—. No le hagas caso, a veces no sabe lo que dice. Es un poco... —Bizó los ojos y sacó la lengua—. Ya sabes, la pobre tiene el cerebro pequeño.

—Sé perfectamente lo que digo. Le he preguntado a qué ha venido porque él, a lo mejor, nos lo puede explicar mejor que Kordther. La verdad es que todavía no me ha quedado muy claro lo de la profecía

—Muy sencillo, la profecía dice que...

— ¡
porque he escuchado las mismas palabras que tú.

Toro se puso entre las gemelas y les pasó un brazo por encima a cada una.

—Chicas, chicas... Lo vais a marear. ¿Por qué no dejamos que descanse y se recomponga del viaje? Seguro que mañana nos podrá contar todo lo que sabe. No olvidéis que ha estado a punto de caer en manos del enemigo. Ni que su amiga está atrapada en Noctnuros.

Por lo que pude comprobar, todo Dhotlaren sabía lo que había sucedido. Me alivió no tener que explicarlo yo mismo. Pensar en Luna me puso muy triste.

—Pobrecillo —dijo Aluva... o Jatuva.

Se quitaron de encima el brazo de Toro y cada una me dio dos besos en las mejillas. Besos escandalosos que resonaron como chupetones haciendo ventosa.

— ¡ !

—Yo soy Aluva

—Y yo Jatuva.

—Somos gemelas.

—Ya veo —dije. Saltaba a la vista.

—Dicen que somos iguales, pero no es cierto. Cada una es muy diferente a la otra. ¿A que sí, Toro?

El resto de aprendices se habían marchado. En la sala solo quedábamos nosotros cuatro y los dos guerreros de Dhotlaren, Alky y Yulen, que charlaban junto a una imponente estatua plateada.

—Por supuesto —Dijo el muchacho.

Por fin las tenía ubicadas. Aluva era la de mi izquierda y Jatuva la de mi derecha.

— ¿ ... ?

—Luna.

— ¿ ?

— ¿ ?

—Sí y no —respondí.

—Muy interesante... —comentó Aluva.

—...el Elegido no tiene novia —añadió Jatuva.

Alky dejó de hablar con Yulen y me dijo que debíamos irnos a cenar a mis aposentos.

— ¿ ?

Aluva y Jatuva pusieron las manos en la cintura. Lo hicieron de una manera tan compenetrada que sospeché que lo habían ensayado.

—No puede y punto —sentenció Alky.

Se despidieron de mí con otro par de pares de sonoros besos y se marcharon cuchicheando. Toro me estrechó la mano con efusión.

—Ha sido un placer conocerte, colega—dijo.

—Igualmente.

Regresamos a mi cuarto, me cambié de ropa y cené junto a Alky en una pequeña sala contigua.

El fuego crujía en una enorme chimenea de piedra. De vez en cuando, alguna chispa saltaba hasta el suelo y se consumía lentamente.

Afuera el escenario era fantasmal; los árboles estaban llenos de nieve. Cada cierto tiempo se desplomaba un montón, las ramas se zarandeaban y volvían a su posición como si me saludasen. En la oscuridad de la noche, entre los troncos, me pareció ver un montón de ojos brillantes que vigilaban el castillo.

—Son shirwors —dijo Alky al percatarse de cómo escrutaba la oscuridad para descubrir qué eran esas criaturas—. Espíritus del bosque. Son muy raros de ver, pero parecen estar inquietos, tu presencia les atrae.

De pronto salieron a la luz de la luna.

Se acercaron al borde del bosque y los vi mejor. Eran blancos, casi transparentes, aunque brillaban con una tenue luz verdosa. No medían más de un metro de altura y sus cuerpos eran muy delgados; sus brazos y piernas parecían espaguetis.

No tenían rostro, solamente ojos pequeños y negros que me miraban como si quisiesen atrapar mis pensamientos. En un instante el bosque se llenó de esas cosas. Había cientos. Algunos estaban quietos sobre la nieve, otros por encima de los árboles, otros medio ocultos tras los troncos, y algunos sobre las piedras. En sus redondas caras sin rostro se abrieron rajaduras, como tajos en sandías y comenzaron a hacer ruidos insólitos. Aquellos sonidos se asemejaban al que hacen los grillos, pero mucho más metálico y penetrante.

La estrafalaria sinfonía cesó de repente, los shirwors se asustaron y en un segundo no quedó ninguno a la vista. Por la derecha aparecieron un par de guardias dejando profundas huellas sobre la nieve. La pareja de guerreros los había espantado.

Me di la vuelta, todavía algo aturdido por la visión y me senté. En la mesa había un montón de platos llenos de “alimentos”. Algunos eran normales. Otros, rarísimos.

— ¿ ?

—
maravilla . i ! i !
frescas al limón, cardumen asado con pasas, piel de serpiente a la brasa, leche de cierva fermentada con arándanos, queso rancio de ovejas albinas, chafonas recién cogidas, brúfunas flambeadas...

Era como ir a un restaurante carísimo: no entendía nada de lo que me decía. Me moría de hambre. Quisiese o no, tendría que cenar alguna de aquellas porquerías. Al fin comí algo no demasiado raro: ciervo con miel y una fruta muy verde y sabrosa a la que llaman gargona.

¡ Ah! En el centro había una bandeja llena de algo parecido a babosas, pero con patas pequeñas gomosas. Eran verdes, de un verde chillón muy brillante, casi radiactivo .

Y estaban vivas. ¡Puaj!

Alky cogió una de aquellas cosas, la enroscó en el tenedor y se la comió. Me miró sonriente. Por la comisura de los labios le asomó una fina línea de viscosa sangre verde, fosforescente y asquerosa.

— ¡ !

Se me revolvió el estómago.

— ¿ ?

—Perpivonas. Tienes que probar una, son deliciosas. Y estas están muy frescas, las han recolectado esta mañana.

—Recolectado... —Repetí a modo de pregunta.

—Son escasísimas. Y muy difíciles de coger.

—No parecen —dije mientras miraba a una intentando reptar por encima de otras cuantas perpivonas más— muy rápidas..., ni tampoco inteligentes.

— ¡ ! ¡ !
krokos. Los krokos son reptiles muy grandes que viven en los ríos de los Llanos de Laal. Cada hembra de kroko pone tres o cuatro huevos del tamaño de un niño y los entierra a varios metros de profundidad. Es muy común que alguno de ellos no esté bien fecundado. Cuando uno de estos huevos se pudre por dentro, salen estas deliciosas criaturas que se alimentan del moco putrefacto.

Nada más terminar de explicarme la “maravillosa” naturaleza de aquellas babosas fluorescentes, Alky cogió otra y se la zampó.

Durante el resto de la cena apenas hablamos. A pesar del silencio, su compañía me era grata. Una vez hubimos cenado, la puerta se abrió y entró Kira.

Alky se puso de pie y se inclinó.

Imité su gesto torpemente.

—Alky, puedes retirarte —dijo ella.

—Pero, señora, el chico está bajo mi protección, no tengo permiso para dejarlo ni un instante a solas.

—Es verdad —corroboré—, incluso me ha costado convencerlo de que no necesitaba protección para ir al servicio.

Kira me miró de un modo extraño. Por supuesto, no sonrió. No parecía una chica con demasiado sentido del humor.

—No es una petición, Alky, sino una orden —su mirada se oscureció hasta hacerse casi negra—. Quiero hablar con el Elegido, a solas.

El hombretón asintió, se inclinó y salió de la estancia. A la luz de las velas y de la hoguera, Kira brillaba de una manera mágica. Me senté otra vez. Ella se sentó frente a mí. Sus ojos se aclararon y adquirieron un color azul muy oscuro. Una diadema de oro le dejaba la frente despejada, así que aquellos ojos tan oscuros lucían inmensos.

— ¿ ?

—Bien... mi señora.

Kira esbozó una leve sonrisa y negó con la cabeza.

—No tienes que tratarme con esa cortesía. Hazlo solo cuando estemos en público. Aunque no lo creas, soy una chica normal —dijo sin dejar de sonreír. Luego su sonrisa se convirtió en un gesto sombrío—. Supongo que esto será muy difícil para ti. Estar lejos de tu casa y de tu familia.

—No te lo puedes imaginar.

—Me temo que sí...

Su mirada se llenó de tristeza.

— ¿ ?

—Yo también provengo de la Tierra, aunque nací en Úmbator. Digamos que pertenezco a ambos mundos.

— ¿ ?

—Es una historia muy larga. No quiero aburrirte.

Kira jamás me aburriría. Aquella chica tan maravillosa podría hablarme durante horas.

—¿Aburrirme? Oh no, de ninguna manera. Estoy deseando escuchar tu historia.

—Allá va —sonrió—. Mi madre era una maga de la Tierra. Mi padre era el príncipe de Widar-Dum, legítimo heredero al trono. Mi madre fue reclutada para convertirse en Guardiana de la luz. En su ceremonia de promoción se conocieron. Se enamoraron perdidamente. Años después mi madre se quedó embarazada. Los nacidos en este mundo no pueden vivir en la Tierra, así que mi madre debía renunciar a su hogar y mudarse a Úmbator... pero no lo hizo. No es que no amara a mi padre, pero no quería dejar de luchar contra los siervos de la sombra en la Tierra. Su destino era ser Guardiana de la luz. Con el corazón roto, se separaron. Mi madre renunció a su único amor. Y también a ser la reina de este mundo. El Archimago, enterado de todo, vio una magnífica oportunidad para luchar contra el bien. Mi padre jamás volvería a casarse, por lo que si yo moría, Úmbator quedaría sin heredera al trono. Así, el Rey Oscuro ordenó a sus esbirros que buscasen a mi madre y que la matasen.

» Cuando mi padre se enteró de los planes del Archimago, regresó a la Tierra. Los nacidos en Úmbator no tienen poder en tu mundo, así que mi padre no pudo hacer nada sino dar su vida para

salvarnos. Yo estaba a punto de nacer. Mi madre escapó, pero estaba malherida. Una vez estuvo lejos de los esbirros del Archimago utilizó la runa de transporte y vino a Dhotlaren. Kordther hizo lo que pudo por salvar su vida... pero no fue suficiente. Nada más darme a luz, mi madre murió. Así que por muy poco nací en este mundo y soy la princesa de Úmbator.

—Vaya, lo siento mucho.

—Bueno, ser princesa no está tan mal —sonrió ligeramente.

El azul de su mirada se aclaró hasta hacerse casi verde. Era alucinante el modo en el que sus iris cambiaban de tonalidad

—Tus ojos...

—Sí, cambian de color. Kordther dice que es porque soy hija de dos mundos y en mí se conjugan todas las posibilidades del destino. Por ello, también, tengo cuatro nombres distintos. Las ninfas me llaman Kadasha, que en la lengua común significa *la que camina entre dos tierras*. Los elfos me dan el nombre de Arensis, que se traduce como *Princesa Arcoíris*. Y bueno, el nombre humano ya sabes cuál es.

Asentí. Pero faltaba uno.

—Has dicho que tienes cuatro nombres. Solamente me has dicho tres, ¿cuál es el otro?

Kira tragó saliva y dudó unos instantes. Nuevamente, sus ojos se oscurecieron.

—En la lengua oscura, el Archimago me bautizó con el nombre de Urwe. Kordther dice que la lengua de las sombras es difícil de traducir, pero, más o menos, mi nombre significa *la desterrada*.

Me quedé boquiabierto.

—Prefiero el que te dieron las ninfas.

Soltó una risotada amarga.

—Yo también. Pero si te das cuenta, todos ellos significan más o menos lo mismo. Mi destino es una página en blanco, por eso todo es posible. Kordther me ha explicado muchas cosas al respecto, pero he de confesarte que algunas las entiendo, y otras muchas todavía no...

—

exámenes. Luna era la que aprobaba todo —mi voz se quebró.

Kira cambió de tema.

Hablamos de muchas cosas. Algunas importantes, otras no tanto. El tiempo se me pasó volando y disfruté de cada segundo que pasamos juntos. Estar con ella era genial.

Charlamos hasta que la chimenea se apagó.

Poco antes de despedirnos mostré de nuevo mi preocupación por Luna.

—Esa Luna de la que tanto hablas. ¿Es tu novia?

Sonreí. Sonreí porque esa pregunta me la habían hecho un montón de veces a lo largo del tiempo. La última vez, de hecho, esa misma tarde.

—No. Es una buena amiga, nada más. Bueno, en realidad es mi mejor amiga.

Sus ojos se aclararon. Fue como si en el océano de su mirada hubiese amanecido.

—De momento —continué— no ha habido ninguna chica que me mole lo suficiente para querer liarme con ella. Es más, Luna y yo creamos el A.C.A.

— ¿

—Asociación Contra el Amor.

—Es imposible estar contra el amor. Seguro que, tarde o temprano, encontrarás a una chica que te guste.

—No sé... además, si eso ocurre, ella también tendrá que enamorarse de mí. No es tan fácil.

—No creo que le cueste mucho trabajo, cualquier chica te encontraría mono.

Nada más decir eso, se levantó.

A mí no me respondían las piernas, ni la boca, ni el cerebro. Me dijo adiós con la mano, sonriendo. Sus ojos eran anaranjados, brillantes.

—Uuum... Hasta mañana —acerté a decir un rato después de que hubiese cerrado la puerta al salir.

Supongo que tendría cara de tonto. Si hubiese tenido el móvil, me habría llegado un mensaje en el que pondría «
A.C.A. »

Luego entró Alky con Ilza y me acompañaron hasta mi cuarto.

—Espero de corazón —le dije al guerrero mientras me cambiaba de ropa y me ponía un pijama gordo de una tela muy suave— que tu trabajo de protección no consista en dormir en la misma cama que yo.

—No —contestó Ilza—, de eso me encargaré yo.

Puse sonrisa de socarrón.

—Me siento alagado —dije—, pero creo que eres bastante mayor para mí.

— un conjuro de protección y tu habitación quedará sellada hasta que ordene lo contrario. Solo yo podré abrirla.

—Mola. Pero, ¿qué sucedería si a ti te pasase algo?

—Haría falta un mago muy poderoso para romper el conjuro de protección. Kordther podría deshacerlo, aunque posiblemente no recuerde las palabras.

La cosa no tenía buena pinta.

— ¿ ?

—Por supuesto. Orúbatar te está buscando, habrá desplegado una red de merodeadores por todo Úmbator. Por eso está aquí, y no en Widar-Dum. La Dama Sombría creará que te hallas en la capital.

Aquello no me tranquilizó, ni por asomo. No me hacía ninguna gracia ser el objetivo de una maga loca que comandaba un ejército de criaturas espeluznantes y estaba al servicio del más malo del universo. Ninguna gracia.

—Entonces creo que no me queda más remedio que dormir encerrado por el hechizo. Y confiar en que no te pase nada mientras duermes —dije resignado.

—Tranquilo, soy una buena maga y no me va a pasar nada. Además, he prometido protegerte como proteje a la princesa.

Asentí. No tenía ni la más remota idea de la diferencia entre un mago bueno y un mago malo... pero tampoco tenía elección.

Me senté en la cama y me despedí de Alky y de Ilza.

Nada más cerrar, la maga pronunció un conjuro.

La puerta desapareció, así como la ventana. Los muros se hicieron más gruesos y la habitación más pequeña.

Estaba encerrado.

Me tumbé y pensé en Kira. Sobre todo, en su « » ¿ gustaba Kira? Sí , que hizo ¡ !

Cerré los ojos y las palabras de Luna vinieron a mi mente, aquellas que me dijo en su cuarto: « olvidarás de mí » amiga.

Y era verdad que nunca la olvidaría. Pero aun así, me sentía mal. De acuerdo, no me había olvidado de ella, pero mientras estaba prisionera de los asquerosos encapuchados que nos

atacaron en el cementerio, mi mente iba una y otra vez a las palabras de Kira.

Y a su mirada.

Esa mirada tan hermosa a la que estaba enganchado.

Después de dar un par de cientos de vueltas sobre la cama me dormí sin saber que el amanecer me guardaba una sorpresa.

BÁRBARA

Tierra Media

A pesar del enfado, Dara sintió algo. Tal vez una corazonada. O quizás solamente se trató de una tonta y afortunada coincidencia. La cuestión es que apareció por el parque. Tarde, pero lo hizo. La casualidad o la intuición la llevaron hasta nosotras.

— ¿ ?

Tardé unos segundos en creer que era ella. Pensaba que nos encontraría un corriente, tendríamos que dar un montón de explicaciones a la policía y luego utilizar la magia para restablecer sus memorias a un punto anterior.

—Hemos tenido un encuentro poco agradable.

— ¿ ...?

No terminó su pregunta. Al ver las plumas de cuervo por el suelo, supo el nombre de la culpable.

—Sí —asentí y me sujeté a su hombro para no volver a caer—, ha sido Elizabeth. Se ha vuelto poderosa. Pero ella —señalé a Diana, que estaba en el suelo— es la mejor maga que podríamos tener. La ha derrotado.

Me ayudó a llegar hasta el tronco del álamo caído. Me senté y corrió hasta nuestra amiga, que yacía en el suelo. Dara no lo dudó ni un solo instante y se arrodilló ante Diana.

— ¿ ?

Aunque Diana tardó unos segundos en reaccionar, abrió los ojos y dibujó una sonrisa al ver a Dara.

—Lo siento mucho —expresó con ternura— por lo de Nacho, he sido una mala amiga... muy mala...

—Eso ahora no importa —dijo Dara.

La ayudó a llegar al tronco y la sentó junto a mí. Diana apoyó su mano sobre la mía y sentí una reconfortante sensación de afecto. Descansamos durante diez o tal vez quince minutos. La niebla seguía siendo muy densa. Una vez recuperamos algo de fuerza, abandonamos el parque.

Descendimos de la zona alta de la ciudad caminando entre la gente por la Avenida Sur, ajenas al mundo real. Y es que ¿sabéis una cosa? Cuando te conviertes en Guardiana te notas distinta al resto de personas que te rodean. El mundo ordinario se vuelve secundario. Es una sensación extraña; a veces positiva y otras veces desalentadora.

A veces me siento extranjera en mi propio mundo.

El tráfico era tranquilo y las luces de los coches parecían pequeñas lunas en la niebla. Al llegar a la intersección con la Avenida Oeste, justo enfrente de un edificio rojo muy alto, Dara nos miró con gesto serio.

—Iremos al *Tierra Media*, allí os darán algo para recuperaros. Estáis muy débiles.

Iba a decir que no, pero comprendí que no me quedaba más remedio. No tenía elección, Dara no permitiría que le llevase la contraria. Así que me resigné.

— ¿

El *Tierra Media* es la taberna de los magos.

—Digamos que la última vez que estuve por allí no fui muy bien recibida...

—Vaya, no soy la única a la que no quieren en su propio lugar de reunión —dije con ironía.

Les conté mi encontronazo con Azul y Dara nos relató su choque con una arquera a la que llaman Ojo de Halcón que, si he de ser sincera, me cae bastante bien.

Anduvimos durante un cuarto de hora más. Tanto Diana como yo estábamos bastante mejor. Nos introdujimos por una pequeña calle perpendicular a la avenida y subimos una cuesta empedrada. Nos estábamos adentrando en el casco antiguo. Después de zigzaguear por estrechas calles, llegamos a un callejón sucio y destartalado. Las paredes estaban repletas de grafitis. Un vagabundo dormitaba bajo unos cartones.

Al fondo, a la izquierda, había una casa antigua con una puerta de madera carcomida por las termitas. Aquella era la entrada al *Tierra Media*.

No sé quién le puso el nombre, pero mola.

Diana situó la mano sobre la aldaba y susurró unas palabras mágicas. Las junturas de la puerta despidieron una luz amarillenta y se abrió muy despacio.

Nada más traspasar el umbral la puerta se cerró y desapareció, convirtiéndose en una pared. Dentro estaba oscuro y olía a humedad. Poco a poco, las paredes comenzaron a iluminarse con unas tenues luces de color verde que le dieron al recinto una extraña tonalidad esmeralda.

En una placa estaba escrito lo siguiente:

Si al Tierra Media quieres entrar, un acertijo has de adivinar. Mas piensa que si te equivocas, el techo te aplastará .

—Hay que resolver un acertijo, nada más —dijo Diana.

Dara y yo nos miramos y nos encogimos de hombros.

— ¿ ?

—Ahora saldrá —Diana estaba tranquila.

Como si la placa la hubiese oído, las letras se borraron y aparecieron otras en su lugar.

Si no quieres morir, ni convertirte en papilla, estrújate bien fuerte la cabeza y resuelve esta cancioncilla .

El techo, que estaba a unos cinco metros sobre nuestras cabezas, se iluminó de un rojo muy intenso, como la resistencia de un horno, y comenzó a descender.

—Genial —dijo Dara—, si no decimos la contraseña moriremos aplastadas.

— ¿ ? .

No dejes que un mago construya nada, nunca. Tienen la manía de protegerlo todo con conjuros tan peligrosos como el más poderoso de los dragones. El techo descendía despacio, pero constante, así que no teníamos demasiado tiempo. Estaba a cuatro metros de nosotras. Entonces apareció el acertijo.

Estoy en el cielo y también en el fuego, pero nunca estoy en la tierra ni tampoco en el mar . ¿ ?

— ¡¿ ?!

— ¡ !

—Calma —dijo Diana—. Dejadme pensar, todavía estoy algo aturdida.

— ¿ ?

Negó con la cabeza.

—Es nueva cada vez —el techo continuaba su descenso lentamente— ¿ preguntó a sí misma mientras repetía en voz baja el acertijo—. Estoy en el cielo...

El techo estaba a tres metros y medio.

—... y también en el fuego

Tres metros.

—Pero nunca estoy en la tierra...

Dos metros y medio.

—... ni tampoco en el mar.

Dos metros, el puñetero techo estaba a dos metros por encima de nosotras. En una última reflexión bastante idiota pensé que al ser la más baja moriría la última. Aquel detalle no me

consoló. Ni lo más mínimo.

Diana seguía pensando.

— ¿ ?

—Está claro, vamos a morir —dijo Dara, resignada.

El techo nos rozaba la cabeza.

— ¡ !

En el último momento, cuando el techo estaba a punto de convertirnos en masa para pizza, nuestra amiga sonrió.

—Soy la letra o —dijo.

Entonces el techo se detuvo. Se elevó rápidamente y en la pared izquierda apareció un arco de piedra labrada. Tras el arco había una escalera que descendía en forma de caracol. Dara y yo tardamos unos segundos en creer que seguíamos con vida. Demasiadas emociones fuertes en un solo día.

—Recuérdame —le dije a Diana— que en cuanto esté repuesta te achicharre con una bola de fuego.

— ¡ ! i ,
te enfadas conmigo.

—Tienes razón... —dije refunfuñando.

Una vez repuestas del susto bajamos a la taberna. Al fondo había una puerta. Entramos. Una bofetada de calor nos golpeó. Allí ya no olía a humedad, sino a multitud de jugos de frutas de todas las clases, a pociones y a madera vieja.

Detrás de la barra, como siempre, estaba el viejo Korn.

Korn fue Guardián mucho antes de que nosotras hubiésemos nacido. Entre los Guardianes es una leyenda. Luchó durante años contra las fuerzas de la oscuridad en la Tierra. Fue, además, uno de los pocos que luchó en Úmbator junto a los elfos en la batalla contra los Brujos Murciélagos en las orillas del Lago de las Mil Lunas, en la frontera con el reino del oeste.

En aquella batalla, Korn perdió el brazo izquierdo, la pierna derecha, el ojo izquierdo y ambas orejas. Al vernos sonrió y, tal vez, nos guiñó un ojo. Digo tal vez, porque como lleva un parche es imposible saber si parpadea o te guiña.

— ¡ !
con forma de torre— ¡Qué mala pinta tenéis!

—Sí —comenté—, digamos que no ha sido una mañana demasiado tranquila..., el parque estaba

lleno de cuervos.

Korn torció los labios y frunció el ceño.

—Las cosas no están nada bien ¿verdad? El Archimago está ganando terreno en Úmbator y su poder se hace cada día más grande —mientras hablaba nos sirvió a cada una un vaso de néctar de flor de sloup, que es un gran reconstituyente— ¿Ha sido al menos una buena batalla?

A Korn le encantan las batallas. Todos los Guardianes que hemos pasado por allí conocemos de sobra cómo perdió las piezas que le faltan. Yo no estaba de humor, así que le dejé el honor de narrar nuestra “aventura” a Diana. La que, por cierto, lo hace bastante bien.

Yo eché un vistazo por el local.

En una esquina había un par de magas leyendo libros de magia. El doribámbalo dorado canturreaba una incomprendible canción mientras picoteaba los barrotes de su jaula. Un hechicero alto y pelirrojo trataba de mezclar dos sustancias en un mismo frasco sin saltar por los aires. Y en la gran mesa del centro, cinco Guardianes jugaban una apasionante partida al *Tierra Media Rol*.

El *Tierra Media Rol* es un juego de mesa, pero elevado a la octava potencia. Cada jugador escoge un personaje y con él ha de derrotar a las criaturas repartidas por el tablero. Uno de aquellos Guardianes era Eloísa, una antigua compañera de entrenamiento a la que hacía más de un año que no veía. El corazón me dio un vuelco. Su presencia, junto con el néctar de sloup, puso mi cuerpo en funcionamiento. Tenía ganas de hablar con ella y saber cómo le iban las cosas.

Además, caí en la cuenta de que me podría ser de ayuda.

—Voy a saludar a una amiga —les dije.

Asintieron sin apenas prestarme atención. Los tres estaban sumergidos en la batalla que Diana narraba con todo lujo de detalles.

Mientras iba hacia la mesa una explosión iluminó el rostro de los Guardianes que estaban alrededor del tablero. Cuando llegué, vi que Eloísa tenía los ojos cerrados. Estaba manejando a su personaje, un medio orco que trataba de acabar a golpes con un gólem de piedra. En el *Tierra Media Rol* los personajes son piezas de metal mágico que sus dueños manejan con la mente. Es un juego alucinante, aunque a mí siempre me ha parecido hecho a medida de los friquis.

Eloísa es muy friqui. Pero es una friqui que mola.

Me puse a su lado y pude contemplar cómo el gólem de piedra, de tres dedos de altura, destrozó a su pobre muñeco con un par de golpes.

—Fallo de principiantes —apunté esbozando una sonrisa—. Jamás te enfrentes a un gólem con un medio orco.

Se giró de mala leche. Sus ojos echaban chispas, pero cuando vio quién era se relajó.

— ¡ !

—Ya ves, me apetecía ver cómo te machacan en el tablero.

Sonrió. Cogió su ficha aplastada y la guardó en el bolsillo.

— ¿ ?

Negué con la cabeza y señalé hacia mis dos amigas.

— ¿

—No lo sé. Ha discutido con Dara y se ha marchado del grupo.

Eloísa guardó silencio unos instantes, fijó su mirada en Diana y soltó una risotada amarga.

—No me digas más, Nacho se ha liado con vuestra nueva incorporación y Dara se ha hartado de él.

— ¡ !

—Y tú , ¿qué tal vas de amores?

—Más o menos, me va tan bien en el amor como a tu medio orco en el tablero. Pero será mejor que cambiemos de tema. Oye, no era mi intención venir hasta aquí, pero ahora que te tengo delante, a lo mejor puedes serme de ayuda.

— ¿ ?

—Es largo de explicar, ¿te apetece que nos sentemos en una mesa y te lo cuento todo?

—Ok.

Nos sentamos y le expliqué mi encuentro con Exteyie en el Vértice. Me centré en la parte del augur y en las runas de Morfeo, que era lo que más me preocupaba. Tenía que entrar en la mente del muchacho, pero no sabía si sería capaz de hacerlo sola. Le pregunté por la posibilidad de entrar junto con una maga. Al principio puso cara de no estar segura, pero pronto se le iluminó el rostro.

—Existe una manera de hacerlo.

— ¿ ?

—No, pero sí peligrosa. Cuando hayáis colocado la runa sobre el pecho del chico, una de vosotras a de sujetar la otra y luego daros la mano. Es muy sencillo, pero el problema reside en que para volver tendréis que hacer lo mismo. La mente de un augur puede ser un lugar peligroso, si una de vosotras tuviese que volver sola, la otra quedaría atrapada para siempre en la mente del

muchacho. Has de saber que en cuanto estéis en sus pensamientos, ambas apareceréis en lugares remotos. El pensamiento de un augur es inmenso. Es posible que jamás lleguéis a encontraros. Si eso sucede...

—La que se quede, morirá —terminé.

—Sí, más o menos. Quedará encerrada para siempre.

Un Guardián gritó «¡victoria!» y supuse que había ganado la partida del *Tierra Media Rol*. Diana y Dara seguían charlando con Korn, que de vez en cuando daba un golpe en la barra con emoción.

—Aun así, creo que es la única posibilidad que tenemos —dije con la mirada perdida en el infinito—, una hechicera como yo no está preparada para lanzar conjuros dentro de un mundo como ese...

Eloísa parecía preocupada.

— ¿ ? ...
trabajo es cosa de un augur leal a la luz, o de un mago poderoso.

—No lo sé, a mí también me resulta extraño. Recuerda que no es Morfeo el que escoge, sino el Consejo de Sionsen.

—Tal vez, pero sabes perfectamente que la palabra de Morfeo es vital en las decisiones que toman —me miró a los ojos — ¿A quién piensas llevar contigo? Sabes que puedes contar conmigo.

—A ella.

Señalé con la cabeza hacia Diana y Eloísa frunció el ceño.

— ¿ ?

—Posiblemente sea la Guardiana más preparada. Esta misma mañana nos hemos enfrentado a Elizabeth .

Abrió los ojos de par en par.

— ¿ ? ¿ ?

—En el parque. Diana ha podido vencerla sin su bastón.

—Alucinante.

— ¿ ?

Eloísa suspiró y se retrepó en la silla.

—Si ha podido sobrevivir a una batalla contra Elizabeth, creo que está más que preparada para enfrentarse a algo así.

« Enfrentarse a algo así » . ¿A qué nos íbamos a enfrentar? No teníamos ni idea, pero ni por un instante pude imaginar el terror que nos esperaba. Acaricié las runas y sentí un escalofrío de arriba abajo. La diminuta Bárbara de mi interior me gritó: « ¡ ¡ ! ¡ ¡ No es una misión normal, ten cuidado! ».

Me despedí de Eloísa y volví con mis compañeras. Korn estaba emocionadísimo con el enfrentamiento contra Elizabeth.

— ¿ ?

—Bueno, no es para tanto.

— ¿

Después de otra ronda de néctar de sloup y volver a narrar la batalla, salimos del *Tierra Media* . Deambulamos un rato, sin rumbo fijo. Aunque todavía había cierta tensión entre Dara y Diana, las cosas estaban mejor.

Regresé al hospicio, cené a solas en mi cuarto y pensé en lo que me había dicho Eloísa. Al recordar el encuentro con Elizabeth, un espasmo me hizo temblar de pies a cabeza. Y es que, a pesar de todo, una parte de mí la seguía amando.

ORIÓN

Sus ojos, de nuevo

Ilza ya había deshecho el conjuro de protección. Me desperté tumbado de medio lado, mirando hacia la ventana. Estaba nevando y el paisaje era espectacular. Luego me enteré de que mi cuarto daba al sur y que hacia el norte las vistas eran mil veces más chulas: montañas altísimas, un salto de agua descomunal, la roca llamada Cerro Dorado, en fin, de postal.

Estuve unos instantes mirando cómo nevaba.

Y cuando me di la vuelta vi sus ojos. No, no eran los de Kira (cosa que no hubiera estado nada mal) sino los preciosos ojos de Luna.

Tardé unos segundos en reaccionar .

—Lu... Luna... —dije en voz baja—. ¿Luna? —parpadeé un par de veces y me froté los ojos—
¡¡ LUNA !! —Exclamé al fin.

Me incorporé y la miré con los ojos como platos.

— ¿

Negué con la cabeza, aunque mi corazón dijo « , »

Estaba emocionadísimo. Ella también. Nos abrazamos durante un rato y creo que se me escapó alguna lágrima. Luego nos separamos y nos pusimos al día.

La encontré muy cambiada. Llevaba el pelo recogido con un par de joyas alargadas y dos mechones le caían por la cara, como a Ilza. Y llevaba ropas muy lujosas: un vestido largo y verde con una capa negra.

Yo no salía de mi asombro.

—Pero ¿cómo es que estás aquí? ¡No, no me lo digas! Ya sé, eres tan insoportable que ni siquiera los tenebrosos te aguantaban y han decidido devolverte.

—No, pero casi. Les dije que si no me soltaban vendrías tú mismo a salvarme. Salieron corriendo.

— ¿ ? ¿

—Hazte el duro todo lo que quieras, pero algún día reconocerás lo mucho que me necesitas... ¡Ah, por cierto, ya me lo han contado todo!

— ¿ ? ¿ ?

—Todo sobre ti.

— ¿

—No, eso no es a lo que me refiero, yo hablo de lo otro...

— ¿ ?

—Lo de que no has parado de llorar desde que me perdiste.

—Habladurías —dije haciendo un gesto con la mano como de espantar moscas—, en realidad no me di cuenta de que faltabas hasta un par de horas después de que desaparecieras.

Sonrió, me miró y nos volvimos a abrazar.

—Serás el Elegido, pero sigues siendo igual de tonto.

—Sí. Oye, supongo que estarás contenta. Al final tu idea de descubrir la lucecita del cementerio nos ha metido en un buen lío.

— i ,

—Puede ser, pero reconoce que es alucinante.

—Alucinante es una palabra que se queda corta para describirlo. Lo que me preocupa —sus ojos

perdieron un poquitín de brillo— es que todo esto es muy serio. Muy, muy serio. Hay que salvar el universo.

Su última frase quedó colgando en el aire. «

—No me has contado cómo te rescataron —dije mientras me levantaba y me frotaba las manos.

Hacía frío sorprendió, ya que es una chica ultra friolera.

—Fue de alucine. La sombra me engulló y durante un rato perdí la noción del tiempo. Ya te digo, como viajar en una montaña rusa con los ojos vendados. El conjuro de Ilza desvió a las sombras y las dejó varadas en Noctnuros, el mundo de las pesadillas.

Me quité la camisa. Sentí el calor de la chimenea en la espalda y fue como ser acariciado por mil diminutas y cálidas lengüecillas.

—Cuando abrí los ojos —continuó— estaba en una celda. Una celda oscura de barrotes negros. Todo aquello era horrible. Una de las sombras estaba apostada al otro lado de las rejas, supongo que para evitar que me escapase. «¿ ¿ » alrededor. Era imposible salir de allí, eso estaba claro. ¡Ah, no te he contado lo más asqueroso! Había un montón de huesos en una esquina de la celda. ¡Y parecían humanos!

Me quité los pantalones y me arrimé aún más al fuego.

— ¿ ?

—No te apures, los calzoncillos no me los voy a quitar. Pero es que estoy helado.

— ¿ ? ¿ ?

—Ignoraba que fueses mi bomboncito.

— nuevo bomboncito —me guiñó un ojo y puso cara de mala.

Yo, por mi parte, me encogí de hombros y puse cara de « contando »

—Te puedes hacer el loco todo lo que quieras, pero la he conocido.

— ¿ ?

—A ella... la bomboncito de Ori.

—Los encapuchados te han sorbido el poco cerebro que tenías. Se lo comentaré a Ilza, a ver si puede hacer un conjuro y ponerte aunque sea el de un mosquito...

—Sí, sí, disimula... Pero nada más verte he leído en tus ojos que hay alguien que te hace

cosquilleo. Y ya sé quién es, he hablado con ella hace unos momentos.

—Estás metiendo la pata.

—Lo dudo. Vamos a ver: es rubia, tiene los ojos de mogollón de colores, es alta, se llama Kira y es la princesa de este mundo. ¿Lo he adivinado?

Una sonrisa estúpida se dibujó en mi cara. La puñetera sonrisa me había delatado. Acto seguido, Luna sonrió como diciendo « » ocultándolo?

Me acerqué a ella, me puse una capa de pieles por encima y la cogí de las manos. Supongo que la sonrisa de estúpido seguiría pegada a mi cara.

—Reconócelo, es una pasada de chica —le dije.

—Buuuueno, no es tan guapa como yo, pero es maja. Supongo que para un chico feúcho como tú no está mal.

Le solté las manos. Me puse la ropa que me habían preparado.

— ¿ ?

—
noche allí metida. No me dieron de comer, ni de beber. Aunque casi mejor, porque imagina qué porquerías me hubieses dado —se estremeció—. Estaba muerta de miedo, de hambre y de sed. De pronto oí un montón de ruidos. Los encapuchados, que por aquí los llaman sombras, parecían nerviosos. El que me vigilaba dijo algo en un idioma rarísimo. Me asusté mucho, Ori, porque de pronto sacó una varita negra de la túnica y me apuntó. No podía moverme, un terror incontrolable se me había pegado al cuerpo, como los tentáculos de un pulpo gigante. En la varita comenzó a formarse una bolita de luz roja... Pero de repente ¡CATAPÚM! Una ola de luz se lo llevó por delante. La magia hizo que la sombra se convirtiese en polvo. Entonces apareció un guerrero con las orejas puntiagudas y se presentó como elfo de Sionsen. « loca, completamente loca » maga! Y preguntó algo así como «¿ »

—Decidí ayudarles con la condición de que te salvasen.

—Lo sé —su rostro se enterneció.

— ¿ ?

—Ya te lo he dicho, en Noctnuros, el reino de las pesadillas... ¿No te parece espantoso y alucinante? En las mazmorras todo estaba oscuro a excepción del bastón de la maga. Subimos unas escaleras interminables y llegamos hasta la azotea de lo que parecía ser una torre. Pero como era de noche, no se veía nada. Ahora viene lo mejor: el elfo se acercó hasta el borde de la torre, miró así —se puso la mano sobre los ojos, como cuando te da el sol de frente— y silbó como si llamase a un perro. « »

comer mis pensamientos, porque efectivamente apareció un bicho volador. No era exactamente un perro, sino más como un gato gigante con alas, cuatro alas inmensas. Se llama Blik y es tan grande como un autobús. Sobre la espalda lleva una carroza. Es impresionante, tendrías que verlo. Luego me subí con el elfo y la maga y vinimos volando hasta aquí.

— ¡

—Sí, Ilza, la maga que me salvó...

—Fue la misma que me salvó a mí en el cementerio.

—Mola. Ilza es majísima y durante la noche me ha enseñado el castillo. Me ha contado un poco por encima de qué va toda esta historia del Archimago, Orúbatar y los Cinco Reinos. Me ha presentado al rey, a los elfos (que por cierto son más serios que la leche) y a las ninfas. He estado toda la noche alucinando. Hace un rato he conocido a otros muchachos que provienen de la Tierra, como nosotros. ¿Te han contado lo de los Guardianes?

—Sí, más o menos... Oye, ¿no has dormido?

—
¿
mandado buscarte para que empecemos el entrenamiento. i

—Has dicho « »

—
delante, le dije que quería ir contigo, para protegerte. Entonces me preguntó a qué me dedicaba en nuestro mundo. ¿Sabes qué le dije? i

—Me da miedo tu respuesta.

—Me puse muy seria y le dije « ».

Se echó a reír y me sentí muy feliz. Si había hecho falta viajar a través de un portal mágico para verla contenta, sin duda había merecido la pena.

Una criatura muy extraña apareció por la puerta.

—
mágico. i

« Entrenamiento mágico » sonaba de lujo, sí señor. Aunque de boca de quien había entrado no sonaba tan bien. Me lo quedé mirando unos segundos, ensimismado. Luna hizo lo mismo. Se dio cuenta de que ambos estábamos mirándolo con cara de pasmarotes y su rostro se torció en un gesto de mal humor.

— ¿

No. No tenía wrembis en la cara. No sabía qué eran los wrembis, pero estaba seguro de que no los tenía, a no ser que fueran invisibles.

Todo podía ser.

No estaba seguro de lo de los wrembis, pero sí de que aquella criatura era fascinante. Fascinante y horrible. Era un belak. Su altura era la de un niño alto, o la de un adulto bajo, no sé, a lo mejor un metro cuarenta. Su piel era verdosa, como la de una rana. Su boca pequeña y los labios muy finos. Sus ojos parecían dos canicas; eran extraordinariamente pequeños para una cabeza tan grande.

Llevaba una túnica blanca con un oso bordado en hilo negro. La ropa le quedaba rara, como si le pusieran un saco de patatas a una silla.

—Perdón —dijo Luna, todavía con la boca abierta.

— ¿ ? ¿ ?
Siempre perdón. Perdón, perdón, perdón —su rostro, al principio verde, comenzó a ponerse colorado—. Kukubinabalain no pide perdón porque Kukubinabalain es un gran señor. ¡Sí, un gran señor! ¡Ranas, sapos y lombrices de trasero! Aunque ahora tiene que hacer de guardián de humanillos blanduchos, fofos, tontos, feos, torpes, pánfilos y vagos ¡ !

Kukubinabalain estaba de muy mal humor. Era divertidísimo. Al oírle decir que era nuestro guardián, me acordé de Alky.

— ¿ ?

—Aquí todos son grandullones y llevan hachas. Sí , grandes como lanudos y llevan hachas de un lado para otro, día y noche. ¿ hachas ?
asquerosa! ¡Bah! En mi tierra todo era diferente —Kukubinabalain cerró los ojos y suspiró—
¡Oh sí! Si lo hubierais visto con vuestros ojos blanditos de pescado rancio, os habrías quedado de piedra. Había un palacio de oro con grandes cúpulas de cristal y estatuas de plata. Y un río de aguas doradas surgía de la gran montaña y bajaba por canales hasta mi pueblo y allí regaba jardines y estanques. Aquí todo es sucio y frío y está lleno de nieve que se mete por los zapatos y te congela los pies —en su boca se dibujó una sonrisa llena de picardía—. Supongo que los señores cara de lombriz estarán a sus anchas en este estercolero. Aunque a lo mejor la basura os encuentra muy desagradables y vomita nada más veros y se va lejos para no tener que convivir con vosotros —se acercó hasta mí y me miró con cara de « visto nunca »
Pobrecillo, qué feo eres, ¿tu madre te dio a luz con el trasero? —me cogió de los brazos y me los levantó, dejándolos caer luego—. Y mira, eres elástico y blando como un montón de boñiga.

Luna me miró sonriendo. Yo le sonreí. Kukubinabalain nos había insultado, pero me caía estupendamente. Supuse que seríamos grandes amigos.

Caí en la cuenta de que todavía no había respondido a mi pregunta.

—Te preguntaba, gran señor —dije con retintín—, por el paradero de Alky, el grandullón que se ocupaba de mí.

Se carcajeó. Su risa era más desagradable que su voz.

— «
de moco de dragón? Alky ha tenido que marchar. No tiene tiempo para cuidar a criaturillas flacuchas. Para eso está el pobre Kukubinabalain, para cambiaros los pañales y daros de comer. ¡Dragones y brujas! Cuidaros, oh sí, como si fuese un criado del más bajo nivel —se puso detrás de Lu e hizo ademán de levantarle la capa—. A ver, ¿la mocosa necesita un cambio de pañal?»

— ¡

—Mejor, porque yo no pensaba limpiaros el trasero. ¿que un cajón de arena... ¡Bah, da igual! Por cierto, lombricillas, ¿tenéis hambre? Os vendría bien comer algo antes de empezar con el entrenamiento.

No nos dio tiempo a contestar.

Lo que ocurrió a continuación fue asqueroso. Asqueroso y graciosísimo. Levantó la cabeza, se apretó el estómago y por su boca salió un insecto gigante. El bicho estaba masticado, pero todavía movía las patas y las antenas. Lo dicho, repugnante y divertido.

—Aquí tienen su desayuno.

Luna se echó para atrás y contuvo las náuseas.

—Perdón —le dije—, pero nosotros no acostumbramos a comer vómito.

Kukubinabalain me miró como si estuviese loco.

— ¿ ?

— ¡¿ ? ¡¡¡ !!!

Kukubinabalain volvió a tragarse el insecto, aunque esta vez lo mordió antes de tragarlo. Sonó un crac, como al aplastar una cucaracha. Luego escupió la cabeza, que a pesar de estar muerta abrió y cerró las mandíbulas un par de veces.

— ¡
blandito con brazos de fideo y a la cara de huevo decirle al pobre Kukubinabalain qué es lo que comen?

—Yo nada, nunca más —dijo Luna—. Jamás se me a olvidar esta asquerosidad.

—A mí me va a pasar lo mismo con vosotros. El pobre Kukubinabalain va a tener pesadillas el resto de su vida.

« Genial, simplemente genial » pensé, por fin había encontrado a una criatura tan irrespetuosa como yo. Una batalla de insultos contra Kukubinabalain sería legendaria.

En ese momento llegó Ilza. Estaba radiante. Llevaba una túnica azulada que cubría todo su

cuerpo, sutil como un soplo de viento. Su pelo, recogido en una trenza, parecía arder; era de un colorado tan intenso que casi daba miedo.

— ¿ ,

—
estaba fuera de sí—. ¿Quién te crees que eres para llamarme Ku? Lo que me faltaba, una maga descolorida y de cuerpo pachucho y enclenque llamándome Ku. ¿Te llamo yo a ti Il? ¿Eh? ¿Eh? Contesta cobarde con bastón, ¿o es que tienes miedo del viejo y poderoso Kukubinabalain? En mi tierra era un gran señor y un gran mago. ¡Oh, sí! Podía matar a un dragón con un solo conjuro.

Ilza sonrió. Sus ojos eran tan azules que parecían transparentes.

—Perdón, Kukubinabalain, a veces se me olvida que eres un gran señor... —Miró la mandíbula del insecto masticado—. Sí, el señor de los bichos.

Ni Luna ni yo pudimos reprimir la risa. Kukubinabalain saltó tres o cuatro veces. Echaba humo, literalmente. Su cabeza estaba roja, rojísima, como un trozo de hierro dentro de una fragua.

—
sí! A partir de hoy me tratarán como a un señor. ¡Ratas y ratones! Me tratarán con el respeto que merezco o jamás me volverán a ver. ¡Me marchó! —Salió por la puerta a grandes zancadas. Mientras se alejaba lo seguimos escuchando refunfuñar—. Lo que me faltaba, una maga de pamplinas llamándome Ku. Esta es la última vez que me pisan como a un gusano. Estos come murciélagos se van a enterar de quién es Kukubinabalain...

—No os preocupéis —dijo Ilza— , .

—
marchado, con los ojos como platos. ¿

—Sí.

— ¿ ?

—Supongo —dije— que si nos atacan los enemigos les vomitará insectos masticados y los insultará.

—
como cualquier guerrero. Su magia es poderosa. ¡

¿ Esa cosa era una criatura mágica ? « Me gustaría verlo » pensé. Y lo vería, claro que lo iba a ver.

—Bien, vamos a desayunar. Luthental os aguarda para empezar el entrenamiento de magia. Por la tarde os toca adiestramiento de hechicería con Xeye. Pronto recibiréis ejercicios de espada con Yulen y también lecciones de historia y geografía con un elfo llamado Tetsis.

— ¿

—Para ser todo eso necesitaríais años de entrenamiento. De momento se os adiestrará en lo básico. Venga, venid detrás de mí, y no os separéis u os perderéis para siempre. El castillo de Dhotlaren está protegido con intrincados hechizos de desorientación.

Salimos de la habitación. En el pasillo había un increíble trajín. Caminamos durante cinco minutos por un laberinto de pasillos. Un laberinto inacabable de giros y escaleras que subían y bajaban de un modo desconcertante. Cada cuatro o cinco pasos ardía una antorcha mágica. Las había de todos los colores.

—Esto es una locura —dije.

— ¡
imposible llegar a ningún lugar si no se conoce el destino. Es maravilloso, ¿verdad? Sus pasillos te conducen a donde quieras ir, puedes recorrer siempre el mismo camino, pero tu destino dependerá de tus pensamientos. Como vosotros no habéis estado antes aquí, jamás encontraríais nada más que pasillos. Podríais caminar durante años sin llegar a ninguna parte.

Quince minutos después, llegamos a nuestro destino. Pasamos bajo un arco de medio punto y entramos en el comedor de los aprendices. En cada una de las cuatro mesas desayunaban doce alumnos. Las mesas eran redondas y todas mostraban un inmenso blasón en el centro. Los blasones estaban conjurados mediante algún tipo de magia. Se veían semitransparentes, como hologramas.

—Cada clase tiene su propia insignia —dijo Ilza.

Miré hacia las mesas y, aparte de sentirme incómodamente observado, comprobé que cada blasón era distinto. Uno de ellos lo había visto en la sala de entrenamiento de Yulen, pero los otros me eran desconocidos.

Ahora los sé de memoria.

El de los guerreros es una estrella de siete puntas cruzada por dos espadas; el emblema de los hechiceros consta de una mano blanca que, en cada dedo, porta un anillo cuyas runas forman una oración; los arqueros llevan con orgullo la insignia formada por un halcón con las alas desplegadas cuyo pico tiene forma de punta de flecha; por último, los magos lucen una esfera huracanada con destellos de colores—.

Algún día —continuó Ilza—, cuando os convirtáis en Guardianes, vosotros también perteneceréis a una de las cuatro clases. Aunque, a decir verdad, no sé qué va a ser de ti, Orión... El kuisae lo dirá. ¡Ah, ya hemos llegado! Esta es Liplolulinansa, nuestra cocinera

— ¿ ?

No me hizo falta mirarla para saber que era pariente de Kukubinabalain. Luego supe que no eran familiares y que, por norma general, los belaks odian al resto de razas.

— ¿ ?

—Gemas, diamantes y dragones... —contestó gruñendo Liplolulinansa. Las orejas le temblaron como si fuesen de gelatina—. Niña, esto es un comedor, ¿qué crees que hay para comer? ¡Comida!

—Vale —Lu se encogió de hombros. Detrás de la cocinera había media docena de humeantes calderos. En cada uno de ellos bullía un caldo espeso y poco apetecible—. Tomaré una ración de ese de ahí —dijo señalando un caldero en cuyo interior burbujeaba una crema de color cereza.

— i !
pegote de crema.

El mejunje cayó en el cuenco con un poco apetitoso ¡Plof!

Justo en ese momento aparecieron Aluva y Jatuva. Llevaban túnicas grises con el escudo de las guerreras bordado a la altura del corazón.

— i

—Hola —saludé.

Miraron el cuenco que Liplolulinansa le estaba dando a Luna y pusieron cara de asco.

— ¿

—Sí... supongo que sí... —Dijo Lu con resignación. La crema de sesos todavía burbujeaba en el cuenco.

—Estas son Aluva y Jatuva —le dije.

—Encantada —se dieron besos en las mejillas.

—Yo me llamo Jatuva —dijo la gemela que llevaba las gomitas de las trenzas de color rosa.

Las gomitas de su hermana gemela eran verdes. Por fin tenía algo con que distinguirlas.

—Y yo Aluva —miró a Luna fijamente—. Así que tú eres la amiga del Elegido. Por aquí se dice que has estado encerrada en Ares Kronen.

—En Noctnuros —añadió Jatuva.

—Sí —respondió Luna.

—Debe ser espeluznante —comentó Aluva—. Menos mal que Ilza te salvó.

La maga le quitó importancia agitando una mano.

—No lo hice sola. Sedat vino conmigo.

Aluva y Jatuva suspiraron al unísono.

—Sedat... Es tan guapo...

—Me tengo que marchar —dijo Ilza con una sonrisa dibujada en la cara—. Ori, Luna, vendré a buscaros cuando hayáis terminado de desayunar.

— ¿ ?

Ilza miró el plato de Luna y negó con la cabeza.

— ¡
sobre el mostrador—. ¿

Miré a Jatuva y Aluva.

— ¿ ?

—La crema de chocolate es deliciosa —dijo Jatuva.

— ¡¿
¿Hay crema de chocolate y yo he pedido esta porquería? ¿Puedo cambiar? —Le preguntó a Liplolulinansa.

—No.

— ¿ ...?

— ¡ !

La cocinera me puso un buen cuenco de chocolate caliente y fui con Luna y las gemelas a la mesa de los guerreros. En general, fuimos bienvenidos por todos.

El desayuno transcurrió agradable.

Como no podía ser de otra manera, Luna terminó comiéndose casi todo mi chocolate. No obstante, Aluva y Jatuva me dieron parte del suyo y Toro compartió conmigo la mitad de su nata de huevos con carne de anguilas que, contra todo pronóstico, estaba buenísima.

Cuando la figura de arena de Liplolulinansa se transformó en los rostros de los maestros de cada clase, Ilza llegó para llevarnos a nuestra primera lección.

— ¡ !

Recorrimos pasillos y pasillos hasta que llegamos a un descomunal portón.

A cada lado había una estatua de piedra con forma de dragón. Medían más de cinco metros de altura
rendijas que las alas de piedra dejaban abiertas, llegaban fognazos de muchos colores.

—¡Wow, dragones! —murmuró Lu, emocionadísima.

Recordé su inmensa colección de dragones de peluche y me sentí extraño. Extraño, porque el dormitorio de Luna se me antojaba muy lejano, como si la realidad de nuestro mundo fuese un sueño. Todos aquellos dragoncillos rellenos de esponja y de guata con ojos de botón que descansaban en su cama, o que se descolgaban por las estanterías, parecían objetos de otro mundo, de otra realidad, de otra vida.

Tuve la sensación de que todo aquello, los peluches, los colegas, el cementerio, el instituto, mis padres y demás no eran sino una fantasía. Como si por primera vez en mi vida estuviese viviendo de verdad.

Ilza se detuvo y sus palabras rompieron mis pensamientos.

—Tenéis que recordar la contraseña, o no podréis entrar. Tarde o temprano tendréis que ir solos a todas partes.

— ¿

—La mayoría de las veces estará demasiado enfadado para ayudaros. Venga, prestadme atención.

Ilza levantó la mano izquierda con la palma extendida hacia el centro de la puerta y pronunció tres palabras.

— *Nümvilensi liyas âersi.*

Los dragones de piedra abrieron los ojos. Daban un poco de miedo. Miraron a la maga, rugieron, cerraron los ojos y plegaron sus alas.

La puerta estaba abierta.

— ¿ ?

—Los dragones te convertirán en cenizas —respondió, como el que no quiere la cosa.

—Será mejor —dije en voz baja— no olvidarla.

Ilza sonrió y nos invitó a pasar.

Dentro, un mago de túnica oscura nos miraba desde el centro de la sala.

En ningún momento vi que abriera la boca o moviera los labios, pero escuché su voz dentro de mi cabeza diciendo:

« *Bienvenido, Orión* »

ORIÓN

Primera lección de magia

Nada más traspasar el arco, los gigantescos dragones desplegaron las alas y el paso quedó nuevamente cerrado.

Estábamos en el salón de la magia, una inmensa sala con anchas columnas de mármol que sostenía un techo alto y abovedado de grandes cristaleras. En la sala no había nadie más que el mago que me había hablado dentro de la cabeza.

—Luthental —empezó a decir Ilza, mientras caminábamos hacia él— os va a enseñar algunos hechizos sencillos, para que podáis defenderos en el caso de que tengáis que enfrentaros a enemigos. También os instruirá en la magia de ataque y de bendición. Tenéis mucha suerte, Luthental es uno de los mejores maestros de magia de todo el reino, solo superado, quizá, por los maestros elfos y por Kordther —nos detuvimos ante Luthental—. Aquí te los dejo.

El mago no dijo nada, solo asintió.

—Hola —dijo Luna.

—Hola —repetí.

Nos miró como a pequeños gusanos y habló con voz monótona, carente por completo de cualquier emoción.

—Buenos días, espero que estéis preparados para ser instruidos. Como sabréis, no tenemos ni un minuto que perder. Orúbatar está reuniendo una ingente cantidad de criaturas de la sombra. Pronto, muy pronto, la guerra estallará y nuestras fuerzas serán puestas a prueba —clavó sus ojos en mí—. Según la profecía, tú eres el Elegido, el humano que ha de derrotar a la Dama Sombría. Espero que estés a la altura. Como ambos habéis llegado en extrañas circunstancias, tendréis clases particulares, apartados del resto de alumnos. Así avanzaréis más rápido.

Luthental era un hombre alto, ni gordo ni delgado. Su piel era pálida, su nariz aguileña y sus ojos pequeños y grises. De unos treinta y tantos años, yo diría que más cerca de los cuarenta que de los treinta. Vestía una túnica oscura, como de negro pálido. Su pelo... En fin, del pelo no le quedaba ni el recuerdo, su cabeza parecía una esfera blanquecina, brillante, como un huevo duro. Su barba larga y blanca estaba mal recortada y le daba aspecto de vagabundo. En la mano derecha llevaba un bastón de madera. Si Ilza parecía una maga de libro, Luthental parecía un chiflado.

—Me tengo que marchar —dijo Ilza—. El rey requiere mi presencia para tratar unos asuntos importantes.

—Ve, a Huyik no le gusta esperar —al hablar con la maga, los ojos de Luthental no carecían de vida, por el contrario, brillaban de una manera especial—. ¿Vendrás... vendrás a buscarlos cuando haya terminado la clase? —Preguntó.

—Sí —la maga nos miró. Me dio la sensación de que estaba ligeramente sonrojada—. Portaros bien con Luthental, ¿vale?

Luna y yo asentimos.

—Hasta luego, Luthental —dijo Ilza.

—Adiós, Ilza.

La maga sonrió, inclinó la cabeza y se fue. Tal vez solo me lo pareció, pero creo que el mago se la quedó mirando algo más de lo necesario. También es posible que Ilza moviera las caderas más de lo necesario. Luego dijo la contraseña y los dragones la dejaron pasar.

—Bien —dijo Luthental, saliendo como de un sueño— supongo que no sabéis nada sobre magia.

Estuve a punto de decirle que me había leído las Crónicas de Dragonlance un par de veces y que era tan friqui de Harry Potter que conocía mejor Hogwarts que el propio Dumbledore. Pero me callé.

—No —dijo Luna.

—Ni idea —añadí.

El mago no dijo nada. Se acercó hasta mi amiga, puso sus alargadas manos en su cabeza y la miró fijamente. Así estuvo diez segundos. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, delgados, cadavéricos. Luego hizo lo mismo conmigo. Pero cuando me soltó, en lugar de sonreír, negó con la cabeza.

—La chica tiene un *ixur* fuerte —asintió con la cabeza—. Sí, , embargo —me miró—, tu *ixur* es tan débil como el de un hewerer.

Vale, no tenía *ixur*. No sé si era terrible o fantástico; no sabía qué significaba *ixur*, ni qué era un hewerer. Por lo que si en lugar de *ixur* hubiese dicho chirroflabina, y por hewerer hubiera utilizado gomazumba, hubiera sido lo mismo: « cosa, más o menos como la de un gomazumba »

—Perdón —dije con una mueca extraña.

Vale, pedir perdón era estúpido, pero, ¿qué podía decir?

—No es culpa tuya. El *ixur* es una fuerza con la que se nace. Aunque crece con el entrenamiento, si naces sin ella, no tienes nada que hacer.

« Genial, por una vez que me pasa algo así en la vida, resulta que no tengo *ixur* suficiente pa ser un mago » así.

—Entonces, ¿no voy a poder aprender nada?

—Sí, sí, algo haré contigo, pero poca cosa. Algún conjuro menor, tal vez. En cambio, ella — miró a Luna— es buena para la magia. Muchacha, si te esfuerzas, podrás llegar a dominar una buena cantidad de conjuros. ¡Bien, comencemos!

Luthental dio media vuelta y se fue hasta una pared llena de palos de madera. Los examinó uno a uno, muy despacio. Luna me miró, puso sonrisilla de satisfacción y me sacó la lengua. Yo le saqué también la lengua y le dije sin hablar, solo moviendo los labios:

« Idiota ».

Ella contestó también sin mediar palabra.

« Lo siento, pelo escoba, pero aquí la maga voy a ser yo. Si quieres, cuando sea poderosa, puedo intentar lanzar un conjuro para volverte guapo».

Éramos unos profesionales en leer los labios. Largas horas de aburrimiento en clase nos habían permitido aprender a hablar sin hablar . « » así. Me puso el mote cuando empecé a echarme un poco de gomina y a peinarme con los dedos. Allí no tenía pelo escoba porque no había gomina, así que mi hermosísimo pelo castaño estaba liso, el pobre.

« Es posible —continué hablando con los labios— que tengas la porquería esa del *ixur* , pero sigues siendo una niña malcriada con cara de culo aplastado».

Sonrió. Luthental continuaba examinando las maderas, pero de un modo o de otro, nos había “escuchado”.

—Muy bien, podéis seguir haciendo estupideces todo el tiempo que queráis, pero deberíais tomaros el entrenamiento en serio, lo creáis o no, de vosotros dependen muchas vidas.

Nos había pillado. Y también nos había hecho sentir estúpidos. Nos estábamos comportando como chiquillos, era cierto. Bajamos la cabeza avergonzados. Estuvimos en silencio mientras el mago seguía a lo suyo con los bastones. Al fin cogió dos: uno largo y robusto y otro pequeño y escuálido.

Me temía lo peor.

—Mirad, cada mago ha de llevar su cayado mágico, es una extensión de sí mismo, de su magia. Al contrario que los hechiceros, que pueden lanzar magia sin artilugio alguno, los magos necesitamos algo que sirva de nexo entre el *ixur* y el mundo exterior.

— ¿ ?

— ¿ ? « » nunca! Qué locura, ningún mago ha usado nunca una varita. Solo las sombras usan esas cosas.

Luna me miró, puso los ojos en blanco y negó con la cabeza en plan de « estúpideces ».

—Los magos —continuó— hemos de llevar nuestro bastón. Cualquiera vale si sabemos utilizarlo, pero hay que tener cuidado, porque una vez que utilizamos un cayado, parte de nuestro poder queda impregnado en él. Es por eso que magos muy poderosos tienen cayados muy

poderosos. Esta es la lección número uno: si alguno de vosotros dos tocase mi cayado, sufriría de inmediato los efectos de una magia muy potente; podría llegar a matarlo. Cuanto más utiliza un mago su bastón, más se une a él, es como si ambos, mago y bastón, se fundiesen. Así, en cuanto un mago supera la prueba que lo acredita como mago, ha de hacerse con el cayado que será suyo hasta el día que muera.

—¿Hacerse con él ? ¿

—De muchas maneras. Hay magos que se los fabrican ellos mismos, con madera o con metal. Otros magos, más poderosos, pueden conjurarlos. Algunos pocos, como los magos oscuros, matan a otros y se hacen con su cayado y por lo tanto también con su poder. Bueno —dijo de mal genio—, ¡basta de cháchara!

Se acercó hasta nosotros. Soltó los bastones y estos, en lugar de caer, se quedaron de pie, como si continuara sujetándolos. Metió la mano en el bolsillo derecho de su túnica y sacó un aro inmenso.

—Luna, te doy el anillo de invocación de Qüinzal, el halcón azul. Has de ponértelo en el dedo corazón de la mano con la que vayas a sujetar el cayado.

Mi amiga lo cogió extrañada.

—Pero, maestro, es muy grande para mis ded...

Luna no siguió hablando. Mientras lo sostenía en la palma de su mano, el aro encogió hasta tener el tamaño de un anillo normal. Luna sonrió y se lo puso.

No pasó nada.

—Ahora, toma tu cayado.

Como yo temía, le dio el bastón grande. Mi amiga lo cogió con solemnidad, no sé si real o fingida. A mí me iba a tocar el pequeñajo, una rama seca y quebradiza que no valía ni para encender una hoguera.

—Ori, a ti te doy el anillo de invocación de Bubu.

« Otra más —pensé—, a Luna le da un anillo llamado Qüinzal, el halcón azul, y a mí el de un bicho llamado Bubu ».

Sacó de su bolsillo izquierdo un anillo de cobre, sucio y gastado, ni siquiera grande y mágico, sino de tamaño normal. Me lo puse y no sentí nada..., bueno, nada mágico, porque aquello empezaba a mosquearme. De acuerdo, no tenía la cosa esa mágica en mis venas, pero no era cuestión de ensañarse conmigo.

Luego me dio el “cayado” mágico y lo agarré con desgana.

—Levántalo y pronuncia estas palabras: *Sefur lumy Bubu* .

Levanté el bastón y repetí las palabras.

—*Sefur lumy Bubu*

Y, como era de esperar, no ocurrió nada. Estoy seguro de que el maestro esperaba eso mismo, que no ocurriese nada.

—No te preocupes, Ori, luego lo seguirás intentando. Ahora tú, Luna, alza tu bastón y di: *Sefur Lumy Qüinzal* .

Luna levantó el bastón y dijo con seriedad.

— *Sefur Lumy Qüinzal* .

Y ¡PUM! Una explosión azul surgió de la punta del bastón y se quedó allí, girando como una esfera.

— i !
aparecerá la invocación.

Luna lo hizo y con otro ¡PUM! la luz se convirtió en un animal. Sí, en un precioso y maravilloso halcón de plumaje azul brillante. Sus plumas parecían tener luz. El pájaro era una auténtica pasada.

—A partir de ahora —dijo el maestro—, Qüinzal será tu amigo. Es un halcón capaz de volar más rápido que el viento. Con el tiempo llegarás a dominarlo y podrás ver a través de sus ojos, e incluso serás capaz de desaparecer y poseer su cuerpo para convertirte en él.

—Genial —dijo mi amiga.

— ¿ ?

—Sí, claro, es más, tu entrenamiento de hoy consistirá en conseguir invocar a Bubu.

« Ok, allá vamos », levanté el bastón y dije las palabras. Nada, no ocurrió nada de nada. Lo intenté otra vez más.

—Tu *ixur* es débil, pero confío en que tengas, al menos, la habilidad suficiente para invocar una criatura.

« Al menos » sonaba terriblemente mal.

Seguí intentándolo durante unos minutos, sin conseguir ni siquiera hacer aparecer una triste chispa de luz mágica.

Mientras, Luna iba cogiéndole práctica al halcón: su entrenamiento consistía en hacer que el pájaro volase hasta un punto del salón y que luego regresase a ella. Era genial, porque levantaba el brazo izquierdo y el animal se posaba con suavidad. Mi amiga no necesitaba protección para las garras de la rapaz, pues según le explicó Luthental, un mago nunca puede ser herido por su

propia invocación.

Cuando llevaba un rato repitiendo las palabras mágicas sin lograr que el maldito bicho saliera del bastón, las alas de los dragones se abrieron. Por el arco entró Kukubinabalain dando zancadas largas y patosas. Vino hasta nosotros y me miró con cara de asco.

—Vaya, qué sorpresa, la lombricilla con patas no es capaz ni de pronunciar un simple conjuro de invocación.

—Su *ixur* es ridículo —contestó el mago.

—
ridículos! i !

—No seas malo, Kukubinabalain, algo podré hacer con él, al fin y al cabo, aunque sea un humano, algo sé de magia.

— i ! i

—
belak? ¿

— ¿ ?

—Sí, eso es, un humano contra un belak. ¿Qué te parece?

—No sé, hace tanto tiempo que no uso magia... no sé si podré...

—A lo mejor es que no te atreves.

—
llamo cobarde se llevó su merecido . i¿

—Luna, Ori, venid a ver vuestra segunda lección —dijo el mago con una sonrisa iluminando su cara.

Me puse al lado de Luna y de su halcón, a unos diez o doce pasos de Luthental y el impertinente mayordomo.

—Bonito pajarraco —le dije a Lu con cara de enfado.

— ¿ ?

—Sí. Mucha.

El halcón se posó en la punta de su cayado y se fundió con la madera.

—Es un truquito que me ha enseñado Luthental.

—Además de creída, eres la mimada del maestro.

—Gracias por tu cumplido, Don « »

— ¡ !

Kukubinabalain y el mago se colocaron a diez pasos el uno del otro. Era como un duelo del Oeste, pero entre magos. Ku parecía más enfadado que un gorila .

—
enclenques con patas. i

—Menos hablar y más luchar, pequeño belak.

Luthental levantó su bastón un palmo por encima del suelo, cerró los ojos y dijo unas palabras .

— *Attur del ariïsen*

En su bastón apareció una serpiente mágica. Primero etérea, como un fantasma, aunque pronto se hizo mucho más real. La serpiente brillaba rojiza, como el sol del atardecer. Luego apuntó a Kukubinabalain y la serpiente salió despedida hacia el belak. Espectacular.

El mayordomo levantó su mano derecha y gritó.

— ¡

De la palma de su mano salió un escudo mágico que absorbió la serpiente de Luthental. Parecía verdad que el pequeño Ku sabía manejar la magia. Sonreía igual que un niño travieso.

— ¿ ?

Luna estaba tan alucinada como yo.

—No está mal para un hechicerrillo —contestó el maestro.

Ku enarcó las cejas. Volvía a echar humo. Se frotó las manos y con los ojos cerrados movió los labios, pronunciando un hechizo.

Poco a poco, una esfera de luz amarilla creció en el interior de sus palmas. A medida que Ku separaba las manos, la bola mágica se hacía más grande. Creció y creció hasta que la esfera tuvo el mismo tamaño que él. En el interior de la bola brillaban esferas más pequeñas. Rayos azulados sobresalían revoltosos, como pelos eléctricos. A Kukubinabalain se le habían puesto las cejas de punta.

Parecía que en cualquier momento fuese a estallar. Luna y yo, instintivamente, dimos un par de pasos hacia atrás.

La esfera mágica ya no crecía, pero cada vez giraba a mayor velocidad y los rayos y las explosiones de su interior eran más potentes. Era cuestión de tiempo que la lanzara contra

Luthental. Este último parecía tranquilo. En sus labios había una sonrisa un poco canalla. La esfera de Kukubinabalain se dobló como un planeta a punto de colapsar... Y de repente explotó.

Kukubinabalain salió despedido hacia atrás y fue a parar hasta los pies de los dragones de piedra. Cayó como un saco lleno de patatas.

Levantó la cabeza, aturdido. Tenía las cejas chamuscadas. También había prendido su túnica, dejando al descubierto unas tetillas como de mono, con los pezones abrasados. También los pelos del pecho le humeaban.

Luna corrió hacia él mientras yo, lo reconozco, trataba de no morirme de la risa. Cuando mi amiga llegó y le ofreció una mano, la rechazó con vehemencia.

— ¡

Se levantó como pudo, se mojó los dedos con saliva, se apagó los pezones y luego se sacudió el pecho apagando los pelos que todavía ardían. Aquello lo hizo como si nada. Los belaks no son ignífugos, porque arden, pero el fuego no les causa ningún daño. Kukubinabalain no dejaba de refunfuñar.

— ¡ ! ¡ ! ¡

— ¿ ?

El mayordomo agitó una mano en señal de « » desapareció tras las alas de los dragones de piedra.

—Muy instructivo —dije sonriendo.

El maestro me miró y su sonrisa se borró de inmediato.

— ¿ ?

No contesté.

—Como habéis visto —dijo el maestro mientras se colocaba el bastón en la espalda—, la magia no es una broma. Kukubinabalain es un belak y la magia no les causa gran daño, pero una explosión así os habría matado a cualquiera de vosotros.

— ¡ !

—Existen —continuó Luthental— cinco clases de magia. Ataque, defensa, invocación, bendición y encantamiento.

— ¿ ?

Al maestro se le iluminaron los ojos.

— ¡ !

Luthental fue hasta un rincón en el que no había nada. Bueno, había cosas, pero debían de ser invisibles porque cuando el mago se acercó aparecieron un montón de muebles, estanterías y escritorios. Abrió un cajón y empezó a rebuscar.

—Empollona —le dije a Luna.

—Es que quiero hacerme una lista con todo lo que nos vaya explicando Luthental.

Cierto, mi amiga necesitaba hacerse una lista. ¿Qué sería de Luna sin sus listas...? Luthental volvió y nos dio algo peludo a cada uno, una especie de libreta... Eran libros forrados de pelo. El mío olía fatal. Estuve a punto de preguntarle de qué animal era, pero supuse que de mofeta. Del culo de una mofeta. Era negro y marrón, con el pelo largo como una manta.

El de Luna era blanco y su pelo era corto, como el de un conejo. El suyo suave, el mío áspero... ¿Hace falta que siga?

—No tengo bolígrafo —dijo mi amiga.

— ¿ ?

—Sí, bueno, lo que sea, algo con lo que podamos escribir.

— ¡
sus páginas. De ahora en adelante, cada uno de vosotros tendrá el suyo. Cada valag obedece tan solo a su dueño, a nadie más.

— ¿ ?

—No. Ahora están dormidos. Para utilizarlos tenéis que despertarlos.

— ¿ ?

—Eso es. Poned vuestra mano izquierda sobre su lomo y recitad un nombre. El valag tomará ese nombre como suyo y responderá ante él. Recordar que una vez que le pongáis uno, no podréis cambiárselo.

Luna puso su mano sobre el libro. Yo esperaba a ver lo que pasaba con el suyo antes de intentarlo, por si acaso.

—Nieve —dijo.

Hubo un silencio. Dos ojos muy pequeños y muy azules aparecieron en la parte de arriba de la tapa. Y entonces su valag habló. Entre la mata de pelo se abrió una boca diminuta con los morros gorditos como salchichas, sin dientes, y habló con voz aguda.

—Hola, soy Nieve y te ayudaré con tus estudios. ¿Cómo te llamas?

Mi amiga se asustó y lo soltó. Normal, yo también me asusté. Lo más alucinante fue que mientras caía le salieron dos piernas flacuchas acabadas en dos pies redondos, como de muñeco.

Y dos brazos alargados, como espaguetis con manos planas.

Supongo que la barbilla me llegaría hasta las rodillas, porque de todo lo que había visto, aquello era lo más sorprendente. Luna tenía los ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir de la cara.

—Estooo... ¡Hola!... Me llamo Luna... —Acertó a decir.

Nieve caminó hasta colocarse a su lado. Era graciosísimo, no levantaba más de dos palmos del suelo. Se quedó a la espera de que Lu le ordenase algo.

— ¡ !

Sí, yo también quería despertar a mi cuaderno mágico. Me había picado. Coloqué la mano sobre el lomo, cerré los ojos y pensé en qué nombre podía ponerle.

Tras unos segundos, lo tuve claro.

— ¡

Aquella vez lo logré a la primera. Mi valag abrió los ojos, rojos como dos ascuas. Su boca no era como la de Nieve. No, sus labios eran finos y tenía colmillos blancos y alargados. Sus patas eran como garras. Al mío no le salieron brazos, pero en su lugar le brotaron dos alas negras. Era un dragón en miniatura.

Una auténtica pasada.

—Me llamo Noche —su voz era afilada y áspera— y te ayudaré con tus estudios. ¿Cómo te llamas?

No pensaba estudiar, pero era fantástico tener un libro parlante.

—Me llamo Ori.

Movió las alas, voló unos metros por encima de nuestras cabezas y aterrizó a mi lado. Miré a Luna y le saqué la lengua.

—Bonito peluchón con patas —le dije—, pero Noche mola mucho más.

Frunció el ceño.

—
memoricen todo lo que os voy a decir! i !

Se lo dijimos a los valags.

—Maestro —dijo Luna—. ¿
suyo.

—Claro que tienen, pero los mantienen a buen resguardo. Sus valags contienen información muy importante, sería una catástrofe que cayesen en manos enemigas. Bien, continuemos con la lección. Como os he dicho, existen cinco clases de magia. Ataque, defensa, invocación, bendición y encantamiento. Los conjuros de ataque comienzan siempre con la palabra *Attur*. La lengua de la magia, o *qiwupsea*, es más antigua que los elfos. Su pronunciación es complicada. Ori —me miró ceñudo—, no has sido capaz de invocar a Bubu porque, entre otras cosas, no pronuncias bien las palabras mágicas.

« Luthental debe de ser el doble de la profesora de francés, siempre diciendo que fallo en pronunciación ».

—Luna, sin embargo —continuó— lo ha hecho de maravilla, eso sin contar que su *ixur* es extraordinario. Pronunciar un conjuro correctamente es tan importante como el bastón o el *ixur*. Hoy no vamos a estudiar pronunciación, pero será una de las cosas a las que más tiempo vamos a dedicar durante nuestras clases. Si los conjuros de ataque comienzan con la palabra *Attur*, los de defensa lo hacen con la palabra *Ortank*, los de invocación con *Sefur*, los de bendición con la palabra *Layis* y por último los encantamientos lo hacen con *Qüios*. Cada uno de estos cinco tipos de magia se divide en muchas clases más. En la lección de hoy os voy a explicar los de ataque. Estos pueden ser rayos, explosiones u ondas; cada uno, por supuesto, tiene una palabra en concreto. *Tel* para los rayos, *Sxir* para las explosiones y *Höl* para las ondas.

— ¿ ?

—Es muy sencillo. Un rayo, *Tel*, es un haz de luz mágica que tiene un único objetivo, mirad.

Luthental dio una palmada y de un armarito hasta entonces invisible salieron volando un par de bolas de magia. Al llegar hasta nosotros se quedaron flotando en el aire, a tres o cuatro metros de distancia. Luthental cogió el cayado que llevaba a la espalda y lo empuñó.

— *Attur Tel*

Un rayo blanco salió de la punta del bastón y golpeó una de las esferas, que saltó en mil pedazos. Alzó su mano izquierda y la bola mágica que quedaba se dividió en unas cuantas esferas más.

—Esta clase de ataque es la ideal para concentrar toda la energía mágica en un solo objetivo. Os voy a contar una historia para ilustrar su utilidad. Hace muchos años me encontraba en las cavernas bajo el Lago Negro, cuando fui atacado por un troll de las profundidades. El rey de Ímbacel me había encomendado la misión de encontrar el Yelmo de Hueso, un antiguo casco que según las leyendas reposaba en la tumba de Bormos. Llevaba varias semanas recorriendo las galerías. Había acabado con decenas y decenas de muertos vivientes, ukulus, arañas y gólems. Mi *ixur* se estaba agotando...

— ¿ ?

—Sí, por supuesto. Un mago puede lanzar un número limitado de conjuros antes de quedar completamente agotado. Es por eso que un mago nunca ha de emprender una misión en solitario, pues su magia ha de ser reservada para las situaciones en las que verdaderamente sea necesaria... Bien, yo había salido de Ímbacel con dos guerreros de las llanuras y una arquera elfa. Sufrimos

una emboscada de orcos y mis compañeros fueron capturados. Envíe un halcón a la capital para avisar del contratiempo y continué con la tarea encomendada por el rey. Así, cuando el troll salió de su escondrijo con la intención de matarme, mi *ixur* era débil. Había agotado todas mis pociones de energía y llevaba días sin probar bocado. Solamente tenía una oportunidad. Concentré toda la magia que me restaba en un único rayo y lo lancé contra aquella bestia. La bestia cayó muerta, pero yo me desmayé. Por fortuna, no hubo criatura de la oscuridad que aprovechara mi largo sueño para devorarme. Tuve mucha suerte —sus ojos se perdieron unos instantes en el infinito—. Ahora, os voy a mostrar cómo es un ataque explosivo.

El mago volvió a apuntar con su bastón.

— *Attur Sxir*

Una de las esferas explotó y la magia de la detonación se llevó por delante al resto de las pelotas. Bien, porque aquello era la leche. Mal, porque según Luthental jamás sería capaz de hacer nada parecido.

—Esta clase de ataques son excelentes para grupos de criaturas no demasiado fuertes. Un mago poderoso puede derribar a una docena de orcos con un solo conjuro. Por último, los ataques de tipo onda son aquellos que tienen su centro de poder en el mismo mago que los conjura. Fantásticos cuando se está rodeado por enemigos.

De nuevo dispuso un montón de esferas mágicas y las colocó revoloteando a su alrededor.

—Alejaos veinte pasos —ordenó.

Fuimos hacia atrás y los valags nos siguieron; el de Luna dando pasos muy graciosos; el mío volando a pocos centímetros del suelo. Una vez estuvimos lo suficientemente lejos, Luthental alzó su cayado y pronunció las palabras mágicas.

— *Attur Höl*

El cayado brilló como una barra fluorescente. Luego golpeó el suelo. Una ola de magia salió desde la base del cayado, con la forma de la onda expansiva de un meteorito, y destruyó todas las esferas que lo envolvían.

Luna y yo nos moríamos por a hacer este tipo de cosas.

Entonces los dragones abrieron sus alas y vimos aparecer a Ilza. Su túnica azulada brillaba como el cielo. Luthental la miró y sonrió como un bobalicón.

—Muchachos, creo que por hoy hemos terminado.

Había estado bien. Era la primera vez en toda mi vida que una clase no terminaba con un « dura cinco minutos más, me muero de aburrimiento »

— ¿

Ilza había llegado hasta nosotros.

— i !
donde vosotros vayáis.

Nos despedimos del maestro y cruzamos bajo los dragones. Detrás de nosotros vinieron los valags. Luego anduvimos por los pasillos del castillo. Ilza nos acompañó hasta nuestros aposentos. Comimos con ella, en lugar de hacerlo en el comedor principal. El resto de estudiantes estaban atareados y, según nos dijo la maga, comían en sus respectivas clases.

—Los veréis a la hora de cenar —comentó—. Ahora descansad, vendré a buscaros esta tarde. Os llevaré hasta Xeye, la ninfa hechicera.

BÁRBARA

Una noche muy oscura

Pasamos el día juntas. Fuimos a comer a un restaurante japonés y nos pusimos hasta arriba de sushi y surimi. Luego regresamos al parque en el que luchamos contra Elizabeth. No contábamos con Nacho, pero tampoco lo necesitábamos. Diana llevaba su bastón oculto por un conjuro, yo estaba al cien por cien de energía y Dara estaba lista para el combate.

No hubo ni rastro de la maga oscura.

Diana y Dara volvían a ser amigas. Llegaron a la conclusión de que Nacho no valía ni un céntimo como novio.

Cuando la tarde comenzó a envejecer, pensé que era un buen momento para divertirse. Elizabeth había desaparecido y el día anterior habíamos luchado contra la sombra, nos merecíamos un premio. Tanto Diana como yo estábamos de buen humor.

Dara, aunque repuesta, continuaba un poco decaída.

— ¿

Diana sonrió emocionada. Dara negó con la cabeza.

—Yo paso, estoy cansada...

—Yo me apunto —dijo Diana.

—Ayer estuvisteis a punto de morir —comentó Dara.

— ¡ !

Nuestra amiga puso los ojos en blanco, resopló y se despidió de nosotras.

Quedé con Diana en la puerta del *Quásar* un par de horas más tarde . Necesitaba una buena

ducha. Y cambiarme de ropa. Decidimos llamar a Gilda, siempre presta a salir un rato. Yo estaba exultante. Hacía mogollón que no salía por ahí.

En el hospicio descansé un rato y me puse ropa más acorde. Algo sencillo, unos tejanos rasgados, un jersey morado y una cazadora.

Para variar, llegué tarde a la cita. Gilda y Diana me estaban esperando. Gilda tamborileaba sobre el reposabrazos de la silla de ruedas.

— ¡

Le quité importancia con un gesto de las manos y aluciné con su ropa. Llevaba pantalones muy ajustados de vinilo negro. Una camisa negra bajo una cazadora negra. Botines de cuero negro. Los ojos perfilados de negro. Las uñas pintadas de negro. Todo, menos su pelo, era negro.

—Deberías probar a ponerte algo blanco —le dijo Diana.

—Me gusta el color negro.

—Casi no se nota.

—Oye, guapa, tú tampoco es que lleves ropa muy alegre.

No, no la llevaba. Si Gilda iba alucinante, Diana iba alucinante multiplicado por dos. Llevaba un vestido negro por encima de las rodillas, sin escote, alto hasta el cuello. Las medias negras de rejilla ascendían desde unas botas claveteadas de caña alta.

—Los ojos sí —apuntó Diana con una sonrisa.

—El rojo —comenté—, no es un color alegre.

Diana se había pintado los párpados de color sandía. También los labios. Se había colocado engarces de plata en los colmillos; le brillaban con las luces de neón y parecía que tenía leds en los dientes.

Miré la cola que había para entrar y resoplé.

—No nos dejen pasar —dije—. Hay un montonazo de gente guapa haciendo cola.

Mucha gente guapa significaba pocas posibilidades de entrar. Aquella noche pinchaba Keisa. Todos los amantes de la buena música habían acudido a ver una sesión inolvidable. A mí, ni fu ni fa. Prefiero el rock a la electrónica.

—Entraremos —afirmó Gilda.

— ¿

—Vosotras limitaros a seguirme.

Nos acercamos hasta la entrada, sin hacer cola. La gente nos miró con mala cara. Gilda impulsaba su silla sin prestarle atención a nadie.

—Nos la vamos a buscar —me dijo Diana.

—Desde luego...

Gilda se giró y nos tranquilizó con una sonrisa. Cuando llegamos a la puerta, dio una palmada y llamó a uno de los porteros.

— ¡

El chico, un rubio con el pelo de pincho, ojos azules y una espalda como las de dos tíos, entrecerró los ojos.

« Ya está —pensé—, Gilda pretende que los porteros nos echen a patadas » .

Pero no, no nos echaron. Todo lo contrario. Cuando el portero reconoció a Gilda, esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Se miraron unos instantes, el portero se inclinó y le dio un beso en los labios.

Diana no salía de su asombro. Yo no salía de mi asombro... Nunca nos había dicho que tuviera un lío con un portero... Y menos que ese portero fuese el más grande y peligroso del Quásar. Cuando Shori nos abrió la puerta y Gilda se despidió de él con otro beso, Diana no pudo evitar preguntarle.

— ¿ ?

—No —contestó con ironía—. He utilizado mis poderes para adivinar cómo se llama y luego lo he hechizado para que me besase.

Diana negó con la cabeza.

—Eres tonta... ¿Por qué no nos lo habías contado?

Gilda se encogió de hombros.

—No sé... No somos novios ni nada... de vez en cuando quedamos.

Entramos y disfrutamos del ambiente.

Keisa, el DJ más famoso de la escena musical, se lo estaba montando de lujo. Todos los temas que pinchaba hacían arder la pista. Los bafles bombeaban sin tregua, tema tras tema. Para ser electrónica sonaba de lujo.

Diana charlaba con Gilda sobre uno de los chicos que bailaban en la pista central. Estábamos sentadas alrededor de una mesa de cristal anaranjado, en la zona alta del local, un poco apartadas de la música.

—Bah, no me gusta —opinó Gilda.

—Pues a mí sí —respondió Diana.

— ¿ ?

—¿Un chico *así*? ¿Qué significa eso?

Diana bebió de su copa. Era agua carbonatada con extracto de papaya, jugo de menta y un montón de hielo. Gilda y yo bebíamos tónica con sombrillita .

—No sé, es decir, parece un chico de esos que van en plan de *mírame, soy mejor que nadie* . Además, tiene el culo blando.

— ¡

—No lo sé, pero me lo imagino —dijo jugando con la sombrilla de su bebida, que hacía girar una y otra vez.

Yo me divertía con su absurda conversación.

—No te creo —apuntó Diana.

—Compruébalo por ti misma.

— ¿ ?

Gilda la miró como diciendo «no creo que tenga que explicarte como tocarle el culo a un chico ¿no?».

— ¡ ...
O puedes bajar tú misma, acercarte y tocárselo .

—No me apetece... Además, es muy guapo. Los tíos guapos dan problemas.

Reconozco que era guapo. Llevaba una camiseta roja ajustada y unos vaqueros desteñidos rajados por varios sitios. Tenía el pelo corto y muy moreno, casi negro, aunque llevaba teñidas dos franjas laterales de un verde chillón bastante escandaloso.

—Tú también eres guapa —le dije a Diana.

—Gracias —me sonrió—. El tío está muy bueno.

—Tú también estás buena —insistí.

Gilda sonrió. Diana también. Sus sonrisas se convirtieron en carcajadas.

—Amiga —me dijo Gilda— , .

—Supongo que no.

Diana me miró con ternura.

—Te prometo que si fuera lesbiana me liaría contigo.

Entonces yo también reí.

—Bueno, algo es algo...

Diana apuró su copa y se levantó

—Está bien —dijo—, voy a comprobar su culo. Cuando tenga más información os aviso.

—Que tengas suerte —le deseamos al unísono.

La miramos bajar las escaleras hasta la pista.

— ¿

El *blackhole* es una sala contigua en la que una DJ pincha música electro-gótica. La DJ se llama Metal y es amiga de Gilda. Su nombre real nadie lo sabe, pero todos la llaman Metal porque en su rostro menudo y alargado lleva dieciséis piercings. Ni uno más, ni uno menos. Dieciséis. Cuatro en cada oreja. Dos en la ceja derecha y uno en la ceja izquierda. Dos en el lado derecho de la nariz. Uno en la lengua. Y por último, dos en el labio superior.

Metal también es Guardiania. Es arquera, como Dara.

En el *blackhole*, además de estar Metal, había buena música y estaban la mayoría de los conocidos de Gilda.

—La música aquí no está nada mal —comenté—. Y hay buen ambiente.

Gilda miró la pista y miró a un *emo* con el pelo negro.

—Al menos las vistas son buenas —dijo sonriendo. Luego me miró y su semblante se ensombreció—. ¿Cómo llevas la misión? Diana me ha contado alguna cosa.

Resoplé.

—Bueno... A la espera. Ya sabes, logré llegar por los pelos y pude salvar al Elegido en el último momento. Pero ayer...

—Elizabeth —me interrumpió—. Maldita maga de la sombra.

—Sí, maldita —dije, sin mucho convencimiento.

Estuvimos un rato allí, hasta que nos terminamos las bebidas. La música era guapa y el rollo fascinante. Conseguí olvidarme de todo un poco .

Luego, cansadas, salimos del *quásar* .

A Diana no la habíamos vuelto a ver. Supusimos que habría ligado.

—Tengo hambre —dije.

—Ummm —Gilda estuvo unos segundos pensativa—. ¿Te apetece una hamburguesa?

— ¡ !

Fuimos a una hamburguesería cercana y Gilda me invitó a cenar. Nos zampamos dos hamburguesas completas y dos raciones de patatas fritas. Con el estómago lleno salimos al exterior y estuvimos un rato tranquilas, sin hablar de nada.

De repente sopló una brisa fría, muy fría, que nos revolvió el pelo. Fue una bocanada de aire tan gélido como el soplo de un demonio de hielo. Con el viento llegaron las risas de Diana y del chico de la camiseta roja.

— ¡

Había algo en aquel muchacho que no me gustaba ni un pelo. Desde el principio me dio mala espina. Tenía una sonrisa escalofriante. Y sus ojos... ¡Mi *kalyxe* a echaba chispas!

—Este es Han —dijo Diana.

Nos presentamos con los besos de rigor.

Charlamos durante un rato de cosas sin importancia, apoyados en el muro de la hamburguesería. Han no soltó ni un momento a Diana, pero nos miró a Gilda y a mí en repetidas ocasiones. No me gustaban sus miradas. Miradas cargadas de una curiosidad que rozaban lo grosero.

En un momento dado, Diana y Han se metieron en la hamburguesería para coger algo de cenar. Fue el momento que aproveché para intercambiar opiniones con Gilda.

— ¿ ?

Gilda negó con la cabeza y chascó la lengua.

—Es un cerdo. Se nos come con los ojos.

—Y Diana, ¿no se ha dado cuenta?

—Creo que no.... O es que le da igual.

La puerta de la hamburguesería se abrió. Diana llevaba un refresco y Han una hamburguesa. Cuando el muchacho llegó hasta nosotras y le dio un mordisco, la sangre le resbaló por la comisura de los labios. Su hamburguesa estaba casi cruda.

— ¿ ?

Han se tragó el pedazo de hamburguesa sin apenas masticar.

—Hamburguesa de ternera —dijo—. Me gusta la carne poco hecha.

Diana rió.

— ¿ ?

« Yo diría que es aterrador ...» pensé.

Cuando Diana acabó su refresco y Han su hamburguesa de carne cruda, el chico nos dedicó una sonrisa. Entre los dientes tenía tropezones de carne que se limpió con una pasada de la lengua.

— ¿ ?

Gilda dijo que no, que estaba cansada y que se iba al *Luz de Luna* . Va en silla de ruedas, pero es una de las tías más poderosas que he conocido, así que la vi marchar sin preocuparme por ella. Sabría defenderse llegado el momento.

Diana se mostró encantada con la idea de Han. Yo no tenía muchas ganas, la verdad, pero después de conocerlo no me apetecía dejar sola a Diana con él .
la entrada del parque. En la puerta había medio centenar de chavales repartidos en una docena de grupos, todos escuchando música.

Ante la entrada, sentí que aquello no era buena ida. No podría explicar el porqué, pero la intuición me aconsejaba detenernos antes de adentrarnos. La voz de mi interior me chillaba: «¡Date la vuelta! ¡Lárgate de aquí!».

Pero aquella vez, como tantas otras, ignoré los avisos de mi intuición. Al fin y al cabo, habíamos estado esa misma tarde en el parque y todo había ido bien.

—Hace una noche estupenda —dijo Diana.

Nos internamos en el parque. La música de los grupos de la entrada se había apagado. Miré hacia los lados y me di cuenta de que estábamos solas. Completamente solas. Al mirar de nuevo a Han me pareció que era más grande y más fuerte que antes. Parecía mayor, más alto, más listo, más fuerte... y más peligroso.

De nuevo llegó un viento gélido como el que nos había sacudido en la hamburguesería a Gilda y a mí. Agitó las ramas de los sauces. Han continuaba detenido, mirando a Diana con ojos extraños.

— ¿ ?

— i ! iè
su amiguita. ¿No está la otra con vosotras?

Era Cobra. La sonrisa de Han se borró.

— ¡

Cobra bramó. Detrás de él iba el muchacho con cara de pánfilo, su culebra. Desde el encuentro en el hospicio, no me había ni dirigido la palabra. Pero aquella noche tenía ganas de bronca.

— ¡ !

Avanzó hacia ella a grandes zancadas. Han se interpuso en su camino. Cobra torció la boca y lo amenazó.

— ¡

Cuando Cobra llegó a la altura de Han y comprobó que éste no estaba dispuesto a apartarse, le lanzó un puñetazo. Han se movió con una velocidad increíble y lo esquivó. Hasta ese momento todo me pareció de lo más normal. Había visto muchas peleas, no me sorprendía ver a dos muchachos liarse a puñetazos.

Pero lo que ocurrió después no lo había visto nunca.

Ni de lejos.

Han se había ladeado para esquivar el golpe. Así, mientras Cobra volvía hacia atrás para tratar de asestar otro puñetazo, Han lanzó su puño contra la cara de Cobra con un movimiento rápido y potente.

¡ CRAC !

Sonó como cuando un perro parte un hueso. Fue un ruido sumamente desagradable, asqueroso, inolvidable. Cobra perdió el conocimiento con la nariz partida. Han se limpió la sangre en la camiseta y volvió a sonreírnos.

Pero ya no era la sonrisa de un chico guapo.

Sus colmillos...

Sus ojos...

Era un vampiro.

Un vampiro *köss*, tal vez de tercera generación, poderoso esbirro de la sombra ante el que poco podíamos hacer sin Nacho o sin Dara, pues los vampiros son inmunes a la mayoría de los conjuros.

— ¡ !

Y nos lanzamos a la carrera.

Si hubiésemos corrido hacia la entrada del parque, habríamos salido enseguida. Pero nos equivocamos y tomamos el camino más largo.

— ¡ !

Al otro lado del parque estaba la entrada al Metro. No me pareció ni buena ni mala idea, simplemente, era la única posibilidad. El poder de Diana era sobrecogedor, pero ante un vampiro, de poco nos servía. Para acabar con él necesitábamos una buena espada o una flecha certera.

Oía a nuestra espalda los gritos de Han.

Nos insultaba y amenazaba. Nos decía que nos iba a arrancar hasta el último centímetro de piel. Pensé en decirle a Diana que la próxima vez escogiera mejor a sus novios, pero me faltaba el aire.

El vampiro estaba muy cerca.

Entonces sus dedos se cerraron en mi pelo. Grité aterrada y traté de acelerar. La mano de Han se cerró y me arrancó un buen mechón. El dolor fue espantoso.

Me detuve, me giré y le lancé una bola de fuego.

Diana también se detuvo.

No podíamos huir eternamente.

Mi magia lo hizo frenar, pero el fuego se apagó sin causarle daños de importancia. Diana lanzó un rayo de poder que murió en su escudo protector.

El Vampiro grito enfurecido. Su voz salió de lo más profundo de sus tripas. Entonces se echó sobre mí y me tiró al suelo. Traté de levantarme, pero su peso me aplastaba.

— ¡ !

Lo tenía tan cerca que las gotas de baba me caían en la cara. Sus dentelladas me rozaban la cara. Diana se lanzó contra él y me lo quitó de encima. Le dio una patada en la cabeza arrojándolo a un lado. Diana estaba fuera de sí.

La magia no le serviría de nada, pero podía atacarlo de otras maneras. Cogió una botella rota que había en el suelo y se lanzó de nuevo al ataque.

El vampiro se apartó y el cristal no se clavó en su cara, como pretendía Diana, sino en su pierna. La fuerza con la que se había arrojado hizo que la botella le rasgara de rodilla hacia abajo. La pierna del vampiro golpeó con una piedra del lateral del camino y se partió como un trozo de madera.

La bestia ni se inmutó.

No sentía dolor.

Intentó agarrar a Diana, pero yo ya estaba de pie, lista para contraatacar. Invoqué un hechizo de

viento y lo arrojé contra él, consiguiendo apartarlo de Diana. Un conjuro semejante habría impulsado a cualquier otra criatura varios metros, pero a él apenas lo movió unos centímetros.

— ¡ !

Fue a levantarse, sin embargo, al tener la pierna rota trastabilló y cayó de bruces. Comenzó a arrastrarse. Estaba a poco más de tres metros. Si no nos dábamos prisa, nos alcanzaría de nuevo.

Pero el vampiro se desvió y fue hacia un lado. Se apoyó en un árbol para levantarse. El hueso de la pierna le sobresalía como una astilla de pollo.

— ¡ !

Echamos a correr.

Entonces oímos un ¡Crac!

Miramos hacia atrás y vimos, horrorizadas, que el vampiro se había arrancado la pierna a la altura de la rodilla. Lanzó la extremidad a un lado, rebuscó entre las ramas caídas, cogió una lo suficientemente gruesa y se la clavó a modo de pierna.

Podía caminar de nuevo.

En una carrera que se nos antojó eterna, el vampiro fue ganándonos distancia. Cuando la verja del parque apareció entre las ramas de los sauces, lo teníamos a menos de cinco pasos. Nos amenazaba con las terribles cosas que nos haría si nos alcanzaba.

—¡Os comeré las entrañas!

— ¡ !

Al fin llegamos.

— ¡ !

Teníamos al vampiro muy, muy, muy cerca.

Giré la cabeza y el terror me embargó. El palo se le había ido clavando en la carne y caminaba como un esperpento.

Escupía babas sanguinolientas.

Todo súper asqueroso.

En un último y desesperado intento aceleró el paso y se abalanzó sobre nosotras. Vi cómo sus manos se cerraban sobre el cuello de mi amiga. Diana gritó, perdió el equilibrio y cayó rodando los escalones que descendían al subterráneo.

Yo caí con ella.

Gracias a las ninfas, no me rompí nada, pero un terrible dolor me traspasó la muñeca de parte a parte .

El vampiro se había soltado de Diana y yacía tirado en un lateral de la escalera. Se había llevado la peor parte. El palo que le había servido de pierna se le había clavado a través del vientre. Había algo muy raro en él. Tardé unos instantes en darme cuenta de que el vampiro tenía el pecho en mi dirección, y sin embargo podía verle la nuca.

Se había partido el cuello.

Diana respiraba, pero se había desmayado.

Cerré los ojos unos instantes. Me dolía la cabeza y tenía magulladuras por todo el cuerpo, pero estaba entera. «Es la segunda vez que estoy a punto de morir...».

Me senté como pude en el último escalón. Miré hacia la estación y comprobé que estaba vacía. Un par de fluorescentes tintineaban con un ligero chasquido. Cada vez que un tubo chascaba, la luz parpadeaba.

Sonó un chasquido muy parecido al de los tubos de luz, pero a mi derecha.

Otro chasquido.

Miré hacia el vampiro.

Fue entonces cuando descubrí de dónde procedían los chasquidos. Eran los crujidos de las vértebras rotas del vampiro, mientras trataba de recolocarse la cabeza en su lugar. Los movimientos eran asquerosos, inhumanos.

Contuve las arcadas y me puse de pie.

La mano izquierda me dolía un montón.

—Diana, despierta —le susurré—. Hay que largarse.

Sonó uno de los pitidos del metro.

Un vagón estaba en camino.

« Si me marchase ahora ... Llegaría a montarme. Puede que Diana esté... no... Es absurdo muera yo también. Es mi amiga...».

Me avergüenza reconocerlo, pero en aquellos momentos dudé en dejar allí. Fue una duda efímera, pero todavía me siento fatal cuando lo recuerdo.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, Diana se removió y gimió unas palabras ininteligibles. Respiré profundamente y me agaché, pasé una mano por detrás de los hombros de mi amiga e intenté levantarla.

Fue inútil.

Diana pesaba demasiado para mí. Y la mano me dolía un montón.

Otro chasquido.

El vampiro terminó de colocar la cabeza en su sitio.

— ¿ ?

Se me erizaron todos los pelos del cuerpo.

Escuché a lo lejos el zumbido de los vagones.

Han se arrastró hacia nosotras. Se había roto el brazo izquierdo y se impulsaba solo con la mano derecha. Clavó los dedos en el suelo

Estaba a menos de un metro.

Con un impulso más alcanzaría a Diana.

La cogí con ambas manos de un brazo y logré moverla unos centímetros. Pero el dolor era tan agudo que tuve que soltarla. Quise gritar pidiendo ayuda, pero no era capaz de articular palabra.

Me acordé del teléfono móvil, podría llamar a Gilda, ella avisaría a un grupo de Guardianes.

«¿ Por qué no lo he pensado antes?».

Saqué el móvil del bolsillo... ¡Estaba destrozado!

El vampiro alargó la mano y agarró a Diana de un pie. Se impulsó hacia ella y abrió la boca. Invoqué un hechizo que no sirvió para nada. Me mareé, estaba cansada, dolorida, no podía hacer nada... La bestia estaba a menos de un palmo de la carne Diana.

El metro llegó a la estación.

El vampiro iba a morderla... sus dientes casi estaban en la pierna de Diana...pero entonces apareció un pie enfundado en una bota de cuero con punta de acero y le dio una patada.

El vampiro salió rodando.

Miré al recién llegado. No lo había oído llegar.

Era alto, delgado, con una larga melena castaña que le llegaba más abajo de los hombros. Sus ojos eran rasgados y negros. Llevaba un chaleco de cuero sobre una camiseta blanca. Cruzó la mirada conmigo y sonrió.

El desconocido se echó mano a la espalda y desenfundó una espada.

Yo apenas podía mantener los ojos abiertos. Alguien nos había salvado de una muerte segura. Entonces sentí sueño.

Mucho sueño.

Mientras la realidad me abandonaba y todo daba vueltas, oí al recién llegado.

—Soy Honshu —dijo mientras la etsixia de su mano, una grulla con las alas desplegadas, se iluminaba radiante.

—Yo... yo soy...

—Sé quién eres —me dijo—. Eres Vhalesi. Yo soy el nuevo guerrero de vuestro grupo.

— ¿ ...? ¿ ... ?

—Exteyie me encomendó unirme a vuestro grupo. Fui al *Luz de Luna* y Gilda, una Guardiana, me dijo que habíais ido al parque.

Asentí.

—Qué suerte —murmuré.

Oímos al vampiro rugir.

Honshu se acercó a él, con la espada en alto.

—Dale recuerdos al Archimago—dijo.

Luego escuché el acero silbando en el aire.

Cerré los ojos y perdí el conocimiento.

ORIÓN

El embrujo de Xeye

A última hora de la tarde, Ilza vino a buscarnos. Nos llevó hasta un pequeño patio. En el centro, rodeado por un puñado de estatuas de piedra que representaban ninfas, había un círculo de mármol del tamaño de un pozo. El mármol llegaba hasta la cintura, aproximadamente. El círculo estaba lleno de tierra y en los bordes crecían florecillas acampanadas muy brillantes. En el interior de cada flor parecía haber una bombillita, pues brillaban como diminutos farolillos de papel. En el centro del círculo había una planta esmirriada con tres hojas pachuchas.

—Esta es la puerta que lleva hasta la sala de entrenamiento de Xeye —Dijo Ilza señalando el macetero—. Tendréis que recordar una cancioncilla si queréis pasar.

—Y si no queremos morir —añadí.

— ¡ !

Yo no quería morir, por lo que decidí prestar atención a sus palabras. Aunque, a decir verdad, los dragones de piedra daban mucho más miedo que un macetero con campanillas luminosas y una planta casi muerta.

¿ Qué es lo que podría pasar ?

La maga se colocó a un par de pasos del círculo de mármol. En lugar de pronunciar una frasecilla sin sentido, se puso a cantar. Su voz fue suave y melodiosa.

***He estado en el este y en el oeste, he viajado al norte y he viajado al sur, pero nunca he visto huertecillo como este, pues no hay planta más hermosa que tú . ¡
Kamarbal, déjanos pasar ! ¡ !***

De pronto, la plantita pocha del centro comenzó a mover sus hojas. Las campanillas luminosas temblaron y se escondieron bajo tierra, como conejos asustados.

—Echaros un poco hacia atrás —dijo la maga.

La tierra se estremeció.

Y emergió una planta carnívora. Una planta carnívora gigante. Su cabeza era del tamaño de un tiranosaurio.

— ¿ ?

No tenía ojos. Sus colmillos eran largos. Su voz era femenina y extrañamente dulce.

—Kamarbal, señora de todas las plantas —dijo Ilza—, la más hermosa de las criaturas de Úmbator, ¿dejarás pasar a esta insignificante maga y a sus dos amigos?

— ¿ ?
tiernos—. Se relamió con una lengua verde y grandotas—. Os dejaré pasar, sí, cómo no... pero tengo hambre. Tal vez podrías darme uno de los dos. ¿Para qué quieres a tantos humanos? Con uno te basta, el otro se lo podrías dar a esta pobre planta carnívora.

Acercó su inmensa boca. Nos echamos hacia atrás. Estábamos aterrados. Nuestros valags también se asustaron. El de Luna temblaba agarrado a su pierna. Tan asustado estaba que intentó trepar por ella y cuando mi amiga se agachó para cogerlo entre sus brazos, Nieve plegó sus piernas y sus brazos, cerró los ojos e hizo desaparecer su boca.

Noche fue más valiente y se quedó en su posición .

—Kamarbal, vieja amiga, no puedes comerte a ninguno. Los necesitamos para una importante misión contra el Archimago. Además —añadió Ilza con una sonrisa—, seguro que están malísimos. Tú no los puedes ver, pero en realidad son todo hueso. Si les hincaras el diente comprobarías que no hay nada que comer, ni un gramo de carne para masticar.

— ¿ ?

—Te lo aseguro.

Kamarbal retrocedió de nuevo y bajó la cabeza, como si estuviese sopesando posibilidades. Guardó los colmillos.

— i
venga alguna vez a visitarme. Hace mucho tiempo que no la veo .

—No creo que venga, está muy enfadada contigo.

— ¿
bien. ¡Me encantan las ninfas! Las ninfas son buenas con las plantas y cuidan de los bosques con cariño. ¡No como los ejércitos de Orúbatar, que destruyen con su fuego y con sus hachas a todas mis hermanas! —Kamarbal creció dos o tres metros más y su voz se hizo potente, iracunda y áspera—. ¡PISOTEAN LAS FLORES! ¡APLASTAN LA HIERBA! ¡ARRANCAN LOS BROTES! ¡CORTAN LAS RAÍCES! ¡TALAN LOS ÁRBOLES! ¡RESECAN LOS RÍOS!

—No te enfades, Kamarbal, no es bueno para tus raíces —Ilza trató de calmarla, pero la planta carnívora siguió gritando.

— i ! i !
rojo intenso— ¡DEVORAN LOS FRUTOS! ¡DESENTIERRAN LOS TUBÉRCULOS!
¡MASTICAN LOS HONGOS!

La maga se giró y nos dedicó una sonrisa. Kamarbal continuaba maldiciendo a voz en grito.

— ¿ ?

—Sí, cantando —respondió Ilza.

Ilza canta genial. Incluso a mí, que solo me gusta la música electrónica, sus canciones me parecen una de las cosas más hermosas que puedas escuchar. Nada más empezar a cantar, la planta se tranquilizó.

En las montañas juegan sin parar las aguas de un río que al mar va a parar. Beben su jugo las flores de lindo brillar; Rosas, caléndulas, amapolas y azahar .

Kamarbal se hizo más pequeña y apoyó su enorme cabeza en el borde de mármol, deleitándose con la voz de Ilza.

En las llanuras sus aguas parecen de cristal y reflejan como un espejo la cúpula celestial. En sus orillas manadas de taelix van a pastar con sus increíbles cornamentas de metal .

La planta suspiró. Luna suspiró. Yo suspiré. Pensé que más que una canción, Ilza estaba lanzando algún tipo de hechizo. ¿No sería su voz y su canción un conjuro para doblegar los espíritus?

En el bosque el río comienza a verdear, rodeado de flores y masa forestal. Se levanta en su margen la figura colosal del gran árbol sagrado de la sabiduría ancestral .

Más tarde el río se acerca al gran mar para mezclar sus dulces aguas con la sal. Allí se unen sus cuerpos y comienzan a bailar en una danza que nunca tendrá final .

Cuando terminó la canción, el silencio llenó el patio. Eché de menos su voz.

—Así está mejor, amiga mía —dijo la maga despertándonos del sueño—. Y sí, Xeye está muy enfadada contigo porque la última vez que el rey envió un pequeño duende del bosque a darle un recado, en lugar de llevarlo hasta ella, te lo comiste.

—No es culpa mía —dijo con la voz de una niña reprendida—, los duendes son mi debilidad, son blanditos, jugosos y deliciosos...

—Haremos una cosa, si nos llevas sanos y salvos a mí y a mis dos amigos hasta la ninfa, te prometo que no le contaré que te los querías comer. No querrás enfadar a Xeye más de lo que ya lo está, ¿verdad?

— ¿ ?

—No.

— ¿ , ?

— ¡Nada de mordiscos ni lametones!

Kamarbal bajó la cabeza y susurró.

—Está bien. Las ninfas son buenas, pero su magia es poderosa y cuando se enfadan con las plantas pueden ser muy crueles... Xeye puede convertir a la pobre Kamarbal en un arbolillo

enclenque... O en un estúpido melón. Vale, te prometo que no les haré nada malo.

—Bien, ahora llévanos hasta Xeye.

La planta asintió.

—Luna, tú serás la primera.

Mi amiga dijo que sí con la boca pequeña.

—Es muy sencillo, solamente te tienes que poner aquí —señaló una baldosa redonda enfrente de la planta— y dejar que Kamarbal haga el resto.

—No has de temer, pequeña —dijo la planta—, Kamarbal promete no comerte, ni masticarte, ni darte un bocadito.

Luna dio un par de pasos y se colocó sobre la baldosa. En una mano llevaba el bastón y en la otra a Nieve, que no se había atrevido a volver y continuaba recogido sobre sí mismo, como una tortuga asustada.

Entonces Kamarbal abrió la boca y se abalanzó sobre Luna, que ahogó un grito en el interior de la planta. Luego la planta la tragó y mi amiga desapareció.

—Ahora tú —me dijo Ilza.

« Ahora yo, qué bien ...»

—Noche —ordené a mi valag— ven aquí, nos tenemos que ir.

Voló hasta mi mano y allí plegó las piernas y las alas. Me coloqué sobre la baldosa y Kamarbal me tragó.

Lo último que noté fue un terrible olor a puré de verduras.

La planta carnívora nos dejó intactos en mitad de un pequeño claro. Salir, como nos explicó Ilza, era mucho más sencillo. Bastaba con colocarse bajo las ramas de un árbol del color de las cerezas y decir *Amon Xiri*.

Aquello no era un salón como el de Luthental, sino un bosque en toda regla. Una inmensa y húmeda selva. Se oían pájaros por todas partes. A un lado y otro revoloteaban mariposas inmensas (grandes como águilas) de mil colores diferentes. También había pequeños mamíferos que correteaban por doquier; eran gorditos como muñecos de esponja cubiertos por pelo. Los había verdes y rojos. Eran revoltosos, de vez en cuando silbaban entre ellos y se acercaban a nosotros. Luna intentó tocar uno, pero se marchó a toda prisa.

La luz era clara y hacía calor, pero en el cielo no había sol, sino una cúpula inmensa en la que brillaban luces mágicas. Que aquello estuviera en mitad de un castillo en las montañas, rodeado de bosques nevados parecía increíble, imposible.

Cosa de magia, claro.

Enfrente de nosotros había una fuente con una estatua. Se trataba de la imagen de un gran pájaro dorado de ocho o diez metros de altura. Por su pico brotaba un chorro de agua que contenía destellos púrpuras, como si tuviese brillantina. El agua caía sobre un estanque y un montón de pequeñas hadas (del tamaño de golondrinas) jugaban y reían, volando de aquí para allá. Algunas se acercaron hasta nosotros y revolotearon cuchicheando cosas en un idioma que no entendía.

A pesar de no comprenderlas, me entraron ganas de reír.

Sentada en el borde del estanque, una ninfa nos miraba. Sus ojos eran grandes y blancos, como los de Ayexey, la ninfa del concilio. Su piel, rosada y pulida, brillaba y hacía que el agua del estanque adquiriese tonalidades rosáceas.

Se levantó y nos saludó con sonrisa de chiquilla revoltosa.

—Sed bienvenidos a mi bosque. Soy Xeye. Voy a ser vuestra maestra de hechicería natural. Oxisa, mi hermana, será la encargada de adiestraros en el manejo del arco.

—Hola —dijimos a la vez Luna y yo, dejando a Nieve y a Noche en el suelo.

El pelo de la ninfa, largo y verde como la planta carnívora, caía hasta el suelo y se extendía varios metros por encima de la hierba, como el velo de un vestido de novia. Multitud de flores engarzadas decoraban su larga melena. Llevaba una diadema blanca con joyas verdes. La ninfa tapaba sus pechos con una fina tela violeta que se enroscaba alrededor de ella como una serpiente plana. Llevaba una falda muy corta también de color verde. Iba descalza. En las muñecas y en los tobillos llevaba pulseras doradas con formas naturales. Era la maestra más rara que había tenido nunca.

Todo apuntaba a que iba a ser divertido.

— ¿ ?

—Yo me llamo Luna —dijo mi amiga.

La ninfa cerró los ojos durante unos instantes.

—Es un nombre precioso. Me encanta mirar las lunas y cantar canciones que hablen de los bosques y de los pájaros...Las lunas, lunas redondas en el cielo, lindas como ojos de criaturas gigantes. La luna de poniente, Kailer, grande y blanca como un inmenso copo de nieve detenido en el cielo. La luna de levante, Zéfira, anaranjada y chiquitita cual huevo de dragón recién puesto. ¡Ah, las lunas! Dicen que en vuestro mundo solo hay una luna... ¿Es hermosa?

—Sí —respondió mi amiga.

Xeye miró detenidamente a Luna.

— i ! i !

alrededor y nos envolvió con su pelo. Luego me miró sonriendo—. ¿ ?

—Ori.

—Extraño nombre, ¿de dónde proviene?

—De Orión —dije.

—Ummm —se mordisqueó un dedo—. Esto... ¿Puedo darte un abrazo?

Me quedé unos instantes dudando.

—Sí... Sí, claro —respondí al fin.

Sonrió de oreja a oreja y me abrazó. Fue como si una ola de viento primaveral me achuchase. Resultó maravilloso. Olía a flores frescas y era suave como el musgo. Cuando me soltó, me quedé unos instantes perplejo, como colgado.

De pronto, entre los árboles, apareció volando un felino grande como un bisonte y blanco como la nieve. A su paso cayeron cientos de hojas. Era parecido a un jaguar, pero con alas. Sus ojos eran muy, muy grandes. Y muy, muy azules.

Aterrizó al lado de Xeye. La ninfa lo acarició en el hocico.

—Esta grandullona es Meillan —dijo sonriendo.

La “gatita” ronroneó. Aquel ronroneo me encogió el corazón. De miedo, claro. Supuse que podría comerme de un bocado. A su lado, Kamarbal parecía inofensiva.

—Es preciosa —dijo Luna.

Y la loca de Lu caminó hasta ella para acariciarla. Contra todo pronóstico, Meillan bajó la cabeza y dejó que lo acariciase. Mi amiga se giró.

— ¡ ,

—No me gustan los gatos.

« Y menos si son gigantes » pensé.

Yo a ella tampoco le gusté, porque alzó la cabeza como si me hubiera entendido, me mostró los colmillos y rugió levemente. Si no hubiese sido por el orgullo, me habría abrazado a Ilza y le hubiese suplicado que me defendiese. Pero en lugar de eso, me quedé petrificado.

—No tienes de qué preocuparte, Meillan no suele comerse a mis alumnos —dijo Xeye.

«¿ No suele ?» Aquello me preocupó más, muchísimo más. Se me debió de notar en la cara, porque Luna vino hasta mí y me cogió de la mano.

—Venga, no seas tonto, tienes que tocarla.

Me dejé arrastrar y me colocó frente a Meillan. Cerré los ojos. Me temblaban hasta las cejas. Nunca me han molado los gatos porque son imprevisibles, es decir, nunca sabes qué es lo que van a hacer, y eso asusta. Los felinos son como las bombas: puede que no ocurra nada o puede que exploten.

—Es muy buena —Xeye apoyó su mano sobre la mía.

Y la toqué.

Sí, mi palma tocó el pelo de la gatita y al descubrir que no me iba a comer, comencé a acariciarla despacio, muy despacio. Meillan cerró los ojos y ronroneó.

— ¡ !

Era muy suave y ya no me daba miedo. No estuve mucho rato acariciándola, porque cuando Ilza se acercó, Meillan dio un par de pasos atrás, bufó y se le erizaron todos los pelos del cuerpo.

— ¡ !

La ninfa rió y un puñado de hadas volaron a su alrededor, siendo sus voces el eco de su risa. Meillan continuaba erizada, enseñando sus largos y afilados colmillos.

—No es culpa tuya —Xeye acarició con ternura a Meillan—. ¿Verdad, pequeña? Tú eres buena y educada, pero la maga fue muy mala contigo .

—No fui mala —se disculpó Ilza—. Fue su culpa aparecer mientras lanzaba aquel hechizo de fuego.

— ¡ !

Meillan abrió la boca y sacó las uñas. Ilza hizo brillar una diminuta esfera de fuego en su bastón. La felina aulló asustada y se marchó volando tan rápido como había venido.

—Bueno, Xeye —dijo Ilza con el rostro iluminado por su bastón—, es hora de que empieces a enseñar a tus nuevos alumnos.

La ninfa nos miró con sus grandes ojos blancos y se sentó de nuevo en el borde del estanque. Jugueteeó con el agua y durante unos instantes pareció olvidarse de nosotros. Luego canturreó una cancioncilla en un lenguaje que no se parecía a ninguno que hubiera escuchado antes.

—No te vi en la gran sala con tus hermanas —comentó Ilza cuando acabó de cantar.

—No me gustan los concilios, ni las reuniones, ni las decisiones. Yixa, nuestra Señora del bosque, es sabia y buena, ella siempre decide bien. Yo soy feliz en este bosquecillo, no necesito nada más... Aunque a veces —una tímida nostalgia se coló en sus palabras— echo de menos Kiental. Me gustaría volver a caminar bajo las copas de sus inmensos árboles, escuchar el canto de los abejarucos de oro, bañarme en las aguas de sus claros y limpios arroyos... En fin, mi

Señora me envió aquí y aquí me quedaré hasta que ya no se me necesite —volvió a bajar la mirada y musitó una cancioncilla.

Ilza se sentó junto a la ninfa.

—Amiga mía, tal vez un día todo esto acabe, ya no necesitemos de tu maestría y puedas volver a Kiental.

— ¿ ?

—Sí, claro —dijo Luna—, iremos contigo y nos enseñarás tu hogar.

Asentí y disfruté de su sonrisa. Las ninfas enamoran, de verdad, son criaturas fantásticas, bellas, inteligentes y buenas.

—Entonces —dijo mientras se ponía de pie—, empecemos cuanto antes.

—Muchachos —Ilza se dirigía hacia un claro—, os vendré a buscar dentro de un rato. Tratad de aprender todo lo que podáis.

Nos despedimos de ella. La maga se colocó bajo el árbol color cereza y dijo *amon xiri* . Las ramas se enroscaron en sus muñecas y la ascendieron entre el follaje.

Salir era muy sencillito. Y parecía mucho menos peligroso que ser tragado por Kamarbal. Debíamos aprendernos la cancioncilla para entrar en la sala de entrenamiento de las ninfas y recordar las palabras mágicas que hacían que los dragones plegasen sus alas en el salón de la magia.

Canción que, por cierto, ya no recordaba.

— ¿ ?

— ¿ ?

—No acostumbro a memorizar hechizos.

—

pero también peligroso. Una palabra equivocada puede suponer la muerte.

i

—No me gusta la idea de morir.

—Entonces tendrás que estar atento. Sería una lástima que Kamarbal te comiese o los dragones te hicieran cenizas, con lo mono que eres... —Luego me abrazó otra vez, así sin más. Me soltó, miró a Luna y me volvió a mirar a mí—. ¿Sois novios?

— ¡ !

Xeye rió.

—Es una pena. Ella es tan guapa y tú eres tan dulce... haríais una pareja excepcional. En fin, acercad vuestros valags, tienen muchas cosas que memorizar.

Los llamamos. Noche voló hasta lo alto de la estatua y se posó sobre ella. Nieve trepó por el murete del estanque y se sentó mirando a la ninfa, con los pies colgando.

—Los hechiceros usan magia, como los magos —empezó Xeye —, pero lo hacen de un modo muy distinto. Un mago ha de concentrar su *ixur* y usarlo para conjurar la magia. En cambio, un hechicero ha de concentrar el *ixur* que lo rodea para realizar sus conjuros.

Luna y yo pusimos cara de no entender.

—El universo —continuó— está lleno de energía mágica. Se extiende en el aire, bajo la tierra, en las hojas de los árboles, en las aguas de los ríos y de los mares, en las criaturas que vuelan y en las que caminan... Todo el universo está lleno de magia. No se puede ver, no se puede tocar, pero un hechicero puede sentirla y puede utilizarla para atacar, o para defenderse. Ori —clavó el blanco de sus ojos en los míos—, supongo que Luthental ya te lo habrá dicho, pero tu *ixur* es débil, muy débil. Jamás podrás ser un mago.

Estaba hasta las narices del *ixur* .

—Pero no te apures, porque podrás ser un hechicero. Como os he dicho, un mago ha de usar la fuerza mágica de su interior, pero un hechicero ha de aprender a manejar la magia que está en el mundo que lo rodea. Así, un mago puede lanzar un número determinado de conjuros antes de caer rendido. Sin embargo, un hechicero no tiene límites propios. Pero que eso no os confunda, porque la hechicería requiere de concentración y destreza. Después de lanzar unos cuantos hechizos, mente y cuerpo se agotan y han de recuperarse. ¿Os estoy liando? —Preguntó al ver nuestros rostros de duda—. ¡A veces me explico fatal! La cuestión —dijo sonriendo—, es que cuando un mago se agota, ha de dormir para recuperar su *ixur* ; sin embargo, un hechicero solo tiene que reposar durante unos minutos y está de nuevo listo. ¿Habéis entendido?

Luna y yo asentimos.

—Pues bien, es hora de que veáis una muestra de hechicería.

Xeye extendió sus brazos y entonó un hechizo.

— *Ayatuxa exor kixertas*

Del suelo salieron unas raíces grandes y gruesas que rodearon sus piernas, su torso y sus brazos. Al fin las raíces se fundieron con su piel y la ninfa quedó protegida por una armadura de corteza y pinchos. A pesar de ser una coraza impenetrable, sus movimientos continuaban siendo ágiles y rápidos.

—Esta cota de magia natural es tan resistente como el acero de los elfos —con un destello verde muy brillante, la armadura saltó en mil chispas mágicas.

— ¡ !

— ¡ !

Vale, tal vez no tuviera *ixur* , pero si podía ser un hechicero y hacer aquellas cosas, me daba igual.

— ¿ ?

Nuestras sonrisas le sirvieron de respuesta.

—Un hechicero ha de saber utilizar los conjuros adecuados en los lugares adecuados. Como nuestra magia procede del mundo, no podemos invocar un gólem de hielo en el desierto, por ejemplo. Mientras que un mago puede conjurar su magia en cualquier lugar, un hechicero ha de adecuarse al entorno en el que está luchando. Mirad —dijo mientras se daba la vuelta y colocaba sus manos sobre el agua con las palmas hacia abajo—. *Golux ex yein yixbatul*

La superficie del estanque tembló. Noche se asustó y salió volando hasta posarse a mi lado. Nieve se bajó de un brinco del murete y se colocó detrás de las piernas de Luna. Del estanque brotó un gigante de agua y se puso al lado de Xeye.

—Este gólem de agua —dijo la ninfa— luchará por mí hasta ser derrotado. Las invocaciones son uno de los conjuros más significativos de un hechicero. Si bien nuestra magia no puede ser tan poderosa como la de un mago con un gran *ixur* , la capacidad ilimitada de nuestros conjuros y la facilidad con la que modificamos la naturaleza para crear criaturas como esta, nos hace estar a la altura de los mejores magos.

El gólem era increíble. Tenía la altura de cuatro personas y sus piernas y sus brazos eran gordos como troncos de árboles. Pensé que nadie se atrevería a atacar a una criatura así.

Xeye extendió sus manos hacia el gigante de agua y el gólem se deshizo hasta convertirse en una gran esfera que giraba y giraba mientras se hacía más y más pequeña. La ninfa condensó toda el agua en una diminuta bola y la depositó a los pies de la fuente.

— ¿ ?

Estábamos más que listos, estábamos ansiosos.

— ¡ !

—Yo quiero hacer uno de esos gigantes de agua, y una armadura de pinchos.

—Perfecto —Xeye sonrió con inmensa alegría —. ¡Pero antes, tendréis que aprender muchas cosas! ¡Muchas, muchas cosas!

« Muchas cosas » y « aprender » son dos expresiones que cuando están juntas me provoc vértigo. Vértigo y retortijones de tripa.

—Primero —prosiguió—, tendréis que aprender los nombres de las plantas y de los árboles, es imprescindible que asimiléis cómo funciona la naturaleza antes de poder utilizar la magia que la

impregna.

— ¿ ?

—Si sois aplicados y estudiáis todas las noches, es posible que en tres lunas podáis empezar a invocar alguna pequeña criatura, tal vez incluso seáis capaces de lanzar un hechizo de enraizamiento o viento mágico.

Luna y yo asentimos. Creo que ambos nos sentíamos desencantados, como cuando el profesor de ciencias nos decía que íbamos hacer experimentos en el laboratorio pero..., pero primero había que aprenderse la tabla periódica.

Xeye nos llevó hasta un inmenso árbol parecido a un sauce. Nos sentamos sobre la hierba fresca. Nieve se sentó junto a Lu y Noche lo hizo entre mis piernas, mirando con atención a la ninfa. De pronto nuestros estómagos rugieron. Hacía un buen rato que habíamos comido.

— ¿ ?

—Sí —dijo Luna.

La brisa agitó las hojas del sauce y una lluvia de pequeñas perlas luminosas de colores cayeron sobre nosotros. Cada semilla hacía el ruido de una campanilla al posarse sobre la hierba. Xeye cerró los ojos y dejó que el aguacero de brillantes pepitas regara su cuerpo.

—Uuummm, me encanta esta época del año. Los xäes dejan caer sus simientes y llenan los bosques de vida.

El viento sopló un poco más fuerte y barrió los cientos de semillas, que salieron volando hacia el interior del bosque. Las mariposas, inmensas, se posaron sobre los árboles y un puñado de pequeños pájaros plateados aterrizó en el lugar de las semillas. Comenzaron a picotearlas. Fue increíble, cuando uno de ellos se comía una semilla, su plumaje cambiaba de color y brillaba de un modo mágico. Los pájaros se tiñeron de un montón de colores. Al alzar el vuelo, se alejaron como farolillos encendidos.

Xeye suspiró y abrió los ojos.

—Los hombres, los elfos, los duendes, los orcos... En fin, todos vosotros os alimentáis de plantas y de animales. Nosotras, las ninfas, nos nutrimos de la luz de Galash y de las aguas claras que recorren los bosques.

— ¿i ?!

Xeye negó con la cabeza.

—Las ninfas somos distintas. Nacimos antes que los frutos y que los animales. Tan antigua es nuestra raza que nuestro nacimiento se pierde en la brisa de la historia. Fuimos creadas para que la delgada línea que separa el bien y el mal no se quebrara. Nos hizo *Ella*, una de las *eternas* que vivió hace eones. Somos las hijas de la naturaleza, vigilantes del equilibrio entre los extremos.

Nuestro poder es muy grande, pero está limitado a Úmbator.

—Para que el equilibrio no se rompa —apuntó Luna—. Si tuviérais poder en otros mundos, la balanza se desequilibraría, ¿no es así?

Xeye sonrió y asintió.

Las mariposas posadas en el árbol echaron a volar y se marcharon al estanque. Las hadas habían desaparecido, aunque todavía se podía escuchar el rumor de sus vocecillas.

—Listilla —susurré.

—Todo esto que os estoy contando tendréis que aprenderlo —dijo la ninfa y me miró entrecerrando los ojos— y eso te incluye a ti, Ori.

—Lo siento —dije sintiéndolo... muy poco.

— *Ella* dispuso que las ninfas viviríamos en Úmbator —continuó—, pero para que no sucumbiéramos a nuestro propio poder, zanjó que la inmortalidad estuviera enraizada con el bosque y con la luz del día. se convirtió en tres esferas; una brillante e inmensa, otras dos más pequeñas, oscuras y frías. La primera, Galash, es nuestra estrella. Las otras son Zéfira y Kailer, nuestras lunas. Mi raza ha cuidado, durante siglos, del equilibrio entre la oscuridad y la luz. Nuestra historia es larga, pero nuestro poder es cada vez más pequeño. Pero no es tiempo de lamentarse, ni tampoco de rendirse —dijo recuperando la alegría—. Largo tiempo hace que esperábamos la llegada del Elegido. Una sombra oscura se alarga desde el sur y amenaza nuestra supervivencia. Si Úmbator cae, caerá el universo. El bosque de Kiental es cada vez más pequeño. El Archimago extiende sus garras. La lluvia negra de Orúbatar esparce la necrosis por el mundo, pudre las plantas y seca los árboles. Si algún día viajáis al sur, más allá de nuestras fronteras, veréis el cielo cubierto por una capa de nubes negras como los ojos de los cuervos; nubes que arrojan gotas de muerte y desesperanza —sus pupilas se agrandaron hasta ser visibles—. Es por eso que tenéis que aprender los secretos de la naturaleza, porque en ella está el poder que puede salvar Úmbator de la destrucción.

Sentí angustia.

No entendía casi nada de todo aquello, pero si algo tenía claro es que el destino de criaturas tan hermosas como las ninfas dependía del éxito de mi misión. Aunque solamente fuese por ellas, la idea de la destrucción de Úmbator sonaba terrible. Había que detener al Archimago.

—Tengo entendido —dije— que el enemigo podría llegar a entrar en nuestro mundo y destruirlo.

— ¿ ?

—Me temo que sí. Si Úmbator cae, el Archimago abrirá los portales que unen ambos mundos y sus ejércitos arrasaran la Tierra. Las ninfas somos poderosas, los elfos fuertes y los hombres tenaces, pero el Archimago es invencible. Ha conjurado las fuerzas oscuras. La magia de la nigromancia ancestral reposa ahora en la Dama Sombría, la más poderosa criatura de la sombra. La Elfa Oscura.

Xeye guardó silencio. La expresión «Elfa Oscura» murciélagos pende boca abajo en una cueva. La pausa se nos hizo eterna.

—Orúbatar —susurró tras el silencio.

No sé si fue el timbre de su voz, o el nombre, o la magia, o lo que fuese, la cuestión es que sentí un escalofrío.

— el aire—. Todo eso os lo enseñará Tetsis, o tal vez Kordther. Mi cometido es enseñaros hechizos naturales, nada más. Bien, primera lección...

—Una cosa más —interrumpí.

— ¿ ?

—Antes has dicho que las ninfas dependéis del bosque, ¿qué significa eso?

—Tenemos que vivir entre árboles y regar nuestros cuerpos con los rayos de Galash y el agua de los arroyos. Sin la luz de nuestra estrella, sin la respiración de los árboles y sin la sangre del bosque, desaparecemos como un montón de arena en el viento. No es que sea inmediato, ni mucho menos, pero si privas a una de nosotras de la luz de Galash y del bosque durante muchas lunas, morirá. Algunas de mis hermanas, encerradas en las mazmorras del Archimago, en completa oscuridad y nutridas con aguas infectas, se han convertido en terribles ninfas oscuras. Siervas del mal que se han sumado al ejército de las tinieblas.

—Nosotros —dijo Luna con una gran sonrisa— necesitamos algo más que agua y luz para vivir.

La ninfa rompió el mal augurio de sus palabras con una carcajada aguda y cristalina que animó nuestros corazones. Las ninfas son capaces de inyectar una dosis de alegría con tan solo una sonrisa o una mirada.

—Bien, bien —hizo brotar un arbusto del que colgaban frutos rojos del tamaño de avellanas—, creo que con esto os bastará por el momento.

Luna se comió una docena de aquellas cosas y yo, seguramente, el doble. ¡Estaban buenísimas! Eran dulces como el azúcar, con un ligero sabor a melocotón. Deliciosas.

—Antes de comenzar a hablaros de las criaturas que habitan Úmbator, es necesario que conozcáis un poquito sobre nuestra filosofía. Los humanos de la Tierra tenéis un montón de religiones, ¿no es así?

—Un montón, sí —dijo Luna.

—Las ninfas no tenemos religión. ¿Por qué limitarnos a un credo cuando podemos amar la creación en su conjunto? —Danzó moviendo los brazos al son de una cancioncilla muy dulce. Sus movimientos eran tan delicados que parecía una ola de espuma en un mar invisible.

— ¿ ?
bosques y que veneran a la Madre Tierra como su diosa.

—Los humanos, cuando fuisteis creados, teníais el corazón puro, rebosante de energía vital. Pero la ambición por el progreso os ha cegado. Las ninfas no levantamos castillos, ni construimos carruajes, ni tendemos puentes... Las ninfas vivimos en los árboles, viajamos usando nuestras piernas y cruzamos los ríos a nado. De ese modo nos empapamos con la sabia nueva de las primaveras, hacemos fuertes nuestros músculos y sentimos el agua en nuestra piel. Todos los animales, plantas y objetos del universo — tienen un mismo origen. Desde la más hermosa de las elfas, hasta el más temible insecto gigante, pasando por la roca más abrupta, comparten la misma raíz... El *kuisae* imbrica la existencia de todas las cosas. Nosotras respetamos la vida y la forma del universo y solo actuamos cuando el equilibrio está en peligro.

—Ummm —Luna se rascó la cabeza—. Es algo parecido a eso del Yin y el Yang de algunas filosofías orientales...

— ¡
miles de años, que le dio el nombre de Tao —suspiró—. Era un humano muy sabio. Supo ver una parte de la senda que une la vida con la muerte, lo bello con lo feo, el calor con el frío, el agua con la arena... ¿Qué sería del día si no existiese la noche? ¿Acaso tendría sentido la risa si no conociéramos el llanto? Para poder utilizar el *ixur* que os rodea, tendréis que comprender una parte del pensamiento de las ninfas. Pero antes de eso, necesitaréis conocer la fauna y la flora de Úmbator.

Después de la tediosa explicación filosófica, vino más aburrimiento.

Xeye se dedicó a nombrar plantas, árboles y frutos hasta el más completo de los aburrimientos.

Intenté prestar atención, lo prometo, pero al cabo de varios minutos mi cerebro me suplicó que por favor le dejase desconectarse un rato. Y lo hice, pobrecillo, porque al final se iba a quemar. Puse cara de atención y de vez en cuando asentía como diciendo « », ¡oh, qué interesante! ».

Ocurrió que a los cinco minutos de poner mi cerebro en *standby*, descubrí horrorizado que Noche también estaba ausente. No podía ser, ¿de qué servía un cuaderno mágico si había que prestar atención? Lo toqué y Noche se dio la vuelta, me miró con los ojos a medio cerrar y bostezó.

Entonces dejé de oír la voz de Xeye, alcé la vista y vi que la ninfa me miraba en completo silencio. Me giré y comprobé que Luna también me estaba mirando.

— ¿
Luna suspiró. Xeye habló con una sonrisa.

—Para empezar, Ori, los wrembis son unas criaturas que no suelen estar, precisamente, en la cara, sino en otra parte de tu cuerpo por el que no querrás que salgan nunca... En segundo lugar, creo que ya has descubierto que tu valag depende de ti, es decir, si tú no prestas atención, él tampoco lo hará.

Mis sospechas se confirmaban, Kukubinabalain era una criatura con un estupendo sentido del humor y mi cuadernillo mágico dejaba mucho que desear. Como no sabía qué decir y el típico y socorrido « »

Xeye continuó con su aburridísima perorata de nombres de arbustos, hierbajos, florecillas, árboles y demás cosas de los bosques. Yo trataba de no sucumbir al hastío insoportable. Después de diez o quince mil años (eso es lo que estimo que duró la clase), Ilza regresó. Me alegré muchísimo de verla. Y no solamente porque la maga me caía estupendamente, sino porque su llegada acababa con la clase de la ninfa.

Pensé que con lo de aquel día era más que suficiente; no hacía falta aprender hechizos, conjuros ni cosas por el estilo, bastaba con llevar a Xeye hasta Orúbatar y matarla de aburrimiento.

— i !
valag *Plantas de Kiental, volumen uno.*

Asentimos.

— ¿

— i ! i !
acercarse hasta ella—. Ponte delante de mí y extiende los brazos.

Lu obedeció y se puso frente a Xeye. La ninfa recitó en voz baja unas palabras. En el instante, una túnica verde esmeralda cubrió a Luna. Luego hizo lo mismo conmigo y me vistió con una túnica también verde, pero mucho más oscura y con tonos rojizos. Ambas túnicas tenían gorros picudos y eran ligeras como el aire.

—Este es un regalo muy especial, para el Elegido y su...

— ¿ ?

— i !

Estábamos hasta las narices de la preguntita.

—Es una pena, ¿verdad? —Le preguntó a Ilza—. En fin... Estas son túnicas tejidas con las hojas de los árboles sagrados de Kiental, ungidas con la bendición de la mismísima Yixa. Tienen muchas propiedades mágicas. En el bosque seréis casi invisibles, pues la tela de la túnica cambia de color según dónde estéis, adaptándose a las tonalidades de las plantas que os rodeen.

—Por eso la mía es más oscura y tiene estos colores —dije al descubrir que yo estaba delante del arbusto del que habíamos comido los frutos rojos.

—Exacto, Ori —dijo Xeye asintiendo levemente con la cabeza— Pero no solo cambian de color cuando están en el bosque, sino que en ellas podréis guardar un montón de cosas.

Luna y yo miramos nuestras túnicas. Buscamos algún bolsillo y cuando estuvimos seguros de

que no había ninguno, miramos a la ninfa extrañados. Xeye rió con esa sonrisa divertida e inocente de las ninfas y nos explicó cómo funcionaban.

—No, no busquéis bolsillos. Son túnicas mágicas. Mirad, es muy sencillo, todo lo que queráis guardar en la túnica tenéis que oprimirlo contra ella y el objeto desaparecerá hasta que volváis a sacarlo. Ori —dijo mirándome— dile a Noche que recoja sus alas y que se ponga sobre tu mano.

Se lo ordené y mi valag se convirtió en un libro casi normal, a excepción de los pelos.

—Ahora —continuó la ninfa— apriétalo contra tu túnica y di *oclux*.

Coloqué a Noche contra el lado derecho de la túnica, a la altura de mis caderas, apreté y dije « *oclux* »

—La túnica me pesa algo más —dije.

—Esa es la única limitación. En estas túnicas podréis llevar todo lo que seáis capaces de cargar. Pero tenéis que tener cuidado, porque si la túnica es destruida, todo lo que hayáis guardado también desaparecerá.

Luna hizo lo mismo con Nieve y lo guardó en su túnica.

— ¿ ?

—Colocar la mano sobre el lugar en el que habéis guardado lo que queráis recuperar y recitar la palabra *clux*.

Puse la mano sobre el lado derecho de la túnica, dije la palabra mágica y recuperé a Noche. Luego lo volví a guardar y se me ocurrieron un millón de cosas que podría hacer con aquella túnica. Algunas bastante gamberras, la verdad...

Nos despedimos de Xeye. Nos regaló otra de sus encantadoras cancioncillas y al ascender sujeto por las raíces del árbol color cereza, sentí un profundo malestar. Las ramas nos izaron sobre las copas de los árboles. Cientos de mariposas gigantes y pájaros de colores volaron a nuestro alrededor. El árbol nos llevó hasta su copa. El tronco se abrió y descendimos a través de la oscuridad hasta el patio de la planta carnívora.

De pronto me invadió la tristeza.

—Me siento vacío —comenté—. Es como si al marchar, algo de mí se hubiese quedado allí.

—A mí me ocurre lo mismo.

—Es completamente normal —nos dijo Ilza—, a mí me sucede cada vez que salgo de ese bosque tan maravilloso. Las ninfas tienen un espíritu radiante. Cuando se está junto a una de ellas se experimenta una alegría muy profunda. Ori, ¿recuerdas el conflicto que hubo en el concilio?

—Sí, cómo no recordarlo.

—De no haber sido por la presencia de las ninfas, hubiese acabado en una batalla campal. Las vibraciones mágicas de estas criaturas lograron apaciguar los ánimos de los elfos... Mirad, el bosquecillo donde vive Xeye fue traído con la magia de las ninfas hasta Dhotlaren. En él habita el poder de miles de siglos de antigüedad.

— i

—Más que eso. Es un bosque mágico y maravilloso. Pero también es peligroso. Muchos son los hombres y mujeres que han sucumbido a su belleza y no han querido, o no han podido, salir nunca más.

—Bueno —dijo Luna—, seguro que es un lugar maravilloso para vivir.

—No —cortó tajante—. Es hermoso, sí, pero en su corazón habitan temibles criaturas. Las ninfas protegen el mundo con su magia y durante siglos han evitado que la sombra del Archimago se extienda hacia el norte. El bosque es, por así decirlo, una frontera entre el bien y el mal. En sus entrañas habitan felinos gigantes e insectos más grandes que un gólem, capaces de partir por la mitad a cualquier hombre o elfo. Las ninfas los controlan y no los temen. Pero su poder está menguando y las criaturas comienzan a escapar a su control. La Dama Sombría ha reclutado un ejército de insectos descomunales y, montada en Nihal, una de las más poderosas tarántulas negras, no tardará en abrir una brecha en Kiental y dejar paso libre a las tropas del Archimago.

—Una tarántula negra —dijo Luna—, ¿son muy grandes?

—Inmensas. Nihal es una de las bestias más grandes de Úmbator, tiene el tamaño de dos trolls de las montañas. Fue creada por Kliaster, un brujo de la sombra.

No sabía quién era Kliaster ni tampoco qué tamaño tenía un troll de las montañas, pero aun así no me apetecía conocer a aquella araña.

—Tenerlo muy en cuenta —continuó la maga—, las ninfas son buenas y su espíritu es el más puro de todos, pero Kiental es un lugar peligroso. El embrujo de las ninfas puede resultar irresistible.

—Espero —dije— no tener que ir nunca allí.

—Yo también lo espero —añadió con una sonrisa.

Aquella noche cenamos con el resto en el comedor. Liplolulinansa nos ofreció otra maravillosa colección de cremas y purés burbujeantes. Antes de pedir, Luna se aseguró de consultar con Toro qué era lo menos malo.

—La sopa de hortalizas está muy buena —dijo—. Aunque si quieres algo más consistente te recomiendo un buen plato de papilla de telípodo —al ver la cara de Luna, Toro le explicó qué clase de animal era—. No te preocupes, es un pez muy parecido al salmón, aunque mucho más grande.

Luna comió telípodo, pero yo opté por una sopita de hortalizas. Las gemelas, como de

costumbre, apenas nos dejaron hablar. Toro nos contó algunas de las aventuras que habían vivido en Dhotlaren y nos dijo que su entrenamiento estaba a punto de terminar.

—Dentro de poco seremos Guardianes. Estoy deseando que las ninfas me den un nombre para volver a ver mi etsixia.

Toro nos explicó de qué iba aquello de la etsixia. Aunque Aluva y Jatuva lo interrumpieron continuamente.

— ¡

— ¡

— ¿ ?

—La mía es...

— ¡ !

—Sí, sí... es un toro —sonrió el guerrero.

Tras la cena nos fuimos a nuestro cuarto. Toro, Aluva y Jatuva fueron a las estancias de los guerreros, donde dormían y estudiaban. Aunque sabíamos dónde teníamos que ir, Kukubinabalain nos acompañó. Sin dejar de refunfuñar, por supuesto.

—i
mi ciudad era un gran señor.

Ilza nos esperaba en la puerta, lanzó el conjuro de protección y Luna y yo quedamos a solas.

— ¿

—A lo mejor una babosa.

—i
que será un dragón?

Me encogí de hombros.

—No lo sé —me miró frunciendo el ceño—. Está bien, vale, seguro que es un dragón.

Sonrió de oreja a oreja. Luego se tapó con la manta y cerró los ojos. El fuego crepitaba en la chimenea. Apagué los candelabros con la palabra mágica que nos había enseñado Ilza y quedamos en la penumbra del fuego.

—Sabes una cosa, echo de menos mis dragones —dijo Luna tras un largo silencio—. Pero me encanta estar aquí.

Sonreí para mis adentros.

Recordé a Xeye y dormí como un bebé.

BÁRBARA

Las palabras de Morfeo

Una semana después del encontronazo con el vampiro, Diana estaba perfectamente. Yo también estaba recuperada, y muy contenta de tener a Honshu entre nosotras. No habíamos vuelto a tener ninguna sorpresa desagradable.

Morfeo contactó conmigo. Desde el día de mi reclutamiento como Guardiania no lo había vuelto a ver. En lugar de en un castillo de arena, el rey de los sueños me recibió en una isla en mitad del mar. Un mar esmeralda de aguas calmadas que nos rodeaba hasta donde alcanzaba la vista. La isla era pequeña, de quince o veinte pasos de diámetro. Su arena era plateada, como un manto de diminutas joyas.

Morfeo estaba sentado sobre un cofre de madera. La túnica era del mismo color que la arena. Sus ojos se posaron en mí y el vértigo me hizo temblar.

—Hola, Bárbara.

Antes de saludarlo tuve que sentarme. El poder de su mirada era sorprendente.

—Hola —dije.

Sus ojos cambiaron, se tornaron ligeramente visibles.

—Perdón, hace tanto tiempo que no hablo con un mortal que he olvidado vuestra debilidad.

— ¿

—El peligro acecha a los mortales. He cerrado el mundo de los sueños a cualquier intromisión. La llegada del Elegido nos ha expuesto a un grave peligro.

—Se supone que él es la salvación.

—Desde luego, pero para llevarlo al otro lado, Kordther tuvo que abrir una puerta sin pasar por mi mundo.

—La tumba...

—Fue una trampa urdida por Elizabeth —al ver mi reacción, en sus labios se dibujó algo lejanamente parecido a una sonrisa de condescendencia—. Gracias a ti, Ilza y Kira pudieron materializarse en el lugar exacto. De no haber sido por tu atino, Orúbatar se hubiese hecho con el Elegido. Cogió a Luna, pero el *kuisae* quiso que el hechizo de Ilza desviase a las sombras de su destino en la Atalaya Sombría y acabasen en Noctnuros. Sin embargo, los poderes del Archimago se han hecho inmensos. Me temo que controla las conexiones entre ambos mundos. ¿Cómo si no Elizabeth pudo contactar con Orúbatar para establecer un puente? Ni siquiera yo

puedo certificar la seguridad de mi mundo, así que he decidido dejar de establecer contacto con mortales. Hasta que el conflicto con la Dama Sombría no se resuelva, las puertas del reino de los sueños permanecerán cerradas... todas menos una.

—Supongo —dije convencida de la respuesta— que esa puerta es la que yo tengo que atravesar. ¿No es así?

—Eres una chica muy lista —se puso de pie. El vuelo de su túnica se fundió con la arena. De pronto la isla entera parecía una extensión de sus ropas. Me sentí abrazada por su poder—. El Elegido está en Úmbator preparándose para el encuentro con Orúbatar. Nadie sabe con certeza cuándo tendrá lugar... Bárbara, tu participación en esta historia se está revelando imprescindible. La profecía augura que será Orión el encargado de arrebatarle el medallón. Pero intuyo que sin tu ayuda jamás podrá lograrlo.

— ¿ ?

La arena de la isla se plegó como una flor y me vi envuelta por un manto de sueños y fantasías. El cuerpo de Morfeo se fundió con la arena. Su voz me llegaba desde todas partes, me rodeaba como un huracán.

—Usarás de nuevo las runas que te dio Exteyie para entrar en los pensamientos del augur. Yo abriré una pequeña puerta por la que podrás entrar en los sueños de Orúbatar.

— ¡¿ ?!

—Es mejor que no lo sepas. He descubierto algunas cosas que pueden ponerte en peligro... pero no tengo más remedio que permitir que tu destino siga su camino.

La arena giraba cada vez más deprisa a mi alrededor.

— ¿ ? ¿ ?

—No puedo decírtelo, tendrás que descubrirlo por ti misma. Estate atenta, Bárbara, porque sentirás una señal que te indicará que ha llegado el momento. Entonces tendrás que entrar en los sueños de Alain y reptar por ellos hasta encontrar la puerta que te llevará a Orúbatar. Es una puerta peligrosa... es la puerta de las pesadillas. Tendrás que ser valiente.

El huracán de arena iba a colapsar en cualquier momento. Los granos de arena brillaban como estrellas.

—Entraré con Diana, una maga Guardianas.

—Diana... maga... Guardianas... —sus palabras rebotaban como pelotas de goma—. Puedes hacerlo, pero ambas correréis un grave peligro. Si alguna no escapa a tiempo, quedará encerrada para siempre... no olvides llevar contigo la daga y la poción de Ilza.

El mundo de los sueños se deshizo. Abrí los ojos y contemplé el techo de mi habitación. Me levanté con la cabeza todavía dando vueltas.

Sentada en la cama. me miré las manos.

Me temblaban.

Fui hasta el cuarto de baño, me lavé la cara y estuve un buen rato mirándome al espejo. Las palabras de Morfeo comenzaban a difuminarse. La lengua me sabía a arena y a sal.

Abrí la puertecilla de espejo del tocador, saqué el vaso, lo llené de agua y eché un buen trago. Entonces, cuando volví a cerrar la puerta del espejo

¡BOOM!

Apareció el rostro de Elizabeth.

El corazón me dio un vuelco.

Me giré a toda prisa, pero ya no estaba. Aterrada, volví a mirar el espejo... y solo estaba mi reflejo. ¿ ?

Me apoyé en el lavabo.

Sudaba.

—Tranquila —me dije a mí misma—. Ha sido una visión, nada más.

Volví a tumbarme e intenté dormir.

No pude pegar ojo. Poco a poco, la luz anaranjada tiñó las ventanas y llegó el amanecer. Pronto tendría que entrar en el mundo de las pesadillas.

¿ Estaría preparada para esa aventura ?

ORIÓN

Un mercado y una monstruosidad

Llevábamos una semana en Úmbator. Todavía no habíamos salido del castillo, aunque gracias a la magia que impregna Dhotlaren, la luz brillaba en algunas estancias como si estuviésemos a pleno mediodía, así que ni Luna ni yo nos sentíamos encerrados.

Los aprendices estaban extremadamente atareados, nerviosos con la preparación de sus pruebas finales. Por consiguiente, solo los veíamos a la hora del desayuno, de la comida y de la cena. Nosotros, por nuestra parte, apenas habíamos empezado con el entrenamiento.

Los de Luthental me resultaban frustrantes. Luna avanzaba con la magia a toda velocidad mientras que yo no era todavía capaz de sacar a Bubu de mi bastón.

Aún no habíamos tenido nuestra segunda clase con Xeye, entre otras cosas porque la ninfa

andaba abrumada en la preparación de las pruebas de sus alumnas.

Con Yulen ocurría lo mismo. Me moría de ganas por empezar con las espadas, pero el maestro guerrero ocupaba su tiempo en ultimar los preparativos de sus aprendices.

A Oxisa, la ninfa arquera que supuestamente nos iba a adiestrar en el uso del arco, ni siquiera la conocíamos.

El día lo pasábamos entre nuestro cuarto, la sala de entrenamiento mágico y el pequeño despacho en el que Tetsis nos aburría con la historia de Úmbator. A Luna le encantaban aquellas clases. A mí me aburrían soberanamente. Yo estaba deseando empezar con el arco y con la espada...

—Se suponía —le dije a Ilza mientras subíamos la escalera de caracol de la torre septentrional— que mi entrenamiento era prioritario.

La maga esbozó una de sus típicas sonrisas y nos inundó con el azul de sus ojos.

—Todo a su tiempo, Orión. Mañana los aprendices marcharán a Widar-Dum a realizar sus respectivas pruebas. Vosotros empezareis vuestros entrenamientos.

Llegamos al final de la escalera. Ilza llamó a la puerta con su bastón y ésta se abrió. En el interior de una habitación plagada de valags estaba sentado Tetsis. Ni siquiera levantó la cabeza para saludarnos.

—Pasad y sentaros —dijo.

Tetsis es un elfo moderadamente simpático, alto, fuerte y rubio como el oro. Aquella mañana llevaba una túnica color crema y una diadema de plata que remarcaba sus profundas entradas.

Pasamos y nos sentamos. Ilza se despidió con una inmensa sonrisa y con un comentario que intentó hacer sonreír al elfo... sin conseguirlo, claro.

—Intenta no aburrirlos demasiado —dijo la maga.

Tetsis dejó de leer un inmenso valag peludo de color rojo y la miró ceñudo.

—Lo intentaré —fue su respuesta.

Y entonces empezaron las aburridísimas peroratas sobre la historia de Úmbator. ¿Cómo puede ser tan aburrida la historia de un mundo tan alucinante como este? En fin, mientras Nieve, el valag de Luna, memorizaba la información con la misma ilusión que su dueña, Noche, como yo, se dedicaba a mirar el resto de valags de Tetsis.

Algunos de ellos los guarda en jaulas porque tienen la mala costumbre de atacar a los seres vivos. También tiene algunos valags en peceras, donde se relatan grandes batallas navales.

Lo único que me mantenía despierto era la idea de que aquella misma tarde, después de comer, iríamos a Simdhalin, una aldea cercana. Se celebraba un mercadillo. Los aprendices tenían una tarde de permiso para descansar antes de su viaje a Widar-Dum. Por fin podríamos pasar una

tarde de asueto.

Cuando Tetsis dio por terminada la lección, la arena del reloj tenía forma de Liplolulinansa. Era la hora de comer. Ilza nos acompañó hasta el comedor y allí nos lo pasamos en grande con las historias de Toro y los comentarios de las gemelas.

Tras la comida nos pusimos ropa de abrigo y salimos del castillo. Los aprendices se dispersaron por grupos de afinidad. Luna y yo formamos, cómo no, grupo con Toro, con Aluva y Jatuva. En muy poco tiempo nos habíamos hecho muy buenos amigos.

Ilza nos acompañó. Aunque Simdhalin está dentro de las tierras amuralladas de Dhotlaren, Kordther no quería correr ningún riesgo y mandó a la maga con nosotros.

— ¡ !

Simdhalin no es en sí misma ninguna pasada. Se trata de una simple aldea de unos pocos centenares de casas bajas, granjas y un par de molinos. No obstante, con la celebración del mercado, se había vestido de gala. La plaza central estaba llena de puestos de tela en los que se vendían productos venidos de todo Úmbator.

— ¡ !

Nos detuvimos en su puesto. El vendedor lucía un inmenso bigote canoso acabado en punta. Llevaba una túnica de llamativos colores y un sombrero de pico tan alto que casi pegaba con el techo. Mechones de cabello blanco le asomaban por debajo del ala.

— ¿ ? i
regaladas!

Ilza ojeó las túnicas con curiosidad. Una de ellas le llamó poderosamente la atención. Era rosa y a lo largo y ancho de la tela tenía conejitos bordados.

— ¿ ?

—Diez monedas de plata. Pero cuesta mucho menos de lo que vale, pues tiene la capacidad de hacerla pasar por una niña de diez años... ¡Nunca se sabe cuándo una maga como vos tendrá que pasar desapercibida! Basta con abrochar el último botón para hacerla funcionar.

Ilza la sacó de la percha y se la puso. Al principio no ocurrió nada, pero en cuanto la abotonó fue encogiéndose junto a la túnica hasta tener el aspecto de una chiquilla. Seguía siendo Ilza, pero en niña. Una pasada. Se miró en un espejo de cobre y sonrió de oreja a oreja.

— ¿ ?
desabrochó y recuperó su aspecto normal—. Ummm, no sé, no me convence. Es divertida, pero no la veo muy útil.

—Pruébese esta —comentó el tendero— la túnica de fuego. Es cara. Veinte de plata. ¡Pero ah, vale hasta la última moneda! Para desatar su poder ha de levantar los brazos y decir *âersi* .

vosotros —añadió mirándonos—, os conviene alejaros un par de pasos de vuestra maestra.

Ilza se la puso, alzó los brazos y recitó el conjuro. Entonces la túnica estalló en llamas.

— ¡
fuego. Para quitársela solo tuvo que repetir el hechizo—. Me la llevo. Y a ti, Luna, te regalaré una túnica. Vas a ser maga, y la necesitarás.

Mi amiga se probó muchas túnicas: una blanca que le permitía levitar como una pluma, una túnica verde se llenaba de púas del tamaño de cuchillos, y una muy divertida que le hizo envejecer sesenta años. El pelo se le volvió blanco como la nieve y su rostro se llenó de arrugas. Era como la primera que se probó Ilza, pero al revés. No muy útil, aunque divertida.

—Seguramente sea maga de combate —le dijo al tendero—. ¿Qué túnica me recomienda?

El mercader se acarició el larguísimo bigote con rostro pensativo.

— ¡
—. Póntela y di «*acastor nostu* » .

Lu se la puso y al recitar las palabras mágicas, una explosión como de polvo oscuro nos cegó a todos. Luna quedó envuelta en una esfera de oscuridad de varios pasos de diámetro en la que solo ella podía ver.

— ¡ !

Ilza pagó la túnica.

—Recuerda —le advirtió mientras caminábamos entre los tenderetes— que cada vez que utilizas el poder de la túnica, ésta se nutre de tu *ixur*.

Yo estaba alucinado con los productos de aquel extraño y mágico mercado. Había especies rarísimas: aves de cuatro alas que escupían fuego, inmensos reptiles con dos cabezas, serpientes que cambiaban de color, tortugas gigantes...

En un puesto, una semielfa vendía plumas hechizadas con poderes de lo más curiosos, como una que en lugar de escribir servía para absorber las palabras. También había puestos de venta de escudos, espadas, arcos y toda clase de accesorios de combate. Sin olvidar las tabernas en las que se servían platos de comida que iban desde lo más succulento (como el pastel de patatas y jabalí flambeado) hasta lo más asqueroso (como la ensalada de escolopendras asadas con crema de lombrices).

Antes de que la tarde comenzase a declinar, cuando Galash aún estaba alto, Ilza dijo que debíamos regresar al castillo. Me quedé con las ganas de seguir ojeando puestos donde vendían aquellas extrañísimas cosas, escuchando la música que pequeñas bandas de flautistas tocaban, viendo bailar a chicos y chicas que venían de otros lugares... Todo era genial.

—Creo que ha llegado el momento de despedirnos —dijo Jatuva al llegar a la puerta del castillo.

—Os vamos a echar mucho de menos —añadió Aluva.

Ellos debían partir a Widar-Dum para realizar sus pruebas de Guardianes y nosotros quedarnos en Dhotlaren. Nos dimos besos y abrazos con las gemelas.

— ¡ !

Ellos se fueron a las estancias de los guerreros y nosotros seguimos con Ilza. Aunque, aburrida de seguirnos a todas partes, o de que nosotros la tuviésemos que seguir, la maga decidió darnos una brújula que servía para movernos por el castillo.

Era media tarde, e íbamos a ir a la valgasna ye a por el valag que nos había mandado Xeye. Al día siguiente teníamos clase con ella. La valagsnaye es algo semejante a nuestras bibliotecas, pero mil veces mejor.

—No os puedo acompañar, tengo que preparar algunas cosas para el banquete de esta noche.

— ¿ .

—Tomad —me entregó la brújula—, os servirá para orientaros. Es un regalo de Kordther, la ha hechizado para vosotros, para que podáis moveros por el castillo a vuestras anchas. Es muy sencilla de utilizar, simplemente tenéis que nombrar el lugar al que queréis ir y la aguja os indicará el camino.

Luego le dio a mi amiga un pequeño reloj de cadena para que supiéramos la hora que era en todo momento.

—Sobre todo, no lleguéis tarde al Gran Salón, Huyik ha preparado un convite muy especial para despedir a los miembros de los otros reinos.

— ¿ ... ?

—Sí —contestó Ilza—, claro que sí. ¡Casi se me olvida! —Dijo mientras se marchaba—. Cuando lleguéis a la valagsnaye, ni se os ocurra darle conversación a la puerta o no os dejará en paz hasta dentro de mil lunas.

La maga se marchó y me quedé con Luna.

— «¿ ?»

— ¿ ?

—A muchos sitios, pero debemos ir la valagsnaye.

—“Debemos” es una palabra que suena fatal.

—Sí, lo que tú digas, pero estoy deseando ir. Y si no llevamos el valag, Xeye se enfadará.

—Está bien —dije poniendo la boca a un palmo de la brújula—, Luna y yo queremos ir a la

valagsnaye.

La aguja de la brújula cobró vida. Empezó a girar toda velocidad hasta que de repente frenó en seco. Se suponía que lo único que teníamos que hacer era seguir la dirección que nos indicaba la flecha. Y resultó ser cierto. Después de caminar por pasillos y más pasillos, llegamos hasta la puerta de la Valagsnaye. La puerta... bueno, no era exactamente una puerta... era un valag del tamaño de un armario de tres puertas. Tenía el pelo amarillento y estaba apoyado contra un muro.

Dormía.

Y roncaba suavemente, como un bebé.

—Creo que para entrar habrá que despertarlo —me dijo Luna dándome un codazo en el costado.

—Despiértalo tú.

— ¿ ?

—No sé, siempre has sido más amiga de los libros que yo.

—Sí, es verdad —contestó y torció los labios en un gesto de indignación—. Y eso me recuerda lo injusto que es lo de tu valag..., yo también quiero un dragón.

—Eres una envidiosa.

—Envidiosa o no, sabes que me encantan los dragones.

—Creía que solo los de peluche. Además, ya oíste a Luthental, una vez que despiertas a un valag, es tuyo para siempre. No son intercambiables... Y la verdad, aunque pudiéramos cambiarlos, ni en un millón de años lo haría. Tu peluchón es de risa comparado con mi valag.

—
este o no?

i

—Está bien, ya voy...

Trate de despertarlo a gritos, pero no funcionó. Luego le di unos golpes con el bastón, pero tampoco abrió los ojos. Al final acabamos gritándole... y tampoco sirvió para nada. Gritando como bestias no lo íbamos a despertar.

—
justo al lado del inmenso valag soñoliento.

i

!

— ¿ ?

—A ver:

Si por esta puerta quieres pasar, el principio de una historia has de recitar, pues con

palabras y buenas historias, a este valag gigante puedes despertar .

A Luna se le iluminó el rostro.

— ¿

— ¡ !

—Venga —dijo resignada—, sorpréndeme.

Me sé el principio de uno de mis libros favoritos (y de los pocos que he leído, aunque un montón de veces, eso sí), así que lo recité solemnemente.

— «
cumpleaños centésimo decimoprimer con una fiesta de especial magnificencia, hubo muchos comentarios y excitación en Hobbiton »

Y nada más terminar la frase, el gran valag abrió los ojos, grandes como bolos y nos miró sonriente. Su voz fue profunda, cavernosa.

— i
la Valagsnaye. Muchos dicen, oh sí, que mi trabajo es tontorrón y simpático, como si mi oficio no fuese importante. ¿Acaso no son los valags importantes? ¿No están en sus páginas las más grandes historias, los más profundos conocimientos, los más sabios consejos? Que no os engañen, porque no encontraréis lugar mejor en este castillo que la valagsnaye. Lugar sagrado en el que los valags viven tranquilos, con las panzas cargadas de palabras, lugar maravilloso en el que los ojos pacientes hallarán consuelo, o sabiduría, o tal vez datos, o quién sabe, secretos escondidos y que por un giro del azar ¡ZAS!, se encuentran al alcance—se inclinó ligeramente y nos miró más de cerca—. ¿De dónde venís?

—De la Tierra.

— i

—Ilza dijo que no le diéramos conversación —me susurró al oído.

— i
todavía no se había apartado a un lado para dejarnos pasar.

Luna puso las manos en la cintura indignada.

— ¡ ! ¿ ? ¡ !

— ¿ ? ¿ ...? ¡ i ,
¡FANTÁSTICO! ¡REALMENTE FANTÁSTICO! Hacía muchas lunas que no me hablaban...
Oh, es una pena, una verdadera pena, porque a Polpa le encantan las conversaciones de los humanos... Aquí nadie habla conmigo, todos recitan las palabras y en cuanto abro los ojos me dicen « »

y dejar que pasen. Son todos sosos, aburridos, callados, silenciosos... ¿Se han vuelto mudos?... ¡Y SORDOS! Sí, eso es, se han vuelto sordos como ladrillos. No quieren escuchar las historias que Polpa guarda en su barriga. Son todas divertidísimas. Hace un rato ha venido un elfo, muy serio, muy grave, con el ceño fruncido como si estuviese enfadado... ¿Qué les pasa a los elfos de hoy en día? ¡Bah! Le he preguntado si quería oír una historia de sus antepasados, elfos antiguos, y ni siquiera me ha contestado... Se ha limitado a mirarme con ojos de enfadado y decirme « solamente quiero pasar ».

—Nosotros —dije un poco azorado— también tenemos que pasar...

— que Polpa conoce, nadie viene una tarde y se sienta junto a mí y me dice « no me cuentas una de tus historias? ». enfadados y me dicen que necesitan un valag de no sé qué o de no sé cuántos, pero nadie necesita al viejo Polpa... Tal vez... —sus ojos se llenaron de tristeza—. Tal vez ya nadie necesite a Polpa nada más que para proteger una puerta... ¡PARA ESO PUEDEN PONER UN ARMARIO! Antes... ¡Oh sí, antes era mucho mejor! Le pedían al viejo Polpa que contase historias. De todas las partes del reino venían elfos a escucharme... También a narrarme sus aventuras y desventuras. ¡El viejo Polpa ha conocido a grandes magos y a grandes guerreros! ¿Queréis oír la historia de Stierntel el Medio Elfo?

Luna me miró. Yo miré a Luna. Creo que a ambos nos dio mucha pena. Pero creo, también, que ambos estábamos deseando pasar a la valagsnaye.

—Quizá —empezó a decir Lu— otro día, buen amigo.

Polpa bajó los ojos y dejó escapar un hondo suspiro. Sentí mucha lástima por él, la verdad, porque parecía un trasto abandonado. Apoyé mi mano sobre su peludo cuerpo.

—Vamos a hacer una cosa. Ahora nos dejas pasar para coger el valag que necesitamos y nosotros te prometemos que en cuanto tengamos un momento, bajaremos aquí y oiremos una de tus historias.

Polpa abrió los ojos de par en par.

— entonces que escucharéis al viejo Polpa? Tengo historias sobre elfos, humanos, ninfas, orcos, trolls, vampiros, licántropos... Historias sobre reyes y sobre campesinos, sobre batallas y sobre romances... ¡EL VIEJO POLPA LAS CONOCE TODAS!

Luna apoyó también su mano sobre el inmenso valag y mirando hacia arriba le prometió que volveríamos a oír sus cuentos.

—Te lo prometemos, Polpa, Ori y yo escucharemos una historia.

Entonces el gran valag sonrió y dio un par de pasos hacia la izquierda, dejando libre el hueco de la puerta. Pasamos junto a él y cuando habíamos dado unos pasos internándonos en el pasillo, Polpa volvió a colocarse en el hueco.

Estábamos en un pasadizo de diez o quince pasos de longitud. Media docena de teas mágicas iluminaban el corredor con una luz azulada y danzante. Al fondo había una puerta enrejada de un ascensor. O algo parecido. Cuando llegamos descubrimos que sí, que se trataba de un ascensor.

Corrimos la puerta de metal hacia un lado y entramos en el aparato.

Dentro había un montón de botones, exactamente, doce. Eran de piedra. Doce botones que, en lugar de tener números, como es lo habitual, tenían una runa grabada en el centro. Una maldita e indescifrable runa que ninguno de los dos habíamos visto nunca.

— ¿ ?

La miré en plan de « »

—No sé, déjame pensar... ¡Ah, no, no tengo ni puñetera idea!

—Pues una de ellas tiene que ser la que buscamos.

—Creo —dije estrujándome el cerebro—, que cada una llevará a una sección distinta. Digo yo.

—Puede ser...

—Polpa ha dicho que él es el guardián de los valags, así que este ascensor ha de llevar a distintas secciones.

—Tiene su lógica —Luna me miró sonriendo—. Vale, solamente tenemos que descubrir dónde narices encontrar el valag que Xeye nos ha encargado. Tal vez las runas sigan algún tipo de orden.

A mí me seguía pareciendo muy complicado. Imposible de descifrar.

— ¿

—Está bien, probaremos.

No debimos hacerlo.

Repito: NO DEBIMOS HACERLO.

Pero lo hicimos. Y no fue una buena idea. Ni siquiera fue una mala idea... No, aquella decisión fue la PEOR que podíamos haber tomado.

— ¿ ?

— ¿ ?

—No da igual, tenemos que seguir un orden.

Oh, sí, mi amiga ha de seguir un orden. Luna siempre tiene una lista mental de cosas que hay que

hacer después de hacer otras.

—Vale, empezaremos por la primera de arriba.

Luna colocó el dedo sobre la primera runa, pero no pulsó. Dudó durante unos segundos, luego me miró y le dije que lo hiciera con un leve movimiento de cabeza.

Y apretó.

La puerta se cerró. El ascensor se iluminó con una luz verdosa. Al lado de los botones se abrió un pequeño hueco. Sobre un eje de madera giró una tabla, haciendo aparecer un valag dorado con letras de plata sobre los ojos. Las letras formaban cinco palabras en el idioma común.

Mills, guía de la Valagsnaye de Dhotlaren .

— i !
guía. Habéis escogido ir a la sección de Artrópodos.

Sin darnos tiempo ni siquiera de pensar en la palabra *artrópodos*, el ascensor descendió a una velocidad endemoniada. Tras unos segundos de caída libre, frenó suavemente. La puerta se abrió y nos dejó en la entrada de un largo y oscuro pasillo. La luz roja hacía que todo tuviese un aspecto irreal. Dimos un par de pasos y salimos del ascensor. La puerta se cerró y el valag habló de nuevo.

— i !
sube. ¡Que tengáis buen día!

— ¿ ?
estamos buscando?

Pero antes de que terminase su pregunta, el ascensor ascendió con la misma velocidad que había bajado.

Volvimos a mirar hacia el pasillo. Un manto de oscuridad lo cubría todo. De pronto oímos ruidos nada halagüeños, como un frotar de patitas contra las piedras.

—Vaya puñeta —dijo Luna—, nadie nos ha enseñado un hechizo de luz.

No contesté, pero asentí para mí mismo.

— ¿ ?

—No exactamente...

—Bichos.

— ¿ ?

—Los más asquerosos.

— ¡ !

— ¡ ! ...

Los ruidos desagradables no cesaban. Todo lo contrario, iban en aumento. A ellos se sumaban otros no más agradables *crics-crics* como de grillos gigantes y zumbidos de moscardones del tamaño de pájaros.

Comencé a imaginarme toda clase de asquerosas criaturas trepando por los muros. La angustia formó una bola en mi estómago. Busqué la mano de Lu en la oscuridad. Cuando la encontré se la apreté con fuerza. Sentí un gran alivio al notar su piel contra la mía. Ella también me apretó fuertemente. El ruido de los bichos comenzaba a ser ensordecedor.

Pensé que teníamos que hacer algo... O al menos decir alguna cosa antes de que el miedo se nos comiese.

— ¡¿ ?!

Y se hizo el silencio. Las patas, las antenas, las mandíbulas y los zumbidos cesaron por completo. Pero solo durante unos segundos. Enseguida regresaron con más fuerza. Se acercaban hacia nosotros con energías renovadas.

¡ chic chac sssjgrraj !

— ¿ ?

—No tengo ni idea —dije en voz baja, con miedo a volver a levantar el volumen.

Era algo parecido a una voz. Una voz silbante, crujiente y acuosa, como una garganta llena de mocos.

—Me parece —dijo Lu apretándome la mano— que alguna de las cosas que están ahí delante puede hablar...

¡ crajjj chacs sssjr !

El sonido era terrible.

—Tal vez —dije—, Noche pueda iluminar esto un poco...

—Tengo una idea mejor, invocaré al halcón mágico.

En ese instante noté que algo alargado, pesado y con muchas patas pasaba por encima de mi bota, culebreando muy despacio. Dando un respingo me eché un paso para atrás y sacudí la pierna. La cosa de mi pie salió despedida varios metros. Aquello enfadó a los bichos.

¡ crach crasssch rjrjr !

— ¡ !

— *Sefur Lumy* ... —Luna dejó de hablar— ¡No me acuerdo del hechizo!

— ¿ ?

—Estoy muy nerviosa, no puedo... no puedo acordarme de la última palabra del hechizo, ¡ me sale!

Un zumbido sonó a nuestro lado. Un zumbido grave y fuerte como de un avispón gigante. Aquella criatura, fuese lo que fuese, intentó atacar a Luna. Mi amiga chilló y comenzó a dar manotazos en el aire.

— ¡ ! ! !

Alargué las manos y toqué algo grande como un pájaro. Pero en lugar de plumas tenía pelillos. Su cuerpo era alargado y frío. El bicho se retorció y dos antenas llenas de alambres me rozaron por la cara. Lo aparté de un manotazo y se estrelló contra el muro.

—Era —dije retorciéndome de asco— una polilla del tamaño de una paloma.

— ¡ !

Más y más zumbidos a nuestro alrededor. Las cosas con muchas patas se nos subían por los pies. Tratábamos de quitárnoslas de encima, pero eran tantas que resultaba imposible.

Sentí un peso en la cabeza. Algo había caído en mi pelo. Un montón de repugnantes patas comenzaron a moverse a ambos lados de mi cabeza, rozándome la frente y las orejas. Sacudí la cabeza y me la quité de encima. ¡Era una araña!

¡ trakk zssjergg chicssssrrr !

— ¡ , ¡

— *Sefur Lumy* ... —Luna se paró en el mismo lugar que antes.

Algo trepaba por mi túnica. Algo pesado y largo. ¿Un ciempiés?

— ¡

Su bastón brilló con luz azul e iluminó el pasillo. Miles... ¡No, miles no! Millones de insectos de todos los tamaños nos tenían rodeados. Luna llevaba la túnica repleta de pequeñas cucarachas trepadoras, saltamontes del tamaño de ratones y otros bichos inmundos. Yo no quise mirar la mía.

De la punta del cayado de luna brotó el Halcón.

— ¡ !

La invocación voló y nosotros corrimos detrás. Cada paso que dábamos generaba un sonido de “Chof” o de “Crac” asquerosamente desagradable. Pronto las suelas de nuestras botas estaban

pegajosas, como si hubiésemos metido los pies en un charco de barro. Pero en lugar de barro era sangre de bichos.

¡ chic chac chic sssrrjjrrr chackrjs !

La voz crujiente y mocosa era cada vez más clara, sonaba más cerca a medida que avanzábamos. El halcón volaba a toda prisa y nosotros apartábamos telas de araña que se nos enganchaban en el pelo, en los brazos y en la boca.

Giramos hacia la derecha y nuestros corazones se llenaron de esperanza. Allí delante, a unos cuantos metros, entraba una luz blanca por un arco. Pero... en el centro del arco nos esperaba una criatura descomunal.

El halcón mágico no se atrevió a continuar.

Corrimos y corrimos sin descanso, notando que nuestras botas pesaban medio kilo más. Medio kilo de una papilla echa de vísceras de insectos.

— ¡ ,

La voz de Luna era una mezcla de pánico y esperanza. Estaba desesperada, asustada y con un tremendo subidón de adrenalina. Yo estaba igual que ella.

Cuanto más nos acercábamos a la luz, más nítida era la figura de la cosa que guardaba la salida. Cuando estábamos a diez metros el inmenso bicho se irguió. Luna y yo nos paramos de inmediato, olvidándonos por completo de las otras alimañas. La cosa que teníamos enfrente superaba a todas las demás. Ganaba por goleada.

Era una monstruosidad. Alargada, del tamaño de un coche. Su cuerpo estaba segmentado en anillos como los de un ciempiés. Tenía seis patas. Su cabeza era plana con ojos de arácnido. Dos mandíbulas articuladas se abrían y cerraban y daban entrada a una boca con forma de pico dentado. Al final de su cuerpo se curvaba un agujón. El agujón era tan grande que podía atravesar el cuerpo de una persona de lado a lado.

— ¿ ?

Era una buena pregunta.

—Tú eres la maga...

Se giró despacio y me miró. Pero en lugar de mandarme a freír espárragos o hacer un comentario despectivo, Luna parpadeo un par de veces y habló con convencimiento.

—Tienes razón, yo soy la maga.

Algo había cambiado en ella.

También en mí .

Éramos conscientes de que ese mundo era real, y de que nuestra misión era también real, tan real como las *fritatas* , .

¡ CRAGGGSS CHICRK JJJRSIIS !

—Sea lo que sea, Luna, ¡hazlo rápido!

La monstruosidad regresó a la posición horizontal y vino hacia nosotros. Caminaba despacio, haciendo sesear su cuerpo como una serpiente. Detrás de ella, una cortina de luz blanca nos mostraba la salida. Teníamos que acabar con la bestia para poder pasar. Luna levantó el bastón, apuntó contra el monstruo, cerró los ojos y lanzó un hechizo.

— ¡

Un rayo mágico salió de su cayado e impactó contra la criatura, que aulló de dolor echándose unos metros hacia atrás. Luna se desmayó. Su halcón, hasta entonces azul y brillante, se desvaneció. Recordé las palabras de Luthental cuando nos dijo que un mago agotaba su poder al lanzar hechizos.

Corrí hasta ella.

— ¿?

No contestó. Apoyé la oreja en su pecho y no escuché latidos. El miedo se apoderó de mi corazón .

— ¡ !

Pero nada, no hubo respuesta.

¡ SSSCHRACHRACCSSSJ !

La horrible voz de la monstruosidad sonó como una burla. El miedo y el mareo se transformaron en ira. Me levanté, cogí mi bastón y apunté a la cabeza de la bestia, que abría y cerraba su mandíbula.

— ¡ !

La cosa curvó el aguijón y aceleró el paso. Estaba casi encima de mí. Entonces, repetí las palabras de Luna.

— ¡

Mi bastón se iluminó. La monstruosidad se detuvo esperando recibir un rayo de dolorosa magia... Pero no sucedió nada. La luz del cayado se apagó y la magia se evaporó, como una bombilla fundida. Me sentí desdichado y estúpido, incapaz de ayudar a Luna. Incapaz de ayudar a nadie.

El insecto abrió las mandíbulas y se lanzó hacia mí. Me aparté como pude, dando un salto lateral,

protegiéndome con el bastón. Lo agarró con las mandíbulas y lo quebró. Si en lugar del cayado hubiese sido mi brazo o mi cabeza, sus mandíbulas me hubiesen triturado como a una rama seca.

Lu seguía en el suelo. Tal vez desmayada, tal vez sin vida. Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas; eran lágrimas de tristeza y de rabia. Había estado a punto de perderla unos días antes... La monstruosidad miró a mi amiga y las babas salieron por su boca como un vómito de petróleo.

Si no hacía nada, se la iba a comer.

— ¡ ,

¡ **CHIIICS CRAGSSS**

Se giró y me miró con sus ojos de araña. Aplanó su cuerpo hasta que el vientre rozó con el suelo y me lanzó un rápido aguijonazo. Falló por los pelos.

Tan cerca había estado de atravesarme que su aguijón traspasó el lateral de mi túnica. Hundió la púa venenosa en la dura piedra del túnel y cuando la recogió se llevó parte de la pared. Dio un par de pasos atrás y volvió a apuntar.

El miedo me paralizaba. No era capaz de mover ni un músculo. La monstruosidad no fallaría una segunda vez.

Esperé el aguijonazo con los ojos cerrados... Pero en lugar del pinchazo, noté una luz clarísima. El insecto gimió y se marchó a toda prisa. Al abrir los ojos, vi que la criatura se perdía en la oscuridad del pasillo. Alguien nos había salvado la vida.

Permanecí quieto unos instantes más, atenazado todavía por el miedo.

— ¿ ,

Era una voz conocida. Una voz masculina que había escuchado en el cónclave del primer día. Miré hacia la luz de la puerta y distinguí una figura alta y musculosa. Era Sedat Tirises, el elfo de Sionsen. En cada mano empuñaba un machete. Cada uno de ellos brillaba con la luz de las estrellas.

—Mi... Mi amiga... —las palabras apenas me salían—. Mi amiga no está bien, a lo mejor está...

La preocupación fue más fuerte que el miedo, mis músculos recobraron la vida y corrí hacia Luna. El elfo me miró con el ceño fruncido, enfadado, como siempre.

— ¿ ?

—Ha usado un hechizo y se ha desplomado.

El elfo suspiró resignado y se acercó hasta nosotros. Hincó una rodilla en el suelo, colocó su mano sobre la frente de Luna y recitó un conjuro.

— *Ilum Sank Ilumis*

De golpe, Luna abrió los ojos.

— ¡ !

— ¿?

—El elfo te ha resucitado.

—La muchacha nunca ha estado muerta —dijo Sedat con desprecio—. Se ha desmayado de agotamiento al lanzar el conjuro. No tendrá secuelas.

Luna se recostó contra la pared y sonrió.

— ¿ ?

— ¡ , !

— ¿ ?

—No, pero nos diste unos segundos de tiempo. Ha sido él quien ha alejado a la monstruosidad.

Luna miró al elfo e hizo un gesto con la cabeza.

—Gracias por salvarnos.

—No me deis las gracias.

Alzaba la cabeza con orgullo. Sus espaldas eran anchas y sus brazos fuertes y musculados. Una pasada.

— ¿ ?

—No os ha atacado —dijo enfatizando cada palabra con especial desdén.

«¿ No nos había atacado ?» A lo mejor tenía una extraña manera de saludar a los visitantes: valagsnaye. La rabia inundó mi corazón.

—Ah ¿

El elfo se detuvo y se giró. Sus ojos me helaron la sangre. Eran negros, profundos y sabios. Su frente arrugada y su mandíbula tensa parecían las de un lobo a punto de morder. Le temblaban los músculos del cuello.

—Mira, muchacho, esa criatura es la guardiana de esta zona de la valagsnaye. Tal vez los humanos valoréis vuestras vidas más que las de otros seres del universo, pero eso no os da derecho a matarlos cuando os viene en gana. Ese ser al que tú llamas bestia inmunda es una mandróbura de la Vertiente Oscura de Kiental. Yixa, suma sacerdotisa de las ninfas, la envió

personalmente para proteger valags más antiguos que vuestro patético mundo. Si os ha atacado ha sido porque vosotros la habéis amenazado.

— ¿ ?

Sedat río a carcajadas llenas de desprecio.

—Esos insectos no son reales, humana, sino resultado de un hechizo élfico.

—Nosotros no lo sabíamos —dije enfadado.

Sedat acercó su rostro hasta el mío en un gesto de amenaza.

—Tenéis suerte de ser los protegidos de Kordther. De lo contrario, juro que hubiera disfrutado viendo cómo esa preciosa mandíbura trituraba vuestros débiles cuerpos.

No dije nada. Aprendí que con los elfos no me iba a llevar demasiado bien.

—Os seré sincero, humanos, no me gustáis ni lo más mínimo —dijo, para nuestra “sorpresa”—. Si dependiese de mí ya estaríais de vuelta en la Tierra. Pero, si os hubiese sucedido algo estando yo cerca hubiera tenido que dar muchas explicaciones a la princesa... Entendedme, las cosas entre los humanos y los elfos ya están demasiado tensas para andar echando más leña al fuego. Sois unos chiquillos supuestamente valiosos, lo que me lleva a repetir la pregunta que os he hecho antes ¿Qué hacéis en un lugar tan peligroso? ¿Dónde están vuestros guardias personales?

Luna y yo nos encogimos de hombros.

—No lo sé —dije, conteniendo el enfado—. Xeye nos dijo que teníamos que coger un valag. Kukubinabalain lleva dos días sin aparecer... Desde que le dije aquello de su parecido con los orcos no nos habla.

—Entiendo. ¿

A esa pregunta respondió Luna.

—Ilza nos dio una brújula encantada —Lu se levantó y cogió su bastón—. Nos dijo que el mismísimo Kordther la hechizó para nosotros.

El elfo se quedó pensativo.

—Podría ser, sí... —su mirada y sus palabras eran afiladas como sus machetes—. ¿Qué valag os encomendó la ninfa?

Hice aparecer a Noche de mi túnica y le dije que necesitaba consultar algo de lo que había memorizado. Mi valag voló hasta mis manos.

— *Plantas de Kiental*, volumen uno —leí.

Sedat frunció más el ceño (si es que eso era posible) y después de un largo y profundísimo

suspiro habló como si cada palabra le costase un saco de oro.

—No soy un experto en la valagsnaye de Dhotlaren, pero creo que en la sección de artrópodos no lo encontraréis.

—Es difícil —Luna hablaba entre dientes— saber dónde lleva el ascensor cuando no se entiende la lengua de las runas.

—No es lengua rúnica, sino élfico de la antigüedad, humana —el desprecio con el que pronunció la palabra humana fue increíble—. Pero claro, ¿qué pueden saber dos humanos de la historia sagrada de los elfos? Me estáis haciendo perder un valioso tiempo. Pronto partiré a Sionsen y la información que busco solo la puedo conseguir aquí. Así que seguidme, os mostraré el camino.

Cruzamos el arco y nos encontramos en una amplia sala de la valagsnaye. No era ni remotamente parecida a ninguna otra biblioteca en la que hubiera estado antes. Se trataba de una gran sala cavada en la piedra, iluminada por lámparas de araña (literalmente, eran arañas de metal colgadas boca abajo) que desprendían estalactitas de seda luminosa. Era inmensa. La vista se perdía en lontananza y al mirar hacia arriba había que forzar la vista para distinguir el techo del que colgaban las arañas.

Las mesas, de varios metros de diámetro, eran de madera oscura y tenían cientos de patas peludas. Alrededor de cada una de ellas había una docena de sillas... Pero no eran sillas normales... Al menos si entendemos que las sillas no tienen extremidades y no se pueden mover.

En una de las mesas de la derecha había una elfa de largos cabellos dorados. Miró a Sedat y le dedicó un saludo con la cabeza. Cuando la elfa cerró el valag que estaba leyendo, la silla caminó llevándosela al interior de una pequeña gruta con cientos de valags que trepaban por las paredes.

Había valags por todas partes, algunos tenían ocho patas, pelos negros y puntiagudos y se balanceaban en grandes telas de araña; otros volaban de un lado a otro con sus pequeñas alas de abejorro y sus cuerpos rechonchos; algunos trepaban por las paredes y tenían una docena de patas a cada lado... En definitiva, cada uno tenía la forma de aquello que trataba y, además, se comportaban como tal.

— ¿

Sedat contestó de mala gana.

—Todos tienen su propio nombre. Solo tienes que elegir uno y llamarlo. A veces vienen, y otras veces no.

Luna asintió y sonrió.

—Esto es la leche —me dijo en voz baja.

—Es —dije emocionado— la leche condensada.

Recorrimos parte de la sala principal de la sección de artrópodos, alucinando con la cantidad de

“librobichos” que había por todas partes, hasta llegar al ascensor de salida. Sedat abrió la puerta y nos señaló el botón para ir a la sección en la que encontraríamos nuestro valag. También el que regresaba al castillo.

—No os preocupéis —dijo mientras la puerta se cerraba—, en la sección de plantas y de hierbas no habrá nada que os quiera comer —sus labios se torcieron en un gesto que venía a significar: « lamentablemente »

ORIÓN

Historia de un amor y de una tragedia

Las palabras de Sedat, aunque malvadas, eran ciertas: la sección de plantas y hierbas de la valagsnaye no representaba ningún peligro. Si entrar a la sala de los artrópodos significaba tener que sortear un largo pasillo repleto de bichos y enfrentarse a una monstruosidad (honorable y preciosa, según el elfo del Reino de la Perpetua Mala Leche), hacerlo a la sección de plantas era una maravilla.

El ascensor nos dejó frente a un puente de madera con forma de herradura que cruzaba un riachuelo de aguas rojizas. Enredaderas de hojas grandes como abanicos daban frutos que brillaban y se descolgaban por el pasamanos del puente. En la linde del arroyo se alineaban multitud de campanillas, unas rojas como el zumo de fresas y otras amarillas como la limonada. Aquello no era un bosque como el de Xeye, sino un jardín, un fresco, inmenso y prodigioso jardín bajo el castillo.

Nos detuvimos en la mitad del puente, nos apoyamos en la barandilla de madera y nos asomamos. Abajo, a unos diez metros, las coloradas aguas del río saltaban entre los valags: algunos de aquellos libros mágicos tenían forma de plantas acuáticas, otros parecían gruesas láminas de musgo y unos pocos eran sapos verdosos. Oía a primavera y a césped recién cortado. Una verdadera maravilla para los sentidos.

Luna aspiró el aire llenando sus pulmones y luego lo soltó muy lentamente.

— ¿ ?

Me contestó sin dejar de mirar el río.

— ¡ !

—Ya te vale, me has dado un susto de muerte. Cuando te has desplomado he pensado que estabas muerta.

Apoyó su mano sobre la mía y me sonrió.

—Este lugar —dijo— mola mucho más que el de los bichos.

—Sí, aunque el otro era muy divertido.

—No sé si yo utilizaría esa palabra para describirlo...

—Oye, ¿qué hora es?

Luna sacó el reloj.

—Las siete.

—Dentro de una hora tenemos que estar en el banquete. Démonos prisa .

Bajamos el puente y caminamos bajo la luz de los frutos de las enredaderas. El suelo estaba cubierto de hierba. Los valags crecían en los árboles y se descolgaban entre las ramas mezclándose con las hojas. No había mesas ni sillas. En su lugar, grandes troncos de árboles caídos hacían las veces de mesas de estudio.

—¿
lugar.

Millares de valags colgaban de los árboles. Otros volaban de rama en rama.

—Sedat ha dicho que llamándolo por su nombre —Luna se puso las manos a ambos lados de la boca y gritó el nombre en voz alta—. ¡¡¡

No ocurrió nada. Ninguno de los que estaban cerca se movió de su sitio. «Tal vez Noche pueda ayudarnos »

—Noche, ¿Puedes ayudarnos a encontrar un valag?

—Claro, Ori, ¿cuál queréis?

—Plantas de Kiental, volumen uno.

—Seguidme —se echó a volar.

Anduvimos durante un rato detrás de Noche por el prado. Luego el camino se estrechó y continuamos por un sendero escoltado de árboles. Sus troncos eran púrpuras y sus hojas de ámbar, como el oro viejo.

Después el camino se abrió en un claro y se encontró de nuevo con el río. Al fondo, difuminada como una coleta de vapor, se despeñaba una catarata desde lo alto de unas rocas blancas. El agua del torrente moría en un lago grande y rojo.

¡ Qué bello era aquel lugar !

Noche se posó en uno de los árboles cercanos a la laguna y nos convocó agitando un ala. Cuando llegamos hasta él, Luna volvió a llamar al valag y esta vez sí, una de las ramas del árbol se desenrolló y depositó el valag suavemente sobre la hierba.

—Plantas de Kiental, volumen uno —leyó Lu.

El valag tenía forma de hoja, aunque era gordo como el tomo de una enciclopedia. Y pesaba como una piedra.

—Bien, ya lo tenemos —dije sintiendo cierta satisfacción, como si hubiésemos cumplido una misión muy importante.

— ¿ ?

—Busquemos el ascensor de vuelta y volvamos a nuestras habitaciones, nos tenemos que preparar para el banquete.

Luna guardó el valag en su túnica. Caminamos hacia la catarata siguiendo el sendero, suponiendo que al final estaría el ascensor de vuelta.

En la orilla del lago, agitado por las aguas de la cascada, se mecía un bote de madera blanca. A cada lado tenía un ala plateada y la proa poseía forma de cabeza de águila. Los ojos del águila eran dos joyas verdes tan grandes como el puño de un bebé.

Nos detuvimos. Al fondo de la laguna, a unos treinta metros de la catarata, había un embarcadero de madera y una puerta de metal.

—Allí está el ascensor —dijo Luna.

Nos dirigimos corriendo hasta el bote. Pero antes de montarnos, una voz casi nos mata del susto.

— ¿ ?

Luna y yo nos giramos. Sentado sobre un tocón, con una sonrisa abierta y mesándose la blanca y puntiaguda perilla, estaba Kordther. Con la mano derecha sujetaba un bastón sencillo, como el de Luna.

— ¿ ?

El anciano mago se rió a carcajadas.

— ¡ , ! ¿ ?

—Es precioso —dijo Luna.

—Me alegro de que te guste, muchacha, yo fui el encargado de reformarlo, antes era mucho más aburrido... Aunque no creáis, no lo hice solo, me echaron una mano los magos de las montañas, grandes conocedores del agua y de las plantas..., no tanto como las ninfas, pero, ¿acaso hay alguien en todo Úmbator que sepa más que esas juguetonas criaturas?—. El mago clavó su mirada en mí—. Espero que aprovechéis las lecciones de Luthental y de Xeye, son dos de los mejores maestros que puede tener un humano. Los otros aspirantes a Guardianes no tienen tu suerte —entonces miró a Luna—. Ni la tuya, muchacha. Luthental me ha dicho que tu *ixur* es fuerte.

Luna se ruborizó.

—Bueno —dijo mi amiga—, seguro que usted puede saberlo solamente con echarme un vistazo, ¿no es así?

—
has dicho bien, a este viejo mago todavía le quedan unas cuantas capacidades mágicas... y una de ellas es la detectar el *ixur* de otros magos.

— ¿ ?

—Mejor llámame Kordther, muchacho. Lo de señor me queda grande —volvió a sonreír.

—Está bien. Kordther, tengo algunas dudas.

—Dudas. Tu cabeza está plagada de ellas. Lo comprendo, en unos pocos días tu vida ha cambiado radicalmente. No has de preocuparte por dudar. ¿Sabes qué? Yo también tengo un montón de dudas, muchas más que certezas. Aun así, creo que este es un buen momento para contestar algunas de las preguntas que hierven en tu cabeza como la poción de una maga en su caldero. ¡No os quedéis de pie! ¡Sentaos ,

—A las ocho tenemos que estar en el banquete.

Kordther sacudió la mano.

—
parecido vuestras primeras lecciones? Y de la magia, ¿qué opináis? i

—Que es alucinante —dije.

—
de un niño y la mirada de un hombre de cien años—. Pero, además de alucinante, también es peligrosa. La magia no es un juguete, si se usa indebidamente puede causar estragos inimaginables. Como el mal trago que habéis pasado con la mandróbura. !

— ¿ ?

—Yo sé casi todo lo que ocurre en este castillo. Dime, Orión, ¿ ?

—Muchas cosas, demasiadas. Desde que llegué a este mundo todo ha sido extraño y maravilloso. Es como estar soñando. En fin, tengo un millón de preguntas.

Levantó sus pobladísimas cejas, que casi ocultaban unos ojos muy claros.

—Me temo que no puedo responder a todas, pues para muchas no tendré respuesta y otras tendrás que descubrirlas por ti mismo. Pero, creo que te mereces algunas aclaraciones, así que intentaré responderte a tres.

— ¿ ? ¿

Arqueó las cejas y entrecerró los ojos.

— ¡ !

Sonreí. Sonreí porque el tono de su voz era simpático. Aun así, adiviné que detrás de aquella simpatía había un gran poder, una gran magia.

—De acuerdo, ahí va la primera: ¿Qué estoy haciendo en este mundo? Ya, ya sé todo lo que oí en el conclave. No obstante, todavía no lo tengo claro.

—Si no estamos completamente equivocados, y espero que no lo estemos, ayudarnos a salvar el universo. Como has dicho, estuviste en el concilio y oíste la profecía. Tal vez la palabra profecía te suene rara, pues en tu mundo ha sido utilizada en vano durante muchos años. Sin embargo, la profecía de Úmbator no es una adivinación, ni siquiera un presentimiento, es una certeza escrita en los más antiguos valags. Está escrito que un humano de la Tierra será el encargado de destruir el Dha-Arvein. Ese medallón fue hecho pedazos en la Segunda Guerra de las Sombras. Sus fragmentos fueron esparcidos por cientos de mundos... Pero el Archimago lo ha refundido de nuevo. Ahora está en posesión de Orúbatar y tú tienes que robárselo. ¿Cómo? Ah, me temo que eso todavía no lo sabemos... Pero lo que sí sabemos es que si las cosas siguen así, el Archimago destruirá el universo. Tarde o temprano te hallarás frente a la Dama Sombría, tal vez sea ella misma la que te busque.

— ¿ ?

—Quién sabe. Supongo que para acabar contigo... pero el mal es impredecible. ¿Cuál es tu segunda pregunta?

Intuí que a cada respuesta que me diese, iban a surgir cien preguntas más.

— ¿

—Esa es muy sencilla de contestar. La historia de Úmbator se extiende como un océano, es tan larga que ni siquiera los elfos, casi tan antiguos como las ninfas, saben de su principio. No os voy a aburrir con la creación del universo ni con la aparición de los dioses, pues para aburrirlos con esas cosas está mi buen amigo Tetsis, que os hará leer interminables valags de historia —sonrió mientras jugaba con una ramita que había cogido del suelo—. Pero sí os contaré cómo nacieron los Guardianes de la Luz. Durante la Edad Gris, la sombra se extendió por el universo y comenzó a destruir mundos. Aquellos otros mundos, mucho más recientes que Úmbator, cayeron rápidamente bajo sus garras. La oscuridad descubrió que el poder de aquellos mundos era limitado y que poseyéndolos jamás lograría abrir un portal para iniciar la guerra contra la Tierra.

—Por lo que se ve —dijo Lu—, nuestro planeta es muy importante.

—Sí, pero por varios motivos. Es complicado explicarlo en pocas palabras, así que de momento solo os diré que Úmbator y la Tierra están unidos de una manera especial. Como os he dicho, el mal descubrió que el Archimago, consumido por la ambición y por las ansias de poder, puso sus ojos sobre Úmbator, pues sabía que si lograba extender su magia por este mundo, suyo sería el poder de materializarse en muchos otros. Como había hecho otras veces en otros mundos, buscó un espíritu y un cuerpo donde depositar su magia y hacerse visible. De tal modo, halló en Úmbator el corazón de un joven príncipe del Reino del Dragón, al sur del bosque de Kiental. Su

nombre era el de Aüisel II, único hijo de los reyes del sur. Cegado por su codicia, la sombra fue adueñándose de él. En lugar de estudiar magia de la luz, el joven príncipe estudio las artes arcanas de la oscuridad y se convirtió en un nigromante. Hinchido de poder, asesinó a sus padres, sumió al Reino del Dragón en la oscuridad y se hizo llamar el Archimago. Fue conquistando todas las tierras del sur hasta la frontera de las ninfas que, poderosas y tenaces, han resistido sus embates con firmeza. Incapaz de extender su poder por Úmbator, se ha dedicado a destruir otros mundos en busca del medallón. Como os he dicho, por fin lo ha logrado. Debilitado, ha depositado su poder en él y se lo ha entregado a Orúbatar. Pero volviendo a tu pregunta, diré que mucho antes, el Archimago aprendió a abrir pequeños y momentáneos portales a vuestro mundo a través de Noctnuros. Así, en el tercer concilio de la Alianza entre ninfas, elfos, humanos, nalthus y demás razas libres, en el año seiscientos treinta de vuestra época, nuestros antepasados decidieron utilizar el poder de viajar al mundo de los vivos para traer a humanos, entrenarlos en las artes de la luz y enviarlos de nuevo a la Tierra a luchar contra las incursiones del Archimago.

Cada frase del viejo mago era más alucinante.

Durante los últimos mil cuatrocientos años ha existido en la Tierra una coalición de hombres y mujeres que nos han defendido de las sombras.

Para alucinar.

—Pero tú —prosiguió—, amigo mío, tú no serás un Guardián de la Luz, sino un luchador que combatirá en Úmbator y que tratará de derrotar a Orúbatar.

Asentí, confundido.

—Bueno, chico, todavía te queda una pregunta.

Tenía muchas, muchísimas preguntas. Todas me parecían igual de importantes. Sin embargo, el asunto de la Elfa Oscura era lo que más curiosidad de procuraba.

— ¿

—
Sombría u Orúbatar... i ! i ! i , i ,
merece un poco de magia !

Kordther se levantó, apuntó con el cayado hacia el lago y un delgado rayo de luz hizo temblar su superficie. Las luces de las estalactitas se apagaron poco a poco, como en un atardecer. La valagsnaye quedó sumergido en la oscuridad.

En el centro del lago brilló una luz anaranjada. Sobre ella se formó la figura de una mujer alada. Sus rasgos eran perfectos y pulidos, como los de las elfas. Una melena larga y negra como la noche hacía juego con dos ojos igualmente oscuros. Su cabello descendía por la espalda y reposaba sobre dos grandes alas de plumas negras. Llevaba una túnica negra.

A pesar de no ser más que una representación mágica, sentí un escalofrío.

—Hubo un tiempo en el que Orúbatar fue una elfa aliada de la luz —prosiguió Kordther—. Hija de Oiare y Terdhwu, reyes elfos en la isla de Visir, era la siguiente en el linaje de los elfos del mar. Destinada a ser una elfa de alto rango, su destino se vio truncado por la oscuridad. Cuando el Archimago llegó a Úmbator, cansado y débil por las batallas, convertido en poco más que un espectro, libró parte de su poder en Dha-Arvein, lo que nosotros conocemos como la Estrella Argéntea —la imagen de Orúbatar se evaporó y en su lugar apareció la joya que unos días antes Kordther había mostrado en el concilio—. Si bien Orúbatar era hermosa, buena e inteligente, una llama de ambición creció en su corazón a medida que se hacía adulta.

— ¿

El mago carraspeó.

—Su nombre... Los elfos del mar prohibieron volver a pronunciarlo. La vergüenza que sufrieron con su traición era imperdonable. Sin embargo, creo que soy demasiado viejo para hacer caso a las leyes de los elfos —un atisbo de sonrisa asomó a su rostro. Sus ojos, chispeantes, nos miraron con la pillería de un niño bajo dos espesas y blancas cejas—, así que os lo diré. Aquella elfa se llamaba Heiselda, que en la lengua de los elfos del mar significaba *viento de poniente* .

— ¿ ?

—Tiene muchos significados, aunque su traducción más acertada es *la caída en desgracia* . Bien, la cuestión es que la elfa, henchida de codicia por ostentar el trono, llegó a conspirar contra sus padres provocando un golpe de estado que conllevó una guerra civil. La isla de Visir fue testigo de un cruento enfrentamiento y la antigua capital, Yariacen, fue reducida a un montón de escombros. Oiare, la reina, fue asesinada. La guerra se inclinó del lado de los partidarios de Terdhwu y su hija Heiselda fue condenada al destierro. He ahí que cuando la elfa llegó a las costas en el golfo de Satás, el Archimago mandó a emisarios en su busca. La acogió en la Torre Oscura, le dio un nuevo nombre, le entregó la Estrella Argéntea y le prometió poder y riquezas. Mediante la magia más negra, los brujos del Archimago la transformaron en Orúbatar, una Elfa Oscura. Juró vengarse de su padre y destruir a los elfos del mar. Fue lo primero que hizo cuando tuvo en su poder Dha-Arvein. Pero tal era su maleficencia que, en lugar de acabar con ellos, los condenó al destierro. Utilizó su magia para convertir el estrecho que separaba tierra firme de la isla de Visir en un lugar maldito, desde entonces llamado Estrecho Orúbatar, lengua de agua intransitable, continuamente azotada por vientos huracanados. El Golfo de Satás fue invadido por bestias innumbrables de las profundidades. Los elfos del mar quedaron aislados y desde entonces no sabemos nada de ellos, pues no hay criatura capaz de llegar, ni por mar ni por aire. Hay quien dice que zarparon hacia occidente en busca de un nuevo hogar... ¡ !

—Vaya —dije, abrumado por el relato.

—Debéis comprender que el mal no es algo externo a nosotros. Se esconde en todos los corazones. Los elfos del mar eran criaturas increíbles, pero a pesar de su luz y de su belleza, muchos sucumbieron a la ambición y mataron a sus hermanos. Levantaron muros, engañaron, asesinaron y traicionaron. El mal se adueñó de sus espíritus. ¿Sabéis qué significa eso?

—Sí —dije—, significa que la sombra es un peligro del que nadie puede estar a salvo.

—Y que tenemos que defendernos —añadió Luna— no solo de los enemigos de fuera, sino de nosotros mismos. Podemos sucumbir al mal y convertirnos en esbirros del Archimago.

El anciano mago asintió satisfecho.

— ¡
y las luces de las estalactitas volvieron a brillar.

— ¿

Kordther sonrió y se sentó en el tocón. Visto así, ligeramente encorvado y apoyado en su bastón, parecía un anciano común.

—No, me quedaré un rato más... Este lugar me ayuda a pensar. ¡Y creedme, tengo muchas cosas en las que pensar!

Nos pusimos de pie, nos despedimos del mago y fuimos hasta la barca con forma de águila. Subimos con cuidado, intentando no caer al lago.

— ¡
humanos.

—Entonces, de bañarnos ni hablar —bromeé.

Al sentarnos, el bote agitó las alas y nos llevó al muelle.

BÁRBARA

Las viscosidades del pantano

Aquella tarde quedé con Diana y Honshu. Dimos un paseo y pusimos algunas cosas en común. Luego fuimos a buscar a Alain al hospicio. Se había escapado por la ventana y nos estaba esperando en la parte de atrás. Me asusté al ver que se había hecho una herida en mitad de la cara.

— ¿ ?

— ¡
la mesilla.

—Déjame ver —como estábamos a resguardo de miradas indiscretas, Diana hizo aparecer su bastón y creó una pequeña y brillante esfera de luz—. Se te ha cerrado muy pronto...

Alain se encogió de hombros. Por unos instantes me pareció ver un destello oscuro en sus ojos. Algo efímero, un chispazo nada más, como un fotograma pasado a toda velocidad... Sacudí mis pensamientos y sonreí.

— ¡ !

Diana guardó su bastón y nos pusimos en marcha. Fuimos al *Luz de Luna*. Había quedado con Gilda, a medianoche. Lo más seguro era hacerlo en nuestra taberna. El hospicio no era un lugar seguro. Diana y yo íbamos a pasar varias horas en un mundo del que no podríamos salir fácilmente, no era cuestión de estar desprotegidas. Entramos en la taberna, Gilda encendió las luces y pasamos al cuarto trasero. Loco Han había preparado un par de camas.

— ¿

—Por supuesto —Loco Han nos palmeó la espalda—. Listos para empezar.

—Tened mucho cuidado —nos dijo Honshu.

Me senté en una de las camas. Saqué la poción y la daga y las puse sobre la colcha. Estaba aterrada y nerviosa. Alain temblaba como una ramita. Le di un beso en la mejilla y le ayudé a tumbarse. Coloqué la runa sobre su corazón y en unos instantes se quedó dormido.

—Bárbara... —dijo Diana.

— ¿ ?

—Tengo miedo.

—Yo también —confesé.

Nuestras miradas se cruzaron unos segundos y, sin tocarnos, ambas sentimos el mismo calor que procura un buen abrazo: cuando un miedo se comparte se hace mucho más pequeño. El problema era que aquel miedo, aunque menguase, seguía siendo inmenso. Era como intentar encoger a un gigante.

Pero, por asustadas que estuviésemos, no podíamos echarnos atrás. Había llegado el momento de hacer lo que debíamos hacer. Ambas lo sabíamos. El deber de una Guardiana está por encima de cualquier otra cosa. La miré con ojos que decían « »

—Dame la mano.

Nuestras manos se juntaron. Nos recostamos en la cama mientras apretaba la runa con mi mano libre. Gilda colocó la daga y la poción sobre mi vientre. Cerramos los ojos y en pocos segundos el sueño de la runa nos atrapó.

Acto seguido desperté en la mente de Alain.

Sola.

No hacía frío ni calor.

No era ni de día ni de noche.

Lo primero que vi fue un solar inmenso. Un destartalado aparcamiento. Aquí y allá había coches, camionetas y motos desvencijadas. Era la parte del sueño de Alain que en el primer viaje a su

interior quedaba a mis espaldas. Traté de buscar la colina en la que serpientes de golosina me lamieron con sus lenguas de azúcar, pero de aquel mundo tan dulce no quedaba ni rastro.

Miré al cielo y vi que era el mismo mundo en el que yo estaba, pero al revés y ligeramente deformado. Las nubes eran espejos que desfiguraban el mundo. Todo estaba iluminado por una luz púrpura, como de atardecer.

Soplaba una brisilla caliente. El viento portaba un conjunto de sonidos que me eran conocidos y que, además, me traían recuerdos lejanos.

Durante unos segundos intenté identificarlos. Sabía que estaban guardados en un rincón de mi cerebro, pero no lograba sacarlos. Miré con más atención hacia el horizonte y distinguí unas formas que se alzaban casi hasta el cielo. Eran grandes gusanos retorcidos, enroscados los unos con los otros. De pronto, un reflejo brilló fugazmente sobre uno de aquellos gusanos y lo recorrió a toda velocidad. « ¡ !

Era un parque de atracciones abandonado.

No sabía a qué distancia estaba, ni siquiera sabía qué había en aquel lugar, pero mi *kalyxea* me empujaba hacia allí.

Caminé deprisa.

O todo lo deprisa que me permitían mis rechonchas piernecillas de hechicera.

Al principio los vehículos destartalados eran esporádicos; un camión allí, una furgoneta a unos metros, un par de motos a un lado... Sin embargo, conforme me acercaba al parque, había más y más vehículos.

Cuando me encontraba a cinco o seis kilómetros de la puerta del parque, la densidad de vehículos era tal que no pude caminar sobre el asfalto. Tuve que seguir por encima de los coches. Lejos, muy lejos, sonó un rugido.

No estaba sola.

Allí había alguien.

O algo.

Intenté acelerar el paso. Moverme por los techos y los capós de los coches era complicado. En una ocasión resbalé en el cristal de un todoterreno y caí golpeándome el costado contra el coche de enfrente. Me escurrí entre los vehículos y me colé por el hueco que quedaba entre ambos.

Me golpeé la cabeza contra el asfalto.

El cielo se volvió azul oscuro y dejó de ser un espejo para convertirse en un océano plagado de nubes. Oí que alguien me decía algo. Su voz era un eco lejano.

— ¿ ?

Me apoyé contra uno de los coches. Mi vista seguía nublada. Miré hacia la voz y vi el rostro de una mujer. Era una mujer muy hermosa. Su pelo castaño y sus ojos verdes eran tan parecidos a los míos...

— ¿ ?

La mujer me alzó (yo me sentía ligera, ligera y pequeña, como si hubiese encogido) y me colocó sobre los hombros de un hombre. Su pelo era también castaño. Intenté hablar o moverme, pero no pude.

A nuestro alrededor había un montón de gente. Todos iban en la misma dirección. Mi mano (pequeña y blanca) señaló hacia el frente. Allí estaba, la puerta del parque de atracciones. En letras grandes, detrás de una fuente, se podía leer « »

Había varias casetas en las que comprar las entradas. El hombre me bajó de sus hombros y me apoyó en el suelo. Me sentía diminuta su lado. Por los altavoces sonaba música alegre. La gente hablaba y reía.

Avanzamos hasta llegar a la puerta de entrada. Al otro lado se escuchaba el gentío, el rodar de los vagones por los carriles de las atracciones, las risas de los niños, los gritos en las montañas rusas... Caminamos hacia la entrada. Estábamos a punto de llegar... sabía que había estado en aquel parque el verano anterior... pero en esos recuerdos no era sino una niña. Traté de ahondar en los recuerdos, pero las imágenes se nublaron nuevamente.

Desperté.

Me toqué la cabeza y noté un líquido caliente y espeso. Estaba sangrando. El cielo era otra vez una masa de nubes de espejo. Había perdido el conocimiento durante unos instantes y tuve un sueño. O un recuerdo.

El hombre y la mujer... eran... no, no podía ser. Me habían abandonado cuando era muy pequeña, no me querían.

¡ Sí te querían !

¡Qué susto! La voz sonó en mi cabeza. Era la voz de alguien que conocía, de alguien con quien había hablado antes. ¿Quién sabía que estaba allí?

— ¿ ?

Me levanté, me limpié la sangre de la cabeza con la manga de la túnica y me senté en el maletero del coche.

— ¿i ?!

Y de nuevo escuché aquel rugido tan terrible de antes. Pero ahora sonaba más cerca. Horriblemente cerca.

¡ Shhhhh! No grites , él puede oírlo todo. Voy a ayudarte ... Pero por ¡ puede escucharte ... ”

—¿Él? ¿Quién es él?

“ No lo sé ... puedo oírlo cerca de ti. Su boca es grande y sus garras afiladas .

Aquellas palabras me pusieron los pelos de punta. Aunque lo que más me asustó fue el sonido que llegó hasta mis oídos. Era un aleteo. El aleteo atronador de una bestia enorme. Miré entre los coches, hacia atrás, y no pude ver nada..., al principio, porque pronto distinguí la figura de una criatura de color marrón que volaba hacia mí.

Era una monstruosa polilla.

No sabía si me había visto. Lo que sí sabía era que me había escuchado.

“ Tienes que esconderte, Bárbara. Escóndete o te devorará ”

Me agaché a toda prisa y me metí debajo del todoterreno por el que había resbalado . resonó por encima de los coches. Podía oír el aleteo sobre mí. Aquella cosa estaba suspendida en el aire.

“ Todavía no te ha visto. Pero te ha oído. Y huele tu miedo, el miedo puede conducir hasta ti ”

Me temblaba todo el cuerpo. El aleteo cesó y el todoterreno se hundió unos centímetros hasta rozar mi espalda. Había aterrizado sobre el coche. Podía oler mi miedo. Cuando el pánico me embargó, rugió y comenzó a aletear.

“ Está intentado levantar el coche. Deslízate por debajo , rápido, no te lo piens

Lo intentaba y no podía. El miedo me atenazaba los músculos, me golpeaba en el pecho y creaba una presión en mi corazón. Por fortuna, el todoterreno era muy pesado incluso para la bestia y le estaba constando levantarlo. Solo tenía que vencer mi miedo y salir... Pude ver cómo las ruedas del 4x4 comenzaban a levantarse. Primero unos milímetros. Luego unos centímetros.

“ Bárbara, por favor, corre ... ”

El maldito miedo me había convertido en una estatua de hielo. Tenía una última oportunidad. O lograba calmarme o la bestia me mataría.

Cerré los ojos.

Mi corazón palpitaba como una máquina de vapor. Sentía cada latido en mis sienes, cada respiración me ardía en los pulmones. Entonces recordé los ojos verdes de la mujer de mi sueño y el miedo disminuyó. « ». . soltó sus pezuñas y pude moverme. Gateé y me escurrí debajo de la caja de un camión que quedaba a mi derecha.

Justo cuando rodaba por debajo del camión, el todoterreno se elevó por encima del asfalto. Me había salvado por poco.

Se oyó un estrépito de cristales rotos y metal chafado. La bestia alada había soltado el 4x4 sobre otros coches.

“ ***Muy bien, lo has hecho muy bien*** .

La bestia todavía no se ha ido. Tienes que quedarte muy quieta y muy callada. Pero, sobre todo, no tengas miedo ”

Hice un esfuerzo, cerré los ojos y volví a la entrada del parque de atracciones. Había estado con mis padres. Me querían. No me abandonaron, algo había sucedido para que tuvieran que dejarme en el hospicio. Algo había ocurrido con ellos... Así, sumergida en los recuerdos de una infancia lejana y hasta entonces olvidada, pude escuchar a la criatura aletear, soltar un potente rugido y alejarse volando.

“ ***Se ha marchado, al menos por el momento*** ”

Repté hasta el hueco que instantes antes había ocupado el 4x4 y me puse de pie. La herida de la cabeza ya no sangraba y no era nada más que una molestia. Me subí a lo alto de un coche y miré alrededor: no había ni rastro de la bestia.

Tenía que continuar caminando hacia el parque. Una fuerza me atraía hacia él, como si aquella destrozada y pos apocalíptica *Tierra Fantástica* fuese un imán y yo una viruta de hierro.

— ¿ ?

No obtuve respuesta.

La voz también se había marchado.

No tenía ni un segundo que perder. Me lancé a la carrera sobre los coches. Ya no temía resbalar o caerme. Lo único que me preocupaba era no llegar a tiempo.

El cielo, de pronto, se quebró en un trueno grave como el bramido de un descomunal de piedra. El espejo que formaba el cielo se vistió con una textura nueva. Una textura salpicada por millones de pequeños bultos.

Comenzó a llover.

Diminutas esferas, como perlas plateadas, se precipitaron sobre el mundo de Alain. Las gotas caían despacio, ligeras, como pelotas de espuma. Apenas hacían ruido cuando golpeaban contra los coches. Estaban frías, muy frías, pero a pesar de ello me resultaron reconfortantes. Estiré las manos, sin dejar de correr, y dejé que cayeran sobre mi piel. Al chocar se quedaban adheridas unos instantes y luego se disolvían en volutas de humo plateado.

Por fin, después de correr durante unos minutos, llegué a la puerta. Algunas de las letras de la

entrada estaban desmoronadas y apenas se podía leer el nombre. La fuente de la puerta de acceso estaba apagada. El agua, sucia y enmohecida, recibía las gotas de lluvia como balas de plata.

Olía a charco estancado.

Pero a pesar del olor, había algo que me cautivaba. Me arrastraba hacia ella con fuerza. La lluvia cesó y las pocas bolas de plata que quedaban se difuminaron. La mágica luz del ambiente se rompía sobre el agua de la fuente, que brillaba con un verde encantador.

Un verde centelleante.

Un verde como de luz de neón.

Un verde radiactivo.

Si la voz de antes hubiera estado allí, me hubiese gritado « ¡ » . Pero no estaba y yo... yo no quería oír sus advertencias. El impulso era irrefrenable. Necesitaba meter las manos en el agua.

Caminé despacio y me coloqué junto a la fuente.

Olía a moho. A moho y a putrefacción. Era un olor desagradable, pero no retrocedí. Algo me suplicaba que lo sacase de allí.

Percibí movimientos bajo la densa capa de moho. Me agaché y estiré la mano. Una parte de mí vociferaba a pleno pulmón que no lo hiciese. Otra parte de mí, al contrario, me rogaba que lo hiciera.

Aparté la capa de moho. Estaba caliente. Pedazos de la viscosa sustancia se enredaron como lombrices de gelatina entre mis dedos. Entonces un cuerpo baboso y caliente rozó mi mano y en un acto instintivo la saqué a toda velocidad.

La superficie de la fuente tembló. Entre las algas mohosas apareció la cabeza de una tortuga inmensa. Su boca estaba plagada de colmillos. Tenía la piel cubierta de pústulas verdes , infectos como bolas de golf que rezumaban una sustancia espesa. Me eché hacia atrás hasta parar contra un coche. Era como Pellizcos, mi tortuga de tierra, pero en versión aterradora.

Sacó las patas y las apoyó en el murete de la fuente. Sus uñas eran largas como las garras de un oso. Su piel estaba llena de heridas. En ellas se movían cientos de larvas blancas. Era repulsivo.

La tortuga me miró, abrió la boca y me pareció ver que sonreía. Una sonrisa tenebrosa que decía « hace siglos que no pruebo bocado y tú vas a ser una comida maravillosa » . Se impulsó con velocidad increíble y sacó todo su cuerpo al asfalto, quedando a dos o tres metros de mí.

Su caparazón tenía el tamaño de dos coches. Su cabeza no podría ser abarcada con los brazos y sus patas eran gruesas como columnas. En la parte superior tenía una herida por la que salían escupidos, cada vez que la tortuga respiraba, un numeroso grupo de larvas, orugas y moscas. Por los orificios de su nariz asomaban esputos amarillentos.

Y otra vez sentí miedo. Pánico. Un pánico atroz e incontrolable que me volvió a dejar helada. Maldije mi cobardía sin dejar de mirar los ojos negros de la tortuga. Entonces se echó hacia atrás y abrió la boca. Cerré los ojos, a la espera de que se lanzase al ataque.

No tardó en hacerlo.

Se arrojó con la boca abierta. No fui capaz de moverme. Me limité a cerrar los ojos y esperar a la muerte.

Pero la tortuga no me comió.

Abrí los ojos y vi su cabeza a mi lado. Masticaba algo que no era yo. Entre sus dientes sobresalían pedazos de la bestia que me había atacado en el aparcamiento. Aterrada por la tortuga, no fui consciente de que la polilla estaba a mi espalda.

Cada vez que la tortuga masticaba se oían decenas de *cracs* , como si estuviese pisoteando cucarachas. La tortuga tragaba y tragaba y cuando expulsó una bocanada de pelos, insectos y sangre verde, vomité.

Alcé la cabeza y comprobé que la enferma tortuga se giraba hacia mí. La miré a los ojos, ya no tenía miedo.

La sonrisa que había esbozado y que decía « » súper polilla.

Le acaricié la cabeza.

—Gracias.

Ella hizo un gesto que decía « »

Sus patas delanteras flaquearon y se derrumbó sobre el asfalto. Su respiración se fue haciendo más lenta y pesada. Hasta que por fin, después de un minuto de agonía, la tortuga cerró los ojos. Para siempre.

Corrí hasta la entrada del parque. Las taquillas estaban desiertas. Las vallas abiertas de par en par. Fuera lo que fuese que había allí dentro, me estaba esperando.

De vez en cuando se oía el sonido de un vagón de montaña rusa zumbando a toda velocidad. Al entrar me embargó el olor a aguas podridas. Un gran lago se extendía a la izquierda del primer paseo. La superficie estaba cubierta por aquella masa viscosa de moho verde que brillaba con luz radiactiva. El silencio, sepulcral, solamente era roto, de vez en cuando, por el vagón de la montaña rusa.

Seguí corriendo.

Pasé al lado de unas puertas de cristal que quedaban a mi derecha. Dentro había un montón de máquinas recreativas. Algunas eran antiguas, otras mucho más modernas.

Me detuve un instante para mirar al interior. Una vez, durante mi entrenamiento en Úmbator, Kordther me dijo que aquellos sitios que reclaman nuestra atención han de ser atendidos: «El *kuisae* nos guía como las luces de los cometas guían a sus estelas».

Apoyé la frente en el cristal y coloqué las manos a ambos lados para ver el interior. No vi nada, pero sí oí algo. Sonidos sordos, apagados... ¿Qué había allí dentro?

Se formó un círculo de vaho en el cristal que me impedía ver. Pensé que era por mi aliento, pero cuando traté de limpiarlo el corazón me dio un vuelco.

El vaho estaba en el otro lado.

Algo respiraba dentro, apoyado contra el cristal.

Entonces sonaron más golpes y el cristal se llenó de marcas. Marcas de manos que se movían deprisa y se amontonaban donde yo estaba. Decenas de cosas me vigilaban.

La mancha de vaho se hizo más grande y se formaron legras .

¿ Quién eres ?

Oí chapoteos en el gran lago, a mi espalda. La superficie estaba llena de ondas y burbujas. Volví a mirar el cristal.

— ¿ ?

Borraron las letras, echaron aliento para crear la pizarra de vaho y escribieron de nuevo.

No .

Debía comunicarme escribiendo en el cristal. O eso creía, hasta que volvieron a escribir.

Pero podemos escuchar tus pensamientos .

Tragué saliva, respiré profundamente e intenté tranquilizarme. Unas irrefrenables ganas de salir corriendo invadieron mi espíritu. Aquellas criaturas podían leerme la mente. Escribieron algo que me puso los pelos de punta.

*Tienes miedo, estás pensando en marcharte. No sabes lo que somos . ¿ ,
espíritus, fantasmas ...? , ¿ ?*

« No —pensé— mi deber es conocer la verdad. No pienso marcharme hasta haber hablado con vosotros».

Entonces no mires hacia atrás . .

Si no deseas que alguien haga algo, no le digas que no lo haga. ¡ !

Me giré y vi que unas criaturas alargadas comenzaban a salir del lago. No tenían patas. Sus

cuerpos eran alargados y gordos como hipopótamos sin patas. Sus bocas terminaban en un pico afilado de molusco. Alrededor de la cabeza tenían un par de tentáculos repletos de ventosas. Carecían de ojos, pero olfateaban el aire con las hendiduras que había sobre la base de su pico. Primero salieron dos, luego tres, cuatro... Docenas de viscosidades del pantano estaban llenando la orilla. Una orilla de cemento que subía una leve pendiente de diez o doce metros hasta la carretera.

Y al otro lado de la carretera estaba yo, aterrada, perpleja.

Las viscosidades eran lentas. Daban saltos curvando el cuerpo y avanzaban unos pocos centímetros. Todavía tenía tiempo. Al volverme hacia el cristal, las cosas habían repetido la pregunta inicial.

¿ Quién eres ?

« Me llamo Bárbara, tengo quince años y soy Guardiana de la Luz ».

¿ Guardiana ? Qué interesante. Hacía mucho tiempo que no veíamos a un Tal vez, siglos .

«¿ Hace siglos? —pensé—. Estoy en el mundo de Alain, él solo tiene once años ...»

No estás en el mundo de Alain .

«¡¿Cómo?!»

¡ Qué sorpresa ! ¿ Verdad? Quizás , la próxima vez, deberías tener más confías

Me estremecí. ¿ ?
pequeñas manos golpearon el cristal. Cientos de huellas dactilares quedaron grabadas. Borraron las letras anteriores y dibujaron una tortuga. Era idéntica a mi *etsixia*. «¿ mi etsixia »?

Nosotros sabemos todo lo que sabe nuestra señora. Y ella sabe mucho sobre ti ...

Sabían mi nombre de Guardiana. Servían a una mujer... ¿Era Elizabeth? ¿ Sombría?

Los chasquidos de las viscosidades sonaban a mi espalda. Me giré y vi que había cientos. Las más adelantadas apenas habían avanzado un puñado de metros. A pesar de su lentitud y aparente torpeza, me causaban un pánico inhumano. Abrían y cerraban el pico con nerviosismo.

¡ Chac, chac, chac!

El murmullo que generaban al abrirse y cerrarse era escabroso. Unas intentaban trepar por encima de otras y los mordiscos lanzados al aire desmembraban a sus compañeras formando una

sopa de vísceras y sangre.

Espantoso.

Quería salir de allí cuanto antes. «Entonces, si como decís, este no es el mundo de Alain, ¿dónde se supone que estoy? »

***Dónde, cuándo, cómo, por qué ...
Dudáis, desconfiáis, vaciláis, os convertís en criaturas indefensas, atezadas por el
miedo a lo desconocido ¿
estás ?***

« Sí. Debo encontrar a una amiga y salir de aquí lo antes posible. Es una misión muy importante ».

***Importante
nombres ...***

Las viscosidades del pantano habían recorrido medio camino. El crujir de sus mandíbulas resonaba en mis oídos.

¡Chac, chac, chac!

... los mortales lo conocéis como Pesadilla. También se llama Nocturnos .

«¿Cómo puedo salir de aquí?»

***Entrar es muy sencillo. Pero salir es mucho más complicado . ¿
cómo hacerlo seguiríamos aquí encerrados? Lo sentimos mucho, Vhalesi, pero de aquí
no se puede salir tan fácilmente .***

De pronto, miles de manos invisibles golpearon el cristal con violencia. Toda la estructura tembló ¿Qué ocurriría si se quebraba? Aquellos seres escaparían. Yo no quería que saliesen, me daban miedo, tanto miedo como las viscosidades del pantano.

«Morfeo me dijo que tenía que encontrar el camino. Que él abriría una puerta para escapar.»

¡ MORFEO ES UN MENTIROSO !

Escribieron con letras torcidas y llenas de rabia.

***¡ ÉL NOS ENCERRÓ AQUÍ ! ¡ NOS CONVIRTIÓ EN PESADILLAS
SEÑORA ES BUENA !***

Otra vez acometieron contra el cristal. Pequeñas rajitas se abrieron en la superficie. Decidí huir a toda prisa. No habían despejado mis dudas, pero al menos sabía dónde estaba, que alguien me había traicionado y que ella (¿Elizabeth? ¿Orúbatar?) estaba al tanto de mis movimientos.

Al girarme, descubrí horrorizada que algunas viscosidades habían superado la inclinación de la

playa de cemento y estaban en la carretera, a pocos metros de distancia, levantando sus picos carnívoros y haciéndolos castañetear a modo de advertencia

¡ Chac, chac, chac!

En terreno llano se movían más rápido. En poco tiempo las tendría encima. Me lancé a la carrera.

Cuando me había alejado un trecho escuché un estruendo de cristales. Las cosas del otro lado se habían escapado. Muchas de las viscosidades se lanzaron hacia el escaparate recién quebrado, mientras que otras seguían mi rastro.

Al salir a la luz púrpura de aquel extraño mundo, las cosas del interior de los recreativos se materializaron. Eran criaturas humanoides, con la piel tan clara que se transparentaba. Podía ver sus venas conduciendo la sangre, su corazón latiendo, sus pulmones inflándose como sacos de carne. No tenían ojos, ni rostro, ni pelo.

Las viscosidades del pantano no dejaron ni una sola con vida. Las agarraron con los tentáculos y las trocearon con sus picos.

Me di la vuelta y continué corriendo.

Las dudas me carcomían como termitas devorando un pedazo de madera. No estaba segura de cuál debía ser el siguiente paso. Pero si algo tenía claro, era que debía salvar a Diana y luego encontrar a Orúbatar.

«¿ Y si tienes que escoger ?» Me preguntó la pequeña Bárbara de mi cabeza. « ¿ Y si llegas a un momento, has de optar por uno de ellos dos? Imagínate: Diana, o el Elegido ». y me negué a seguir escuchando. Pero la voz de mi interior no se dio por vencida, me lanzó una última y estremecedora pregunta: « ¿ o no ?» . Entonces sonreí, y pensé que si ese momento llegaba, lo afrontaría como una Guardiania: con valentía y honor.

No iba a abandonar a ninguno de los dos, aunque tuviese que morir en el intento.

ORIÓN

El banquete

La historia de Kordther giraba dentro mi cabeza como un abejorro alrededor de una flor. No podía dejar de pensar en Orúbatar. Como el eco de una campanada, su rostro permanecía en mis retinas.

La brújula nos llevó de vuelta. Para nuestra sorpresa, Kukubinabalain estaba en nuestra habitación.

— ¡

— ¡

El hecho de haber perdido a Luna dos veces en tan poco tiempo hacía que la quisiera mucho más. Y es que *mejorpeor* amiga solamente hay una.

— ¡Las caquitas de gusano comparten estercolero!

Me tumbé en la cama y me reí de las palabras de Kukubinabalain.

— ¿

El color de su cara cambió al rojo y su boca se torció en una sonrisa llena de maldad. Maldad y astucia.

—Bien. Si los humanos blandengues tienen hambre, les puedo preparar un delicioso plato de wrembis recién hechos.

— ¡ !

Yo me retorció de la risa. Reí hasta que me dolió la tripa.

—He traído las ropas para el banquete —comentó Kukubinabalain—. Están sobre la cómoda de la muchacha fea y arguellada.

— ¡ !

—Reconoce —le dije a mi amiga— que el bicho con patas tiene buen ojo.

Luna frunció el ceño, apretó los labios, gruñó como un perro enfadado y me lanzó un cojín a la cara. Kukubinabalain dio un par de patadas al suelo y sus orejas humearon. Con una sola frase había conseguido enfadar a Luna y al mayordomo más insolente del universo. Todo un récord. Para no explotar, Ku se marchó. Cerró dando un portazo.

—Mira lo que has conseguido —dijo Luna sonriendo—, has cabreado al pobre e inocente Kukubinabalain —se tumbó en la cama boca arriba—. ¡Añoro mis dragones!

—Luna —puse voz solemne—, la Dama de Los Peluchodragones.

—Ríete si quieres, pero los echo de menos.

—No te pongas triste. Quizá veamos dragones de verdad.

Luna se levantó de un salto.

— ¿ ?

—Sí, lo dijeron en el concilio en el que estuve el primer día. Una ninfa llamada Ayexey, que es una criatura muy importante, dijo que algunas exploradoras habían avistado dragones.

Mi amiga sonreía de oreja a oreja.

—Mooooola.

—No lo sé si moooooola tanto, porque hasta los guerreros elfos pusieron cara de «
verdad ».
mejor será no tenerlos cerca.

—Me da igual, quiero verlos.

— ¿

—Soy una maga —dijo sonriendo.

—Una maga muy poderosa... que al lanzar un hechizo se desploma como un saco de patatas.

—Al menos sé lanzar hechizos .

Dio en el blanco. Dicen que si te acercas al toro te llevas una cornada. No contesté, pero le saqué la lengua.

Me acerqué hasta la cómoda y cogí las ropas que nos habían preparado. Un vestido, unos pantalones, una camiseta y dos capas. Y una diadema. Y cuatro muñequeras de cuero y plata. Debajo de las prendas había una pieza de metal del tamaño de una moneda. En el centro tenía grabada una runa dorada envuelta por diminutas hadas.

— ¿ ?

—Ni idea.

La cogió. Acto seguido, la pieza se iluminó con una pequeña explosión. Apareció la imagen tridimensional y etérea de Xeye. En pequeño, como de un palmo de altura. Una mini Xeye.

— ¡ !
una sonrisa.

Luna y yo nos miramos y nos encogimos de hombros.

— ¿ ?
que te guste. Está confeccionado con la mejor seda de Úmbator. No sé cuánto habréis tardado en tocar la runa, pero las hadas que he enviado para ayudaros deben estar a punto de llegar a vuestro cuarto. ¡Adiós!

La imagen de Xeye desapareció y la runa se apagó. Y como si todo estuviese cronometrado, sonaron unos golpes en la puerta y se oyeron un montón de risitas.

—Serán las hadas —dije sin inmutarme, como quien dice « llaves »

Luna abrió la puerta y allí estaban las cinco hadas de Xeye.

Las hadas son alucinantes. Mariposas grandes y luminosas, pero con cuerpo de mujer. Sus alas son enormes en comparación con su cuerpo, tan finas que se transparentan.

— ¡ !

Y luego rieron. Las hadas siempre están riendo y cantando. Volaron por el cuarto hasta que, tras un rato de revoloteo, se posaron por todas partes; una en la cama, dos en la cómoda, una sobre mi cabeza y otra en la mano de Luna.

— ¡ !

—Sí, soy Luna.

Mi amiga sonreía como si hubiese visto un dragón. Las otras hadas fueron hasta ella y revolotearon a su alrededor.

— ¡ !

— ¡ !

— ¡ !

— ¡ !

— ¡ !

Entonces las hadas comenzaron a desnudar a Luna hasta que cayeron en la cuenta de que yo seguía allí. Se giraron todas a la vez y me miraron con los brazos cruzados.

— ¡

Luna me miró levantando una ceja en plan de « lo tienes crudo »

—Está bien, está bien —dije sonriendo—, esperaré fuera.

Salí del cuarto y me apoyé contra la puerta. Gente del norte iba y venía por el pasillo, de un lado a otro. Trabajaban sin descanso para que todo estuviese listo. Pasaron hombres, mujeres, y belaks. Tres elfas, altas y elegantes, vestidas con túnicas vaporosas, pasaron caminando despacio. Una de ellas me miró.

—Saludos, elegido —dijo.

Su pelo tenía el color de las naranjas maduras. Sus ojos eran casi blancos y me miraban con intensidad. Estaba muy seria.

—Saludos —respondí torpemente.

Inclinó la cabeza levemente y se marchó con las otras dos elfas. ¿Cómo de unas criaturas tan hermosas podía surgir alguien como la Elfa Oscura?

De nuevo, mis pensamientos se perdieron en la imagen que Kordther había proyectado de Orúbatar sobre el lago.

Orúbatar.

Su nombre me resultaba tan extraño como atractivo. Con el solo hecho de pensar en ella, un escalofrío recorría mi espalda. Aquella elfa de largos cabellos negros me causaba un miedo profundo y atroz. Pero también me atraía, como si tuviese el poder de atar mis pensamientos a los suyos.

Además, la sentía cerca. Era un presentimiento, algo inconsciente, como cuando se acerca una tormenta y estás incómodo sin saber el porqué.

Qué extraño era todo. Un amasijo de sentimientos encontrados me aturdí. Las fuerzas que amenazan Úmbator eran muy poderosas. Si la oscuridad vencía en Úmbator, las garras de los enemigos se abalanzarían sobre la Tierra.

Nuestro mundo estaba en peligro.

Peligro de muerte.

¿ Servirían de algo los tanques y las pistolas ? ¿ Y las bombas ? ¿ Serían los ejércitos de la Tierra capaces de superar la magia del Archimago ?

De pronto la puerta se abrió. Además de sacarme de mi ensimismamiento, hizo que cayera de espaldas al suelo. Mientras me levantaba, miré hacia dentro. Las hadas revoloteaban por la habitación, lanzando chispas de todos los colores. Aleteaban como bengalas diminutas, cantando una canción sin sentido.

¡ Luna llena, Luna nueva ! ¡ Luna entera, Luna bella !

El agua corretea veloz y los ciervos vuelan como caballos en la llanura, como peces de colores

¡ Luna llena, Luna nueva ! ¡ Luna entera, Luna bella !

Cuando terminó la canción, las hadas se marcharon.

— ¿ ?

La miré. Chicas, chicos, Lu estaba impresionante. Más que impresionante, estaba deslumbrante, guapísima. Me quedé embobado. Al verla tan guapa sentí que la amaba, que la amaba mucho más que a una amiga: La quería como a una hermana. Sí, mi *mejorpeor* amiga me había arrancado un pedazo de corazón y se lo había comido a bocados.

—Jo, estás guapísima —dije asintiendo con la cabeza.

— ¿ ?

Se miró al espejo y dio una vuelta para verse por delante, por detrás y de medio lado. Luego me miró y sonrió. Llevaba un vestido verde oscuro con escote “palabra de honor” (palabras textuales de Lu) que le bajaba hasta las rodillas, y unos zapatos blancos con tacón plateado. Le habían recogido el pelo con un montón de florecillas de colores y le habían puesto una diadema de plata.

—Sí, sí, estás muy guapa —sonreí con maldad—. Aunque no te lo creas demasiado, tal vez sea cosa de un hechizo de las hadas... A lo mejor, en cuanto te quites el vestido vuelves a ser tan feúcha como siempre.

— ¿ ?

—Dime, renacuajo.

— ¿ ?

— ¡ !

—Físicamente, es posible. Pero mentalmente hace años que te llevo ventaja.

La imité con emes y bizcando los ojos. Tronchante. Tronchante e infantil. Tronchante, infantil y patético.

—Mimimamente mes momible, memo memmalmente mame mamos me me memo memaja.

Se me quedó mirando en plan de « para poder usar un chupete».

— i
hacérselo a Sedat.

— ¿ ?

—Ajá, a ese mismo.

—He estado pensando y creo que ya sé qué le pasa a Sedat.

El rostro de Luna cambió, pero supuse que era porque esperaba alguna de mis finas barbaridades. Era cierto que iba a soltar una de mis finuras, pero no era cierto que el semblante de Luna cambiara por eso.

No.

Ni mucho menos...

—Le pasa —continué ajeno a las dos personas que tenía detrás de mí, mientras bajaba mis manos hasta la parte donde acaba la espalda y comenzaba a rascarme imitando a un mono— que tiene el culo infestado de wrembis.

« Culo infestado de wrembis » es una expresión maravillosa, dulce y cariñosa que, por motivos extraños, a Sedat Tirises, capitán de la guardia de Sionsen, no le resultó graciosa.

El silencio de Luna, sus miradas por encima de mi hombro y la risita apagada de Ilza consiguieron dos cosas: que comprendiese quién estaba detrás de mí y que dejara de sonreír. Mi sonrisa se convirtió en una mueca de «la he fastidiado » , .

Caminé hasta ponerme al lado de Luna y me giré despacio, muy despacio. ¿Adivináis quién estaba en el umbral de la puerta junto a Ilza? Exacto, ni más ni menos que Sedat, el Elfo Ceño Fruncido de la Perpetua Mala Leche. Y yo acababa de decir que tenía el « wrembis »

Lu puso su mano sobre mi hombro. No sé si lo hizo en un gesto de compasión o en un gesto que le decía al elfo « »

Pensé que estaba muerto.

Pero no. Sorprendentemente, el elfo no desenfundó sus machetes, ni se entretuvo cortándome en finas rodajas. Por increíble que parezca, en su boca se dibujó una sonrisa. No era exactamente una sonrisa simpática o amable, sino una sonrisa parecida a la del Joker, de Batman.

Pero era una sonrisa, al fin y al cabo.

—Veo —dijo el elfo sin borrar su sonrisa, que cada vez daba más miedo— que os lo pasáis muy bien. Me alegro. Pero, si yo fuera tú dejaría de hacer el idiota y me vestiría . esperando, comerás a su lado .

El miedo se borró de mi mente. ¡Plaf! De un plumazo. Iba a comer al lado de Kira. Ya podía sacar Sedat sus machetes y hacer *sushi* conmigo, no me importaba.

—Luna —continuó Sedat—, tú te vienes conmigo, comerás con los elfos.

— ¿ ?

—Sí, has oído bien —dijo Ilza—. Aelaina, una maga elfa, ha estado hablando con Luthental. Tu maestro le ha contado maravillas sobre ti. Quiere conocerte en persona y charlar un rato contigo. Os llevaréis bien, es una elfa encantadora.

—Sí —apuntó Sedat—, Aelaina no odia a los humanos.

« Como tú », estuve a punto de decir. Pero me tragué las palabras, que pasaron por mi garganta como una bola de pelo.

Luna se marchó con el elfo e Ilza se quedó conmigo.

—Comerás junto a Kira, en la mesa real —me dijo con su peculiar sonrisa.

Se me quedó mirando y yo a ella en una de esas estúpidas situaciones en las que uno tiene que hacer algo pero, por lo que sea, ni se le pasa por la cabeza. Ilza continuaba mirándome mientras yo pensaba en Kira y sonreía como un bobo.

—Esto... —Dijo al fin—. Deberías vestirme, vamos a llegar tarde.

— ¡ , !

Ilza se dio media vuelta y yo me vestí con las ropas que me habían preparado. Las mías no eran alucinantes ni venían con un pack de hadas mágicas, pero aun así eran chulas. Unos pantalones negros bastante recios, una camisa y una capa de pelo de oso. Me miré en el espejo y no me vi nada mal, la verdad. Me sentí guapo. Tenía que estarlo para mi encuentro con la princesa.

— ¡

Ilza me miró y dijo que la ropa me quedaba bien.

—Pareces un guerrero —comentó guiñando un ojo.

El salón principal era grande como un palacio. En tres mesas alargadas se dispusieron cada una de las razas. En la de la izquierda, los elfos; en la de la derecha, los humanos; en la central, las ninfas. Creo que el rey decidió distribuir así las mesas para evitar que los elfos y los humanos se matasen en mitad del convite. Hombres y elfos son como la gasolina y los mecheros: cuanto más lejos, mejor.

El techo era de cristal, con forma de pirámide. Sobre él caían los copos de nieve de una ligera nevada. Cuatro magníficas chimeneas, cada una en una esquina, ardían con fuegos que calentaban la estancia. Cada fuego era de un color distinto. Uno azul por el agua de los mares; otro verde por los árboles de los bosques; otro blanco por la nieve del Norte; y el último gris, como las dunas de las llanuras.

Cinco pendones ondeaban movidos por un viento mágico. En ellos estaban prendidos los blasones de cada reino. Cinco escudos para cinco reinos. El escudo de Ímbacel, cruzado por dos

espadas de acero y una corona de laurel. En el centro, un caballero con una armadura de plata. El escudo de Kiiba, con dos espadas de fuego atravesándolo y en el centro el emblema del águila y el tiburón. El escudo de Sionsen, atravesado por una única espada de cristal, dos alas de fuego y la cabeza de un dragón como emblema. El escudo de Dhotlaren, con su característico oso en el centro, dos hachas cruzándolo y una corona en la cresta. Y por último, el emblema de las ninfas, sin escudo ni armas, tan solo una inmensa mariposa verde con destellos dorados.

Al fondo, sobre una tarima de piedra, una mesa presidía el banquete. En un sitial se sentaba el rey y a su lado estaba Kordther. En el centro había un asiento vacío con un estandarte grande en el que estaban los cinco escudos. A la izquierda del trono vacío había dos sillas desocupadas.

Las mesas estaban abarrotadas.

—Creo que solo faltábamos tú y yo —dijo Ilza mientras caminábamos hacia la mesa presidencial.

—Y la princesa —añadí.

La maga asintió y seguimos hasta la tarima. El rey me saludó con un gesto y yo le devolví el saludo. Ilza me dijo que me sentase junto a la silla del estandarte.

Ella se sentó a mi izquierda.

Cuando ambos estuvimos sentados, la gran puerta por la que habíamos entrado se abrió y apareció la princesa. Kira, la chica más guapa del universo.

No llevaba ropas ostentosas, sino una sencilla túnica blanca con bordados de plata. Caminó entre las mesas, con paso seguro. Su larga melena dorada ondeaba como una bandera de oro. A cada lado caminaba una guerrera de Dhotlaren con hacha, escudo y armadura de cuero y acero.

La princesa llegó hasta la mesa.

Al mirarla, vi en sus ojos una llama de color verde claro, como las hojas nuevas de los árboles. Su porte era increíble, regio, ya sabéis, como en plan de súper chica.

Arrolladora.

Y estaba guapísima.

Se sentó y sonrió a todos los presentes.

—Que la luz os guíe —dijo—. Es un honor presidir este banquete, y me gustaría desearos que paséis una hermosa velada, y que sea este un encuentro amistoso.

Los Elfos inclinaron la cabeza. Los humanos se levantaron y saludaron reverencialmente. Las ninfas rieron y lanzaron destellos mágicos al aire.

—Hola —me susurró cuando llegó.

Una de las mujeres del este se levantó y gritó con voz potente.

— ¡ !

—

oeste.

i

Los humanos estallaron en aplausos mientras los elfos mantenían la compostura y las ninfas reían y aplaudían como chiquillas. Busqué a Luna y la vi al lado de una elfa de pelo corto. Esta sujetaba un cayado de cristal atravesado por un rayo de luz que cambiaba de color continuamente.

Al fin se calmaron los ánimos y el silencio se adueñó del salón. En la mesa de las ninfas estaba Xeye, levantó los ojos y sonrió al verme. A su lado, una de las ninfas se puso de pie, miró a Kira y se inclinó exageradamente.

—Señora, mi nombre es Eindaxela. Provengo del este de Kiental y tengo un regalo para vos.

Kira sonrió y se levantó.

— ¿ ?

—Es una canción, mi Señora —respondió la ninfa con timidez risueña—. Yo misma la he compuesto durante mi estancia en este castillo.

— i ,

Las ninfas rieron con gran júbilo. Eindaxela se inclinó otra vez en señal de respeto y se puso a cantar. Su voz sonó como una brisa cálida y suave. Cuando acabó, no hubo en la sala criatura que no se estremeciera de felicidad. Busqué a propósito el rostro de Sedat y, aunque en cuanto su mirada se cruzó con la mía volvió a fruncir el ceño, sus arrugas se habían suavizado y sus ojos brillaban de emoción.

Kira tenía lágrimas en los ojos.

—Va a ser terrible —Dijo Huyik con su voz inmensa— ver marchar a las ninfas de mi castillo. Vais a dejar una profunda tristeza en vuestro lugar.

Eindaxela volvió a sentarse.

Aunque aquello era un banquete, en las mesas no había ni rastro de comida. Mi estómago rugió como un gato enfadado y Kira rió.

—Enseguida comeremos, Orión.

Sentí vergüenza por tener hambre. ¿Por qué cuando se está enamorado se tiene vergüenza de las cosas más absurdas? Te mueres de vergüenza si te hace ruido el estómago, si te suda la mano, si se te escapa saliva al hablar...

Kordther carraspeó, golpeó el piso con el bastón y las conversaciones cesaron.

—Hoy celebramos nuestra alianza, nuestra amistad —hubo aplausos y vítores de hombres y de algunos elfos—. Pero, desgraciadamente, el tiempo de los festejos ha llegado a su fin. Hay que prepararse para la batalla. La guerra es inminente. El enemigo es cada vez más poderoso y sus ejércitos están prestos para el ataque. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que eso ocurra? No lo sabemos. Elfos, ninfas y humanos, nos hemos reunido en Dhotlaren una última vez antes de que las mechas de la guerra prendan. Hoy, al atardecer, elfos y ninfas partirán del Norte y se dirigirán a sus respectivos hogares. Los humanos del este volverán a las costas y los del oeste a las amplias llanuras. Mientras tanto, en Dhotlaren entrenaremos al Elegido lo mejor que podamos.

Una elfa se levantó.

— ¿
pueden percibir su espíritu en Úmbator. No obstante, Kastel, consejera de Sionsen y maga poderosa, intuye un ligero eco de su existencia en Noctnuros. Algo extraño está pasando...

Murmullos llenaron el salón. Voces apagadas y gestos de desaprobación se extendieron por los rostros de los presentes. Ilza se removió inquieta. Kordther guardó silencio unos segundos mientras se mesaba la perilla.

—No sabemos dónde está nuestro querido Ilaiesis. Y en relación a Noctnuros, yo mismo tengo malas percepciones. Vivimos tiempos aciagos y peligrosos.

Ayexey tomó la palabra.

—Los bosques hablan. El viento susurra. Los ríos murmuran. Las ninfas no sabemos qué está sucediendo, pero lloramos la pérdida de luz. La lluvia oscura pudre la tierra, los árboles mueren y las bestias escapan a nuestro control. Nosotras decimos «mismos cuando abrazamos el presente»... pero como ha dicho Kordther, son aciagos y peligrosos nuestros días. ¿Cómo hacer brillar el hoy si la vida se nos escapa como arena entre los dedos? —Ayexey levantó las manos y conjuró una docena de pajarillos de colores que se posaron sobre las lámparas. Trinaron una canción colmada de tristeza—. Yixa, nuestra suma sacerdotisa, me envió para empujar un mañana hermoso plagado de vida. ¿Qué destino le espera a Úmbator? —Al igual que las ninfas transmiten una profunda alegría, también pueden contagiar la pena como si se tratase de una enfermedad. El pálido rosa de la piel de Ayexey se oscureció—. Los bosques hablan... El viento susurra... Los ríos murmuran... Y el mensaje de todos ellos es terrible.

Kira se levantó y habló con voz clara.

—Entiendo la preocupación que a todos nos acosa, pero no es este lugar para hablar de tales cosas. Os pido, por favor, que dejemos las cuestiones de la guerra para después. Ahora, disfrutemos del banquete.

Kordther asintió. Aelaina pidió perdón con un gesto, Ayexey se sentó y no se volvió a hablar de la guerra ni del Archimago. En cuanto Kira se sentó, ordenó que tocaran música. Tres elfos y una elfa tomaron un arpa, un par de tambores y una flauta de madera y comenzaron a tocar.

Luego, la princesa dio órdenes de que comenzara el festín.

¡ Y qué festín !

Entraron bandejas llenas de los más extraños manjares y las más asquerosas porquerías. Para los humanos, bandejas repletas de aquellos bichitos verdes que tanto le gustaban a Alky, gallina a la miel, pato dorado con menestra de caracoles, pollos asados al zumo de mandarinas amargas, caballo hervido con patatas, sopa de cangrejo... Para los elfos, frutas de todos los colores, formas y tamaños y un montón de bebidas: algunas en jarras de cristal con pedazos de fruta dentro, otras servidas en vasos pequeños que despedían vapor verdoso, otras en tubos largos y finos que se mezclaban con otras de otros tubos y de otros colores... En fin, una auténtica pasada.

En nuestra mesa pusieron bandejas repletas de aves y mamíferos preparados de todas las maneras posibles: asados, hervidos, fritos, a la plancha, a la brasa, rebozados, empanados, rellenos, en pastel, confitados, marinados, curados, escabechados, secos, salados, etc.

Yo comí algo parecido al pollo y un poco de algo semejante al cerdo. No sé si fue porque tenía hambre, pero me supo riquísimo. Kira comió poco, muy poco. Parecía triste y apenas habló mientras comimos. Tan solo un puñado de palabras y todas con Huyik. Me sentía desplazado.

Así que, para no morir de aburrimiento, hablé con Ilza. Mirando a Luna le pregunté por los dragones.

—A mí también me encantan los dragones —dijo—, pero son peligrosísimos. Antes se entrenaba a los magos de fuego con ellos, pero cuando el Archimago se hizo más poderoso, los corazones de los dragones se oscurecieron, se volvieron incontrolables. Durante muchos años, el Rey Oscuro los utilizó en la guerra y con ellos aplastó a todos los pueblos del sur. La última batalla tuvo lugar en las ruinas de la Ciudad Gris.

—Qué nombre tan triste.

—Era una ciudad luminosa y hermosa como pocas. Tal vez la única ciudad parecida en belleza sea Sionsen, la capital de los elfos. La Ciudad Gris también era de los elfos, aunque en ella vivían muchos humanos. De hecho, antes de su destrucción, el rey era un hombre y la reina una elfa. Hay una historia muy triste sobre su hija pequeña Aleya... Pero en fin, esa historia tendrá que quedar para otro día. El nombre de Ciudad Gris se lo pusieron las ninfas. En su lengua la llamaron *Yixeree*, que significa Hogar de Plata, pero al traducirlo a la lengua común se utilizó “gris” en lugar de “plateado” porque la ciudad había perdido su antiguo brillo. En las puertas de la Ciudad Gris tuvo lugar la batalla que le dio la victoria al Archimago sobre todas las tierras al sur de Kiental. Mil elfos, cien centurias de hombres de Kiiba, cincuenta de hombres del oeste y un puñado de ninfas lucharon contra los ejércitos de orcos, trolls y trasgos. La batalla se iba ganando hasta que Orúbatar irrumpió con sus huestes de muertos vivientes por el este. El ejército de ese flanco cayó y el izquierdo quedó desprotegido. A duras penas pudieron recomponerse, pero al fin lo lograron, sobre todo debido a la entrada en combate de los jinetes del oeste. La Elfa Oscura tuvo que retirarse y la mayoría de bestias del Archimago fueron aniquiladas. La victoria parecía segura. Hasta que llegaron ellos...

» Medio centenar de dragones. Dragones de fuego, dragones de hielo y dragones sombríos. Se

lanzaron contra nuestras tropas sin piedad. Las flechas mágicas de las ninfas derribaron a diez, tal vez a doce... Pero no fue suficiente. Ni la magia de los humanos ni la fuerza sin igual de los guerreros élficos pudieron resistir el ataque. Las ninfas usaron su hechicería y levantaron muros de arena, creando una esfera de protección casi impenetrable. Sin embargo, los alientos ardientes de los dragones de fuego, los alientos gélidos de los dragones de hielo y los alientos necrófagos de los sombríos rompieron las defensas y aniquilaron a gran parte de las tropas.

Ilza se quedó en silencio.

Yo no dije nada.

Kira comía sin mediar palabra mientras el resto de comensales disfrutaban del banquete. Todos menos las ninfas, que se dedicaban a hablar entre ellas bebiendo agua fresca.

—Ayexey —dijo Ilza después de un largo silencio— estuvo allí. Se dice que ella sola, con su arco, derribo a dos dragones de la sombra. Las ninfas son increíblemente diestras con el arco, ni siquiera los elfos pueden superarlas.

—Xeye —comenté— no usa arco. Nos ha enseñado cosas muy chulas... pero las cosas chulas solo las hace ella. A nosotros nos toca aprendernos un montón de nombres de plantas y hierbajos —resoplé—. Es aburridísimo.

Ilza se rió y recuperó su habitual semblante de jovialidad. Su voz es preciosa. Recordé cómo cantó a Kamarbal y no pude evitar sonreír. Aunque, después de escuchar a Eindaxela cantar, cualquier voz me parece insulsa... Menos la de Kira.

— ¿ ?

—Supongo, ¿a quién no le gustan unos gigantescos reptiles voladores que escupen fuego? Pero después de lo que me has contado me asustan más que antes. Sin embargo, a Luna... Ya te he dicho que le apasionan, es una pasada. Tiene su cuarto repleto de peluches de dragón.

— ¿ ? ¿ ?

Sonreí. Sonreí porque me parecía gracioso que Ilza no conociera el significado de la palabra y también porque «peluche» es una palabra simpática.

—Es algo así como un muñeco blandito y con pelo.

Ilza asintió. Creo que no terminaba de entenderlo. Se quedó unos segundos pensativa. Luego habló de nuevo.

—Tenéis que ir a la sección de dragones de la Valagsnaye.

—Uuum, no sé —dije arrugando la frente—, nuestra primera experiencia no ha sido demasiado agradable.

—

i

!

i

os hubiera utilizado para darle de comer a sus retoños. ¡A quién se le ocurre atacarla! ¡Pobrecilla, esta mañana he hablado con ella y todavía está asustada por lo sucedido! Luna y tú deberías ir a disculparos.

—Sí... claro... Iremos un día de estos... Por cierto, has dicho que nos hubiera utilizado como comida para sus retoños. Pensé que solo quería matarnos —ironicé.

—No, es mucho peor que eso. El veneno de las mandrúburas no mata, simplemente te deja en un estado de coma. Luego, mientras duermes, te inyecta millones de huevos y unas semanas después eclosionan y las larvas se te comen por dentro. De todas maneras —dijo quitándole importancia—, la culpa fue mía, debería haberos dado más indicaciones. Bueno, fue el propio Kordther el que me aconsejó dejaros más libertad. Conjeturo que se trataba de una prueba de vuestras habilidades.

—Si era algo así como un examen, suspendimos.

—
como un valiente. i

—Si no hubiera sido por Sedat, las cosas habrían sido terribles —me estremecí— Ahora mismo, un montón de mini bichos estarían comiéndonos las tripas. Fue una suerte. Nos salvó la casualidad.

—Kordther no deja nada al albur de la casualidad, puedes creerme. Bueno, tenéis que hacerme caso e ir a la sección de dragones, Luna va a disfrutar como nunca. Si quieres darle una sorpresa, esta es tu oportunidad... Por cierto, habéis negado ser novios... ¿Luna es tu esposa?

Me reí a carcajadas.

Me reí tanto que hasta Kira se giró. No pareció molestarle. Más bien al contrario; una sonrisa llena de dulzura se dibujó en su rostro. Yo continué riéndome un buen rato. Me habían preguntado muchas veces si era mi novia, hasta ahí todo bien. Pero la pregunta de Ilza era demasiado. ¿Mi esposa? Casi me da algo.

Kira no se molestó, pero Ilza sí. Un poco.

— ¿?

—Nada... Solo es que siempre nos preguntan lo mismo, aunque de un modo diferente. Ella y yo somos buenos amigos, nada más.

La maga río. Al igual que Sedat estaba enfadado desde que se levantaba hasta que se acostaba, Ilza era la alegría personificada. Puso su mano sobre la mía, me dedicó una preciosa sonrisa y el azul de su mirada me embargó.

—Ilza —dijo Kira mirando nuestras manos. Sus ojos eran del color de la miel—. ¿ intentando desposarte con el muchacho, no?

La maga se puso roja como un tomate y retiró la mano a toda prisa.

—No, señora, eso nunca.

Entonces fue Kira la que se rió a carcajadas.

—No te preocupes, Ori, todos en este castillo sabemos que Ilza está enamorada de un mago llamado... ¿Cómo era?

—Vamos a ver... —Puse cara de pensar—. ¿Puede ser un mago de barba alborotada y túnica negra?

— ¿ ?

El rojo de Ilza se convirtió en un blanco lechoso. Abrió los ojos de par en par.

— ¿

—Es imposible —dijo Kira— no enterarse, una enorme sonrisa de enamorada se dibuja en tu cara cada vez que él está cerca.

Ilza refunfuñó algo en voz baja y cambió de tema.

—Le estaba diciendo a Ori que si a Luna le gustan los dragones, pueden visitar la sección dedicada a ellos en la valagsnaye.

—Es un lugar peligroso —dijo Kira—. Krisba, Maestra de Dragones, fue la encargada de construirlo. Está protegido por una magia antigua y poderosa.

—Con todos mis respetos, señora, pero por eso no hay problema. Les puedo proporcionar una poción de protección para pasar sin sufrir daño alguno.

— i !

—Gracias por los halagos, princesa, pero hay magias a las que no me he enfrentado y que, tal vez, superen a la mía. Todavía no me he encontrado con mi destino... tal vez ese momento no esté lejos —hizo una breve pausa—. No obstante —continuó—, la sala de los dragones no supone ningún reto para mí. Si Luna quiere ver dragones —dijo mirándome—, allí podrá verlos. No son reales, claro, pero hay muchos valags que hablan de ellos, estatuas y representaciones mágicas.

Pensé que le encantaría. Miré a Lu y vi que estaba charlando con la maga elfa.

Al término de la comilona, llegaron los postres. Chocolates negros, blancos, rojos y azules, pasteles que cambiaban de color cada vez que los mirabas, helados hechizados con forma de muñecos de nieve que bailoteaban intentando esquivar la cucharilla, bizcochos que imitaban el rostro del que se los iba a comer y magdalenas tan absorbentes que al untarlas en la leche sorbían el vaso entero.

Me comí una tableta de chocolate rojo y tres madalenas con un litro de leche en su interior. Pensaba que iba a explotar. Kira se comió un bizcocho que adquirió la imagen de su rostro. Fue graciosísimo ver cómo se comía a sí misma abizcochada. Ilza trató de comerse un helado de nata con forma de muñeco de nieve, pero este era tan rápido que tuvo que utilizar su magia para paralizarlo y poder hincar la cucharilla.

Cuando Kira se terminó el postre, me habló al oído.

— ¿ ?

Tenía tanto chocolate en el estómago que mi cuerpo pedía a gritos una cama y una buena siesta. Pero... ¡Claro que me apetecía! Estaba deseando pasear con ella. En realidad, deseaba hacer cualquier cosa con ella. Si me hubiese preguntado «¿Te apetece ir a darle de comer a la mandróbura?» hubiera dicho que sí con la misma alegría.

—Sí, claro —dije sin poder ocultar la emoción.

Se disculpó de los invitados y caminamos hacia la salida escoltados por Ilza y las dos guerreras de Dhotlaren. Dos ninfas se acercaron hasta nosotros (ambas con el mismo rostro y el mismo larguísimo pelo color lavanda), se inclinaron cortésmente y hablaron con timidez.

— ¿ ?

Kira me miró con una sonrisilla en los labios.

—Eso es cosa suya, pero sospecho que no tendrá inconvenientes.

Asentí y las ninfas me abrazaron. Apenas sentí sus cuerpos, fue como si dos nubes moradas envolviesen mi cuerpo durante unos instantes. Luego se apartaron riendo y una de ellas cantó una hermosa canción sobre los bosques y los prados. También sobre las águilas, los halcones y las lechuzas de nieve.

Cuando la puerta del Salón se cerró, las voces de las ninfas, la música de los elfos y las conversaciones de los hombres quedaron amortiguadas. Sentí resurgir de un sueño.

Tras caminar por un pasillo de piedra salimos al exterior. Una escalinata bajaba hasta un patio lleno de abetos, todos cubiertos de nieve. En el centro había una enorme fuente congelada. Más allá se veían los muros que rodeaban el castillo. Eran impresionantes; altos, robustos, plateados como joyas y dentados de almenaras. A lo largo del muro caminaban arqueras y lanceros.

—Desde mi cuarto no se ven los muros —dije—. Aunque pude verlos a lo lejos cuando fuimos a Simdhalin.

—Aquí, al norte, están más cerca del castillo, pero en la parte sur el muro queda muy lejos. Las aldeas de los alrededores viven protegidas. No sería justo que solo tuvieran protección los reyes. El muro es larguísimo, un soldado tardaría más de dos días en darle la vuelta a pie.

Descendimos las escaleras.

Hacía frío, pero la ropa que me habían dado abrigaba de maravilla. Estaba muy a gusto. Kira sacó dos pares de guantes de su túnica y me dio uno a mí. Ella se puso el otro. Cruzamos el patio inferior, pasamos junto a la fuente helada y nos dirigimos hasta la puerta principal del muro, un inmenso portón de dos piezas de madera encajadas en dos pernos de acero. Su altura era de diez o doce metros. A cada lado había un guardia vestido con pieles de oso.

—Vamos a salir —dijo Kira.

Los guardias se apartaron y ordenaron abrir la puerta.

Desde allí partía un ancho camino que bajaba por el valle y otro, mucho más estrecho, que serpenteaba hacia la izquierda primero, luego hacia la derecha y así en un zigzag que se perdía a lo lejos, trepando por la montaña como una serpiente.

Kira se giró hacia las guerreras que nos escoltaban.

—Esperad aquí, quiero estar a solas con el Elegido.

—Pero... Es peligroso. Está anocheciendo, señora.

—No nos va a pasar nada —dijo Kira sonriendo—. Tú también, Ilza, será mejor que te quedes en el castillo —viendo que la maga iba a hablar, Kira se adelantó—. Y no voy a aceptar un no por respuesta. No es una petición, es un orden.

Ilza hizo un gesto de desagrado, pero aceptó.

—Tenga cuidado —dijo la maga—. Y recuerde, señora, que al mínimo atisbo de peligro puede utilizar su runa para avisarme.

—Descuida, Ilza, estaremos bien. No nos vamos a alejar de Dhotlaren.

Cuando cruzamos el arco y comenzamos a caminar, los guerreros dieron orden y las pesadas puertas se cerraron a nuestra espalda. Al juntarse ambos cuerpos del portón, un sonido sordo y grave rebotó en las montañas.

El sol, ya rojizo, asomaba detrás de un profundo manto de nubes. La nieve cubría el suelo. Estaba tan congelada que los pies no llegaban a hundirse. El único peligro lo representaban los resbalones, pero las botas estaban preparadas y era como andar sobre un suelo de tierra.

Al principio apenas hablamos. Nos limitamos a pasear por los alrededores del muro. Me hubiese gustado cogerle la mano y decirle que me gustaba mucho, pero no me atreví. Así que charlamos de cosas sin importancia. Me contó algunas anécdotas sobre el castillo y sobre las razas de Úmbator.

Luego nos sentamos en el muro de una torre abandonada. Era una vieja atalaya de piedra negra sin techo, con las almenaras desconchadas, como la dentadura de un anciano.

—Estoy muy a gusto a tu lado —dijo—. En Úmbator soy una princesa y eso debería hacerme

feliz, pero... Te seré sincera, echo de menos ser una chica normal —sonrió con amargura.

Quise decirle que ella también me hacía feliz. Tuve ganas de abrazarla, pero otra vez fui incapaz de moverme. Como no era capaz de hacer nada romántico, me levanté de un salto y me puse a hacer un muñeco de nieve. Al principio me miró con el ceño fruncido, pero enseguida se puso contenta y me echó una mano.

Aunque mi intención era hacer un elfo guerrero, al final quedó una figura más parecida a Kukubinabalain que a Sedat.

—Es horrible —dijo entre risas—. Si estuviese Ilza aquí podría utilizar su magia para darle vida.

—Sería divertido.

Oímos ruidos entre los árboles. Por detrás de lo que quedaba en pie de la atalaya aparecieron los pálidos rostros de varios shirwors. Nos miraban tímidos entre el follaje.

—Qué criaturas tan magníficas —dijo Kira.

Un shirwor salió a la luz del atardecer. Se acercó unos pasos, ladeó la cabeza y sonrió.

—Dicen —Kira habló en voz baja— que si consigues que un shirwor te deje acariciarlo, se cumple uno de tus deseos.

Kira caminó despacio hacia él. Pensé que la criatura iba a desaparecer, pero se quedó esperándola. La princesa alargó la mano muy lentamente y lo tocó . como una chispa entre el shirwor y Kira. Inmediatamente después la criatura se evaporó.

— ¿ ?

Kira se giró despacio, me miró, luego bajó la mirada y guardó silencio.

— ¿ ?

—Sí —dijo al fin—. Será mejor que volvamos.

Al llegar a la bifurcación que dividía el camino en dos, Kira se detuvo.

—Subiremos al Balcón Del Norte, quiero enseñarte algo.

Sus ojos eran azules, un azul oscuro como el del mar por la noche. También tenía tímidos reflejos anaranjados que cruzaban su mirada en ráfagas. Sentí que en aquella mirada había tanta magia como en el cayado de Ilza.

—Has dicho que deberíamos volver.

Sonrió con pillería.

—Sé lo que acabo de decir... ¿No te apetece pasear un rato más? ¿Acaso no estás a gusto

conmigo?

Embrujado por su belleza, por sus ojos y por su sonrisa, asentí. Comenzamos a subir. Había algo extraño en ella, pero no me importó.

BÁRBARA

Jinete sin cabeza

Corrí hasta que parecía que el corazón se me iba a salir del pecho. Los pulmones me ardían y en las piernas sentía calambres. Me senté en un banco de madera, a la entrada del Lejano Oeste, una de las zonas más alucinantes del parque.

En cuanto mi respiración se normalizó y el corazón dejó de latir como si tuviera nitroglicerina en lugar de sangre, reemprendí el camino.

Nada más entrar, me quedé fascinada.

Era como estar en una peli. Los cactus eran altos como árboles, las tiendas y las tabernas tenían puertas de vaivén, todas las casas eran de madera... En fin, una pasada. Pero no tenía tiempo para disfrutar. Detrás de mí venían cientos de viscosidades del pantano.

Viscosidades enfadadas y hambrientas.

Corrí entre los locales del Lejano Oeste hasta que me detuvo una llamada.

— ¡

Me paré en seco. Miré hacia los lados, pero no vi a nadie.

— ¡ , !

Me di la vuelta y lo vi. Estaba apoyado en la pared de una taberna. Sujetaba su cabeza entre las manos. A un lado había un caballo de hueso. La puerta de vaivén iba y venía, movida por un viento inexistente. Su rostro quedaba oculto por un sombrero marrón de ala ancha. Llevaba un poncho. En el lado derecho de la cintura llevaba una cartuchera vacía.

Era un vaquero.

—Has llegado muy lejos, Bárbara.

« Esa voz ... —Pensé—. Esa voz la he escuchado antes » .

—Todavía —respondí con valentía— me queda mucho camino por recorrer.

Se rió a carcajadas. Alzó la cara y la colocó sobre sus hombros. A pesar de la sombra que proyectaba el ala del sombrero, pude distinguir el brillo de sus ojos. Dos ojos ocre, grandes y risueños.

—Ilaiesis... ¿Eres tú?

—Sí. Y también soy el jinete sin cabeza.

— ¿ ?
el cristal—, me han dicho que esto es una mazmorra.

—No es una mazmorra. Es, simplemente, una pesadilla. ¿Qué hago aquí? No lo sé. Intenté ponerme en contacto contigo, pero algo se interpuso en mi camino, me derrotó y me encerró en el mundo de las pesadillas.

— ¿ ?

Negó con la cabeza.

—Ya es tarde para mí. Mi cuerpo fue devorado por los siervos de Orúbatar.

— ¿ ?

—Sí, soy un eco de lo que fui. Pero no has de sufrir por mí, mi querida Vhalesi. Has de ser fuerte y seguir adelante.

La tristeza me abrumó.

—Ilaiesis, amigo mío —la tristeza me embargó. Sin embargo, debía continuar con la misión—. Y Diana... ¿Dónde está mi compañera?

—Puede que en el mismo sitio que nosotros, quién sabe. Lo que sí es seguro es lo siguiente: el Elegido está cerca de Orúbatar y si no haces algo, morirá. Por otro lado, tu amiga Diana está en algún tiempo de este mismo lugar, asustada en un mundo extraño plagado por horrendas criaturas. Tienes que escoger entre quedarte y salvar a tu amiga, o buscar la forma de salir y ayudar al Elegido.

—No es posible... yo... tú... Tiene que ser una broma.

— ¿ ?

—Yo no... Yo no lo sé... —Mis fuerzas se derrumbaron.

Toda la ira y todo el miedo explotaron en mi corazón y me sentí desdichada y perdida. No sabía qué hacer. La impotencia y la rabia me inundaron. Impotencia, porque alguien iba a morir esa noche y no podía hacer nada para evitarlo. Rabia, porque intuía que Ilaiesis estaba diciendo la verdad y, a veces, no hay nada más doloroso que la verdad. La verdad escuece como una herida abierta.

Sus botas de *cowboy* sonaron en la madera del porche. Descendió los tres escalones y caminó hasta mí.

—He venido a ayudarte. El poder de Orúbatar es grande, sí, pero no cuenta con tu astucia. Ni con

mi amistad. Podría quedarme a vivir en el mundo de las pesadillas. De algún modo, sería eterno... pero voy a ayudarte. Este mundo está protegido por pesadillas, quizá pueda darte un poco más de tiempo.

— ¿ ?

Detrás de los muros del Lejano Oeste se oía el traqueteo de sus picos.

¡ Chac, chac, chac!

—Sí, y también lo eran la polilla y los espíritus de los recreativos —añadió.

— ¿

—La tortuga la has creado tú, Bárbara. No estás en tus pensamientos, pero también tienes la capacidad de conjurar los tuyos propios y utilizarlos para protegerte. Como cuando has conjurado a tus padres.

Una flecha de nostalgia traspasó mi corazón.

— ¿ ?

—Nada. Lo siento, Bárbara, solo soy una pesadilla.

En una torre de madera sonó una campanada.

Luego otra.

Y otra.

Y así hasta doce. La última fue tan estruendosa que hizo temblar las vigas del campanario.

—Ha llegado la hora —dijo Ilaiesis

Las viscosidades aparecieron en el recodo del arco que daba entrada al Oeste. Me habían seguido con su tenaz y patético ritmo, arrastrándose como orugas desmembradas. Eran miles, y todas venían a por mí.

—Debo marcharme —dije.

—Hasta siempre, amiga mía.

Ilaiesis se subió de un brinco al caballo de hueso, sujetando su cabeza con una mano. Con la otra empuñaba la pistola.

—
ahora he ido sin rumbo... i !

—Te equivocas, has seguido tu instinto. El instinto puede ser más certero que la razón. No

obstante, sí puedo darte una pista. Escucha —dijo inclinando su cuerpo hacia mí—, si quieres encontrar a Diana habrás de jugar a su juego. Si por el contrario deseas dar con el Elegido, tendrás que subir a lo alto de la montaña.

— ¿ ?

—Significa que sigas caminando, porque al fin encontrarás la solución —me guiñó un ojo y sonrió.

Arreó al animal con un grito y salió a toda velocidad.

Ilaiesis galopó hacia las viscosidades y se arrojó contra ellas. Comenzó a disparar, haciendo que las pesadillas se olvidasen por unos instantes de mí. Pronto lo acorralaron y quedó bajo la marabunta.

Corrí y corrí. Ilaiesis se había sacrificado por mí.

Y me quedé sola. Otra vez.

Al llegar al final del Lejano Oeste me giré y vi que las viscosidades, incansables, habían invadido parte del parque.

¡ Chac, chac, chac!

Seguí corriendo y me interné en la última zona del parque.

ORIÓN

El beso

No sé cuánto tiempo estuvimos subiendo. En uno de los giros del sendero me detuve, agotado, y miré hacia el castillo. Desde allí arriba parecía pequeño, una mota dentro del mar blanco y helado. Hacia el sur las montañas se suavizaban y a lo lejos, muy a lo lejos, se distinguían briznas de verde sin nieve.

Continuamos ascendiendo y Galash se hundió en el horizonte. El frío comenzaba a ser doloroso.

Superado un último y estrecho paso entre dos paredes verticales, sorteamos un trozo de sendero que se internaba entre un puñado de pinos bajos y nos adentramos en un círculo de piedras con runas talladas. Kira se dio la vuelta y me miró. Sus ojos brillaban como dos estrellas de fuego, rojos como la sangre.

—Ya hemos llegado.

Su voz parecía distinta, mucho más áspera y a la vez mucho más atractiva, más femenina. Su sonrisa mostró unos dientes blancos, perfectos... Con dos grandes colmillos que sobresalían como los de una loba.

— ¿ ?

—En el Balcón del Norte —dijo caminando hacia mí.

Su túnica cambió de color, tiñéndose poco a poco de un triste color ceniciento. Se detuvo a pocos centímetros.

— ¿ ?

Era más alta. Su piel empalideció. Su pelo dorado creció y se pintó de un negro denso y oscuro como el carbón. Olía a rosas putrefactas y a manzanas fermentadas. Alargó las manos y me tocó la cara. Su piel era de hielo.

—Ori, si quieres poder, solo tienes que unirme a mí. Un *ixur* como el de tu amiguita podrá ser tuyo. Y, si lo deseas, tendrás el amor de Kira, la hechizaré y te amaré sin medida y por toda la eternidad.

Sus palabras me atravesaron como flechas de hielo. Sus ojos eran rojos. Su rostro pálido. Mi corazón latía desbocado a causa del terror.

— ¿ ?

— ¿ ?

Y al parpadear volvió a estar allí. Ya no era Orúbatar, sino la princesa. Su pelo, su rostro, su altura, su túnica... todo era idéntico... todo menos sus ojos. En su mirada no había ternura ni bondad, sino un océano de maldad.

— ¡ !

—Puedo ser quien tú quieras que sea, Orión —se acercó más a mí. Sus labios quedaron a pocos centímetros de los míos. De nuevo era Orúbatar. Me temblaban las piernas. Me cogió por los hombros y sentí la magia negra en mi cuerpo—. Únete a mí... ¿Por qué luchar contra el destino? Deja que tu corazón y el mío se unan para siempre. Seré quien desees —su voz se convirtió en la de Kira—. Puedo ser una dulce princesa... O quizá una poderosa maga —el pelo negro se tiñó de rojo y sus ojos se volvieron azules. Era Ilza—. Nuestra alianza será beneficiosa para ambos... Solo debes besarme ... , desees ...

Dejó de hablar, pero su voz continuaba sonando en mi interior.

Solo tienes que besar mis labios

Me asustaba y me gustaba.

Solo tienes ...

Me atraía y me espantaba...

... **que besar** ...

Su rostro era horrible y a la vez hermoso. De su espalda brotaron dos alas de plumas negras. Se acercó tanto que sentí su aliento en mis labios. El azul de sus ojos se tiñó de rojo. Rojo ardiente.

... **besa mis labios, Orión . Piensa en lo grande que puedes llegar a ser. Piensa en que puedes conseguir** ...

Un aroma agridulce impregnó mis sentidos.

Abrí la boca un poco... tenía tantas ganas de besarla... y la vez me daba tanto asco. Su perfume era una mezcla confusa. Notaba sus dedos en mis brazos.

Quería abrazarla.

También quería rechazarla, apartarla de mí.

Miedo y deseo. La amaba como nunca había amado a nadie, pero también la odiaba con todas mis fuerzas.

— ¡ ! ¡ !

La empujé.

Cayó al suelo y se dividió en dos cuerpos. Uno era el de Kira. El otro era el de una bestia. Su rostro era infernal. Sus ojos dos llamas de fuego eterno. Sus manos, dos garras.

Su sonrisa se abrió como una sombra de cenizas. Se levantó y rio como una maniática. Entre las carcajadas oí su voz carcomiendo mis pensamientos.

¿ Tú eres el Elegido ?

El volumen de sus carcajadas aumentó. Del huracán de nubes mágicas salió un cordón oscuro. El cordón descendió en espiral.

Kordther es un viejo loco, un iluso que cree que tú eres el Elegido .

El cordón resultó ser una bandada de millones de cuervos. Los pájaros bajaron a toda velocidad y nos envolvieron en círculo. No eran cuervos normales: las plumas de sus alas parecían láminas de metal, su piel estaba cubierta por escamas, sus ojos eran rojos y sus picos, largos y negros, poseían colmillos de serpiente.

No eres nada más que un patético humano de quince años .

Los cuervos graznaban sin parar. A través del pliegue de su túnica, sobre su pecho, vi brillar el medallón. Dha-Arvein arrojaba destellos de todos los colores.

¡ No hay esperanza para los Guardianes de la Luz !

En ese instante, sin dejar de reír, completamente enloquecida, Orúbatar se lanzó hacia mí como un león sobre su presa.

Paralizado por el miedo, tomé una última y desesperada decisión. Alargué la mano hacia el medallón... Y una sombra fría me envolvió. Sentí que el corazón me dejaba de latir y todo se volvió oscuro.

Muy oscuro.

BÁRBARA

En la encrucijada

Cuando llegué al final del parque encontré un montón de casetas de feria. A la derecha había un puente que llevaba a una montaña rusa. Aquella montaña era, precisamente, la única atracción que seguía en funcionamiento.

El vagón no había vuelto a circular desde hacía un buen rato: me estaba esperando. Solamente tenía que llegar hasta allí y sentarme. Aquel sería el último viaje de la atracción. Y lo haría de todos modos, conmigo o sin mí.

En una de las casetillas había una diana roja y blanca. En ella estaba escrito:

Haz 5 dianas en 5 segundos y gana el mejor premio: LA AMISTAD .

Al otro lado, sobre el arco que daba entrada al puente de la montaña rusa, rezaba lo siguiente:

Sube y llegarás muy lejos .

Muy sencillo: la montaña rusa me llevaba al Elegido y la barraca a Diana. Me embargó la desagradable sensación de ser una pieza dentro de un gran juego, como uno de esos muñecos del Tierra Media Rol.

La decisión que tenía que tomar era espantosa. Si probaba habilidad en la garita de puntería podría salvar a mi amiga. Si me montaba en la atracción intentaría salvar al Elegido, lo que significaba tratar de ayudar al universo entero.

«¿ Y quién me ayuda a mí?»

Nadie. Nadie me iba a echar una mano.

Había llegado la hora de crear mi propio camino.

—Si tengo que decidir —dije en voz alta—, lo haré sin miedo.

Sabía que la decisión correcta era la de coger el camino que cruzaba el puente y salvar el universo. Al fin y al cabo, Diana era una Guardiania. Y como defensora de la luz daría su vida por la causa.

« Si ella estuviese aquí —pensé— me diría que no hay nada que pensar, que el Elegido es la persona más importante »
se enfadaría.

Y había algo más.

Algo llamado *kuisae* . Eso que Kordther nombraba una y otra vez, esa energía universal que dibuja una senda de la que no podemos huir.

« No hay casualidades, sino cruces en el camino, ramales del *kuisae* » decía el mago mesando interminable perilla. «
los pasos que damos hoy determinan el camino que nos conducirá al mañana »
nuestra graduación como Guardianes.

El *kuisae* me chillaba la verdad.

La elección estaba clara.

A no ser que la persona que tuviese que tomar la decisión fuese una chica tan cabezota para no hacerle caso, ni siquiera, a la energía que todo lo rige. Tal vez mi camino empezaba por salirme del camino.

«¡ Ya pueden ir dándole al *kuisae* !».

Dejé que hablara mi *kalyxea*.

Era la hora de poner en marcha mis habilidades. El lugar en el que estaba era el fin del parque de atracciones. Una colina en la zona más elevada, semejante a una isla. Y esa isla estaba bañada por miles de viscosidades del pantano.

¡ Chac, chac, chac!

De aquel mundo onírico solo quedaba la plaza de las casetas de feria, el puente y la montaña rusa. Nada más. El resto había sido invadido por aquellos horripilantes seres. En cuanto las viscosidades ocuparan el último palmo de suelo, el tiempo se habría agotado. O cogía el puñetero arco y probaba suerte, o me echaba a correr hacia la montaña rusa.

O... ¡O tomaba la tercera opción!

Las imágenes vinieron a mi cabeza a toda velocidad. Señales, palpitos, restos de corazonadas sueltas que, en principio, no tenían ninguna lógica. Pero a veces hay que alejarse para tomar una nueva perspectiva. La situación se había convertido en un puñetero puzle. Solamente tenía que encajar las piezas en su lugar.

Y comencé a reír.

Primero despacio, después a carcajadas.

Sí, me reía a pesar de las viscosidades, a pesar de que el puente estaba completamente tomado

por las bestias, a pesar de que todo apuntaba a que moriría despedazada por sus picos, a pesar de que el futuro del universo se tambaleaba...

Miré al cielo y grité con todas mis fuerzas.

— ¡ !

Y entonces ocurrió lo que esperaba. La voz del aparcamiento volvió a sonar en el interior de mi cabeza.

¡¿ Qué locura estás haciendo ?! ¡ No hay tercera opción !

Sonaba desesperada, suplicante. Mi ánimo no tembló, estaba convencida de lo que tenía que hacer.

—Siempre hay una tercera opción. ¿O acaso me equivoco, Elizabeth?

Un alarido llenó el parque de atracciones (o lo poco que quedaba de él). Un alarido que rasgó el cielo hecho de espejos. Las casetas temblaron. Las viscosidades se desinflaron y se convirtieron en una masa amarillenta y pegajosa, como un puré de frutas podridas. El cielo se desquebrajó en millones de pequeños trocitos de cristal y tras él apareció la luna. Una luna brillante y hermosa.

La montaña rusa se estremeció. Toda su estructura vibró y los raíles se desplomaron. Las torres se arrugaron como barras de mantequilla derretidas por el calor.

Y todo aquel mundo cayó. Se desmoronó, cual escenario de una obra de teatro, como el cartón piedra de los decorados. Alain era el demonio multiforme al que nos enfrentamos el verano pasado

« La herida de Alain ...»

El sekra era un esbirro de Elizabeth. Con él había intentado engañarnos a todos. Sabía que buscábamos un augur capaz de leer el futuro, esperó su oportunidad y ordenó al sekra que se hiciese pasar por él.

Elizabeth sabía que nos meteríamos en su mente para salvar al universo. Así, cuando eso ocurriera, cerraría la puerta que llevaba hasta el Elegido. Esa condenada nigromante nos había tendido una trampa para matarnos y entregarle en bandeja a Orión a La Dama Sombría.

Nos hizo creer que aquel muchacho era un augur que nos ayudaría a salvar al Elegido. ¿ estaba el verdadero augur ? ¿ nos la hubiera jugado a todos ?

No había tiempo para más elucubraciones. El montaje estaba desarmado. Elizabeth, incapaz de ocultar sus señas de identidad, me había dado las pistas suficientes para descubrirla. Todo era una maldita pantomima.

Ilaiesis estaba muerto, el jinete sin cabeza era una creación de Elizabeth.

—
montaña?!

No me contestó. No hacía falta, yo sabía que cualquiera de las cosas me hubiese condenado a muerte.

El cielo se había convertido en harina de cristal. De las viscosidades del pantano no quedaba nada más que aquella sopa de restos que, poco a poco, se convirtió en polvo negro. Parecía un desierto de carbón. Las casetillas y la atracción habían desaparecido.

No quedaba nada.

Eché mano al bolsillo y saqué la poción que Ilza había preparado para esta difícil misión. «Alcanzar algo muy deseado »

Si la hubiese utilizado antes habría sido un desastre: mi corazón deseaba encontrar a ambos, pero creía que estaban en otra parte. ¿Dónde me habría llevado la poción? Mejor ni pensarlo... Sin embargo, lo tuve claro: el Elegido estaba con la Dama Sombría. ¿Dhotlaren, como me había dicho Exteyie.

Abrí el tape del frasco y me bebí su contenido. Luego deseé estar en el mismo lugar que la Elfa Oscura.

— ¡ !

Sentí perder la noción del tiempo. Mis pensamientos se volvieron gotas de agua derramadas en un océano. El calor se disolvió y el frío mordió mi piel.

Y luego... Luego todo se volvió oscuro.

Cuando abrí los ojos me encontré en mitad de la noche. Me hallaba sobre la nieve y estaba rodeada por un huracán de terroríficos cuervos con cabeza de serpiente. Había tantos que resultaba imposible saber qué es lo que se escondía al otro lado. La princesa Kira yacía en el suelo.

Me pregunté qué había ocurrido.

Mis dudas se esfumaron al ver a Orúbatar. La terrible Elfa Oscura estaba alimentándose de la vida del muchacho. Orión, el Elegido. No podía vacilar, era el momento de acabar con ella. Desenvainé la daga y me lancé sobre Orúbatar. Cuando la hoja penetró en su cuerpo, un calor como de mil soles me abrasó la mano. Noté que un fuego mágico llegaba hasta mis huesos y me devoraba la carne.

Solté la daga y caí hacia atrás.

Orúbatar gritó. Soltó al Elegido y éste cayó al suelo. Pude ver que el muchacho abría los ojos. Continuaba con vida. El sacrificio había merecido la pena. Orúbatar se giró y al verme, sus ojos se incendiaron.

— i !
ELIZABETH!

Se inclinó para mirarme de cerca.

El miedo que sentí con el vampiro o con la monstruosidad del aparcamiento, el que había sentido con los espíritus y el que me causaron las viscosidades del pantano no eran nada en comparación con el terror de su mirada.

La sangre se heló en mis venas.

El muro de pájaros comenzó a deshacerse. Gotas de sangre negra caían por la parte baja de la túnica de la Dama Sombría. A través del muro de bestias acerté a discernir una luz de magia blanca, brillante como un rayo de esperanza.

Era la luz de una maga.

Una maga pelirroja y hermosa con los ojos llenos de luz. Luz azul, como un cielo de verano.

ORIÓN

Combate en el Balcón del Norte

Qué suerte tuve. De no ser por Bárbara, la Elfa Oscura habría acabado conmigo. Ocurrió tan deprisa que no tuve tiempo de reaccionar. Cuando Orúbatar se lanzó sobre mí, la oscuridad me envolvió de inmediato. Eché mano al colgante, pero no era capaz de moverme. Luego sentí que mi corazón comenzaba a latir más y más despacio y que la vida se escapaba de mi cuerpo.

Por suerte, duró poco.

Enseguida me soltó. Mantuve la mano cerrada sobre el colgante y mientras caía lo arranqué de su cuello. Instantes después, el medallón se convirtió en polvo.

Orúbatar chilló de rabia.

Luego vi que una muchacha estaba arrodillada y que la Elfa Oscura llevaba clavada una daga en la espalda. Su sangre era negra. Busqué a Kira y la encontré tumbada en el suelo, inerte. Intenté acercarme hasta ella, pero no fui capaz de levantarme.

Y de pronto me cegó un resplandor de luz blanca.

El huracán de cuervos se deshizo y las sombras se dispersaron. Los ojos de Ilza resplandecían al otro lado. Su bastón brillaba como una estrella. Lo alzó y lanzó su magia contra lo que quedaba del remolino oscuro.

Orúbatar gritó, lanzó al aire terribles imprecaciones en la lengua oscura y se encaró con la maga.

— i

Ilza no se asustó y esbozó una mueca de falsa sorpresa.

— ¿ posible por evitar nuestro encuentro. No tienes valor para enfrentarte a rivales que puedan derrotarte, por eso te dedicas a secuestrar a humanos indefensos... Pero claro, ¿ una miserable hija de la sombra ?

— ¡¡ !!

En su mano izquierda se materializó un bastón. Era un cayado de metal negro. Lo alzó por encima de la cabeza y lanzó un rayo que golpeó las nubes. Ilza apuntó hacia la Elfa Oscura y conjuró un relámpago cegador.

— ¡

El haz luminoso iba a golpearla, pero Orúbatar lo detuvo creando un escudo de magia con la mano derecha.

—Humana engreída, ¿Acaso crees que tus conjuros pueden vencer mi magia?

Orúbatar golpeó el suelo con su bastón y una estampida de luz anaranjada barrió varios metros a la redonda. Kira, Bárbara y yo salimos despedidos hacia atrás. La Elfa Oscura dibujó un círculo en el aire y el lugar donde estaban las dos se elevó varios metros hacia el cielo. Alrededor de la tierra levantada crecieron inmensas púas negras.

Luego dirigió sus ojos hacia la entrada al Balcón Del Norte y, con un leve gesto de su cayado, las rocas se derrumbaron.

De entre los cascotes asomaron montones de patas largas y peludas. Detrás de aquellas peludas patas aparecieron los cuerpos de tarántulas gigantes. Una de ellas, mucho más grande que las demás, se puso a la vanguardia y guio al resto hacia Dhotlaren.

Las nubes que habían recibido el rayo nigromántico se apelmazaron y formaron la figura de una bestia. Entre relámpagos y explosiones, apareció un dragón de polvo.

Ilza volvió a hablar.

— ¡ sus manos brotaron esferas de luz que se lanzaron contra Orúbatar a la velocidad del rayo. La maga oscura creó una esfera de oscuridad que la rodeó. A pesar de ello, una de las esferas cruzó y la golpeó en el brazo izquierdo.

Sin darle descanso, Ilza lanzó otras cuantas esferas. Algunas rompieron el conjuro de protección, golpeándola por todo el cuerpo. Una de ellas descargó su magia en su mano izquierda y Orúbatar tuvo que soltar el cayado .

Ilza invocó un nuevo conjuro, convirtiendo su bastón en una espada. El filo parecía contener la luz de una estrella. Por unos instantes se hizo de día, como cuando en mitad de la noche un

relámpago ilumina el cielo. La espada era grande, tan grande como la maga. Ilza la alzó por encima de su cabeza. Orúbatar se tapó los ojos, pues la luz de la espada la hería.

Recordé las palabras de la maga en el banquete: « destino... » momento de demostrar su poder había llegado.

Bajó la espada para asestar el golpe definitivo. Pero cuando la espada iba a acabar con la Dama Sombría, una nube negra desvió la trayectoria del espadón y la hoja se clavó en la nieve. Un alarido de bestia siguió a la nube negra y tras ella apareció volando el dragón que Orúbatar había invocado.

Era enorme.

Cada una de sus alas tenía varios metros de longitud y su cabeza era del tamaño de tres elfos. Su figura, hecha de escamas negras y rojas, se apoyó sobre dos patas armadas con garras sobre una esquina del círculo de combate. Tenía dos cuernos negros y una boca que dejaba escapar, entre colmillos blancos, un hilo de humo negro.

Ilza volvió a recomponer su cayado y se echó hacia atrás. La imagen era espantosa. Espantosa y alucinante. El dragón la hacía parecer diminuta.

Traté de levantarme por segunda vez. A pesar del miedo que me causaba el dragón, no podía soportar la idea de que Kira continuase tendida en el suelo. Necesitaba verla y sentir que respiraba, que estaba viva. Si no podía caminar, al menos podría alcanzarla arrastrándome.

Así, mientras Orúbatar se ponía de pie, escoltada por un dragón de la sombra, yo comencé a darle la vuelta al torreón. Al fin llegué hasta donde estaba Kira. La cogí entre mis brazos. Puse una mano sobre su pecho y aguardé... Cuando noté los débiles latidos de su corazón, no pude contener las lágrimas.

—Estás viva —dije en voz baja.

Kira no podía escucharme. Con cuidado, la llevé junto a una roca y allí me apoyé, con Kira entre mis brazos. Su largo pelo dorado estaba manchado de barro y empapado por la nieve. Le retiré el cabello de la cara y la toqué. Estaba helada, fría como el hielo.

De pronto una explosión hizo temblar el suelo.

El dragón estaba lanzando una potente bocanada de magia negra contra Ilza que, con dificultad, lograba contenerla con un escudo de luz. Pero la maga retrocedía. El aliento negro del dragón no tardaría en matarla...

Entonces ocurrió algo que le salvó de la muerte.

Por el rabillo del ojo pude ver una figura. Bárbara estaba preparando un hechizo. Entre sus manos (una de ellas completamente destrozada) se había formado una esfera de hielo. La lanzó contra el inmenso dragón y, aunque no le causó daño alguno, consiguió despistarle.

La risa de Orúbatar resonó en las montañas. Había recuperado su bastón y volvía a mostrarse orgullosa. Sin embargo, el orgullo le duró poco. Ilza no se lo pensó y, concentrando todo su *ixur* en un potente destello, le lanzó un último conjuro.

— ¡ !

La nigromante salió despedida hacia atrás y chocó contra las rocas. Su cayado se rompió en pedazos.

Después, todo ocurrió a cámara lenta. Ilza cayó desmayada por el esfuerzo. El dragón bramó con furia. Las rocas que cerraban el paso del camino estallaron en mil pedazos. Vi aparecer la larga y blanca perilla de Kordther entre la nube de fragmentos. Luego resonó un grito. Un grito de guerra tan potente como un trueno. Un grito que salía del mismísimo corazón de Úmbator .

¡i Por Sionsen !!

Y entonces apareció Sedat, corriendo a toda velocidad. En cada mano empuñaba un machete. Subió a un montón de rocas y dio un salto impresionante. Pasó sobre nosotros. El dragón lo vio y le lanzó una bocanada de polvo negro. Sedat se internó en la magia alzando sus machetes, directo a aterrizar en la cabeza de la bestia.

Durante unos instantes, el elfo desapareció... pero de repente, entre la nube de polvo oscuro, frente a la cabeza del dragón, reapareció. Tenía la armadura cubierta de negro y la piel quemada. Pero Sedat no titubeó y dando un último y poderoso rugido, se posó sobre la cabeza y hundió sus armas en los ojos de la bestia. La invocación de Orúbatar lanzó un desgarrador chillido y se deshizo.

Sedat aterrizó hincando una rodilla en el suelo. Envainó sus machetes y se puso de pie. Fue hasta Ilza, la cogió entre sus brazos, saltó desde la atalaya y la tendió frente a nosotros. Luego se inclinó reverencialmente y le rindió respetos a Kira.

— ¿

—Se ha desmayado —le dije al elfo—. He hecho lo que he podido...

—Siento haberte menospreciado, humano. Me inclino ante tu bravura. Te has portado con valor.

No supe qué contestar y guardé silencio. Kordther se acercó y puso su mano sobre la frente de la princesa, luego sobre la de Ilza y sonrió.

—Ambas sobrevivirán —dijo.

Orúbatar se carcajeó. Seguía apoyada en las rocas. Los pedazos de su bastón estaban desperdigados sobre la nieve. Su túnica negra, hecha girones, dejaba al descubierto partes de su cuerpo, un cuerpo de piel pálida y enferma.

—Habéis ganado una batalla, pero la guerra todavía no ha empezado —me señaló con sus afiladas uñas—. El Elegido ha destruido el medallón ,

consecuencias de ese acto...

— ¡ !

Orúbatar mostró sus colmillos.

— ¡ !
dientes—, tú y todos los patéticos miembros de tu raza moriréis bajo el poder de las sombras. Seréis los primeros en caer como cayó vuestro desgraciado rey. Un rey repugnante, hijo de la podredumbre y la muerte. Aplastaré Sionsen. Condenaré a tu pueblo, como condené a los elfos del mar.

Sedat desenvainó sus machetes.

— ¡ ,

Después de gritar, el elfo fue hacia ella con el rostro devorado por la rabia. De nada sirvieron las palabras de Kordther. Sedat cometió un error. A pesar de encontrarse débil, Orúbatar seguía siendo una poderosa nigromante. Kordther intentó apartar a Sedat con un conjuro, pero Orúbatar fue más rápida y alargando su escuálida mano lanzó un rayo negro directo al corazón del elfo, que cayó fulminado.

— ¡¡ !!

El mago alzó sus manos y una luz blanca y vibrante surgió como un chorro de plata. Orúbatar intentó defenderse. Durante unos segundos contuvo la magia del anciano mago, pero sus defensas se quebraron y el haz mágico la alcanzó. Hubo un estallido tan potente que hasta las piedras se quebraron.

Pero la Dama Sombría no murió.

Volvió a ponerse de pie. Sus colmillos eran largos y afilados. Sus ojos, dos esferas ardientes. Hasta en la mirada de Kordther pude ver sorpresa y una pizca de temor.

Había sido vencida, pero en ella todavía latía una magia fuerte y oscura. Juntó las manos y tanto ella como los fragmentos del bastón se convirtieron en una sombra.

Orúbatar desapareció como un jirón de niebla negra.

ORIÓN

El Valle de Cristal

La mañana siguiente amaneció nevando. Las nubes, cenicientas, dejaron caer una cortina de nieve sucia. Sedat había muerto. Kira sufría una herida en su corazón, pues había albergado la oscuridad de Orúbatar durante la posesión de su cuerpo. Ilza había estado a punto de morir y se hallaba débil. Bárbara tenía la mano destrozada y la infección necrótica amenazaba con

extenderse por todo su cuerpo.

Según Kordther, la victoria ante Orúbatar nos daba un margen de tiempo. La incursión del ejército de insectos a través del bosque de Kiental tendría que esperar. La guerra quedaba pospuesta.

— ¿ ?
cama de la princesa.

Nos hallábamos en la sala de sanación. Kira estaba todavía dormida en un sueño mágico. Ni el mismísimo Kordther sabía cuándo iba a despertar.

—Es imposible saberlo... Orúbatar conserva su poder, pero Ilza logró romper su cayado. Y tú te hiciste con el medallón, así que la materialización del Archimago es, por el momento, imposible.

—Por el momento... —Repitió Luna en un susurro.

Lu tuvo que combatir en las almenaras del castillo contra las arañas que Orúbatar invocó. Los hombres de Ímbacel y de Kiiba habían partido una hora antes. Por suerte, quedaban las ninfas, los elfos y los hombres de Dhotlaren. La batalla fue encarnizada. Pero, tras un duro combate en el que las arañas lograron derribar parte del muro, la unión de las tres razas derrotó a las tarántulas.

—Lo importante —apuntó Kordther— es que durante un tiempo no tendremos que preocuparnos del Archimago.

En ese momento apareció Bárbara. Llevaba la mano vendada.

— ¿ ?

—Podríamos estar peor, aunque también mejor —dije mirando a Kira.

—Siento no haber podido llegar antes —se lamentó.

—Lo hiciste muy bien —Kordther apoyó una mano sobre su hombro—. De no ser por ti, la Dama Sombría habría matado al Elegido. Supiste encontrar el camino.

—Sí, supongo que sí... Lo más importante es que Diana ha despertado en nuestro mundo. Y también que mis colegas Guardianes se deshicieron del demonio multiforme. Aunque por lo que sé, el *Luz de Luna* tardará un tiempo en volver a ser el mismo. La batalla debió ser memorable.

—Desde luego —dijo Kordther con una sonrisa—. Y Alain, pobre muchacho, lo encontraron hechizado en un armario del hospicio. Hubo que lanzar conjuros para borrar la memoria a media docena de chavales. Y respecto a Diana, Morfeo en persona la rescató. Se tuvo que enfrentar a un ejército de demonios del caos para lograrlo... Supongo que las fuerzas que gobiernan Noctnuros no estarán muy contentas, ya que Morfeo selló con ellas un pacto de no intromisión hace millares de años. Nos guste o no, vivimos una época en la que hay que transgredir algunas normas en pos del bien —al mirar la mano de Bárbara, el mago frunció el ceño—. ¿ ?

Bárbara se sentó junto a Luna.

—Me duele —se levantó la manga. Una mancha oscura se extendía por su antebrazo—. Tendré que aprender a vivir con ella... Para esta herida no hay curación. No hasta que el Archimago sea derrotado. Me lo ha dicho Xeye. La oscuridad irá extendiéndose por mi brazo hasta alcanzar el corazón... Una vez que llegué aquí —dijo posando la mano sobre el pecho— moriré.

Todos contuvimos la respiración.

— ¿ ?

Bárbara bajó la mirada. Lu le tocó la mano con ternura.

—No lo sé —respondió Bárbara.

—Varias lunas —dijo Kordther—. Pero no os preocupéis, aunque no encontremos la cura, daremos con la forma de detener la maldición. Ayexey ha regresado a Kiental. Ha prometido que consultará con sus hermanas curanderas, hallarán el remedio... Bueno, muchachos, creo que es hora de que dejemos descansar a la princesa.

—Yo me quedo, quiero estar un rato a solas con ella.

Y me quedé a su lado, viendo cómo dormía.

Dos semanas después, Kira despertó.

Durante aquellos quince días acudí a las clases con aire ausente. Demostré ser un negado con la magia, con el arco y también con la hechicería. Sin embargo, la espada no se me daba nada mal. Mi destino estaba claro: iba a ser un guerrero. Estaba deseando volver a encontrarme con Toro y con las gemelas, se iban a alegrar mucho. Yulen me dijo que habían pasado la prueba y que pronto serían nombrados Guardianes guerreros.

Ser un guerrero mola. Blandir una espada y sujetar un escudo no es tan chulo como lanzar conjuros, invocar gigantes de hielo o traspasar la armadura de un orco con una flecha, pero aun así, es una pasada.

Yulen, nada más verme coger la espada sonrió con satisfacción.

—Chico, serás un gran guerrero.

Aquellas palabras me supieron ricas, la verdad. Hasta entonces todo habían sido miradas de condescendencia que parecían decir, «muchacho, la profecía dirá lo que quiera, pero tienes menos aptitudes que el moco de una babosa ». profecía no decía nada más sobre mí . su final .

El único inconveniente era el de la fuerza: para levantar una espada y sujetar un escudo hay que estar fuerte. Y yo no lo estaba. Se trataba de coger músculo.

Como he dicho, Kira tardó dos semanas en despertar.

Hasta ese momento ocurrieron varias cosas.

La primera fue el entierro de Sedat, tres días después de su muerte. Luna y yo viajamos a lomos de Blik hasta el lugar en el que fue enterrado. Treinta inmensas criaturas voladoras salieron de Dhotlaren. En el centro de la comitiva volaba una bestia alada de la luz que llevaba una lujosa carroza de oro y de plata: en ella descansaba el cuerpo sin vida de aquel elfo al que yo tanto había temido... y odiado.

Dejar a Kira me causaba una profunda desazón. Mi amiga lo leyó en la manera en la que me volví a mirar Dhotlaren mientras Blik se elevaba.

—No te preocupes, Kordther ha dicho que será un viaje de ida y vuelta.

En la carroza íbamos Luna, Ilza y yo. La maga me dedicó su sonrisa. Una sonrisa dulce y llena de vida. Parecía increíble que se hubiera repuesto tan pronto del enfrentamiento contra Orúbatar.

—Luna tiene razón, pronto estarás de nuevo a su lado.

—Tengo miedo a que no vuelva a despertar.

—Despertará —dijo Luna apretando mi mano.

—Eso espero.

Dejamos a nuestras espaldas Dhotlaren y nos dirigimos hacia el oeste. Galash se intuía detrás de un profundo manto de nubes grises que lloraban copos de nieve gris.

— ¿ ?

—Al Valle de Cristal. Es un collado que se abre al este de la cordillera Blanca y se extiende hasta el Mar Helado. Antiguamente fue hogar de los elfos, pero hace siglos que se marcharon de allí.

— ¿ ?

—Los elfos son criaturas maravillosas... Pero también extrañas —la mirada de Ilza se perdió en el horizonte—. Mirad, las mujeres humanas podemos engendrar todos los hijos que queramos. Sin embargo, las elfas únicamente pueden tener un hijo a lo largo de su vida. No fue así siempre, pero arrastran esa condena desde hace siglos, y su raza ha menguado. El Valle de Cristal fue la cuna de los elfos. Allí levantaron palacios y crearon un reino poderoso. Pero la nieve y el hielo, poco a poco, cubrieron las montañas y la mayoría de los elfos, tras la Primera Guerra de las Sombras y el posterior congelamiento del Mar del Norte, decidieron establecer la capital de su raza a orillas del Lago de las Mil Lunas. Así, el Valle de Cristal quedó casi vacío.

— ¿ ?

—Viven unas decenas de elfos, antiguos y poderosos magos de la luz, encargados de velar por la

integridad de la Necrópolis de Cristal. Es el lugar en el que son enterrados los elfos. La Señora del valle es una elfa muy poderosa llamada Kiassad. Es una de las siete sacerdotisas del Palacio de Cristal: Itshiâna, Dâersidel, Thirsas, Liseseth, Dethyan, Iríatsel y Kiassad. Supongo que en un momento dado te encontrarás con esta última, a solas. Estará deseando conocer al Elegido. Y hablar contigo. No te diré que tengas cuidado, pues Kiassad es Hija de la Luz. Pero sé precavido, y no confíes en todo lo que te veas u oigas, pues su magia es poderosa.

Asentí sin saber qué contestar.

Viajamos a toda velocidad, cada uno de nosotros perdido en sus pensamientos. La nieve se estrellaba contra los cristales de la carroza. En un momento dado Blik giró hacia la derecha y ascendió para sobrevolar unas altísimas cumbres nevadas.

—Ya falta poco —dijo Ilza.

De repente, un rayo de luz penetró en la carroza e iluminó el rostro de la maga. Luna sonrió al sentir el calor de Galash sobre su cara.

—Mirad allí abajo —apuntó Ilza.

Un profundo y largo valle se abría paso a la sombra de las montañas. Blik descendió y aterrizó sobre unas praderas que, sorprendentemente, no estaban cubiertas de nieve. Ilza nos explicó que el Valle de Cristal está protegido por la magia de los elfos y que estos no permiten que la nieve lo cubra.

—Así —dijo—, se aseguran de que el paso a la Necrópolis está siempre abierto.

Por cierto, se llama Valle de Cristal porque es un lugar tan sombrío que en invierno los rayos de Galash apenas rozan durante unos minutos las partes más bajas. Hace tanto frío que los pastos están cubiertos por una capa de hielo. A media mañana, Galash asoma entre los picos y durante unos minutos el suelo brilla como si estuviese tapizado de cristal. Un verdadero espectáculo.

Nosotros tuvimos mucha suerte y Blik nos dejó en el instante en el que la luz hacía brillar la capa de hielo.

—Es impresionante —dijo Luna con la boca abierta.

Los prados brillaban de chispas de todos los colores. Los abetos parecían estar hechos por agujas de diamante.

—Impresionante —repetí, sin poder apartar los ojos.

Hacía frío, muchísimo frío. Las cumbres se levantaban a nuestro alrededor como columnas vertebrales de dinosaurios gigantes. El río que cruzaba el valle estaba helado.

Kordther descendió con dificultad de una de las carrozas y nos saludó levantando su bastón. Junto a él se hallaba Huyik y su escolta. A los pocos minutos, mientras Galash volvía a ocultarse tras las crestas nevadas, apareció una corte de elfos del Valle de Cristal. Montaban animales del

tamaño de caballos, pero con los cuellos mucho más largos y con seis patas peludas. Su pelaje era pardo con líneas rojas y sus colas lanudas.

Eran diez elfas, cada una de ellas montada en una de aquellas criaturas. La más anciana de todas, una elfa de cabello plateado con una diadema negra y azul, se apeó de su montura. Nos acercamos a ella.

— *Ierzâssa dishsê seyunhal* —le dijo al rey—. Con cuanta rapidez puede mutar el amanecer en ocaso —suspiró—. Triste es la hora de nuestro encuentro. Mas espero que en el futuro nuestros caminos se crucen en momentos más venturosos.

Huyik colocó la mano sobre el pecho e inclinó la cabeza.

—Ojalá mi visita fuese por otros motivos —dijo con gran pesar—. Desearía haber podido salvar a Sedat.

—No es culpa tuya, ni de ningún otro ser de Úmbator que camina por la luz. No, no hemos de culparnos a nosotros, sino a las criaturas que se arrastran bajo la sombra y sirven al Archimago.

—Reconfortantes son tus palabras, Kiassad, pero no tienen el poder de acabar con mi sufrimiento. Sedat era un amigo para mí y para todos los habitantes de Dhotlaren. Su valentía, su fuerza y su entereza no conocerán igual.

Ayexey, vestida con de seda blanca, puso ambas manos sobre el pecho y entonó una oración que trajo una brisa dorada con aroma a frutos dulces.

—Las ninfas hemos perdido a un buen amigo —dijo Ayexey mientras los restos dorados de la brisa se evaporaban—. Kiental jamás olvidará a Sedat Tirises.

Kiassad inclinó la cabeza ante la ninfa. La elfa era mucho más alta y fuerte que Ayexey, pero a su lado parecía una anciana en el final de su vida.

—Gracias —dijo Kiassad—. Largo tiempo ha pasado desde la última visita de una ninfa al Valle de Cristal. *Aiên lis eseth dat veren sindhaier*. Es un honor para mí tenerte aquí, pues las ninfas y los elfas han sido siempre amigas.

Ayexey miró alrededor y suspiró.

—Y así será por siempre —sonrió, se incorporó sobre las puntas de sus pies y besó a Kiassad en la frente. Luego se agachó y jugó con unas florecillas blancas. Las ninfas pueden pasar, en un solo instante, de ser grandes y épicas a chiquillas juguetonas.

Kiassad miró a todos los presentes y habló con voz clara.

—Hoy rendiremos homenaje a Sedat Tirises, capitán de Sionsen. Mis seis hermanas están en el Palacio de Cristal, y en seguida tendrá lugar la ceremonia.

Montó en su cabalgadura. Luego silbó y por la cresta de una loma cercana aparecieron más

monturas como aquella. Galoparon hasta nosotros.

—Son glinders —nos dijo Ilza—. Quedan unos pocos cientos en todo Úmbator. La mayoría están aquí.

Escuché palmadas y exclamaciones de júbilo a mi derecha y no hizo falta girarme para saber de quién provenían. Era Ayexey, cómo no. La ninfa se subió de un salto al glinder y la abrazó. Luego le dijo unas palabras al oído y comenzó a galopar.

Kiassad sonrió.

—Cada uno de vosotros ha de montar su glinder. No os preocupéis, son criaturas dóciles. Os conducirán hasta el palacio.

Así, montados en esos animales, nos encaminamos al Palacio de Cristal. Tras varios minutos de trote entre bosques helados, entramos por la abertura de un estrecho cañón. Después el cañón se abrió y nos encontramos con una catedral de altas torres blancas e inmensas cristaleras. Nada, ninguna construcción que yo conociese, tenía comparación con aquella maravilla. El Palacio de Cristal es una catedral con la planta en forma de triángulo. Una torre de cientos de metros, puntiaguda y pulida, se levanta en cada uno de los vértices. En el centro, un edificio terminado en una cúpula transparente brilla con luz propia.

Entramos por una puerta de nueve o diez metros de altura. Estatuas de hielo estaban repartidas por todo el jardín helado, repleto de flores de las nieves tan altas como personas. Allí descendimos de los glinders y penetramos en el interior del palacio. Sentí que mi cuerpo pesaba cien kilos y que mis huesos eran de gelatina. Cuando las descomunales puertas de cristal se cerraron, una embriaguez densa y pegajosa se adueñó de mis sentidos.

No puedo narrar los detalles, porque lo que sucedió entre el momento en el que entramos en el palacio y el convite que los elfos prepararon para nosotros, está grabado a retazos. Durante el tiempo que estuvimos en el Palacio de Cristal, mi mente flotó como una burbuja.

—Es la magia de las elfas —comentó Ilza.

—Me siento rara, perdida... —dijo Luna.

Un hechizo flotaba en el aire. Un hechizo que nos sumió en un letargo viscoso y profundo, como bañarse en un océano de miel. Luego, de vuelta a Dhotlaren, ni siquiera el mismísimo Huyik recordaba la mayoría de las cosas que ocurrieron. Solamente Ilza, haciendo un conjuro de protección sobre sí, pudo mantener la cordura y la atención.

El resto de nosotros levitamos mentalmente entre las canciones de las elfas. Vimos, como en un sueño, el ataúd de plata de Sedat entrar en unas columnas de cristal. Allí había miles de féretros, todos de elfos. Luego, una vez que el sarcófago de Sedat fue sellado por la magia...

¿ Qué ocurrió después ?

Las canciones continuaron.

O tal vez cesaron...

Lo único que recuerdo más o menos nítidamente es que Kiassad me condujo hasta un gran salón en el que las fuentes arrojaban oro. De sus caños brotaban delicados chorros de agua dorada. Luna no estaba. Ilza tampoco.

Solo yo, y la voz de la elfa llenando mis sentidos. Su voz rebotaba por las paredes de plata y espejo. Sus palabras eran sedosas, semejantes al viento.

—Orión, pequeño humano, has hecho bien al arrebatarme a la Dama Sombría el medallón. Pero no has de bajar la guardia, pues el peligro sigue siendo tan acuciante y afilado como antes. ¿Qué es lo que ves?

— ¿ ?

Miré a mi alrededor y no vi nada. La elfa alzó sus manos y un pájaro de fuego azul se posó entre nosotros. Abrió su pico, y una fuente de luz brotó de sus entrañas. Una fuente que desparramó una cortina de luces y de sombras por el salón envolviéndonos en colores.

Entonces comencé a ver algo. Pero no con los ojos, sino dentro de mi cabeza, dentro de mi mente. Como la realidad virtual, pero a lo bestia. El pájaro de fuego azul desapareció estallando. Un estallido que provocó que las paredes temblaran.

—Mira y escucha —me dijo la elfa con un timbre de voz en el que se mezclaban la ternura y el odio, la autoridad y la condescendencia.

Y vi y escuché.

Las palabras de Kiassad se combinaron con las imágenes que brotaban en mi cabeza, como en una película. Cerré los ojos y me sumergí en un sueño, en el sueño de su voz cristalina y etérea que me mostró parte del futuro.

Un futuro distorsionado por las incomprensibles piruetas que provoca la inestabilidad del tiempo. Un futuro que...

—...Tal vez se cumpla... O tal vez no ocurra nunca...

El fino azul de las paredes se escurrió como pintura fresca y se reagrupó en una única esfera que giraba y giraba y giraba. La esfera estaba llena de nubes de diversas tonalidades. La superficie de la bola mágica se fue calmando y se alisó hasta convertirse en una bola pulida de un solo color.

Un color azul, como el de los ojos de Ilza.

Y observé la visión de la esfera. Primero confusa, como si lo viera todo desde muy alto, luego mucho más clara... Y misteriosa... Kiassad se convirtió en un susurro, en una sombra, en un eco lejano...

En esa historia, la Tierra, mi mundo, estaba sumergido en una penumbra rojiza y cálida de nubes

terroríficas. Entre las sombras de aquellas nubes se alzaban cientos de bestias voladoras que derramaban su aliento oscuro sobre las ciudades. Los humanos eran esclavos. Esclavos de la oscuridad.

En mitad de la oscuridad oía la voz de la elfa narrando las visiones. Palabras que me hablaban de sangre, de violencia, de muerte, de desesperación y de un trono. Un trono oscuro. Un trono oscuro sobre el que se sentaba una muchacha hermosa de larga melena dorada. Sus ojos cambiaban de color... pero entonces eran siempre rojos.

El trono estaba hecho con los huesos de los enemigos derrotados. En el trono estaba sentada Kira. Morfeo había muerto y los sueños tenían una nueva reina. Esa reina era una maga con el pelo rojo como los ojos de Kira.

Morfeo era Ilza. Ilza era la nueva Morfeo...

Y yo, ¿qué era de mí? Las imágenes pasaron a toda velocidad por mi mente. Pero aun así pude distinguir cosas que me aterraron... Me vi a mí mismo vistiendo una túnica negra y un cayado de piedra oscura. Orúbatar estaba a mi lado y sonreía con los colmillos ensangrentados...

Luego el hechizo se quebró y recuperé la percepción de la realidad.

No podía creer nada de lo que había visto... Y no obstante mi corazón no dudaba: todo aquello había sucedido de verdad. Iba a suceder. Tal vez... Quizás jamás... Era una locura... Mi mente era un hervidero.

—El bien... El mal...—dijo Kiassad leyendo mis incertidumbres—. Todo es muy confuso, ¿verdad? Pero no temas, tarde o temprano, la verdad se mostrará diáfana, como un mar en calma.

— ¿

—Nadie puede saberlo. Lo que has visto es parte de lo que tu corazón intuye, teme o desea... La oscuridad habita en el corazón de todas las criaturas, también en el tuyo. Y en el mío. No tienes que temer por lo que has visto, ni por lo que tú puedas hacer por cambiarlo. Piensa que es posible que no ocurra jamás. La enseñanza es que tienes que estar alerta. La oscuridad tienta a todos los corazones y el tuyo... el tuyo ha cambiado. Hora es tiempo de descansar. Y de pensar. Me reuniré con mis hermanas y juntas, las siete, trataremos de hallar el mejor de los caminos.

Asentí.

Luego, todavía confundido, Kiassad me acompañó al Gran Salón del palacio y me reencontré con Luna e Ilza. En el regreso a Dhotlaren apenas hablé con ellas.

Dos semanas después, Kira despertó mientras le acariciaba la mano.

Mi corazón palpitó desbocado, como si se me fuese a salir del pecho. Nada más mirarnos, una chispa saltó entre nosotros, un rayo de luz, una ola de alegría. Apreté su mano y ella me devolvió una sonrisa.

¡ Y qué sonrisa! Una sonrisa luminosa y bella como ninguna otra. El color de sus ojos era claro una especie de gris brillante. Su melena, larga y dorada, se desparramaba por ambos lados de la almohada .

— ¡

No me pude contener y la abracé.

¿ Cuánto tiempo estuvimos abrazados? No lo sé . Pero me supo tan rico que hubiera detenido tiempo durante un par de eternidades para haberlo disfrutado más . estar entre los suyos era como vivir un sueño.

De un plumazo se borraron las visiones apocalípticas de Kiassad, que durante ese tiempo me habían acompañado. Todo rastro de temor e incertidumbre se fue como una bolsa arrastrada por el viento. Estaba junto a Kira, que era lo que más me importaba.

Después del abrazo charlamos sobre lo que había ocurrido y sus ojos se tornaron negros. Sintió una punzada en su interior al escuchar cómo me había llevado hasta el Balcón Del Norte, poseída por la Dama Sombría. Una de las cosas que había sucedido no terminaba de encajarle.

—Me extraña —dijo con los ojos medio cerrados— que Ilza dejase que nos fuéramos nosotros solos.

—Se lo ordenaste. Luego, enseguida vino a ayudarnos.

Kira quedó pensativa durante unos segundos.

—Sí, sí...supongo que tienes razón. Desde que toqué aquel shirwor no recuerdo nada. Oye —su semblante cambió y su sonrisa volvió a iluminarse—, por cierto, ¿Qué te dijo Orúbatar?

—Me ofreció sus labios —dije encogiéndome de hombros.

— ¿ ?

—Sí. Me dijo que si la besaba, me daría todo lo que deseaba, fuera lo que fuera.

Sus ojos centellearon. Un arrebol se iluminó en sus mejillas. Kira se arrebujó entre las mantas.

—Y tú, ¿qué hiciste? —Preguntó un poco tímida.

—La empujé.

Abrió los ojos y enarcó las cejas.

—Dicen que Orúbatar es una de las criaturas más hermosas de Úmbator .

—No sé qué decirte, la verdad... —El corazón me latía con tanta potencia que notaba los latidos en las sienas—. La cuestión es que no quería besarla porque... en fin...

— ¿ ?

—Pues porque no eras tú... Esto... Es que tú me gus...

¡ Y PUM! Kukubinabalain entró a grandes zancadas en la sala e interrumpió con su voz chillo

— ¡ !

Kira suspiró y miró a Ku.

—Sí, todavía estoy débil, pero me encuentro bien.

Kukubinabalain me miró de arriba abajo, esbozó una sonrisa de profundo desprecio.

— ¿ ?

—Ha estado cuidando de mí —dijo Kira, me miró y me sonrió.

Kukubinabalain bufó.

— ¡ !

Kira rió a carcajadas.

—Bueno, en realidad no es tan feo ni tan blanducho como parece.

Kukubinabalain continuó un rato más insultándome y poniéndome toda clase de motes. Me lo pasé en grande. Aunque pueda resultar extraño, me sentía como en casa. Echaba de menos a mi familia y a mis amigos, claro, pero tenía la sensación de estar entre mi gente. Sobre todo, cerca de Kira. A su lado todo me parecía hermoso. ¡Hasta Kukubinabalain era entrañable! Una punzada de nostalgia me atravesó el corazón al pensar que quisiese o no, debería regresar a la Tierra.

Pronto empezaron a llegar más y más personas.

La intimidad se había roto, mi declaración de amor tendría que esperar. Y es que el despertar de Kira se convirtió en todo un acontecimiento. Todos los habitantes del castillo querían mostrarle sus respetos a la princesa. Algunos elfos se habían quedado en el Dhotlaren a la espera de que despertase. También un buen puñado de ninfas aguardaron a que volviera a abrir los ojos: día y noche, entonaron cánticos en honor a la princesa.

Cuando despertó, no hubo celebraciones especiales. Kira no las quiso, pues sentía una honda tristeza por la muerte de Sedat. Desde su despertar estuve dos días sin verla. Al tercer día, después de las clases de espada, decidí dar un paseo por las murallas del castillo. « tendría que haber sido más rápido » que ascendían a una de las atalayas de vigilancia.

Asomadas a una ventana de la torre, charlaban Xeye y Luna.

—Se te ve muy triste —me dijo la ninfa.

—Estoy cansado...

—Lo que le pasa —Luna miró a Xeye con picardía— es que hace dos días que no ve a su bomboncito.

— ¿ ?

—Sí —dijo Luna mientras yo intentaba asesinarla con la mirada—. Kira.

— ¡ ¡ ¡ ¡
par de saltos y luego se tapó la boca avergonzada—. No deberíamos hablar así de la princesa.

La ninfa intentó contenerse, pero su sonrisa desbordaba su rostro y no logró ocultar la alegría. Me miró con sus enormes ojos blancos, me cogió las manos y me obligó a dar un par de vueltas. Ella daba pequeños brincos mientras su larguísimo pelo verde se extendía por todas partes.

— ¿ ? ¿ ?

Me puse rojo como un tomate.

—Estaba a punto de hacerlo, pero...

— ¡ ¡ ¡ ¡
ocultar, ni frenar... ¡OH, EL AMOR! El amor es como una lluvia de semillas sobre un verde prado. Las ninfas amamos todas las cosas de Úmbator y les hacemos canciones... ¡YA LO TENGO! —Rió, soltó mis manos y se tocó sus puntiagudas orejas, nerviosa—. ¡Tienes que hacerle una canción!
luna de los enamorados? ¡Si le cantas mientras Zéfira está sobre vosotros, os amaréis para siempre!

Luna estalló en carcajadas.

—Será mejor que no, Ori canta tan mal que sería capaz de espantar a un dragón. En lugar de enamorarla, la asustaría.

Xeye sonrió, me cogió por los mofletes y me dio un montón de besos por toda la cara. Su rostro olía a flores frescas y sus labios me dejaron un rastro como de miel.

— ¡ ¡ ¡ ¡ ¡ ¡
canción de amor que hará que ella sonría y que baile y que se ponga muy, muy, muy contenta !

— ¿ ?

Luna so

nrió. Xeye se tapó la boca sin dejar de sonreír. Yo deseé que apareciese una bestia que se me llevara volando.

—Mi princesa —dijo la ninfa mirándola de arriba abajo, tratando de no reír—. ¿Me permite decirle algo?

Kira llevaba una túnica rosa bastante ajustada al cuerpo y una diadema de flores.

—Por supuesto, Xeye.

—Creo que el Elegido —dijo la ninfa con emoción contenida— tiene razón, nuestra princesa es un bomboncito.

Luna se quedó boquiabierta. Yo no sabía dónde meterme. Kira mantuvo la compostura.

—Gracias, Xeye —dijo con seriedad—, es un honor recibir un cumplido de una ninfa. Ahora, si no os importa —miró a la ninfa y después a Luna—, me gustaría hablar de unas cosas con el Elegido. Asuntos importantes.

Luna y Xeye se despidieron. Antes de marcharse, la ninfa me miró con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¡ , !

Asentí sonriendo entre dientes y me quedé unos segundos mirando cómo se marchaban. Tenía que decir algo.

—No le hagas caso —al mirar a Kira la vi más guapa que nunca—, las ninfas son...en fin, ya sabes...

Sus ojos eran verdes. Sus labios sonrosados.

Entonces ocurrió.

Sin dejar de traspasarme con la mirada, se acercó a mí, sonrió, y me dio un beso en la comisura de los labios. Fue un beso rápido, pero delicioso.

—Tú también me gustas —dijo

Y cuando quise darme cuenta, Kira no era nada más que una estela de cabello dorado que se alejaba. La luz se colaba a ráfagas por las almenaras e hizo brillar su vestido.

Me eché un poco hacia atrás, me apoyé en el muro y suspiré. Cerré los ojos y me sentí el chico más feliz del universo.

Kira me había besado.

Dejé que el tiempo pasase sin prisa y disfruté de aquella sensación de alegría. Galash se fue hundiendo en el horizonte. Los bosques se tiñeron de rojo y con el corazón lleno de felicidad me dispuse a volver al castillo.

Tenía una sonrisa pegada en los labios... hasta que un extraño sentimiento de inquietud removi

mis pensamientos.

Miré hacia las montañas y un escalofrío me recorrió de parte a parte: el recuerdo de Orúbatar seguía atado a mi corazón. Entonces noté que el viento soplaba con más fuerza y que traía el eco de una voz áspera y grave.

Y aunque nunca antes lo había escuchado, supe de inmediato que era la voz del Archimago:

*« Orión , has ganado una batalla, pero la guerra no ha hecho nada más que e
importa dónde estés , . »*

Acerca del autor

Mark J. Leiver



¡Creador de mundos de fantasía!

Síguelo en Instagram como [@markjleiver](#) y descubre su fantástico mundo mágico.

Libros de este autor

[El Anillo del Nigromante](#)

¿Qué pasaría si un mago de la luz se aliara con un hada sangrienta para recuperar el anillo de un nigromante?

Álex, Vainilla, Jota y Nila, un grupo de Guardianes de la Luz vivirán la aventura de su vida en

esta trepidante historia de fantasía.